

Manhattan Transfer

John Dos Passos

SECCIÓN I

I. EMBARCADERO.

Tres gaviotas giran sobre las cajas rotas, las cáscaras de naranja, los repollos podridos que flotan entre los tablones astillados de la valla. Las olas verdes espumajean bajo la redonda proa del ferry que, arrastrado por la marea, corta el agua, resbala, atraca lentamente en el embarcadero. Manubrios que dan vueltas con un tintineo de cadenas, compuertas que se levantan, pies que saltan a tierra. Hombres y mujeres entran a empellones en el maloliente túnel de madera, apretujándose y estrujándose como las manzanas al caer del saetín a la prensa.

La enfermera, llevando la cesta en el brazo estirado, como si fuera una silleta, abrió la puerta de una gran sala excesivamente caldeada. En el aire impregnado de olor a alcohol y a yodoformo, ásperos berridos subían en espiral de otras cestas colocadas a lo largo de las paredes verdosas. Al dejar la cesta en el suelo le echó una mirada con los labios fruncidos. El recién nacido se retorció débilmente entre algodones como un hervidero de gusanos.

En el ferry iba un viejo tocando el violín. Tenía una cara de mona, toda torcida de un lado, y seguía el compás con la punta de un zapato de charol resquebrajado. Bud Korpenning, sentado en la barandilla de espaldas al río, le miraba. La brisa le alborotaba el pelo alrededor del borde ajustado de su gorra, y secaba el sudor de su frente. Tenía los pies llenos de ampollas, estaba hecho polvo, pero cuando el ferry se alejó del embarcadero, sintió por todas sus venas un cálido hormigueo.

—Oiga, amigo, ¿hay mucho desde donde desembarcamos hasta la ciudad?
—preguntó a un joven de sombrero de paja y corbata a rayas blancas y azules, que estaba en pie junto a él.

La mirada del muchacho subió desde los zapatos deformados por la caminata hasta las muñecas rojas de Bud, que asomaban por las rozadas mangas de su chaqueta, atravesó su delgado pescuezo de pavo y fue a clavarse impúdicamente en sus ojos resueltos, sombreados por una visera rota.

—Depende de adonde quiera usted ir.

—¿Dónde está Broadway?... Quiero ir al centro.

—Tome usted hacia el este, baje luego por Broadway y llegará al mismo centro si anda un trecho.

—Gracias. Eso haré.

El violinista recorría la multitud, tendiendo su sombrero, y el viento agitaba mechones de pelo gris en su calva raída. Bud le vio volver hacia él su rostro triste, con dos ojos negros como cabezas de alfiler, que le miraban fijamente.

—Nada —dijo con aspereza.

Y se volvió a mirar la inmensidad del río, brillante como un cuchillo. Los tablones del embarcadero se unieron, crujieron al choque del ferry. Hubo un rechinar de cadenas, y Bud fue arrastrado por la multitud muelle adelante. Salió por entre dos vagones de carbón a una calle polvorienta por donde pasaban tranvías amarillos. Las rodillas le empezaron a temblar. Hundió las manos hasta el fondo de sus bolsillos.

Entró en un figón antes de la esquina. Se instaló con dificultad en una banqueta giratoria y se puso a estudiar con cuidado la lista de precios.

—Huevos fritos y un café.

—¿Vueltos? —preguntó un hombre pelirrojo que detrás del mostrador se limpiaba con el delantal sus brazos gordos llenos de pecas.

—¿Qué? —preguntó Bud sobresaltado.

—Los huevos, si los quiere usted vueltos o con la yema encima.

—Ah, sí, vueltos.

Bud se dejó caer de nuevo sobre el mostrador, con la cabeza entre las manos.

—Mala cara trae usted, amigo —dijo el hombre cascando los huevos en la grasa chirriante de la sartén.

—Vengo andando desde el norte del Estado. Esta mañana anduve quince millas.

El del mostrador lanzó un sonido silbante entre dientes.

—Y viene usted aquí a buscar trabajo, ¿eh?

Bud hizo un signo afirmativo con la cabeza. El otro echó los huevos crepitantes en un plato que empujó hacia Bud después de poner un poco de pan y mantequilla en el borde.

—Voy a darle un consejito, amigo, que no le costará nada. Antes de ponerse a buscar, aféitese, córtese el pelo, cepílese el traje, que está lleno de pajas. Así le será más fácil encontrar algo. En esta ciudad lo que cuenta es la facha.

—Yo puedo trabajar como cualquiera. Soy un buen trabajador —gruñó

Bud con la boca llena.

—Le digo a usted que eso es todo —replicó el pelirrojo.

Y se volvió a su hornillo.

Ed Thatcher subía temblando las escaleras de mármol del gran vestíbulo del hospital. El olor de las medicinas se le pegaba a la garganta. Una mujer de cara almidonada le miraba por encima de una mesa de escritorio. Él trató de hablar con voz firme.

—¿Quiere usted decirme cómo está la señora Thatcher?

—Sí, puede usted subir.

—¿Pero marcha todo bien?

—La enfermera del piso le podrá dar cualquier información que usted le pida. Escalera de la izquierda, tercer piso, sala de maternidad.

Ed Thatcher llevaba un ramo de flores envuelto en un papel verde. La gran escalera oscilaba al subir él tropezando con las puntas de los pies en las varillas de bronce que sujetaban la esterilla. Una puerta cortó, al cerrarse, un chillido ahogado. Ed detuvo a una enfermera.

—Me hace el favor, quisiera ver a la señora Thatcher.

—Bueno, vaya usted, si sabe dónde está.

—Pero la han cambiado de sitio.

—Entonces tendrá usted que preguntar en el escritorio, al fondo de la galería.

Se mordió los labios. En el fondo de la galería una mujer colorada le miró sonriendo.

—Todo va bien. Es usted feliz padre de una robusta niñita.

—Sabe usted, es nuestro primer hijo y Susie es tan delicada —balbuceó parpadeando.

—Ah, sí, comprendo, a usted le preocupaba, naturalmente... Puede usted entrar y hablarle cuando se despierte. La niña nació hace dos horas. Tenga mucho cuidado de no fatigarla.

Ed Thatcher, un hombre pequeño con un bigotillo rubio y unos ojos descoloridos, le cogió la mano a la enfermera y se la sacudió, mostrando en una sonrisa sus dientes amarillos y desiguales.

—Es el primero, sabe usted.

—Mi enhorabuena —dijo la enfermera.

Filas de camas bajo la biliosa luz de los mecheros, un olor nauseabundo a sábanas constantemente sacudidas, caras gordas, demacradas, amarillas, blancas. Aquí está. Las trenzas rubias de Susie ceñían su carita torcida y crispada. Desenvolvió sus rosas y las puso sobre la mesilla de noche. Mirar por la ventana era lo mismo que mirar al fondo del agua. Los árboles de la plaza se entretejían como azules telarañas. A lo largo de la avenida se encendían lámparas que proyectaban reflejos verdes sobre los violáceos bloques color ladrillo de las casas. Chimeneas y tanques de agua se recortaban en un cielo sonrosado como carne. Los párpados azulados se levantaron.

—¿Tú, Ed?... ¡Oh, pero son Jacks! ¡Qué locura!

—No lo pude remediar, queridita. Sabía que te gustarían.

Una enfermera rondaba a los pies de la cama.

—¿No podría usted dejarnos ver a la niña?

La enfermera asintió. Era una mujer carienjuta, de labios delgados.

—La odio —murmuró Susie—, me ataca los nervios esa mujer. Es el tipo perfecto de la solterona ruin.

—No hagas caso, querida. Esto es cosa de un día o dos.

Susie cerró los ojos.

—¿Sigues pensando en llamarla Ellen?

La enfermera volvió con una cesta y la puso en la cama al lado de Susie.

—¡Qué preciosidad! —dijo Ed—. Mira cómo respira... Y le han dado una untura.

Ed ayudó a su mujer a incorporarse sobre un codo; la rubia trenza de su pelo se soltó cubriéndole el brazo y la mano.

—¿Cómo puede usted distinguirlos, enfermera?

—A veces no podemos —dijo ésta rasgando la boca con una sonrisa.

Susie, desconfiando, miraba la diminuta cara amoratada.

—¿Está usted segura de que ésta es la mía?

—Por supuesto.

—Pero no tiene etiqueta.

—Se la pondré en seguida.

—Pero la mía era morena.

Susie se tendió en la almohada tratando de respirar mejor.

—Tiene una pelusilla clara del mismo color que su pelo.

Susie, extendiendo los brazos, gritó:

—¡No es la mía, no es la mía... Que se lleven eso... Esta mujer me ha robado mi niña!

—¡Querida, por amor de Dios! —suplicó el marido tratando de arroparla con el cobertor.

—Malo, malo —dijo tranquilamente la enfermera recogiendo la cesta—; tendré que darle un calmante.

Susie se había sentado en la cama.

—¡Que se lleven eso! —gritó y cayó hacia atrás con un ataque de nervios, profiriendo continuamente débiles quejidos.

—¡Dios mío! —exclamó Ed Thatcher juntando las manos.

—Mejor sería que se marchara usted ya, señor Thatcher... La enferma se tranquilizará en cuanto usted se vaya... Voy a poner las rosas en agua.

En el último tramo alcanzó a un hombre rechoncho que bajaba lentamente, frotándose las manos. Sus ojos se encontraron.

—¿Todo fa bien, señor? —preguntó el hombre rechoncho.

—Sí, creo que sí —respondió Thatcher débilmente.

El gordo se volvió a él, bulléndole la alegría en su voz ronca:

—Felisíteme, felisíteme; mein mujer ha dado a lus un chico.

Thatcher estrechó una mano regordeta. —La mía es niña— confesó tímidamente.

—Yo en sinco años sinco niñas, y ahora, figúrese, ¡un chico!

—Sí —dijo Thatcher al llegar a la acera— es un gran momento.

—¿Me permite ustet, señor, que le infite a selebrarlo con un traquito?

En la esquina de la Tercera Avenida se batían las medias puertas de rejilla de un bar. Después de restregarse los pies delicadamente pasaron a la sala del fondo.

—¡Ach! —dijo el alemán mientras tomaba asiento en una mesa toda rajada — la fida de familia está llena de cuidados.

—Así es, señor, éste es mi primero.

—¿Quiere ustet serfesa?

—Sí, cualquier cosa.

—Dos botellas de Culmbacher importado, para peper a la salud de nuestra gente menuda.

—Las botellas detonaron y la espuma veteada de sepia subió a los vasos.

—A la suya... Prosit! —dijo el germano alzando el vaso, y luego limpiándose la espuma del bigote y dando un puñetazo en la mesa con su puño rosado—: Sería indiscreto, señor...

—Me llamo Thatcher.

—¿Sería indiscreto, señor Thatcher, precuntarle su profesión?

—Contable. Espero que pronto me nombrarán definitivamente.

—Yo soy impresor y me llamo Zucher, Marco Antonio Zucher.

—Mucho gusto en conocerle, señor Zucher.

Se estrecharon las manos a través de la mesa por entre las botellas.

—Un contable gana mucho dinero —dijo el señor Zucher.

—Mucho dinero es lo que yo necesito para mi pequeña.

—Los chicos comen dinero —continuó el señor Zucher con voz grave.

—¿No me dejará usted pagar una botella? —dijo Thatcher calculando lo que tenía en el bolsillo—. A la pobre Susie no le gustaría verme bebiendo en un tugurio como éste; pero por una vez..., y además me estoy instruyendo en el arte de ser padre.

—Cuantos más, mejor... —dijo Zucher—, pero los chicos comen dinero..., no hasen más que comer y destrosar ropa. Cuando yo ponga mi negocio en pie... Ach! Ahora con las hipotecas y las dificultades para optener préstamos y los salarios que supen mit esos locos de socialistas y dinamiteros...

—En fin, a su salud, señor Zucher.

El señor Zucher con el pulgar y el índice de cada mano exprimió la espuma de su bigote:

—No todos los días traemos al mundo un niño, señor Thatcher.

—O una niña, señor Zucher.

El del bar trajo otras botellas, limpió la mesa y se quedó escuchando, con el trapo entre las manos.

—Y me da el corasón que cuando mi chico pepa a la salud del suyo, será con champaña. Ach! Así son las cosas en esta cran siudat.

—A mí me gustaría que mi hija fuese una muchacha casera, tranquila, no

como éstas de ahora, todo perifollos, volantes y cinturitas. Yo para entonces ya me habré retirado y tendré una finquita a orillas del Hudson. Por las tardes trabajaré en el jardín... Conozco tipos que se han retirado con tres mil dólares de renta. Ahorrando se llega a eso.

—El ahorro no sirve de ná —dijo el del bar—. Yo he estao ahorrando diez años, y el Banco quebró y no me quedó más que un talonario pa recuerdo. No hay más que un sistema, que le den a uno el soplo y aventurarse.

—Eso es jugar —interrumpió Thatcher.

—Sí, señor; es jugar —dijo el otro.

Y se volvió a su bar balanceando las botellas vacías.

—Jugar. No va descaminado —dijo el Sr. Zucher clavando en su cerveza una mirada vidriosa y pensativa—. El hombre ampisioso tiene que afenturarse. La ampisión fue lo que me trajo aquí desde Francfort a los dose años, und ahora que tengo que trabajar para un hijo... Ach!, le pondremos Wilhelm como el káiser.

—Mi hijita se llamará Ellen, como mi madre.

A Ed Thatcher se le llenaron los ojos de lágrimas. El señor Zucher se levantó.

—Pueno, adiós, Sr. Thatcher. Encantado de haperle conocido. Me fuelfo a casa con mis hijitas.

Thatcher estrechó otra vez la mano regordeta, y absorto en dulces pensamientos de maternidad, paternidad, cumpleaños y navidades, vio entre una espumosa niebla sepia al señor Zucher salir anadeando por las puertas batientes. Después de un rato estiró los brazos. Bueno, a la pobre Susie no le gustaría verle allí... Todo por ella y por aquel encanto de chiquilla.

—Eh, eh, que se olvida usted de pagar —le gritó el del bar cuando ya estaba en la puerta.

—¿No pagó el otro?

—¡Qué diablos va a pagar!

—Pero si es que él me había convidado...

El del bar se echó a reír guardándose el dinero.

—Nada, que este tío cree en el ahorro.

Un hombrecillo barbudo y patizambo, de sombrero hongo, subía por Allen Street, túnel rayado de sol, tendido de colchas azul celeste, salmón ahumado y amarillo-mostaza, rebosante de muebles de ocasión color jengibre. Con las

manos frías cruzadas sobre los faldones de su levita, iba abriéndose paso entre cajas de embalaje y chiquillos que correteaban. No cesaba de morderse los labios ni de trenzar y destrenzar los dedos. Marchaba sin oír los gritos de la chiquillería ni el anonadante trepitar de los trenes elevados. Tampoco notaba el olor rancio y agrisado de las viviendas atestadas.

En la esquina de Canal Street se paró ante una droguería amarilla y se quedó mirando la cara pintada en un anuncio. Era una cara afeitada, distinguida, con cejas arqueadas y un bigotazo bien recortado: la cara de un hombre que tiene dinero en el Banco, portentosamente colocada sobre un cuello de pajarita ceñido por amplia corbata negra. Debajo, en letra inglesa, se leía la firma KING C. GILLETE. Sobre la cabeza campeaba el lema: no stopping no honning. El hombrecillo barbudo se echó el hongo atrás descubriendo su frente sudorosa, y se quedó largo rato mirando los ojos de KING C. GILLETE, llenos del orgullo que da el dólar. Luego apretó los puños, sacó pecho y entró en la droguería.

Su mujer y sus hijas habían salido. Calentó un jarro de agua en el gas. Después, con las tijeras que encontró encima de una repisa, se cortó los largos rizos de la barba. En seguida empezó a afeitarse muy cuidadosamente con la nueva maquinilla de níquel. Estaba en pie, tembloroso, pasándose los dedos por las mejillas blancas y suaves, frente al espejo empañado, y comenzaba a recortarse el bigote, cuando oyó ruido detrás. Volvió hacia ellas una cara lisa como la cara de KING C. GILLETE, una cara que sonreía con el orgullo que da el dólar. Los ojos de las dos niñas se salían de las órbitas.

—¡Mamá..., es papá! —gritó la mayor.

Su mujer se desplomó como un saco de ropa en la mecedora y se tapó la cabeza con el delantal.

—¡Huy, huy! ¡Huy, huy! —gemía meciéndose.

—¿Pero qué te pasa? ¿Es que no te gusta?

Él andaba de un lado para otro con su flamante maquinilla en la mano, frotándose suavemente de cuando en cuando la barbilla lisa.

II. METRÓPOLI

Babilonia y Nínive eran de ladrillo. Toda Atenas era doradas columnas de mármol. Roma reposaba en anchos arcos de mampostería. En Constantinopla los minaretes llamean como enormes cirios en torno del Cuerno de Oro... Acero, vidrio, baldosas, hormigón, serán los materiales de los rascacielos.

Apilados en la estrecha isla, edificios de mil ventanas surgirán resplandecientes, pirámide sobre pirámide, blancas nubes encima de la tormenta.

Cuando la puerta del cuarto se cerró tras él, Ed Thatcher se sintió muy solo, lleno de punzante inquietud. Si Susie estuviera allí le diría cuánto dinero iba a ganar, le diría que cada semana depositaría diez dólares en la caja de ahorros para la pequeña Ellen, lo cual haría quinientos veinte dólares al cabo del año... En diez años, sin contar el interés, más de cinco mil dólares. Tengo que calcular el interés compuesto de quinientos veinte dólares al cuatro por ciento. Ed daba vueltas por el cuarto, muy agitado. La luz de gas ronroneaba confortablemente como un gato. Sus ojos cayeron sobre el titular de un periódico que andaba por los suelos junto al cubo de carbón donde lo había tirado cuando salió a buscar un coche para llevar a Susie al hospital.

MORTON FIRMA EL PROYECTO DE ENSANCHE DE NUEVA YORK

Aprueba el decreto que hará de Nueva York la segunda
Metrópolis del mundo

Respirando profundamente dobló el periódico y lo dejó en la mesa. La segunda metrópoli del mundo... Y papá quería que me quedara en su viejo tenducho de Oteora. Y quizá me hubiese quedado si no fuera por Susie... Señores, esta noche que ustedes me hacen el señalado favor de ofrecerme una participación en su casa, quiero presentarles a mi mujercita. Todo se lo debo a ella.

En la reverencia que hizo a la chimenea, tropezó con la consola próxima a la librería y tiró una figurilla de China. Chasqueando la lengua, se agachó a recogerla. La cabeza de la holandesa, en porcelana azul, estaba separada del cuerpo. Y la pobre Susie, tan encariñada con sus bibelots... Mejor será irse a la cama.

Levantó la ventana y se asomó. Un tren elevado retumbaba al extremo de la calle. Una fumarada de carbón le dio en las narices. Con medio cuerpo fuera de la ventana se quedó largo rato mirando a la calle a derecha y a izquierda. La segunda metrópoli del mundo. Las casas de ladrillo, la luz empañada de los faroles, las voces de un grupo de granujillas que se peleaban en las escaleras de la casa fronteriza, el paso firme y regular de un policía, le daban una impresión de movimiento, como de soldados en marcha, como un vapor de ruedas remontando el Hudson, como una parada electoral que se dirigiese por las largas calles hacia algo muy grande, muy blanco, lleno de columnas, majestuoso, Metrópoli.

De pronto, carreras por la calle. Una voz ahogada gritó:

—¡Fuego!

—¿Dónde?

Los chiquillos desaparecieron de las escaleras de enfrente. Thatcher se volvió a su cuarto. Hacia un calor sofocante. Estaba ansioso de verse fuera. En la calle sonaban los cascos de los caballos y la campanilla frenética de un coche de bomberos. Sólo un vistazo. Echó a correr escaleras abajo con el sombrero en la mano.

—¿Hacia dónde es?

—Ahí al lado.

—Es una casa de vecinos.

Era un edificio de seis pisos, con ventanas estrechas. Acababan de poner las escalas. Un humo negruzco salpicado de chispas salía violentamente por las ventanas más bajas. Tres policías blandían sus porras empujando a la multitud contra las escaleras y las verjas de las casas de enfrente. En el espacio vacío, en medio de la calle, resplandecía el latón de la bomba y de la manguera. La gente miraba en silencio las ventanas superiores, por donde cruzaban sombras entre fulgores intermitentes. Una llama delgada empezó a brillar sobre la casa como una bengala.

—La ventilación —murmuró un hombre al oído de Thatcher.

Una ráfaga de viento llenó la calle de humo y de un olor a trapos quemados. Thatcher se sintió repentinamente indispuerto. Cuando el humo se disipó vio un racimo de gente que pataleaba colgada del saliente de una ventana. Del otro lado los bomberos ayudaban a las mujeres a bajar por una escala. La llama central se avivaba por momentos. Un bulto negro se había desprendido de una ventana y yacía en el pavimento dando gritos. Los policías hacían retroceder al gentío hacia esquinas de la manzana. Llegaban más coches de bomberos.

—Hay cinco timbres de alarma en la casa —dijo uno—. ¿Qué le parece? Los de los pisos superiores han sido bloqueados. Esto es obra de un incendiario, de un cochino incendiario.

Un joven estaba agazapado en la acera junto a un farol. Thatcher, empujado por la muchedumbre, se encontró frente a él.

—Es un italiano.

—Su mujer está dentro de la casa.

—La policía no le deja acercarse. Su mujer está encinta. No habla inglés y

no puede preguntar a los polizontes.

El italiano llevaba unos tirantes azules atados atrás con un trozo de bramante. Le temblaba la espalda y de cuando en cuando soltaba una ristra de palabras que nadie entendía.

Thatcher se abrió paso entre la multitud. En la esquina, un hombre examinaba la señal de alarma. Al rozarse con él, Thatcher notó que sus ropas olían a petróleo. El hombre le miró cara a cara sonriendo. Tenía unas mejillas sebosas, colgantes, y los ojos brillantes y saltones. Thatcher sintió que se le enfriaban de repente los pies y las manos. El incendiario. Los periódicos dicen que se quedan así, rondando para mirar. Se fue a casa corriendo, subió a toda prisa la escalera y cerró la puerta con llave. El cuarto estaba callado y vacío. Había olvidado que Susie no estaría allí esperándole. Comenzó a desnudarse. No podía olvidar el olor a petróleo de las ropas de aquel hombre.

Mr. Perry sacudía las hojas de bardana con su bastón. El agente de negocios argüía con voz cantarina:

—No tengo inconveniente en decir a usted, Sr. Perry, que esta ocasión no la debe desperdiciar. Ya sabe usted lo que dice el refrán...: la fortuna llama sólo una vez a la puerta de la juventud. Le garantizo que en seis meses estos solares valdrán el doble. Y ahora que formamos parte de Nueva York, la segunda ciudad del mundo, fijese bien... No tardará en llegar el día, y nosotros seguramente lo veremos, en que puentes y más puentes sobre el East River hagan de Long Island y Manhattan un solo todo. Entonces Borough Queens será corazón y centro de la gran metrópoli como Astor Place lo es hoy.

—Sí, sí; pero yo busco algo totalmente seguro. Y además quiero edificar. Mi mujer no ha estado bien de salud estos últimos años.

—Pero ¿puede haber nada más seguro que mi proposición? Comprenda usted, Sr. Perry, que, con gran perjuicio mío, le meto a usted en una de las mayores empresas de propiedad urbana de los tiempos modernos. Pongo a su disposición no sólo seguridad, sino comodidad, confort, lujo. Sr. Perry, queramos o no, somos arrastrados por una gran ola de expansión y progreso. Grandes acontecimientos nos esperan en años muy próximos. Todas estas invenciones mecánicas —teléfonos, electricidad, puentes de acero, vehículos sin caballos— tienen que dar algún resultado. De nosotros depende ir a la cabeza del progreso... Dios, no puedo decirle a usted todo lo que esto significará...

Hurgando la hierba seca y las hojas de bardana, el señor Perry había removido algo con su bastón. Se agachó y recogió un cráneo triangular con un par de cuernos retorcidos.

—¡Caray! —dijo—. Debió ser un buen morueco.

Entontecido con el olor de la espuma, de lociones, de pelo chamuscado, que flotaba en el aire enrarecido de la peluquería, Bud se sentó cabeceando, las manazas rojas entre las rodillas. A través del tijereteo sentía aún en sus oídos el golpear de sus pies sobre el camino de Nyak.

—¡Primero!

—¿Qué?... ¡Ah, sí!; afeitarme y cortarme el pelo.

Las regordetas manos del barbero se hundieron en su pelambre, las tijeras zumbaron como un avispon detrás de sus orejas. Se le cerraban los ojos y él se esforzaba en abrirlos luchando con el sueño. Más allá del paño rayado, sembrado de pelos rojos, veía la rizada cabeza del negro que le limpiaba las botas.

—Sí, señor —zumbó el vozarrón del que ocupaba la silla contigua—; ya es hora de que el partido democrático nombre un fuerte...

—¿Le afeito el cogote también?

La grasienta cara de luna del peluquero se pegó a la suya. Bud hizo un gesto afirmativo.

—¿Shampoo?

—No.

Cuando el barbero echó atrás la silla para afeitarse, él trató de estirar el cuello como una tortuga patas arriba. La espuma iba extendiéndose lentamente por sus mejillas, le hacía cosquillas en la nariz, se le metía por las orejas. Se ahogaba en olas de espuma azul, negra, cortadas por el lejano brillo de la navaja, el brillo del azadón a través de nubes de espuma azulnegra. El viejo tendido de espaldas en el patatar, la barba al aire, de un blanco espumoso, llena de sangre. Llenos de sangre los calcetines, de aquellas ampollas en los talones. Sus manos se crisparon frías y callosas como las manos de un cadáver bajo la sábana. Déjeme levantar... Abrió los ojos. Unos dedos blandos le frotaban la barbilla. Miró al techo donde cuatro moscas trazaban ochos alrededor de una campana roja de papel crepé. Sentía en la boca la lengua seca como un pedazo de cuero. El barbero enderezó de nuevo la silla. Bud miró a un lado y a otro entornando los ojos.

—Cincuenta centavos, y un «níquel» por los zapatos.

«CONFIESA HABER MATADO A SU MADRE
INVALIDA...».

—¿Puedo sentarme aquí un momento a leer el periódico? Su propia voz le golpeaba en los oídos.

—¡No faltaba más!...

«LOS AMIGOS DE PARKER PROTEGEN...»

Los caracteres negros bailan ante sus ojos. Los rusos...

LA CHUSMA APEDREA... (DESPACHO ESPECIAL
PARA EL HERALD)

Trentón, N.J.

«Nathan Sibbetts, de catorce años, después de haber negado rotundamente durante dos semanas su delito, confesó hoy a la policía que había matado a su anciana y baldada madre, Hannah Sibbetts, a consecuencia de una discusión en su casa de Jacor Creek, seis millas al norte de esta ciudad. Esta noche ha sido encarcelado en espera de la decisión del jurado».

«SOCORRE A PUERTO ARTURO, CARA AL ENEMIGO»

«... Mrs. Rix pierde las cenizas de su marido.»

«El martes, 24 de mayo, a eso de las ocho y media, volví a casa después de dormir en la aplastadora toda la noche, dijo, y subí para dormir otro poco. Apenas había cerrado los ojos cuando mi madre subió también y me dijo que me levantase, que si no, me tiraba por las escaleras. Yo la tiré primero. Rodó hasta abajo. Luego bajé y la encontré con la cabeza torcida. Vi que estaba muerta y entonces la tapé con el cobertor de mi cama».

Bud dobla el periódico cuidadosamente, lo deja en la silla y sale. Fuera, el aire huele a muchedumbre, está lleno de ruidos y de sol. No soy más que una aguja en un montón de heno... «Y tengo veinticinco años», murmuró en voz alta. «Pensar que un chico de catorce...». Bud aprieta el paso a lo largo del estruendoso pavimento donde el sol, atravesando la armazón del tren elevado, traza en la calle azul franjas de un amarillo cálido. «No soy más que una aguja en un montón de heno».

Ed Thatcher, encorvado sobre las teclas del piano, trataba de sacar la Parada del mosquito. El sol de la tarde dominguera se filtraba entre las rojas rosas de la alfombra, llenaba el desordenado gabinete de motas y esquirlas de luz. Susie Thatcher, desfallecida, sentada junto a la ventana, miraba a su marido con ojos demasiado azules para su cara pálida. Entre los dos, pisando cuidadosamente por entre las rosas del soleado campo de la alfombra, la pequeña Ellen bailaba. Dos manitas levantaban el vestido rosa plisado y de cuando en cuando una vocecilla enfática decía: «Mamita, fíjate en mi expresión».

—Mira la niña —dijo Thatcher sin dejar el piano—: es una verdadera bailarina.

El periódico del domingo se había caído de la mesa. Ellen se puso bailar encima, desgarrando las hojas con sus piecitos ágiles.

—No hagas eso, Ellen querida —suspiró Susie desde su silla de felpa rosa.

—Pero, mamita, si lo puedo hacer sin dejar de bailar.

—No lo hagas, te dice mamá.

Ed Thatcher había atacado La barcarola. Ellen la bailaba cimbreando los brazos, desgarrando el periódico con sus pies ágiles.

—Ed, por amor de Dios, saca de ahí a esa niña; está rompiendo el periódico.

Él dejó caer los dedos en un acorde lánguido.

—Queridita, no hagas eso, papá no ha acabado de leerlo.

Ellen continuó. Thatcher saltó del taburete y la sentó en sus rodillas. La pequeña se retorció de risa.

—Ellen, debes hacer caso siempre a lo que mamá te diga, y no ser tan destrozona, rica. Hacer ese periódico cuesta dinero, muchos obreros han trabajado en él, y papá fue a comprarlo, y no ha terminado de leerlo. Ellen comprende ahora, ¿verdad? Lo que necesitamos en este mundo es construcción y no des-trucción.

Luego volvió a su barcarola y Ellen siguió bailando, poniendo cuidadosamente los pies entre las rosas del soleado campo de la alfombra.

En la mesa del lunch-room seis hombres, con los sombreros en la coronilla, comían apresuradamente.

—¡Recristo! —gritó desde un extremo de la mesa el joven que tenía en una mano un periódico y una taza de café en la otra—. ¿Se ha visto semejante cosa?

—¿El qué? —gruñó un hombre carilargo que mascaba un palillo.

—Un culebrón aparece en la Quinta Avenida... Esta mañana a las once y media, las mujeres escaparon gritando a la vista de un culebrón que, saliendo por una grieta del muro del depósito de aguas, empezó a cruzar la acera en la esquina de la Quinta Avenida con la calle 42...

—Un camelo.

—Eso no tiene ná de particular —dijo un viejo—; cuando yo era chico tirábamos a los becardones en Brooklyn.

—¡Dios santo, las nueve y cuarto! —murmuró el joven doblando el periódico.

Y apresuradamente salió a Hudson Street. Hombres y muchachas marchaban a buen paso en la luz rosada de la mañana. El martilleo de las herraduras de los caballos, de cascos peludos, y el chirriar de las ruedas de los camiones, cargados de víveres, levantaban un ruido ensordecedor. El aire se llenaba de un polvillo cortante. Delante de la puerta de M. Sullivan & Co., Guardamuebles y Almacén, le esperaba una chica. Llevaba un sombrero de flores y bajo la barbilla levantada con impertinencia, un gran lazo malva. El joven se sintió lleno de efervescencia como una botella de gaseosa recién descorchada.

—¡Hola, Emily!... Oye, me han ascendido.

—Por poco llegas tarde, ¿sabes?

—Pero es de veras, me han aumentado dos dólares.

Ella ladeó su barbilla, primero a un lado, luego al otro.

—No me importa un bledo.

—Ya sabes lo que me prometiste si me ascendían.

Le clavó los ojos burlona.

—Y esto no es más que el principio...

—Pero ¿qué se hace con quince dólares a la semana?

—Pues son sesenta al mes, y de paso aprendo el comercio de importación.

—Llegarás tarde por tonto.

Dio media vuelta y subió corriendo las sucias escaleras. Su falda, plisada en forma de campana, se balanceaba de un lado para otro.

—¡Dios! ¡La odio, la odio!

Y sorbiéndose las lágrimas que le abrasaban los ojos, bajó rápidamente Hudson Street hasta las oficinas de Winkle & Gulick, importadores de las Antillas.

La cubierta, junto al torno delantero, estaba caliente, húmeda, salobre. Tendidos el uno junto al otro, cuchicheaban soñolientos. En sus oídos resonaba el espumajeo del agua hendida por la proa, que cortaba brutalmente el oleaje verdoso del Gulf Stream.

—J'te dis, mon vieux, moi j'fous le camp a New York... En cuanto amarremos, salto a tierra y allí me quedo. ¡Estoy harto de esta vida de perros!

El camarero tenía el pelo rubio y una cara ovalada entre rosa y crema. Una colilla apagada se desprendió de sus labios al hablar:

—¡Mon Dieu!

Trató de atraparlo mientras rodaba por la cubierta, pero se le escapó de las manos y desapareció por el imbornal.

—Déjala, yo tengo de sobra —dijo el otro que, echado de bruces, agitaba en el sol brumoso un par de pies sucios—. Seguramente el cónsul te embarcará otra vez.

—Si me agarra.

—¿Y tu servicio militar?

—Al cuerno con él. Y con Francia también por lo mismo.

—¿Te vas a hacer ciudadano americano?

—¿Por qué no? Todo hombre tiene derecho a escoger su patria.

El otro, como meditando, se restregó la nariz con el puño, y dio un largo silbido.

—Emile, tú eres un cuco —dijo.

—Pero, Congo, ¿por qué no vienes tú también? Supongo que no querrás pasarte la vida recogiendo basura en la cocina de un cochino barco.

Congo dio una vuelta, se sentó con las piernas cruzadas, y se rascó la cabellera negra y crespa.

—Oye, ¿cuánto cuesta una mujer en Nueva York?

—No sé; mucho, me figuro... Yo no voy a tierra a correrla. Voy a buscar un buen empleo y a trabajar. ¿No puedes pensar más que en mujeres?

—¡Qué más da! ¿Por qué no? —dijo Congo.

Y se tendió otra vez cuan largo era en la cubierta, hundiendo la cara negra de hollín en sus brazos cruzados.

—Lo que yo digo es que quiero llegar a algo en este mundo. Europa está podrida, apesta. En América uno puede abrirse camino. El nacimiento no importa, la educación no importa. Todo es abrirse camino.

—Y si hubiera aquí ahora una buena hembra, cachonda, aquí mismo en la cubierta, ¿no te gustaría revolcarte con ella?

—Cuando seamos ricos tendremos sobra de todo.

—¿Y no tienen servicio militar?

—¿Para qué? Lo único que buscan son los cuartos. No quieren pelearse con el prójimo, sino negociar con él.

Congo no respondió.

El camarero tendido boca arriba miraba las nubes, que flotaban hacia el este, apiñadas como enormes edificios, traspasados por la luz del sol, blanca y brillante como papel de estaño. Él se paseaba por largas calles blancas, bordeadas de altos edificios, y, pavoneándose con su levita y su gran cuello blanco, subía escaleras de estaño, amplias, relucientes. Por portales azules, entraba en halls de veteados mármoles, donde el dinero corría y tintineaba en grandes mesas de papel de estaño. Billetes, plata, oro.

—¡Mon Dieu, v'là l'heure!

La doble campana del vigía llegó débilmente a sus oídos.

—Que no te olvides. Congo, la primera noche que echemos pie a tierra... (chaseó los labios) ni visto ni oído.

—Estaba dormido. Soñaba con una rubia. La hubiera atrapado, si no me despertaras.

El camarero se levantó gruñendo y se quedó un momento en pie mirando al poniente, donde el oleaje terminaba en una línea ondulante que cortaba un cielo de níquel. Luego empujó la cabeza de Congo contra el suelo y corrió a popa. Los zuecos le repiqueteaban en los pies desnudos.

Fuera, el caluroso sábado de junio arrastraba sus extremidades por la calle 1 10 abajo. Susie Thatcher, incómodamente tendida en la cama, con las manos azules y huesudas sobre la colcha, oía voces a través del tabique. Una joven gritaba nasalizando:

—Te digo, mamá, que no vuelvo con él.

Una voz vieja y ponderada de judía respondió en tono de reconvención:

—Pero, Rosie, la vida de matrimonio no consiste sólo en beber y divertirse. La mujer debe someterse y trabajar para su marido.

—No quiero. No puedo. No quiero volver con ese asqueroso bruto.

Susie se sentó en la cama, pero no pudo oír lo que a continuación dijo la vieja.

—Es que ya no soy judía —chilló súbitamente la joven—. No estamos en Rusia; estamos en Nueva York. Una mujer tiene aquí sus derechos.

Sonó un portazo y todo volvió a quedar en silencio.

Susie Thatcher, malhumorada, rebullía en la cama. Esa gentuza no me deja un momento en paz. De abajo llegaba el tintín de una pianola que tocaba el vals de La viuda alegre. «Oh, Dios, ¿por qué no vuelve Ed a casa? Es una crueldad dejar a una enferma así sola. Egoísta». Hizo una mueca y se echó a

llorar. Luego se quedó otra vez quieta, con los ojos fijos en el techo, mirando las pesadas moscas que zumbaban alrededor de la lámpara. Un coche trepataba calle abajo. Los chiquillos gritaban. Un chaval pasó voceando un «extra». ¡Si fuera un incendio! Aquel horrible fuego en un teatro de Chicago. ¡Voy a volverme loca! Se revolvía en la cama, clavándose las uñas puntiagudas en las palmas de las manos. «Tomaré otra pastilla. A ver si logro dormirme». Se incorporó sobre el codo y sacó la última tableta de una cajita de lata. El sorbo de agua que arrastró la tableta le suavizó la garganta. Cerró los ojos y se quedó tranquila.

Despertó sobresaltada. Ellen correteaba por el cuarto, con su boina verde caída hacia atrás y los bucles cobrizos en desorden.

—Mamá, yo quiero ser chico.

—No grites, rica. Mamá no se siente nada bien.

—Yo quiero ser chico.

—¿Qué le has hecho a la niña, Ed? Está desatada.

—Los dos estamos excitadísimos. Hemos visto una comedia maravillosa. A ti te hubiera encantado, tan poética y... ya sabes. Maude Adams estaba estupenda. Ellen no se aburrió un minuto.

—Ya te lo dije. Ed: es ridículo llevar a esa criatura...

—Yo quiero ser un chico, papaíto.

—A mí me gusta mi niña tal como es. Tendremos que volver contigo, Susie.

—Bien sabes, Ed, que nunca me hallaré en estado de ir. —Se incorporó de repente, rígida. El pelo lacio y amarillento le colgaba por la espalda—. Quisiera morirme..., quisiera morirme y no ser más una carga para vosotros. Me odiáis los dos. Si no me odiarais no me dejaríais así sola.

Y se echó a llorar tapándose la cara.

—Quiero morirme, quiero morirme —sollozó entre los dedos.

—Vamos, Susie, por amor de Dios, no está bien que digas esas cosas.

La abrazó y se sentó en la cama a su lado. Llorando en silencio, Susie dejó caer la cabeza sobre el hombro de su marido. Ellen, en pie, los miraba con sus grandes ojos grises. Luego se puso a saltar por el cuarto canturreando: «Ellie va a ser un chico, Ellie va a ser un chico».

A grandes zancadas, cojeando un poco a causa de sus pies ampollados, Bud descendía Broadway. Pasó por delante de solares vacíos donde brillaban latas de conserva entre hierbas y matojos de zumaque y zuzón; pasó entre filas

de carteleras y anuncios de Bull Durham; pasó por delante de chozas y casucas abandonadas, dejando atrás vertederos llenos de escombros y ruedas, donde los volquetes descargaban cenizas y escorias; pasó ante moles de roca gris que las perforadoras de vapor taladraban y roían continuamente, ante excavaciones desde las cuales subían trabajosamente a la calle carros cargados de cascote y greda. Hasta que se encontró andando por aceras nuevas, entre filas de casas de ladrillo amarillo. Bud miraba los escaparates de las tiendas de comestibles, de las lavanderías chinas, de los lunch-rooms, de las tiendas de flores, de las verdulerías, sastrerías y reposterías. Al pasar por debajo del andamiaje de un edificio en construcción, su mirada se cruzó con la de un viejo que estaba sentado al borde de la acera, componiendo lámparas de aceite. Bud se paró a su lado, se subió los pantalones, carraspeó:

—Oiga, ¿no puede usted decirme de un buen sitio donde me den trabajo?...

—Buenos sitios donde den trabajo no los hay, amigo... Malos, si, de sobra... Yo dentro de un mes y cuatro días cumpliré los sesenta y cinco, y he trabajado desde que tenía cinco años, creo, y no he encontrado un buen empleo aún.

—Yo con cualquier trabajo me contento.

—¿Tiene usted tarjeta de la Unión?

—No tengo ná.

—Sin tarjeta no le darán trabajo en el gremio de constructores —dijo el viejo.

Se restregó los pelos grises de su barbilla con el dorso de la mano, y volvió a sus lámparas. Bud se quedó mirando la selva de vigas de hierro, blancas de polvo, del nuevo edificio, pero al fijarse en un hombre de sombrero hongo que le miraba por la ventanilla de la caseta del vigilante, echó a andar, molesto, arrastrando penosamente sus pies: «Si pudiera meterme en el mismo centro...».

En la otra esquina se agolpaba la gente alrededor de un automóvil blanco, muy alto. Nubes de humo salían de la parte de atrás. Un policía sostenía a un chiquillo por los sobacos. Desde el coche un hombre colorado, blancas patillas de morsa, gritaba enfurecido:

—Le digo a usted, guardia, que tiró una piedra... Esto tiene que acabar. Un policía ponerse de parte de los pillos y granujas...

Una mujer con el pelo recogido sobre la coronilla en un moño tieso, vociferaba amenazando con el puño al hombre del auto:

—¡Por poco me pilla, guardia, por poco me pilla!

Bud se arrimó aun joven, con mandil de carnicero, que llevaba una gorra de baseball echada hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—¡Yo qué sé!... Uno d'esos jaleos d'autos, me figuro. ¿No lé usté los periódicos? Hacen bien, ¿no cré usté? ¿Con qué derecho van ésos malditos chismes disparaos por las calles atropellando mujeres y críos?

—¡Arrea!, pero ¿hacen eso?

—Pos claro que lo hacen.

—Oiga... mmm... ¿puede usté decirme d'un buen sitio ande me den trabajo?

El carnicero soltó una carcajada echando atrás la cabeza.

—¡Anda!... Y yo que pensé que m'iba usté a pedir limosna... Apuesto a que no es usté neoyorquino... Yo le diré lo que tiene qu'hacer... Siga tó derecho por Broadway abajo, hasta el Yuntamiento...

—¿Es ahí el centro de los negocios?

—Esatamente... Aluego sube usté arriba... Pregunta al alcalde... Dígame, ¿hay alguna vacante en el concejo?...

—¡Qué diablos va a haber! —gruñó Bud alejándose rápidamente.

—Venga de ahí... rodar, rodar, canallas.

—Eso es hablar, Slats.

—¡Sal, siete, sal!

Slats tiró los dados, chasqueando el pulgar contra sus dedos sudorosos.

—¡Demontre!

—¡Vaya una manera de tirar, Slats!

Las manos sucias añadieron cada una un níquel al montón que se elevaba en el centro del círculo formado por rodillas remendadas. Los cinco chicos estaban sentados sobre sus talones a la luz de un farol en South Street.

—Vamos, ricos, que estamos esperando. ¡Venga de ahí, granujas, venga de ahí!

—¡Chicos, a pirárselas! Ahí baja ese grandullón de Leonard con su pandilla.

Le rompería el bautismo por un...

Cuatro de ellos se largaban ya muelle adelante desparramándose sin volver

la cabeza. El más pequeño, con su cara de pico, se quedó atrás tranquilamente para recoger el dinero. Luego corrió pegado a la pared y desapareció por un oscuro pasadizo entre dos casas. Allí esperó aplastado detrás de una chimenea. Las voces contusas de la pandilla irrumpieron en el pasadizo; luego se perdieron calle abajo. El chaval contaba los cuartos que tenía en la mano. Diez «¡Atiza! Cincuenta centavos... Les diré que Leonard arreó con el parné». Como sus bolsillos no tenían fondo, anudó los cuartos en los faldones de la camisa.

En cada sitio de la mesa ovalada, resplandeciente de blancura, una copa de gin alternaba con otra de champaña. En ocho platos blancos, lustrosos, ocho canapés de caviar, flanqueados por rajadas de limón, rociados con salpicón de cebolla y clara de huevo, parecían redondeles de perlas negras sobre las hojas de lechuga.

—Beaucoup de soin, no lo olvides —advirtió el viejo camarero arrugando una frente llena de bultos.

Era un hombre menudo, con andares de pato, y unas hebras de pelo negro muy pegadas al cráneo abombado.

—Bien —aprobó Emile con un gesto de cabeza.

Le apretaba el cuello. Estaba removiendo la última botella de champaña en un cubo de hielo, encintado de níquel, que había en el trincherero.

—Beaucoup de soin, ¡madonna!... El tío éste tira el dinero como si fuera confetti, ¿sabes?... Da propinas, ¿sabes?... Es muy rico. No le importa gastar.

Emile pasó la mano por el mantel para estirarlo.

—Fais pas como ça... Tienes las manos sucias. Puedes dejar la señal.

Descansando primero sobre un pie, luego sobre el otro, esperaban con la servilleta al brazo. Del piso bajo, entre el olor a mantequilla de la comida y el retintín de cuchillos, tenedores y platos, subía la giratoria melodía de un vals.

Cuando vio al viejo camarero inclinarse en la puerta, Emile apretó los labios en una sonrisa deferente. Una rubia de dientes largos, envuelta en una salida de teatro color salmón, entraba dando el brazo a un hombre con cara de luna que llevaba la chistera delante como un tope. Venían tras ellos una jovencuela de azul, muy rizada, que reía enseñando los dientes; una mujerona con una diadema y una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello; unas narizotas como apagavelas, una cara larga color cigarrillo..., pecheras almidonadas, manos que enderezaban corbatas blancas, negros reflejos en los sombreros de copa y en los zapatos de charol. Venía también un señor que parecía una comadreja con dientes de oro. No paraba de mover los brazos, escupiendo saludos a diestro y siniestro. Llevaba en la pechera un diamante

del tamaño de un níquel. La muchacha rubicunda del guardarropa recogía los abrigos. El viejo camarero le dio con el codo a Emile:

—Es él, el pez gordo —dijo entre dientes, inclinándose.

Emile se aplastó contra la pared mientras ellos pasaban con un crujido de sedas y de zapatos. Una ráfaga de pacholí le hizo enrojecer hasta la raíz del pelo.

—Pero ¿dónde anda Fifí Waters? —gritó el del diamante.

—Dijo que no podría estar aquí antes de media hora. Me figuro que los tenorios no la dejan franquear la puerta del escenario.

—Lo siento, no podemos esperarla, por más que sea su cumpleaños. En mi vida he esperado yo a nadie.

Se quedó un momento en pie pasando revista a las mujeres que rodeaban la mesa. Después sacó un poco los puños de las mangas de su frac, y se sentó bruscamente. El caviar desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Eh, camarero, ¿y ese vino del Rin? —graznó secamente.

—De suite, monsieur.

Emile, conteniendo la respiración y mordiéndose los carrillos; se llevaba los platos. Las copas se cubrieron de vaho cuando el viejo camarero escancié el vino de una jarra de cristal tallado, donde flotaban hojas de menta, trozos de hielo, cortezas de limón y largas tiras de pepino.

—Ajajá, esto es lo que nos hace falta.

El del diamante se llevó el vaso a los labios, los chasqueó, y lo volvió a dejar, mirando de reojo a su vecina. Ella untaba de mantequilla trocitos de pan y se los metía en la boca murmurando:

—Yo sólo puedo comer bocaditos, sólo bocaditos.

—Lo cual no te impide beber, ¿verdad, Mary?

Ella cacareó como una gallina y le dio en el hombro con el abanico cerrado:

—¡Eres un número!

—Allume-moi ça, ¡madonna! —siseó el camarero viejo al oído de Emile.

Cuando encendió los dos calientaplatos del trincherero, un olor a jerez caliente, crema y langosta se esparció por el comedor. El aire estaba caldeado, lleno de vibraciones, de perfumes y de humo. Después de ayudar a servir la langosta a la Newburg y de llenar los vasos, Emile se apoyó contra la pared y se pasó la mano por el pelo húmedo. Sus ojos, resbalando por los rollizos

hombros de la mujer que tenía enfrente, bajaron por la empolvada espalda hasta un diminuto broche de plata que se había soltado bajo un mar de encajes. El calvo que estaba a su lado le había enganchado una pierna con la suya. Ella era joven, de la edad de Emile, y, con los labios húmedos, entreabiertos, no dejaba un momento de mirar al calvo. Esto le daba el vértigo a Emile, pero no podía apartar la vista.

—Pero ¿qué le habrá ocurrido a la bella Fiff? —chirrió el señor del diamante con la boca llena de langosta. Supongo que habrá tenido esta noche otro éxito tal que nuestra modesta reunioncita ya no le dice nada.

—Hay de sobra para trastornar a cualquier muchacha.

—Bueno, se va a llevar el primer chasco de su vida si pensaba que íbamos a esperar. ¡Ja, ja, ja! —carcajeó el hombre del diamante—. Yo en mi vida he esperado por nadie y no voy a empezar ahora.

Al otro extremo de la mesa el cara de luna había retirado su plato y jugueteaba con la pulsera de su vecina.

—Es usted la perfecta Gibson Girl esta noche, Olga.

—Estoy posando ahora para mi retrato —dijo ella alzando su copa a contraluz.

—¿Para Gibson?

—No, para un pintor de veras.

—Como hay Dios que lo compraré.

—Tal vez no tendrá usted ocasión.

Olga inclinó hacia él su peinado Pompadour.

—Es usted una guasona insoportable, Olga.

Ella sonrió apretando los labios contra sus largos dientes.

Un individuo, inclinándose hacia el señor del diamante, golpeaba la mesa con un dedo cuadrado.

—De ningún modo; como negocio de fincas la calle 23 ha fracasado... Es la opinión corriente... Pero lo que yo quiero decirle reservadamente algún día, señor Godalming, es esto... Cómo se han hecho las grandes fortunas en Nueva York, Astor, Vanderbilt, Fish... Con los inmuebles, claro está. Ahora depende de nosotros participar o no de los próximos beneficios... No tardará mucho la cosa... Compre en la 40...

El del diamante arqueó una ceja y sacudió la cabeza.

—«Por una noche de belleza, demos de lado a nuestras cuitas»... o algo

por el estilo... Eh, mozo, ¿por qué demonios tarda usted tanto en servir el champaña?

Se puso de pie, tosió en la mano y comenzó a cantar dando graznidos:

Si todo el Atlántico fuera de champaña,
brillantes y pálidas olas de champaña.

Todo el mundo aplaudió. El viejo camarero acababa de trinchar un Alaska asado y, rojo como una remolacha, descorchaba con grandes apuros una botella de champaña. Con el estampido del corcho, la señora de la diadema dio un chillido. Se brindó por el del diamante.

Porque es un tipo jovial...

—Bueno, ¿cómo le llaman ustedes a este plato? —preguntó el narizotas inclinándose hacia su vecina, que llevaba el pelo partido al medio y un vestido verdeclaro con mangas ahuecadas.

Guiñó un ojo despacio y luego se quedó mirándole fijo a las pupilas negras.

—Es el guiso más fantástico que nunca me he llevado a la boca... ¿Sabe usted, señorita?; yo no vengo a menudo a esta ciudad... (Se tragó el resto del vaso). Y cuando lo hago me voy generalmente bastante asqueado...

Su mirada brillante y febril, efecto del champaña, exploraba el contorno del cuello y de los hombros y resbalaba por el brazo desnudo.

—Pero esta vez creo que...

—Debe ser una vida espléndida la del buscador de oro —interrumpió ella ruborizándose.

—Era, sí, en otros tiempos, una vida ruda, pero una vida de hombre... Me alegro mucho de haber hecho mi agosto entonces... No tendría la misma suerte ahora.

Levantó los ojos hacia él:

—Qué modestia, ¡llamar suerte a eso!

Emile estaba en pie ante la puerta del gabinete reservado. No había nada más que servir. La rubia del guardarropa pasó con una gran capa de volantes al brazo. Él sonrió tratando de llamarle la atención. La chica torció la nariz y se retiró con la cabeza alta. «No me quiere mirar porque soy un camarero. Cuando haga dinero ya verán».

—Dis, pide a Charlie otras dos botellas de Moet y Chandon, goût américain —le dijo al oído su compañero, con voz silbante.

El cara de luna estaba en pie:

—Señoras y señores...

—Silencio en la pocilga...

—El gran cerdo quiere hablar —dijo Olga a media voz.

—Señoras y señores, debido a la ausencia de nuestra estrella de Belén y primera act...

—Gilly, no blasfemes —dijo la dama de la diadema.

—Señoras y señores, no teniendo costumbre de...

—Gilly, estás borracho.

—... si la marea... digo, si las aguas están con nosotros o contra nosotros...

Uno le dio un tirón del frac y el cara de luna se sentó bruscamente en su silla.

—Es horrible... —dijo la dama de la diadema dirigiéndose al hombre cara larga color tabaco, que estaba sentado a la cabecera de la mesa—, es horrible, coronel, lo que blasfema Gilly cuando ha bebido...

El coronel desenrollaba meticulosamente el papel de plata de un cigarro.

—¿Es posible, querida? —dijo arrastrando las palabras.

Su cara, sobre el bigote gris erizado, no tenía expresión.

—Se cuenta una historia horrorosa de ese pobre Atkins, Elliot Atkins, el que actuaba con Mansfield...

—¿De veras? —dijo fríamente el coronel cortando la punta del cigarro con un pequeño cortaplumas de mango nacarado.

—Oiga, Chester, ¿ha oído usted decir que Mabie Evans estaba haciendo furor?

—Verdaderamente, Olga, no sé cómo. No tiene figura...

—Pues bien, una noche que pararon en Kansas, durante una tournée, empezó a discursar, borracho perdido, ¿comprende usted...?

—Si no sabe cantar...

—El pobre nunca hizo gran cosa en Broadway...

—De figura no vale ni pizca...

—Y pronunció un discurso estilo Bob Ingersoll.

—¡Qué hombre simpático!... Ah, yo le traté mucho, en nuestros buenos tiempos, en Chicago...

—¡Imposible!

El coronel acercó cuidadosamente una cerilla encendida a la punta de su cigarro.

—Entonces brilló un relámpago y una bola de fuego entró por una ventana y salió por otra.

—Y... mmm... ¿murió?

El coronel lanzó al techo una bocanada de humo azul.

—¿Cómo decía usted? ¿Que a Bob Ingersoll lo mató un rayo? —chilló Olga—. Bien empleado, por ateo.

—No, no es eso exactamente; pero con el escarmiento se ha dado cuenta de lo que importa esta vida, y ahora se ha hecho metodista.

—Es curioso que tantos cómicos se metan a pastores.

—Es la única manera de asegurarse un auditorio —graznó el señor del diamante.

Los dos camareros, del otro lado de la puerta, escuchaban el jaleo del interior.

—Tas de sacrés cochons, ¡madonna! —siseó el viejo a Emile, que se encogió de hombros—. La morena se ha estado timando contigo toda la noche —añadió guiñándole un ojo a su compañero—. Puede que algo bueno te espere.

—No quiero nada con ellas ni con sus puercas enfermedades tampoco.

El otro se dio una palmada en el muslo.

—Ya no hay hombres... Cuando yo era joven no reparaba en nada.

—Ni siquiera le miran a uno —dijo Emile apretando los dientes—. Un maniquí animado: eso somos para ellas.

—Espera un poco, ya irás aprendiendo.

La puerta se abrió. Ambos se inclinaron respetuosamente ante el diamante. Alguien le había dibujado dos piernas de mujer en la pechera. Tenía un rosetón rojo en cada mejilla. El párpado inferior de un ojo se abolsaba, dando a su cara de comadreja una estrambótica asimetría.

—¡Qué diablo, Marco, qué diablo! —rezongaba—. No tenemos nada que beber... Tráete el Océano Az-lántico y otras dos botellas.

—De suite, monsieur...

El mayordomo se inclinó.

—Emile, dícelo a Augusto, inmediatamente et bien frappé.

Por el corredor, Emile les oía cantar:

Si todo el Atlántico fuera de champaña,
brillantes y páááa...

La luna llena y el apagavelas volvían del lavabo tambaleándose del brazo, entre las palmeras de hall.

—Esos majaderos me dan cien patadas en el estómago.

—¡Ah, sí! No son éstos los champañas «supers» de Frisco. ¡Tiempos aquéllos!

—Entonces nos dábamos la gran vida...

—A propósito, amigo Holyoke (el cara de luna se apoyó contra la pared), ¿has visto mi precioso articulito sobre el comercio de gomas en los periódicos de esta mañana?... Los accionistas van a caer como ratoncitos.

—¿Qué shabes tú de gomas?... No te sirve el truco.

—Eshpera y abre el ojo, Holyoke, mi querido amigo, si no quieres perder la gran ocahión... Borracho o no, yo huelo el dinero... en el aire...

—¿Por qué no lo tienes entonces?

La cara roja del narizotas se puso violeta. La risa le hacía doblarse en dos.

—Porque siempre les soplo a mis amigos lo que sé —dijo el otro con calma—. Eh, tú, mozo, ¿dónde está el comedor reservado ese?

—Par ici, monsieur.

Un vestido rojo con pliegues de acordeón pasó junto a ellos como un torbellino: una carita ovalada, con marco de bucles castaños, dientes nacarados en una boca abierta de risa.

—¡Fifí Waters! —gritaron todos—. Ah, Fifí, queridita, ven a mis brazos.

La subieron a una silla, donde ella se quedó balanceándose, ya en un pie, ya en el otro. El champaña chorreaba de una copa ladeada.

—¡Felices Pascuas!

—¡Buen año nuevo!

—Que cumplas muchos...

—Llame un coche, mozo.

Un joven que había entrado tras ella, hacía complicadas eses alrededor de la mesa cantando:

Fuimos a la feria de los animales,
pájaros y fieras tenían allí,
y al claro de luna su pelo rojizo
estaba peinándose el viejo mandril.

—¡Hurra! —gritó Fifi Waters, alborotándole el pelo al señor del diamante —. ¡Hurra!

Se bajó de un salto y se puso a hacer cabriolas por la sala, levantando mucho la pierna, con la falda por la rodilla.

—¡Oh là là! ¡Qué bien jalea las piernas la francesita!

—Atención al Pony Ballet.

Las esbeltas piernas, las medias de seda negra, los rojos zapatitos de borla, relampagueaban ante las caras de los hombres.

—¡Qué loca! —gritó la dama de la diadema.

—¡Upa!

Holyoke se tambaleaba en la puerta. Fifi, dando un grito, le tiró de un puntapié la chistera ladeada sobre el bulbo colorado de su nariz.

—¡Gol! —gritó todo el mundo.

—¡Recristo, me has dado una patada en el ojo!

Ella le miró un segundo y luego estalló en lágrimas sobre la pechera del señor del diamante:

—A mí no se me insulta de ese modo —sollozó.

—Frótate el otro ojo.

—Busque una venda alguno.

—¡Diantre, pudo saltarle el ojo!

—Llame un coche, mozo.

—¿Dónde hay un doctor?

—¡Va a ser difícilillo!

Apretándose el ojo con un pañuelo lleno de lágrimas y sangre, el narizotas salió dando tropezones. Hombres y mujeres le siguieron apresuradamente. El

joven rubio salió el último haciendo eses y cantando:

y al claro de luna su pelo rojizo

estaba peinándose el viejo mandril.

Fifí Waters sollozaba con la cabeza sobre la mesa.

—No llores, Fifí —dijo el coronel, que seguía en el mismo sitio donde había estado sentado toda la noche—. Aquí tienes algo que me figuro te sentará bien.

Y a través de la mesa empujó hacia ella una copa de champaña.

Ella se sorbió las lágrimas y empezó a beber a traguitos.

—Hola, ¿cómo vamos, amigo Rogers?

—Vamos muy bien, gracias... Bastante aburridos... ¡Una noche con semejantes juerguistas!...

—Tengo hambre.

—Creo que no queda nada comestible.

—De saber que estabas aquí, hubiera venido más temprano.

—¿De veras?... Eso sí que es amabilidad.

La larga ceniza se desprendió del cigarro del coronel. Éste se levantó.

—Oye, Fifí, tomaremos un coche y daremos una vuelta por el parque...

Fifí terminó de un trago el champaña y aceptó radiante.

—¡Dios mío, son las cuatro!...

—Tendrás abrigo a propósito, ¿eh?

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Espléndido. Fifí... Estás de primera.

La cara tabacosa del coronel se deshacía en sonrisas.

—Bueno, vamos.

Fifí miraba a su alrededor como aturdida.

—¿No había venido yo con alguien?

—¡No había para qué!

En el hall encontraron al joven rubio vomitando tranquilamente en un cubo de incendios, bajo una palmera artificial.

—Oh, dejémosle —dijo ella respingando la nariz.

—¡No había para qué! —repitió el coronel.

Emile les trajo los abrigos. La del pelo rojo se había ido a casa.

—Oiga, mozo (el coronel blandió su bastón), llame un coche, haga el favor... Procure que el caballo sea decente y que el cochero no esté borracho.

—De suite, monsieur.

Más allá de los tejados y de las chimeneas, un cielo de zafiro. El coronel aspiró fuertemente tres o cuatro veces el aire de la madrugada y tiró el cigarro a la alcantarilla.

—¿Y si nos fuéramos a desayunar a Cleremont? No encontré nada comible esta noche. ¡Uf, qué asco de champaña dulce!

Fifí rio como una tonta. Después que el coronel hubo examinado las cerneas del caballo, le acarició la cabeza, y subieron al coche. El coronel acurrucó a Fifí cuidadosamente bajo su brazo y partieron. Emile se quedó un momento en la puerta del restaurante, desarrugando un billete de cinco dólares. Estaba cansado, le dolían los empeines.

Cuando Emile salió por la puerta trasera del restaurante encontró a Congo que le esperaba sentado en un escalón, con el cuello de la chaqueta subido. Su tez estaba de un verde que daba frío.

—Éste es mi amigo —dijo Emile a Marco—, vinimos en el mismo vapor.

—Di, ¿no tienes una botella de fine en la chaqueta? Sapristi, he visto salir de aquí unas pollitas muy aceptables.

—Pero ¿qué te pasa?

—Ná, que perdí mi colocación... No quiero ná con ese tío. Vamos a tomarnos un café.

Pidieron café y buñuelos en una cantina instalada en un solar.

—Y bien, ¿le gusta a usted esta porquería de país? —preguntó Marco.

—¿Por qué no? Todo es lo mismo. En Francia te pagan mal y vives bien; aquí te pagan bien y vives mal.

—Questo paese e completamente soto copra.

—Creo que volveré al mar...

—Eh, ustés, ¿por qué caracho no aprendéis inglés? —dijo el tío de la cantina dejando violentamente las tres tazas en el mostrador.

—Si hablamos inglés —replicó Marco— a lo mejor no le gusta a usted lo que decimos.

—¿Por qué te echaron?

—¡Diable!, no sé. Tuve una agarrada con el camello que dirige el establecimiento... Vivía al lado de la cochera; además de lavar los coches me hacía fregar los pisos de su casa... Su mujer tenía una cara así. (Congo se chupó los labios y trató de ponerse bizco).

Marco rompió a reír:

—¡Santísima Vergine!

—¿Cómo te entendías con ellos?

—Señalaban las cosas con el dedo; entonces yo sacudía la cabeza y decía Awright. Entraba a las ocho y trabajaba hasta las seis, y cada día me daban más cosas sucias que hacer... Anoche me mandaron limpiar la taza del retrete. Yo sacudí la cabeza... Eso es trabajo pa mujeres... Ella se puso furiosa y empezó a chillar. Entonces yo empecé a saber inglés... Go awright to'ell, le digo... Entonces llega el viejo con uno de sus látigos y me pone en la calle, diciéndome que no me pagará la semana. Mientras peleábamos apareció un policía, y cuando yo trato de explicarle al policía que el viejo me debía diez dólares por la semana, va y me dice: «¡Anda allá, piojoso italiano!», y me da con la porra en el coco... ¡Au diable alors!

Marco estaba rojo de indignación.

—¡Piojoso italiano le llamó!

Congo, con la boca llena de buñuelo, hizo un gesto afirmativo.

—Y él no era más que un hampón irlandés —dijo el inglés Marco—. Estoy más harto de esta cochina ciudad...

—En el mundo entero pasa lo mismo: la policía moliéndonos a palos, los ricos explotándonos con sus míseros jornales, ¿y quién tiene la culpa?... ¡Per Dios! Usté, yo, Emile, todos tenemos la culpa.

—Nosotros no hemos hecho el mundo... Son ellos los que lo han hecho o Dios quizá.

—Dios está de su parte, como un policía... Cuando llegue la hora mataremos a Dios... Yo soy anarquista.

Congo tarareó: «Les bourgeois à la lanterne, nom de Dieu!».

—¿Es usté uno de los nuestros?

Congo se encogió de hombros.

—No soy católico ni protestante; no tengo dinero, no tengo trabajo. Miren.

Con su dedo sucio Congo señaló un largo siete en la rodilla de su pantalón.

—Esto es anarquismo... Caracho, me voy a ir al Senegal y hacerme negro.

—Ya lo pareces —rio Emile.

—Por eso me llaman Congo.

—Pero todo eso son bobadas —continuó Emile—. Todas las personas son lo mismo. Sólo que algunas van para arriba y otras no... Por eso vine yo a Nueva York.

—Dio mío, eso pensaba yo también hace veinticinco años... Cuando seas viejo como yo, ya verás. ¿No te da a veces vergüenza? Aquí... (se golpeó la pechera almidonada con los nudillos)... Yo siento algo que me quema, que me ahoga, aquí... Entonces me digo: «Courage, ya llegará nuestro día, nuestro día de sangre».

—Pues yo me digo —interrumpió Emile—: «Cuando tengas dinero, chico...».

—Escucha: Antes de marcharme de Turín, cuando fui la última vez a ver a la mamá, estuve en un mitin de camaradas... Uno de Capua se levantó para hablar..., un guapo mozo, alto, delgado... Dijo que no habría más fuerza cuando, después de la revolución, nadie viviera del trabajo del otro... Policía, gobiernos, ejércitos, presidentes, reyes..., todo eso es fuerza. La fuerza no es realidad: es ilusión. El obrero es quien inventa todo eso porque cree en ello. El día que cesemos de creer en el dinero y en la propiedad, será como un sueño cuando despertemos. No habrá necesidad de bombas ni de barricadas... Religión, política, democracia y demás, es para tenernos dormidos... Todos debemos ir diciendo al pueblo: «Despierta».

—Cuando se eche usted a la calle estaré con usted —dijo Congo.

—¿Ustedes conocen al hombre de quien hablo?... Ese hombre, Enrico Malatesta, es el más grande de Italia después de Garibaldi... Se pasa la vida en la cárcel o en el destierro, en Egipto, en Inglaterra, en Sudamérica, en todas partes... Si yo pudiera ser un hombre así no me importaría lo que me hicieran: colgarme, fusilarme..., me da igual..., sería feliz.

—Pero un sujeto así debe estar loco —dijo Emile lentamente—. Debe estar loco.

Marco sorbió el último trago de su café.

—Espera un poco. Eres muy joven aún. Ya comprenderás... Uno por uno, nos van convenciendo a todos... Y acuérdate de lo que te digo... Seré quizá demasiado viejo, habré muerto quizá, pero llegará un día en que los obreros despertarán de su esclavitud... Saldréis a la calle y la policía echará a correr, entraréis en un Banco y allí andará el dinero por los suelos y no os agacharéis a recogerlo... pues ya no os servirá para nada. Nos estamos preparando por

todo el mundo. Hay camaradas hasta en China... Vuestra Comune, en Francia, fue el principio... El socialismo fracasó. A los anarquistas les toca dar el próximo golpe... Si fracasamos nosotros también, otros vendrán...

Congo bostezó.

—Tengo un sueño de caerme.

Fuera, el alba color limón inundaba las calles desiertas, goteando de las cornisas, de las barandillas de las escaleras de incendios, de los bordes de los cubos de basura, rompiendo los bloques de sombra entre los edificios. Los faroles estaban apagados. Desde una esquina miraron hacia Broadway, que parecía una calle estrecha y rojiza, como si el fuego la hubiera destripado.

—Yo nunca veo el amanecer —dijo Marco, rechinándole la voz en la garganta—, que no me diga: «Quizás... quizás hoy».

Carraspeó y escupió contra el pie de un farol: después se alejó con su andar de pato, olfateando bruscamente el aire fresco.

—¿Es verdad, Congo, eso de que te embarcas otra vez?

—¿Por qué no? Hay que ver mundo...

—Te echaré de menos... tendré que buscar otro cuarto.

—Ya encontrarás amigo con quien compartirlo.

—Pero si haces eso no saldrás de marinero en toda tu vida.

—¿Qué más da? Cuando tú seas rico y estés casado vendré a visitarte.

Bajaban por la Sexta Avenida. Un tren elevado retembló sobre sus cabezas, dejando al pasar un zumbido metálico a lo largo de las traviesas.

—¿Por qué no buscas otro sitio para quedarte aquí un poco?

Congo sacó dos cigarrillos arrugados del bolsillo superior de su chaqueta, alargó uno a Emile, encendió una cerilla en la trasera del pantalón y lanzó despacio el humo por la nariz.

—Te digo que estoy harto de esto... (se llevó la mano chata a la altura de la nuez) hasta aquí... Puede que me vuelva a mi tierra, a ver las chiquitas de Burdeos... Por lo menos no están hechas sólo de ballenas... Me alistaré de voluntario en la marina y llevaré un pompón rojo... A las mujeres les gusta. Eso es vivir y namás... Emborracharse, y armar la gorda los días de paga y ver el Extremo Oriente.

—Y luego morir sifilítico en un hospital, a los treinta...

—¿Y qué?... El cuerpo se le renueva a uno cada siete años.

La escalera de la casa donde vivían olía a verdura y a cerveza agria. Subieron a trompicones, bostezando.

—El oficio de camarero es una porquería... Cansa mucho... Le duelen a uno las plantas de los pies... Mira, va a hacer un día espléndido. Ya da el sol en el tanque de enfrente.

Congo se quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones y se apelotonó en su cama como un gato.

—Esas malditas cortinas dejan pasar toda la luz —murmuró Emile estirándose en el borde exterior de la cama.

Se agitaba incómodo entre las sábanas arrugadas. A su lado Congo respiraba profunda y regularmente. «Si yo fuera así —pensaba Emile—, que no me preocupase de nada... Pero no es ésa la manera de prosperar en el mundo. ¡Dios!, qué estupidez... Ese bobo de Marco c'est gaga».

Y se quedó tendido de espaldas mirando las manchas mohosas del techo, estremeciéndose siempre que un tren elevado hacia retemblar el cuarto. Sacré nom de Dieu! Tengo que ahorrar dinero. Cada vez que daba una vuelta, sonaba una bola de la cama, y entonces se acordaba de la voz ronca y silbante de Marco: Nunca veo el amanecer que no me diga: quizás.

—Si me perdona un momentito, señor Olafson —dijo el agente—, mientras que usted y la señora deciden acerca del piso...

Ellos se quedaron el uno junto al otro en el cuarto vacío. Por la ventana veían el Hudson color pizarra, los barcos de guerra anclados y una goleta que viraba río arriba. Ella se volvió de repente con los ojos brillantes:

—¡Oh, Billy!

Él la agarró por los hombros y la atrajo a sí lentamente.

—Casi se puede oler el mar.

—Piensa que vamos a vivir aquí en Riverside Drive. Tengo que fijar un día para recibir... Sres. William C. Olafson, 218 Riverside Drive... No sé si estará bien poner las señas en nuestras tarjetas de visita.

Lo tomó de la mano y lo llevó a través de los cuartos vacíos, bien barridos, donde nadie había vivido aún. Él era un hombre grandote y pesado, con ojos de un azul borroso, hundidos en una cabeza blanca, de niño.

—Mucho dinero es, Bertha.

—Ahora podemos pagarlo, claro que podemos. Debemos vivir conforme a nuestros ingresos... Tu posición lo pide... Y piensa qué felices seremos aquí.

El agente volvía por el hall frotándose las manos.

—Vaya, vaya, vaya... Veo que hemos tomado una decisión favorable... Cuerdo acuerdo... No hay mejor sitio en toda Nueva York, y dentro de pocos meses no podrían ustedes encontrar nada por aquí ni con influencia ni con dinero.

—Sí, lo tomamos desde primero de mes.

—Muy bien... No se arrepentirá usted de su decisión, señor Olafson.

—Le enviaré a usted un cheque mañana por la mañana.

—Como usted guste... ¿Y cuál es su dirección actual?, me hace el favor...

El agente sacó un carnet y humedeció la punta de un lápiz con la lengua.

—Ponga usted Hotel Astor.

Ella se plantó delante de su marido.

—Nuestras cosas están en un guardamuebles ahora.

El señor Olafson se puso colorado.

—Y... mmm... desearíamos el nombre de dos personas para referencia... en Nueva York.

—Estoy con Keating & Bradley, ingenieros sanitarios, Park Avenue, 43...

—Acaban de hacerlo subinspector general —añadió la señora Olafson.

Cuando salieron a la Avenida, donde soplaba un viento agresivo, ella exclamó:

—Soy tan feliz, amor mío... Ahora sí que valdrá la pena vivir.

—Pero ¿por qué le dijiste que vivíamos en el Astor?

—Hombre, no podía decirle que vivíamos en el Bronx. Hubiera pensado que éramos judíos y no nos hubiera alquilado el piso.

—Pero ya sabes que no me gustan esas cosas.

—Bueno, no tenemos más que mudarnos al Astor lo que queda de semana si sientes tantos escrúpulos... Yo no he parado en mi vida en un gran hotel del centro.

—Oh, Bertha, son los principios... No me gusta que seas así...

—Ella se volvió y le miró arrugando la nariz.

—Eres tan pamplinoso, Billy... ¡Lo que yo daría por haberme casado con un hombre!

Él la tomó del brazo.

—Vamos por aquí —dijo ásperamente, con la cara vuelta.

Subieron por una bocacalle, entre dos solares. En una esquina se veía aún la desvencijada mitad de una alquería, construida de tablas solapadas. Quedaba aún media habitación, con un papel azul de flores comido por manchas pardas, una chimenea ahumada, un chinero destrozado y una caja de hierro toda doblada.

Los platos resbalaban sin cesar entre los grasientos dedos de Bud. Olor a bazofia y jabonaduras. Dos restregones con el estropajo, al agua, a enjuagarlos y a colocarlos en el escurridor para que el judío narigudo los seque; las rodillas húmedas de salpicaduras, la grasa subiéndole por los brazos, los codos entumecidos.

—Caramba, éste no es trabajo para un blanco.

—A mí qué, con tal de comer—dijo el pequeño judío entre el ruido de los platos y el borbolloneo del fogón donde tres sudorosos cocineros freían huevos y jamón, albondiguillas, patatas y picadillo de cecina.

—Sí, yo como bien —dijo Bud, pasándose la lengua por los dientes, de donde salió una tirilla de carne salada que estrujó contra el paladar. Dos restregones con el estropajo, al agua, a enjuagarlos y a colocarlos en el escurridor para que el judío les seque. Hubo un descanso. El mozo judío alargó a Bud un cigarrillo. Estaban en pie apoyados contra la pila.

—No es ninguna mina que digamos, esto de lavar platos.

Cuando el judío hablaba, el cigarrillo vacilaba entre sus labios gruesos.

—En todo caso, este trabajo no es para un blanco —dijo Bud—. Más vale servir, hay propinas.

Un hombre con un hongo castaño llegó al lunch-room por la puerta oscilante. Tenía una gran mandíbula, ojillos de cerdo y un largo cigarro muy tieso en medio de la boca. Bud le vio y sintió un estremecimiento frío retorcerle las tripas.

—¿Quién es ése? —murmuró.

—No sé, un cliente, supongo.

—¿No crees que tiene cara de detective?

—¿Cómo diablos lo voy a saber yo? Nunca he estado en la cárcel.

El muchacho judío se puso colorado y sacó la mandíbula.

Un mozo trajo otra pila de platos sucios. Dos restregones con el estropajo, al agua, a enjuagarlos y a colocarlos en el escurridor. Cuando el hombre del hongo castaño volvió a pasar por la cocina, Bud no apartó los ojos de sus rojas

manos grasientas: «¿Y qué me importa que sea un detective...?». Cuando Bud hubo terminado su tarea, se dirigió a la puerta enjugándose las manos, cogió su chaqueta y su sombrero de la percha y se escurrió por la puerta de servicio, entre latas de basura, a la calle. «Qué idiota, desperdiciar dos horas de paga». En el escaparate de un óptico el reloj marcaba las dos y veinticinco. Bajó por Broadway, pasó Lincoln Square, atravesó Columbus Circle, marchando siempre hacia el centro de los negocios, donde la multitud sería más densa.

Ellie estaba acostada, las rodillas dobladas hasta la barbilla, el camisón bien remetido bajo los pies.

—Ahora, estírate y duerme, queridita... Promete a mamá que vas a dormirte.

—¿Es que papá no va a venir a darme las buenas noches y a besarme?

—Vendrá cuando vuelva. Ha tenido que ir otra vez a la oficina, y mamá va a ir a jugar al euchre a casa de los señores Spingard.

—¿Cuándo volverá papá?

—Ellie, te he dicho que te duermas... Dejaré la luz.

—No, mamá; hace sombras... ¿Cuándo volverá papá?

—Cuando le parezca bien.

Apagó el gas... De todos los rincones salían sombras que uniendo sus alas se enlazaban.

—Buenas noches, Ellen.

La raya luminosa de la puerta se estrechó al salir mamá, se estrechó lentamente hasta quedar como un hilo. La cerradura crujió, los pasos se alejaron por el vestíbulo, la puerta de la calle se cerró de golpe. El tictac de un reloj en algún rincón del cuarto silencioso. Fuera del piso, fuera de casa, ruedas, galopar de cascos, voces que se pierden. El estruendo aumenta. Todo negro menos los dos hilos de luz como una L invertida en el ángulo de la puerta.

Ellie hubiera querido estirar las piernas, pero le daba miedo. No se atrevía a quitar los ojos de la L invertida en el ángulo de la puerta. Si cerraba los ojos la luz se iría. Detrás de la cama, entre las cortinas de la ventana, dentro del armario, debajo de la mesa, las sombras le hacían muecas. Ellie se apelotonaba apretando su barbilla contra las rodillas. La almohada estaba llena de sombras, las sombras se deslizaban, se le metían en la cama. Si cerraba los ojos, la luz se iría.

De la calle un fragor negro subía en espirales, se filtraba a través de las paredes haciendo palpar las sombras enlazadas. Su lengua chasqueaba entre

los dientes como el tic-tac del reloj. Sus brazos y sus piernas estaban rígidos; el cuello, rígido también; iba a gritar. Gritar hasta ahogar el estruendo de la calle, gritar para que papá la oiga, para que papá vuelva a casa. Tomó aliento y gritó más. Para que papá vuelva a casa. Las sombras se tambaleaban y bailaban. Las sombras daban vueltas y más vueltas. Entonces se echó a llorar. Sus ojos se llenaron de lágrimas ardientes, tranquilizadoras, que rodaban por sus mejillas hasta las orejas. Dio una vuelta y lloró, con la cabeza hundida en la almohada.

Los faroles de gas oscilaban un momento en las calles moradas de frío, luego se apagan en un amanecer lívido. Gus McNiel, con los ojos todavía pegados de sueño, marcha al lado de su carro, balanceando una cesta de rejilla, llena de botellas de leche. Para en las puertas, recoge las botellas vacías, sube las escaleras heladas, deja los cuartillos de leche, calidad A o calidad B, mientras tras las cornisas, los tanques de agua, los caballetes de los tejados, las chimeneas, el cielo se tiñen de rosa y amarillo. La escarcha blanca destella en los escalones y en las aceras. El caballo, cabeceando, avanza de puerta en puerta. Las pisadas comienzan a oscurecer el pavimento escarchado. Un camión de cerveza retumba calle abajo.

—¿Cómo va, Moike? Vaya un fresquito, ¿eh? —grita Gus McNiel a un guardia que se frota los brazos en la esquina de la Octava Avenida.

—¿Qué hay, Gus, siguen las vacas dando leche?

Ya es completamente de día cuando, al fin, golpeando con las riendas el raído trasero de su caballo capado, emprende el regreso a la lechería. A sus espaldas brincan en el carro las botellas vacías. En la Novena Avenida un tren pasa disparado por lo alto, en dirección al centro, arrastrado por una maquinilla verde que lanza burbujas blancas, densas como algodón, a disolverse en el aire crudo, entre rígidas casas de negras ventanas. Los primeros rayos de sol hacen resaltar el dorado letrero de DANIEL MCGILL Y CUDDY, VINOS Y LICORES en la esquina de la Décima Avenida. Gus McNiel tiene la lengua seca, y el alba le da un gusto salado. Un buen vaso de cerveza le entona a uno en una mañana como ésta. Enrolla las riendas al látigo y salta por encima de la rueda. Sus pies ateridos le pican al chocar contra el pavimento. Pateando para que le vuelva la sangre a los dedos, franquea la portezuela.

—Que el diablo me lleve si no es el lechero que nos trae una pinta de crema para el café.

Gus escupe en la recién lustrada salivadera, junto al mostrador.

—Chico, tengo una sed...

—Apuesto que has bebido mucha leche otra vez, Gus —rugió el dueño del

bar con su cara cuadrada de bistec.

El local huele a lustre y a serrín fresco. A través de una ventana abierta, un rojo rayo de sol acaricia las nalgas de una mujer desnuda, que, quieta como un huevo duro sobre un plato de espinacas, aparece reclinada en un cuadro de marco dorado, detrás del mostrador.

—Bueno, Gus, ¿qué te apetece en una mañana fría como ésta?

—Cerveza, basta, Mac.

La espuma sube en el vaso, tiembla, se derrama. El dueño rasa los bordes con una paleta de madera, deja que la espuma se asiente un instante, luego pone otra vez el vaso bajo la espita poco abierta. Gus se instala confortablemente apoyando los talones en la barra de latón.

—¿Y cómo va el trabajo?

Gus despacha su vaso de cerveza y levanta hasta el cuello la mano, antes de limpiarse la boca con ella.

—Estoy hasta aquí... Lo que voy a hacer es irme al Oeste, tomar un terreno en North Dakota, o en cualquier sitio por allá, y plantar trigo... yo me las arreglo bien en una granja... Esta vida de las ciudades no vale pa ná.

—¿Cómo lo tomará Nellie?

—No se avendrá muy bien al principio, le gustan las comodidades de la casa, sus costumbres, pero creo que en cuanto se vea allá... Esto no es vida ni pa ella ni pa mí.

—Tíes razón. Esta ciudad está arruinada... Yo y la señora venderemos esto el mejor día, pronto me parece. Si pudiéramos comprar un restaurante chic en el centro o un merendero, eso sí que nos vendría al pelo. Ya le he echado el ojo a una finquita por cerca de Bronxville, a distancia razonable. (Apoyando meditativamente la barbilla en un puño como un mazo). Ya estoy harto de tener que andar a porrazos con esos malditos curdas todas las noches. Qué diablos, yo no he dejao el ring pa seguir boxeando. Justamente anoche dos tíos empezaron a darse golpes y yo tuve que habérmelas con ellos pa despejar el local... Ya estoy harto de pelear con todos los curdas de la Décima Avenida... Toma algo por cuenta de la casa.

—Temo que Nellie me lo va a notar por el olor.

—Bah, no te preocupes... Nellie debe estar acostumbrada a que se beba un poquito. A su padre bien le gusta.

—En serio, Mac, no he agarrao una desde que me casé.

—Haces bien. Es realmente un encanto de mujer, Nellie, vaya si loes.

Aquellos ricitos suyos son para volver loco a cualquiera.

La segunda cerveza lleva un acre torrente de espuma hasta las puntas de sus dedos. Gus, riendo, se da una palmada en el muslo.

—Es una perla, eso es lo que es, Gus, tan señorita y demás.

—Bueno, creo que me voy a verla.

—Qué tío de suerte, volverte a casa a acostarte con tu mujer, cuando todos empezamos a trabajar.

La cara de Gus se puso más roja. Los oídos le palpitaban.

—A veces me la encuentro en la cama aún... Hasta la vista, Mac.

Gus sale a la calle. La mañana está triste y fría. Nubes de plomo pesan sobre la ciudad.

—Arrea, saco de huesos —dice Gus dando un tirón de la rienda.

La Undécima Avenida está cubierta de un polvo helado. Chirrían las ruedas, martillean los cascotes en los adoquines. Por la vía férrea llega el tin-tan de la campana de la locomotora de un tren de mercancías que entra en agujas. Gus está en la cama con su mujer hablándole dulcemente: —Mira, Nellie, no te importará que nos vayamos al Oeste, ¿verdad? He hecho una instancia pidiendo un terreno en North Dakota, tierra negra donde podremos hacer un montón de dinero con el trigo. Hay tipos que se han hecho ricos con cinco buenas cosechas... Y es mejor para los peques también... «Hola, Moike». Aun está ahí el pobre Moike en su puesto. Mal negocio ser guardia con este frío. Más vale cultivar trigo y tener una buena granja, con graneros y cerdos y caballos y vacas y gallinas... La Nellie, tan bonita con su pelo rizado, dando de comer a las gallinas a la puerta de la cocina...

—¡Eh, amigo!... —le grita uno desde la acera—. ¡Cuidado con el tren!

Una boca que grita bajo una gorra de visera, una bandera verde que ondea. «Dios mío, estoy en la vía». De un brusco tirón hace volver la cabeza al caballo. Un topetazo destroza el carro. Los vagones, el caballo, la bandera verde, las casas rojas, todo voltea y se hunde en las tinieblas.

III. DÓLARES

«Caras todo a lo largo de la batayola; caras en todas las portillas. A sotavento salía un olor rancio del vapor que estaba fondeado en el puerto, un poco escorado, con la bandera amarilla de la cuarentena ondeando en el palo

mayor.

«Un millón de dólares daría yo —dijo el viejo soltando los remos— por saber a qué vienen.»

«Por eso mismo, abuelo —dijo el joven sentado a la popa—. ¿No es éste el país de la oportunidad?»

«Una cosa sé —continuó el viejo—. Y es que cuando yo era muchacho no venían más qu'irlandeses por primavera, con el primer banco de sábalos... Ya no hay sábalos, y esa gente Dios sabe de ande vienen.»

«Es el país de la oportunidad».

Un joven demacrado, con ojos de acero y fina nariz arqueada, estaba recostado en su silla giratoria, con los pies encima del nuevo escritorio de caoba. Tenía la piel cetrina, y sus labios se plegaban en un ligero mohín. Removiéndose en la silla contemplaba los arañazos que sus zapatos hacían en el chapeado de la mesa. Me importa un pito. Se incorporó de repente, haciendo crujir el asiento, y se dio un puñetazo en la rodilla. Total tres meses rozándome los pantalones en esta silla... ¿Para qué pasar por la Facultad de Derecho, sacar la licenciatura de abogado, si no encuentra uno pleito que defender? Frunció el ceño al ver el letrero dorado a través de la puerta de cristales esmerilados:

NIWDLAB EGROEG

odabogA

Niwdlab, galés. Se puso en pie de un salto. Llevo leyendo al revés ese condenado letrero tres meses, todos los días. Me voy a volver loco. Saldré a almorzar.

Se estiró el chaleco, se sacudió los zapatos con un pañuelo y luego, contrayendo la cara en una expresión de intensa preocupación, salió escapado de su oficina, bajó a saltos las escaleras y salió a Maiden Lane. Delante del restaurante leyó en una edición extraordinaria:

LOS JAPONESES ARROJADOS DE MUKDEN

Compró el periódico, lo dobló bajo el brazo y empujó la puerta. Tomó una mesa y examinó el menú con atención. No puedo excederme por ahora.

—Camarero, tráigame un cubierto a la New England, una ración de tarta de manzana y un café.

El narigudo camarero escribió la orden en una hoja de papel, mirándole de reojo, con el ceño fruncido... Éste es el almuerzo de un abogado sin pleitos. Baldwin carraspeó y desdobló el periódico. Con esto subirán las acciones rusas un poquito. Los veteranos visitan al presidente...

OTRO ACCIDENTE EN LA VÍA DE LA UNDÉCIMA AVENIDA

Un lechero gravemente herido. ¡Hola, aquí podría sacarse una bonita indemnización!

Augustus McNiel, 253 W. 4th. Street, repartidor de la Lechería Excelsior, fue gravemente herido esta madrugada por un tren de carga que retrocedía por la vía de la New York Central...

Podría poner pleito a la Compañía. ¡Cuerno, yo debía agarrar a ese hombre y hacerle pedir una indemnización!... No ha vuelto en sí aún... Se habrá muerto quizá. Entonces su mujer puede demandarlos con mayor motivo... Iré al hospital esta misma tarde... Tengo que adelantarme a todos esos picapleitos. Mordió un bocado de pan con aire determinado y masticó enérgicamente. Pues claro que no; iré a su casa a ver si hay mujer o madre o lo que sea: «Perdóneme usted Sra. McNiel si vengo a importunar su profunda aflicción pero estoy en este momento tratando de investigar... Sí, retenido por intereses de capital importancia...». Bebió el último sorbo de café y pagó la cuenta.

Repitiendo 253 W. 4th. Street sin cesar, montó en un tranvía que subía por Broadway. Se metió por la calle 4, lado oeste, bordeando Washington Square. Los árboles extendían sus ramas de un tenue violeta contra un cielo columbino. Las casas de enfrente con sus grandes ventanas, resplandecían rosadas, impasibles, prósperas. El gran sitio para un abogado con grande y perseverante clientela. Bueno, ya veremos esto. Cruzó la Sexta Avenida y siguió la sucia calle en dirección al oeste. Había por allí un insoportable olor a cuadra, y en las aceras, llenas de basura, se revolcaban los chiquillos. Pensar que se puede vivir aquí entre irlandeses de clase baja, y extranjeros, la escoria del universo. En el número 253 había varios timbres sin nombre. Una mujer con mangas de guinda remangadas en unos brazos amorcillados, sacó por la ventana una cabeza gris desgredada.

—¿Puede usted decirme si vive aquí Augustus McNiel?

—¿Ése que está en el hospital? Sí que vive.

—El mismo. ¿Tiene parientes en la casa?

—¿Y usted para qué los quiere?

—Es cuestión de negocios.

—Suba usted al último piso y allí encontrará a su mujer, pero lo más fácil es que no pueda recibirle... La probe está toda trastornada con lo de su marido, y no hacía dieciocho meses que s'habían casao.

En las escaleras se veían huellas de barro y salpicaduras de las latas de la

basura. Arriba encontró una puerta recién pintada de verde oscuro, y llamó.

—¿Quién es? —preguntó una voz de muchacha que le hizo estremecerse.

—(Debe ser joven). ¿Está la señora McNiel en casa?

—Sí —respondió la cantarina voz—. ¿Qué quiere usted?

—Es un asunto... relacionado con el accidente del señor McNiel.

—¿Con el accidente, dice usted?

La puerta se abrió poco a poco, cautelosamente. Tenía la nariz y la barbilla bien dibujadas, de un color blanco perla. Una ondulada mata de pelo rojizo ceñía en lisos bucles su frente alta y estrecha. Dos ojos grises, vivos y recelosos, le miraban fijamente a la cara.

—¿Podría hablar con usted un momentito acerca del accidente del señor McNiel? Existen ciertas consecuencias legales que creo mi deber poner en su conocimiento... A propósito, espero que estará mejor.

—Oh, sí, ya recobró el sentido.

—¿Puedo pasar? La cosa es un poco larga de explicar.

—Sí, ¿por qué no?

El mohín de sus labios se alargó en una sonrisa forzada.

—Digo yo que no irá usted a comerme.

—De veras que no.

Él, riéndose con una risa nerviosa, gutural, la siguió a una salita oscura.

—No levanto las cortinas para que no vea usted lo revuelto que está esto.

—Permítame ante todo que me presente, señora McNiel... George Baldwin, 88 Maiden Lane... Yo, sabe usted, me especializo en casos como éste... Para decirlo en cuatro palabras... Su marido ha sido atropellado y casi muerto por la negligencia culpable, y tal vez criminal, de los empleados de la Compañía del New York Central Railroad. Sobran motivos para poner pleito a la Empresa. Ahora bien, tengo mis razones para creer que la Lechería Excelsior intentará un proceso por las pérdidas habidas, caballo, carro, etc...

—¿Quiere usted decir que Gus podría obtener una indemnización también?

—Eso mismo.

—¿Cuánto cree usted que podría sacar?

—Depende de la gravedad de su estado, de la actitud de los tribunales, y acaso de la pericia del abogado... Creo que diez mil dólares es una estimación moderada.

¿Y usted no pide nada adelantado?

—Los honorarios del abogado raramente se pagan hasta que el caso se lleva a feliz término.

—Y es usted abogado, ¿de veras? Parece usted muy joven para ser abogado.

Los ojos grises brillaban fijos en él. Ambos se echaron a reír. Baldwin sintió una inexplicable sensación de calor por todo el cuerpo.

—Sin embargo, soy abogado. Casos como éste son mi especialidad. Precisamente el martes pasado saqué seis mil dólares para un cliente mío, a quien un caballo del ómnibus le dio una coz... En este momento, como usted sabrá, reina gran agitación contra el privilegio de la vía férrea de la Undécima Avenida... El momento no puede ser más favorable.

—Oiga, ¿habla usted siempre así o sólo cuando habla de negocios?

Él echó la cabeza atrás, estallando de risa.

—¡Pobre Gus, siempre dije que tenía mala estrella!

El vagido de un niño se filtró débilmente a través del tabique.

—¿Qué es eso?

—Nada, el niño... El condenado no sabe más que berrear.

—¿De manera que tiene usted chicos, señora McNiel?

Esta idea le dejó frío.

—Uno solo... ¿qué quiere usted?

—¿Su marido está en el Emergency Hospital?

—Sí, creo que le dejarán a usted verle, por tratarse de lo que se trata. Se queja de una manera horrible.

—Ahora, si yo pudiera encontrar unos cuantos testigos.

—Mike Doheny lo vio todo... Es de la policía. Un buen amigo de Gus.

—Tenemos el asunto ganado... No será necesario ir a los tribunales... Me voy derecho al hospital.

Volvieron a oírse berridos en el otro cuarto.

—Oh, ese crío... —murmuró ella crispada—. Ya sabríamos en qué gastar el dinero, señor Baldwin...

—Bueno, tengo que irme. (Cogió el sombrero). Y desde luego, haré todo lo que pueda en este asunto. ¿Puedo venir de vez en cuando para tenerla al corriente?

—Así lo espero.

En la puerta, al despedirse, él no acababa de soltarle la mano. Ella se ruborizó.

—Bueno, adiós y muchas gracias por su visita —dijo secamente.

Baldwin bajó las escaleras tambaleándose, presa de vértigo. La sangre se le agolpaba en la cabeza. La mujer más bonita que he visto en mi vida. Fuera empezaba a nevar. Los copos eran una fría y furtiva caricia en sus mejillas ardientes.

Sobre el Parque, un cielo moteado de nubecillas con cola, parecía un prado con gallinas blancas.

—Oye, Alice, vamos a bajar por este caminito.

—Pero Ellen, papá me ha dicho que volviera derecha a casa desde la escuela.

—¡Miedosa!

—Pero Ellen, esos secuestradores...

—Te he dicho que no me llames Ellen.

—Bueno, Elaine, entonces; Elaine, el lirio de Astalot.

Ellen lucía su vestido nuevo escocés, de la Guardia Negra. Alice llevaba gafas y tenía unas piernas delgadas como horquillas.

—¡Gallina!

—Hay unos hombres horrendos en aquel banco. Vámonos a casa, Elaine la bella, vámonos.

—A mí no me dan miedo. Yo podría volar como Peter Pan si quisiera.

—¿Por qué no lo haces?

—Es que ahora no tengo gana.

Alice comenzó a gimotear.

—Oh, Ellen, no seas mala... Vámonos a casa, Elaine.

—No, yo me voy a pasear por el parque.

Ellen bajó las escaleras. Alice se quedó arriba, balanceándose ya en un pie, ya en el otro.

—¡Gallina, gallina, qué mieditis tienes! —gritó Ellen.

Alice se marchó corriendo, hecha un mar de lágrimas.

—¡Se lo voy a decir a tu mamá!

Ellen, dando patadas al aire, bajó por el sendero de asfalto, entre los arbustos.

Ellen con su nuevo traje escocés, de la Guardia Negra, que mamá le había comprado en Hearn's, bajaba por el sendero asfaltado, dando patadas al aire. Llevaba un cardo de plata a guisa de broche en la hombrera del vestido nuevo escocés que mamá le había comprado en Hearn's. Elaine de Lammermoor iba a casarse. La novia. Uangnaan, nainainai, hacían las gaitas entre el centerno. El hombre del banco tiene un parche en un ojo. Un parche que ve. Un parche que ve. El secuestrador de la Guardia Negra; entre los arbustos susurrantes, los secuestradores montan su Guardia Negra. Ellen no da patadas al aire. Ellen tiene un miedo horrible del secuestrador de la Guardia Negra, el hombre hediondo de la Guardia Negra que lleva un parche en el ojo. Tiene miedo de correr. Sus pies se pegan al asfalto cuando tratan de echar a correr por el sendero abajo. Tiene miedo de volver la cabeza. El secuestrador de la Guardia Negra le pisa los talones. Cuando llegue al farol correré hasta la niñera con el bebé, cuando llegue hasta la niñera con el bebé correré hasta el árbol grande, cuando llegue al árbol grande... Oh, qué cansada estoy... Llegaré al Central Park West, bajaré por la calle a casa... Tenía miedo de volverse. Corría sintiendo una punzada en un costado. Corría, y la boca le sabía a calderilla.

—¿Por qué corres, Ellie? —preguntó Gloria Drayton, que estaba saltando a la comba delante de la casa de los Noreland.

—Corro porque quiero —contestó Ellen jadeando.

Un resplandor vinoso teñía las cortinas de muselina y se filtraba en la penumbra azul de la habitación. Estaban en pie uno a cada lado de la mesa. En una maceta de narcisos, todavía envuelta en papel de seda, brillaban estrelladas flores, con pálida fosforescencia, despidiendo un olor a tierra húmeda mezclado a un perfume lánguido y punzante.

—Muy amable de su parte traerme estas flores, señor Baldwin. Se las llevaré a Gus al hospital, mañana.

—Por los clavos de Cristo, no me llame usted así.

—Si es que no me gusta el nombre de George.

—No importa, a mí me gusta su nombre, Nellie.

Se quedó mirándola. Le parecía que pesados anillos de perfume le ceñían los brazos. Las manos le colgaban como guantes vacíos. Ella tenía los ojos negros, dilatados, y sus labios avanzaban hacia él por encima de las flores. Se tapó la cara con las manos. Él le pasó el brazo por los hombros frágiles.

—Mira, Georgy, tenemos que ser prudentes. No debes venir aquí tan a

menudo. No quiero dar que hablar a todas las comadres de la casa.

—No te preocupes... No debemos preocuparnos de nada.

—Me he estado portando como si estuviera loca, esta última semana... Esto tiene que acabar.

—Tú no pensarás que lo que ocurre es natural en mí, ¿verdad? Juro a Dios, Nellie, que es la primera vez. Yo no soy un hombre de ésos... Ella mostró sus dientes regulares en un golpe de risa.

—¡Oh, con los hombres nunca sabe una a qué atenerse!...

—Pero si no fuera esto algo extraordinario, excepcional, comprenderás que yo no te hubiera perseguido de este modo, ¿verdad? Nunca he estado tan enamorado de nadie como de ti, Nellie.

—¡Mira con lo que sale!

—Pues es la verdad... Yo nunca me ocupé de tales historias. He tenido que trabajar demasiado para terminar la carrera y no me ha quedado tiempo para pensar en mujeres.

—Me parece que tratas de recuperar lo perdido.

—Oh, Nellie, no digas esas cosas.

—No, pero de verdad, Georgy, tengo que acabar con esto. ¿Qué haremos cuando Gus salga del hospital? Ya no me ocupo de la niña ni de nada.

—Cristo, no me importa lo que ocurra... Oh, Nellie.

Él le hizo volver la cabeza. Se agarraron, vacilantes, las bocas furiosamente unidas.

—Cuidado, por poco tiramos la lámpara.

—Dios, eres maravillosa, Nellie.

Nellie había dejado caer la cabeza sobre su pecho, y él se sentía penetrado por el perfume de su pelo en desorden.

Era de noche. Las luces verdes de los faroles culebreaban en torno a ellos. Ella le miraba y sus ojos negros brillaban, terribles, solemnes.

—Oye, Nellie, vamos al otro cuarto —murmuró él con voz temblorosa.

—Está la niña allí.

Se separaron, con las manos frías, sin dejar de mirarse.

—Ven y ayúdame. Tráete la cuna aquí... Cuidado, si la despertamos gritará hasta desgañitarse —dijo Nellie con voz seca.

La niña dormía con su carita de goma muy engurruñida, con sus puñitos rosados muy apretados sobre el embozo.

—Está en la gloria —dijo él, con una risita forzada.

—No puedes callarte... Vamos, quítate los zapatos... Bastante ruido hemos metido ya... Georgy, yo no debiera hacer esto, pero no puedo remediarlo...

Él la buscó a tientas en la oscuridad.

—Vida mía...

Y la abrazó torpemente, respirando fuerte, como un loco.

—Flatfoot, nos la estás dando...

—No, de veras, juro por el sepulcro de mi madre qu'es la pura... Latitud sur, trentisiete por doce ueste... No tenéis más qu'ir ayí y verlo... En aqueya isla ande fuimos a parar en el barco del segundo, cuando el Elliot P. Simkins se fue a pique, había cuatro machos y cuarentisiete hembras, incruyendo mujeres y niños. ¿No fui yo el que le conté todo al tío ese, el repórter, y salió en todos los periódicos del domingo?

—Pero Flatfoot, ¿cómo demonio te sacaron a ti de allí?

—Me sacaron en una camilla, que me muera si miento. Yo m'iba p'abajo tamién, me dormía de proa como el viejo Elliot P, que me maten si no es cierto.

Las cabezas echadas hacia atrás soltaron grandes carcajadas, los vasos golpearon la redonda mesa llena de círculos, las manos cayeron sobre los muslos, los codos se hundieron en las costillas.

—¿Y cuántos fulanos erais en el barco?

—Seis con el señor Dorkins, el segundo.

—Siete y cuatro once... fss... tocabais a cuatro y tres onzavos por cabeza... ¡Vaya islita!

—¿Cuándo sale el otro ferry?

—Vamos antes a echar otro traguito... Eh, Charlis, venga otra ronda.

Emile le tiró del codo a Congo.

—Sal afuera un momento. J'ai que'que chose à te dire.

Congo tenía los ojos húmedos. Tambaleándose un poco, siguió a Emile al bar.

—¡Oh, le petit mystérieux!

—Mira, tengo que marcharme, me espera una amiga.

—Oh, ¿era eso lo que te preocupaba? Siempre dije que eras un cuco, Emile.

—Mira, aquí te dejo mi dirección en un cacho de papel para en caso que te olvides: 945 West, 22nd. Puedes venir y dormir allí, si no estás muy curda, y no traigas amigos, ni mujeres, ni nada. Me entiendo bien con la patrona y no quiero echarlo a perder... ¿Comprendes?

—Y yo que quería llevarte a una juerga de postín... Faut faire un peu la noce, nom de Dieu!...

—Tengo que trabajar por la mañana temprano.

—Yo tengo la paga de ocho meses en el bolsillo...

—De todos modos, pásate mañana a eso de las seis. Te esperaré.

—Tu me tiens pourrit, tu sais, avec les manières.

Congo lanzó un salivazo a la salivadera que había en un rincón, y se volvió adentro frunciendo el entrecejo.

—¡Eh, tú, Congo, siéntate! Barney va a cantar The Bastard King of England.

Emile montó en un tranvía ascendente. Se apeó en la calle 18 y se dirigió a la Octava Avenida. A dos puertas de la esquina, había una tiendecita. Sobre una de las ventanas ponía CONFISERIE, sobre la otra DELICATESSEN. En medio de la puerta vidriera, en letras de esmalte blanco, se leía: EMILE RIGAUD, GOLOSINAS ESCOGIDAS. Emile entró. Sonó la campanilla de la puerta. Una mujerona morena, con pelos negros en las comisuras de los labios, dormitaba tras el mostrador. Emile se quitó el sombrero.

—Bonsoir, madame Rigaud.

Ella levantó la cabeza sobresaltada, luego enseñó dos hoyuelos en una sonrisa.

—Tieng, c'est comme ça qu'ong oublie ses amies —dijo con un tonante acento bordelés—. Hace una semana que me estoy diciendo: monsieur Loustec se olvida de sus amigos.

—No tengo ya tiempo para nada.

—¿Mucho trabajo, mucho dinero, heing?

Al reír le temblaban los hombros y los pechos bajo la ceñida blusa azul.

Emile guiñó un ojo.

—Pudiera irme peor... pero ya estoy harto de servir... Es un oficio muy cansador; y nadie hace caso de un camarero.

—Es usted hombre de ambición, monsieur Loustec.

—Que voulez vous?

Enrojeció y dijo tímidamente:

—Me llamo Emile.

Madame Rigaud levantó los ojos al techo.

—Así se llamaba mi difunto marido. Estoy acostumbrada a ese hombre.

Suspiró ella profundamente.

—¿Y cómo van los negocios?

—Comme-ci, comme-ça... El jamón ha vuelto a subir.

—El trust de Chicago tiene la culpa... El monopolio del cerdo, ése si que es un medio de ganar dinero.

Emile sintió que los ojos saltones de madame Rigaud le escudriñaban los suyos.

—Me gustó tanto lo que usted contó el otro día... lo he recordado a menudo... La música le hace a uno bien, ¿verdad?

Los hoyuelos de madame Rigaud se señalaban al reír.

—Mi pobre marido no tenía oído... Eso me hacía sufrir mucho.

—¿No podría usted cantarme algo esta noche?

—Si usted quiere, Emile... Pero no hay nadie para atender a la parroquia.

—Yo saldré cuando suene el timbre, si usted me lo permite.

—Muy bien... He aprendido una nueva canción americana... C'est chic vous savez.

Madame Rigaud cerró la caja con una de las llaves del manajo que llevaba colgado a la cintura, y se metió en la trastienda por la puerta de cristales. Emile la siguió, sombrero en mano.

—Déme el sombrero, Emile.

—Oh, no se moleste.

La trastienda era una salita con papel de flores amarillas y cortinas color salmón. Bajo el brazo del gas, había un piano lleno de fotografías. La banqueta crujió al sentarse madame Rigaud. Recorrió las teclas con los dedos. Emile se sentó con precaución en el mismo borde de la silla, al lado del piano. Tenía el

sombrero entre las rodillas, y alargaba la cabeza de modo que ella, mientras tocaba, podía verle con el rabillo del ojo. Madame Rigaud comenzó a cantar:

Como págarro en jaule de orro
que dishoso parece cantarr,
ela ríe, perrdido el tesoro
de su liberrtad,
ela ríe, querriendo lorrarr.

El timbre de la tienda sonó estrepitosamente.

—Permettez —gritó Emile, saliendo escapado.

—Media libra de salchichón en rajás —dijo una muchachita de trenzas.

Emile pasó el cuchillo por la palma de su mano y cortó el embutido cuidadosamente. Volvió de puntillas a la salita y dejó el dinero en el borde del piano. Madame Rigaud seguía cantando:

Juventud y vejez no podrán
congeniarr nunca, nunca, del todo.
A la bela comprró un carcamal
pagando un tesorro
y es un págarro en jaule de orro.

Bud, parado en la esquina de Broadway y Franklin Street, comía cacahuets sacándolos de un cartucho de papel. Era mediodía y no le quedaba ningún dinero. El elevado retumbó sobre su cabeza. Motas de polvo danzaban ante sus ojos en el sol rayado por las traviesas. Preguntándose hacia dónde tirar, deletreaba por tercera vez los nombres de las calles. Un coche negro, reluciente, tirado por dos caballos negros, de ancas lustrosas, dobló la esquina frente a él. Las ruedas rojas, brillantes, bruscamente frenadas, rechinaron contra los guijarros. En el pescante, al lado del cochero, iba un baúl de cuero amarillo. En la berlina un hombre de sombrero hongo, hablaba alto a una mujer que llevaba un boa de plumas grises y un sombrero de plumas grises también. El hombre se apuntó un revólver a la boca. Los caballos se encabritaron precipitándose en medio del gentío que se formaba. Los policías se abrían paso a codazos. Sacaron al hombre a la acera vomitando sangre, con la cabeza colgando sobre su chaleco a cuadros. La mujer, en pie a su lado, retorció entre sus dedos el boa, y las plumas de su sombrero bamboleaban en el sol rayado por las traviesas del elevado.

—Su mujer se lo llevaba a Europa... El Deutschland sale a las doce. Yo le

había dicho adiós para siempre... Salía en el Deutschland a las doce... Él me había dicho adiós para siempre.

—¡Vamos, largo de ahí!

Un guardia le dio un codazo a Bud en el estómago. Las rodillas le temblaban. Salió del grupo y se marchó estremecido. Maquinalmente peló un cacahuete y se lo llevó a la boca. Mejor será guardar el resto para la noche. Retorció la boca de la bolsa y se la metió en el bolsillo.

Bajo el arco voltaico, que proyectaba una luz rosa y violeta bordeada de verde, el hombre del traje a cuadros se cruzó con dos muchachas. La cara ovalada, los labios carnosos, de la que estaba más cerca de él... Sus ojos eran dos puñaladas. Dio unos pasos, luego se volvió, y las siguió, manoseando su corbata nueva de satén. Quería asegurarse de que su alfiler, una herradura de diamantes, estaba en su sitio. Se adelantó a ellas. Una volvió la cara. Quizás era... No, no lo podía asegurar. Suerte que llevaba cincuenta dólares en la cartera. Se sentó en un banco y las dejó pasar. Bueno sería equivocarse y ser detenido. Ellas no se fijaron en él. Las siguió hasta fuera del parque. Le latía el corazón. Daría un millón de dólares por... Perdón, ¿no es usted miss Anderson? Las chicas apretaron el paso. Al cruzar Columbus Circle las perdió de vista entre la multitud. Bajó precipitadamente por Broadway, cruzando calles y calles. Los labios, gruesos; los ojos, como puñaladas. Iba mirando las caras de las, mujeres a la derecha e izquierda. ¿Dónde se habrá metido? Siguió andando precipitadamente por Broadway abajo.

Ellen estaba sentada al lado de su padre, en un banco de Battery Place, mirándose las botas nuevas. Un rayo de sol jugaba en las punteras y en cada uno de los botoncitos cuando ella sacaba el pie de la sombra de su vestido.

—Figúrate lo que será —decía Thatcher— hacer un viaje en uno de esos grandes trasatlánticos. Imagínate, cruzar el Atlántico en seis días.

—Pero, papá, ¿qué es lo que hace la gente todo ese tiempo en un barco?

—No sé... Supongo que se pasearán por la cubierta, jugarán a las cartas, leerán, y así. Además dan bailes.

—¿Bailes en un barco? Con lo que se moverá —rió Ellen.

—En los grandes vapores modernos lo hacen.

—Papá, ¿por qué no vamos nosotros?

—Quizá vayamos algún día si puedo ahorrar el dinero necesario.

—Oh, papá, date prisa y ahorra mucho dinero. Los padres de Alice Vaughan van todos los veranos a las White Mountains, pero el verano próximo irán a Europa.

Ed Thatcher miraba la bahía que se extendía en azules destellos hasta la parda niebla de los Narrows. La estatua de la Libertad se alzaba como una sonámbula entre la humareda rizada de los remolcadores, los mástiles de las goletas y las enormes barcas cargadas de ladrillos y arena. Aquí y allá el sol flameaba en una vela blanca o en la parte superior de un vapor. Rojos ferry-boats iban y venían como lanzaderas.

—Papá, ¿por qué no somos ricos nosotros?

—Hay miles de personas más pobres, Ellie... Tú no querrías más a papá si fuera rico, ¿verdad?

—Oh, sí, papá, te querría más.

Thatcher se echó a reír.

—Bueno, todo pudiera ser... ¿Qué te parecería a ti la firma Edward C. Thatcher & Co., contables?

Ellen se levantó de un salto.

—Oh, mira qué barco tan grande... En ese barco querría yo ir.

—Es el Harabic —graznó cerca de ellos una voz cockney.

—¿Ah, sí? —dijo Thatcher.

—Sí, señor; mejor barco no cruza la mar, señor —dijo convencido un hombre desarrapado que estaba sentado junto a ellos, en el mismo banco. (Una gorra con visera de charol encasquetada en una carilla puntiaguda, que exhalaba un vago olor a whisky). Sí, señor, el Harabic, señor.

—Sí que parece un gran barco.

—Uno de los mayores que existen señor. He navegado en él más de una vez, y en el Majestic y en el Teutonic también, señor; buenos barcos los dos, aunque un sí es no es atolondraos, por decirlo así. He servido de camarero en la Hinman y White Star Lines más de treinta años y ahora que soy viejo me echan.

—Qué hacer, todos tenemos nuestras rachas de mala suerte.

—Y algunos siempre, señor... Yo me daría por contento si pudiera volver a mi tierra. Esto no es para viejos, esto es para los jóvenes, para fuertes. (Sacó una mano retorcida por la gota y apuntó a la estatua). Mírela, está mirando pa Jinglaterra, y bien que sí.

—Vámonos, papito. No me gusta ese hombre —cuchicheó Ellen, temblando, al oído de su padre.

—Muy bien, nos iremos a dar un vistazo a las focas. Buenos días.

—¿No podría usted darme pa una tasa de café, señor? Estoy que me caigo.

Thatcher puso diez céntimos en la mano nudosa y sucia.

—Pero, papáin, mamá dice que no se debe hacer caso a la gente que habla a uno en la calle, y que hay que llamar a un guardia cuando ocurra, y echar a correr todo lo que se pueda, por esos secuestros que dicen.

—No hay miedo de que me secuestren a mí, Ellen. Eso les pasa a las niñas nada más.

—¿Cuando yo sea grande podré hablar así a la gente de la calle?

—No, querida, ciertamente que no.

—¿Y si fuera chico podría?

—Creo que podrías.

Enfrente del Acuario se pararon un momento a mirar la bahía. El trasatlántico, empujado a cada lado de la proa por un remolcador que lanzaba bocanadas de humo blanco, se encontraba frente a ellos, dominando las pequeñas embarcaciones del puerto. Las gaviotas giraban chillando. La luz crema del sol brillaba en las cubiertas superiores y en la gran chimenea amarilla encaperuzada de negro. En el palo del trinquete una cuerda de banderitas flotaba airosamente contra el cielo pizarroso.

—Y hay la mar de personas que vienen en ese barco, ¿verdad, papá?

—Mira, ¿ves?... Las cubiertas están negras de gente.

En la calle 53 viniendo de East River, Bud Koperning se encontró con un montón de carbón en la acera. Desde el otro lado del montón le miraba una mujer canosa que vestía un corpiño de encaje con un gran camafeo prendido en la alta curva de su exuberante seno. Le miraba fijándose en su cara mal afeitada y en sus descarnadas muñecas que asomaban por las deshilachadas mangas de su chaqueta. Él mismo se sorprendió al preguntar:

—¿No podría yo entrarle este carbón, señora?

Bud cargaba el peso de su cuerpo primero en un pie, luego en otro.

—Justamente, eso podría usted hacer —dijo la mujer con una voz cascada—. Ese maldito carbonero lo dejó ahí esta mañana y dijo que volvería para entrarlo. Supongo que estará borracho, como todos. Pero no sé si puedo fiarme de usted en la casa.

—Soy del norte del Estado, señora —balbuceó Bud.

—¿De dónde?

—De Cooperstown.

Hum!... Yo soy de Buffalo. En esta ciudad nadie es de aquí. Bueno, me figuro que será usted cómplice de algún ladrón, pero no lo puedo remediar, tengo que meter ese carbón... Entre, hombre, entre, le voy a dar una pala y un cesto y si no tira usted nada en el pasillo ni en el suelo de la cocina, porque la asistenta acaba de marcharse... Naturalmente, el carbón tenía que llegar cuando estaba todo recién limpio... Le daré a usted un dólar.

Cuando entró la primera carga, ella andaba rondando por la cocina. Bud, con el estómago vacío, vacilaba pero se sentía contento de verse trabajando en vez de arrastrar los pies sin cesar, cruzando calles y calles, esquivando camiones, carros y tranvías.

—¿Cómo es que está usted sin trabajo, buen hombre? —le preguntó ella a Bud, que volvía anhelante con la cesta vacía.

—Será, digo yo, porque aún no l'he cogio el tino a la ciudad. Yo nací en una granja y ayí m'he criado.

—¿Y para qué quería usted venir aquí? Esto es horrible. —No podía quedarme más en la granja.

—No sé lo que va a ser de esto si todos los buenos mozos dejan las granjas para venirse a las ciudades.

—Pensé que podía trabajar de cargador, señora, pero en los muelles sobra gente. Quizá que podría embarcarme de marinero, pero nadie quiere aprendices... Ya hace dos días que no como.

—Qué horror...: Pero ¿no podía usted haber ido a un asilo o algo así, pobre hombre?

Cuando Bud entró la última carga, encontró un plato de guisado frío sobre la mesa de la cocina, media hogaza de pan duro y un vaso de leche un poco agria. Comió de prisa, mascando mal, y se metió las sobras del pan rancio en el bolsillo.

—¿Qué, le ha gustado a usted el almuerzo?

—Gracias, señora... —dijo con la boca llena.

—Bueno, ahora puede usted marcharse y muchas gracias.

Le puso un quarter en la mano. Bud miró la moneda entornando los ojos.

—Pero, señora, me dijo usted que me daría un dólar.

—Nunca dije tal cosa. Qué idea... Llamaré a mi marido si no se larga usted de aquí inmediatamente. Y además tengo el propósito de llamar a la policía, puesto que...

Sin decir palabra Bud embolsó el dinero y se marchó.

—¡Habrased visto ingratitud!... —bufó la mujer al cerrar la puerta.

Un calambre le contrajo el estómago. Dobló otra vez hacia el Este, en dirección al río, apretándose los costados con los puños. Esperaba vomitar de un momento a otro. Si devuelvo esto me quedaré otra vez en ayunas. Cuando llegó al fin de la calle se tendió sobre el declive gris formado por los escombros a lo largo del muelle. Un dulce olor a lúpulo hervido salía de la cervecería que rumoraba a sus espaldas. La luz del ocaso flameaba en las ventanas de la fábrica del lado de Long Island, brillaba en las portillas de los remolcadores, rielaba en franjas rojas y amarillas sobre la corriente verdipardusca, resplandecía en las hinchidas velas de una goleta que subía lentamente hacia Hell Gate. Bud sufría menos. No sabía qué, llameó y brilló dentro de su cuerpo como si el sol se filtrara a través de él. Se sentó. Gracias a Dios, no voy a devolverlo.

Sobre cubierta se siente el frío y la humedad del amanecer. Al pasar la mano por la batayola se nota que está mojada. Las parduscas aguas del puerto, que huelen a lavadero, baten dulcemente los costados del vapor. Los marineros levantan las escotillas de la cala. Se oye un ruido de cadenas y el martilleo del torno donde un mocetón con zahones azules, maneja una palanca en medio de una nube de vapor, que se le envuelve a uno por la cara como una toalla mojada.

—Mamita, ¿es de veras el Cuatro de Julio?

Su madre le agarra fuertemente de la mano y le arrastra escaleras abajo hacia el comedor. Los camareros amontonan el equipaje al pie de las escaleras.

—Mamita, ¿es de veras el Cuatro de Julio?

—Sí, hijo mío, y lo siento... Es horrible llegar un día de fiesta. Sin embargo, me figuro que todos bajarán a esperarnos.

Ella se ha puesto su traje de jerga azul y un largo velo pardo. Alrededor del cuello se ha ceñido el animalito de ojos rojos y dientes que son dientes de verdad. De los baúles deshechos, de los guardarropas llenos de papel de seda, sale un olor a naftalina. Hace calor en el comedor. Las máquinas sollozan blandamente detrás de la pared. La cabeza del chico se inclina sobre la taza de leche caliente apenas coloreada de café. Tres campanadas. La cabeza se levanta sobresaltada. Los platos tintinean y el café se derrama con el trepidar del barco. Después un ruido sordo y el rechinar de las cadenas del ancla; luego, poco a poco, el silencio. Mamá se levanta a mirar por la portilla.

—Pues va a hacer buen día. Creo que el sol podrá con la niebla... Bueno, por fin estamos en nuestra tierra. Aquí naciste tú, querido.

—¡Y es el Cuatro de Julio!

—Mala suerte... Ahora, Jimmy, vas a prometerme que te quedarás en la cubierta, y mucho cuidado. Mamá tiene que acabar de hacer las maletas. Prométeme que no harás ninguna travesura.

—Prometo.

Se enreda un pie en la barra de latón, al salir del salón de fumar, y cae espantado sobre la cubierta. Se levanta frotándose la rodilla, a tiempo para ver salir el sol de entre nubes chocolate derramando un raudal de luz roja sobre el agua color masilla. Billy, con sus orejas pecosas; Billy, cuyos padres están por Roosevelt y no por Parker como mamá, agita una bandera de seda tamaña como un pañuelo, a los hombres del remolcador blanco y amarillo.

—¿Has visto salir el sol? —preguntas como si el sol fuera suyo.

—Y bien que sí, desde mi portilla —dice Jimmy alejándose después de echar una larga mirada a la bandera de seda.

Por el otro lado se ve la tierra cerca. En primer término una orilla verde con árboles y grandes casas blancas con tejados grises.

—¿Qué, jovencito, estás contento de haber llegado? —pregunta el señor de los bigotes caídos, que lleva un traje de mezclilla.

—¿Está Nueva York por allí?

Jimmy señala con el dedo el agua quieta que va ensanchándose con el sol.

—Sí, señorito; detrás de esa niebla está Manhattan.

—¿Y eso qué es, señor?

—Manhattan es Nueva York... Nueva York, sabes está en la isla de Manhattan.

—¡Cómo! ¿Qué está es una isla?

—¡Muy bonito! ¡Qué te parece un chico que no sabe que su ciudad natal está en una isla!

Los dientes de oro del señor con traje de mezclilla brillan cuando ríe a mandíbula batiente. Jimmy da vueltas a la cubierta, golpeando los talones, todo excitado. Nueva York está en una isla.

—Parece que estás muy contento de llegar a tu tierra, pequeño —dice la señora meridional.

—Sí que lo estoy, quisiera tirarme en el suelo y besarlo.

—Qué sentimiento tan patriótico... No sabes lo que me gusta oírte eso.

Jimmy está en ebullición. Besar el suelo, besar el suelo... Las palabras

zumban en su cabeza como silbidos. Otra vuelta a la cubierta.

—Ése de la bandera amarilla es el barco de la cuarentona. Un hombre recio, con los dedos llenos de sortijas —judío él—, habla con el señor del traje de mezclilla.

—Ah, ya andamos otra vez... Pronto acabaremos, ¿no?

—Llegaremos para el desayuno, un desayuno americano, un buen desayuno a estilo del país.

Mamá vuelve a la cubierta con su velo flotante.

—Aquí está tu gabán, Jimmy, tienes que llevarlo tú.

—Mamá, ¿puedo sacar aquella bandera?

—¿Qué bandera?

—La bandera americana de seda.

—No, rico, todo está guardado.

—Anda, sí... Yo quería llevar la bandera porque es el Cuatro de Julio...

—Vamos, no lloriquees, Jimmy. Cuando mamá te dice que no, es que no.

Picazón de lágrimas. El chico se traga un nudo y mira a su madre.

—Jimmy, está guardada en el portamantas, y mamá se siente tan cansada de bregar con esas dichosas maletas...

—Pero Billy Jones tiene una...

—Mira lo que te estás perdiendo... Allí está la estatua de la Libertad. Una mujer muy grande, verde, con una bata, de pie en un islote, con la mano levantada.

—¿Qué tiene en la mano?

—Una antorcha, querido... La Libertad iluminando al mundo... Y allí está Governors Island, al otro lado. Allí donde los árboles... Y mira, ése es el puente de Brooklyn... Bonita vista, ¿eh? Y todos los muelles... Eso es Battery... y los mástiles y los barcos... y la flecha de la iglesia de la Trinidad y el Pulitzer Building...

Mugidos de sirenas, rojos ferries que anadean como patos, batiendo el agua blanca; todo un tren de vagones en un lanchón empujado por un remolcador, que ganguea soltando bocanadas de humo algodónoso, todas del mismo tamaño. Jimmy tiene las manos frías, y ganguea como el remolcador.

—No te exaltes tanto, querido. Baja a ver si mamá se ha dejado algo en el camarote.

Una faja de agua con una costa de astillas, de cajones, de mondas de naranja, de hojas de berza, se estrecha y se estrecha entre el barco y el muelle. Una charanga brilla al sol, gorras blancas, caras rojas sudorosas, tocando «Yankee Doodle».

—Eso es por el embajador, ¿sabes?, aquel señor alto que no salía nunca del camarote.

Bajando la pasarela inclinada, con cuidado de no tropezar. Yankee Doodle went to town... Una cara negra brillante, ojos blancos de esmalte, dientes blancos de esmalte. Si señora, si señora. Stuck a feather in his hat and called it macaroni... Tenemos puerto libre. Un aduanero azul muestra su calva inclinándose profundamente... Tunti bum bum MUM BUM BUM... cakes and sugar candy...

—Aquí está la tía Emilia y todo el mundo... Querida, qué amabilidad la tuya, bajar a esperarnos.

—Hija, llevo aquí desde las seis.

—¡Huy, cómo ha crecido!

Vestidos claros, centelleo de broches, caras contra la de Jimmy, olor de rosas y el cigarro del tío.

—Está hecho un hombrecito. Venga usted acá, señorito, que le veamos.

Ella se echa a reír ladeando la cabeza. Tiene las mejillas sonrosadas y sus ojos centellean bajo el velo pardo.

—Oh, mamá... (Se levanta y le da un beso en la barbilla). ¡Cuánta gente, mamá!

—Bueno, adiós, señora Herf. Si alguna vez pasa usted por cerca de nosotros... Jimmy, no te he visto besar el suelo.

—Oh, está graciosísimo con ese aire tan anticuado...

El coche huele a moho. Sube bamboleándose por una ancha avenida donde el polvo se arremolina, por calles de ladrillo llenas de chiquillos sucios que gritan, y todo el rato los baúles crujen y traquetean sobre la baca.

—Mamita, ¿no crees que pueden atravesar el techo?

—No, rico.

—Porque es el Cuatro de Julio.

—¿Qué hace ese hombre?

—Debe de estar borracho, querido.

Desde una pequeña tribuna adornada con banderas, un hombre de patillas blancas, con unas ligas rojas en las mangas de la camisa, está pronunciando un discurso.

—Eso es un orador del Cuatro de Julio... Está leyendo la Declaración de la Independencia.

—¿Por qué?

—Porque es el Cuatro de Julio.

¡Grang!... Un petardo.

—¡Demonio de chico! Podía haber espantado el caballo... El Cuatro de Julio, querido, es el día que se firmó la Declaración de la Independencia, en 1776, durante la Guerra de la Revolución. Mi bisabuelo Harland murió en aquella guerra.

Un trencito grotesco, con una máquina verde, retumba sobre sus cabezas.

—Ése es el elevado... y mira: esta es la calle 23 y la casa de la Plancha.

El coche entra bruscamente en una plaza deslumbrante de sol que huele a asfalto y a humanidad, y se para delante de una gran puerta, desde donde negros con botones de latón corren a su encuentro.

—Ya estamos en el Hotel de la Quinta Avenida.

Helado en casa de tío Jeff; un sabor frío, dulce, a melocotón, que se pega al paladar. Es curioso que después de salir del barco todavía se siente el movimiento. Bloques de azul penumbra se funden en las calles recortadas. Los cohetes chisporrotean en el crepúsculo. Caen estrellas de colorines. Bengalas. El tío Jeff clava molinillos en un árbol, frente a la puerta de la casa, y los enciende con su cigarro. Hay que sostener las candelas. «Estate quieto y vuelve la cabeza del otro lado, pequeño». Un ruido sordo estalla en las manos; globos en forma de huevo, rojos, amarillos, verdes se remontan en el aire; olor a pólvora y papel chamuscado. En la calle rumorosa, resplandeciente, tintinea una campana, cada vez más cerca, cada vez más aprisa. Los cascos de los caballos fustigados arrancan chispas. Una bomba de incendios dobla rugiendo la esquina, roja, humeante, refulgente. «Debe de ser en Broadway». Detrás la escalera y los veloces caballos del jefe de los bomberos. Luego el tintirintín de una ambulancia. Alguien que se llevó lo suyo.

La caja está vacía. La arenilla y el serrín se meten entre las uñas cuando se pasa la mano. Está vacía. No, aún hay algunas bombas de incendios, de madera, montadas sobre ruedas. Bombas de verdad. «Hay que hacerlas andar, tío Jeff. ¡Oh, es lo más bonito de todo, tío Jeff!». Tienen dentro petardos y salen disparadas sobre el asfalto liso de la calle, empujadas por penachos de chispas, y echan humo por detrás como las bombas de verdad.

Arropado en la cama, en una habitación hostil, con los ojos ardiendo y las piernas doloridas.

—Eso es de crecer —dice mamá arropándole, inclinada sobre él con su vistoso traje de seda.

—Mamita, ¿qué es ese parchecito negro que tienes en la cara?

—¿Esto?... —dice ella haciendo sonar su collar al reír—. Esto es para que mamá esté más bonita.

Estaba acostado, rodeado de altos armarios y tocadores. Llegaba de fuera ruido de ruedas y gritería, y de vez en cuando se oía una banda de música a lo lejos. Las piernas le dolían como si se le fueran a caer, y cuando cerraba los ojos, corría a toda velocidad a través de una oscuridad fulgurante, en una bomba de incendios roja, que echaba por la trasera fuego y chispas y bolas de colores.

El sol de julio taladraba los agujeros de las viejas cortinas del despacho. Gus McNiel estaba sentado en el sillón, con sus muletas entre las rodillas. Tenía la cara blanca e hinchada de tantos meses de hospital. Nellie, con sombrero de paja adornado de amapolas rojas, se mecía en la silla giratoria del escritorio.

—Mejor sería que te sentases a mi lado. Nellie. A ese abogado pué que le guste encontrarte en su mesa.

Ella respingó la nariz y se puso en pie.

—Gus, te digo que estás muerto de miedo.

—Tú también tendrías miedo si hubieras tenido q'entendértelas con el médico de la Compañía, que me miraba como si fuera un pájaro de cuenta, y con el doctor judío que el abogado se agenció, que decía que yo estaba totalmente in-ca-paci-tao. ¡Dios, estoy reventao! De tós modos creo que mentía.

—Gus, tú haces lo que yo te diga. Cierra el pico y deja que hablen los otros.

—No diré esta boca es mía.

Nellie, en pie detrás del sillón, se puso a acariciarle el pelo crespo.

—Qué bueno será verse en casa otra vez, Nellie, con los guisos que sabes hacer y demás.

La atrajo hacía sí rodeándole el talle con su brazo.

—Quién sabe, tal vez no tenga que guisar.

—Eso ya no creo que me guste tanto. Dios, si no sacamos ese dinero no sé lo que va a ser de nosotros.

—Oh, papá nos ayudará. Ya lo ha hecho.

—Supongo que no voy a estar enfermo toda la vida.

George Baldwin entró cerrando tras sí de golpe la puerta de cristales. Con las manos en los bolsillos se quedó un momento mirando a Gus y a su mujer. Luego dijo sonriendo:

—Pues bien, la cosa está hecha. En cuanto la renuncia de cualquier reclamación ulterior se firme, los abogados de la Compañía me entregarán un cheque de doce mil quinientos. Esto es lo que finalmente acordamos.

—¡Doce mil machacantes!... —balbuceó Gus—. Doce mil quinientos dólares. Olga, espere un momento... Téngame las muletas que me voy a dejar atropellar otra vez... Aguárdenme a que vaya a decírselo a McGillycuddy. El pobre diablo se va a arrojar al paso del primer tren de carga... Bueno, señor Baldwin... (Gus se puso en pie), usted es grande... ¿verdad, Nellie?

—Pues claro que lo es.

Baldwin trataba de no encontrarse con sus ojos. Sentimientos contradictorios le traspasaban el cuerpo haciéndole flaquear las piernas.

—Ya sé lo que vamos a hacer —dijo Gus—. Tomamos un coche a casa de McGillycuddy y bebemos algo para refrescar el gaznate, en el bar reservado... Yo convido. Necesito un traguito para entonarme. Vamos, Nellie.

—Con mucho gusto iría —dijo Baldwin—; pero, desgraciadamente, no puedo. Estos días ando bastante ocupado. Pero déjeme su firma antes de marchar y le enviaré el cheque mañana... Firme aquí... y aquí.

McNiel se había acercado renqueando al escritorio y estaba inclinado sobre los papeles. Baldwin comprendió que Nellie trataba de hacerle una seña. No levantó la vista. Después que salieron se fijó en el portamonedas, un pequeño bolso de cuero con pensamientos pirograbados, olvidado en la esquina de la mesa. Dieron un golpecito en la puerta de cristales. Él abrió.

—¿Por qué no querías mirarme? —preguntó ella en voz baja, sin aliento.

—¿Cómo, estando él aquí?

Le alargó el portamonedas.

Ella le echó los brazos al cuello y le besó fuerte en la boca.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Puedo venir esta tarde? Gus beberá hasta ponerse enfermo, ahora que ha salido del hospital.

—No, Nellie, no puedo... Los negocios..., los negocios... Estoy ocupadísimo.

—Sí, sí, ocupadísimo... Muy bien, como gustes.

Dio un portazo.

Baldwin, sentado en su escritorio, se mordisqueaba los nudillos sin ver el montón de papeles que estaba mirando fijamente. «Hay que acabar con esto», dijo en voz alta levantándose. Paseando de arriba abajo por la estrecha oficina, contemplaba las estanterías de libros de Derecho, el calendario con un cromó de la Gibson Girl sobre el teléfono, y el polvoriento cuadrado de sol cerca de la ventana. Miró el reloj. Hora de almorzar. Se pasó la mano por la frente y fue al teléfono.

«Rector 1237... ¿Está ahí el señor Sandbourne?... Oye, Phil, voy a buscarte para almorzar... ¿Quieres salir ahora mismo?... Claro... Sabes, Phil, es un hecho la indemnización para el lechero... Estoy más contento que unas pascuas. Te voy a convidar al gran almuerzo para festejar esto... Hasta ahora».

Se alejó del teléfono sonriendo, descolgó su sombrero de la percha, se lo encajó cuidadosamente en la cabeza ante el espejito del perchero y se precipitó escaleras abajo.

En el último tramo se encontró con el señor Emery, de la Sociedad Emery & Emery, que tenía sus oficinas en el primer piso.

—Hola, señor Baldwin; ¿cómo van los negocios?

El señor Emery, de Emery & Emery, tenía una cara aplastada, con el pelo y las cejas grises. Su mandíbula inferior avanzaba en forma de cuña.

—Muy bien, señor, muy bien.

—Me han dicho que marcha usted admirablemente... Algo acerca de la New York Central Co.

—¡Oh! Simsbury y yo arreglamos el asunto por medio de un arbitraje.

—¡Oh!... —dijo el señor Emery, de Emery & Emery.

Cuando estaban a punto de separarse en la calle, el señor Emery dijo repentinamente:

—¿Quería usted venir a cenar algún día de éstos con mi mujer y conmigo?

—Pues... sí... con mucho gusto.

—Me gusta mucho ver a los jóvenes compañeros de profesión, ¿sabe usted?... Bueno, le pondré a usted dos letras... Una noche de la próxima semana... Así podremos charlar un rato.

Baldwin estrechó una mano llena de venas azules, en un lustroso puño almidonado, y tomó Maiden Lane abajo, abriéndose camino con su elástico paso por entre la multitud del mediodía. En Pearl Street, trepó un empinado tramo de negras escaleras, que olían a café tostado, y llamó a una puerta de cristal esmerilado.

—¡Adelante! —gritó una voz de bajo.

Un hombre moreno y larguirucho, en mangas de camisa, se adelantó a su encuentro.

—Hola, George, pensé que ya no vendrías. Tengo un hambre de todos los demonios.

—Phil, te voy a convidar a un almuerzo como nunca lo has comido en tu vida.

—Bien; no espero otra cosa.

Phil Sandbourne se puso la chaqueta, sacudió la ceniza de su pipa en la esquina de una mesa de dibujo, y gritó a un despacho interior oscuro:

—Me voy a comer, señor Specker.

—Está bien, váyase —replicó una voz cabruna desde el despacho interior.

—¿Qué tal el viejo? —preguntó Baldwin al salir.

—¿El viejo Specker? Con un pie en la sepultura... Pero lleva así años y años el pobre. De veras, George, me llevaría un disgustazo si le pasara algo a este pobre viejo de Specker... Es el único hombre honrado en la ciudad de Nueva York que además tiene la cabeza en su sitio.

—No le ha servido de mucho —dijo Baldwin.

—Aún puede servirle... aún puede servirle. Hombre, debieras ver sus planes para edificios de acero solo. Tiene la idea de que el rascacielo del futuro se construirá exclusivamente de acero y cristal. Hemos estado experimentando últimamente con baldosas... Cristo, algunos de sus proyectos te dejarían con la boca abierta. Tiene una frase estupenda de no sé qué emperador romano que encontró a Roma de ladrillo y la dejó de mármol. Bueno, pues él dice que ha encontrado a Nueva York de ladrillo y que la va a dejar de acero..., de acero y cristal. Te tengo que enseñar su proyecto de reedificación de la ciudad. ¡Es un sueño pistonudo!

Se instalaron en un banco almohadillado en un rincón del restaurante que olía a carne a la parrilla. Sandbourne estiró las piernas bajo la mesa.

—Chico, ¡vaya lujo!

—Phil, vamos a tomar un cocktail —dijo Baldwin detrás del menú—. Te

digo, Phil, que los cinco primeros años son los más duros.

—No tienes que preocuparte, George; tú eres de los que van para arriba. Yo estoy ya empantanado.

—No sé por qué: tú puedes siempre encontrar una plaza de delinante.

—Bonito futuro, digo yo, pasaré la vida con el pico de un tablero clavado en la tripa... ¡Cristo!

—Es que Specker & Sandbourne puede todavía convertirse en una firma famosa.

—Para entonces la gente andará en aeroplano y tú y yo estaremos ya comiendo tierra.

—En fin, a tu salud.

—A la tuya, George.

Bebieron los Martinis y empezaron a comerse las ostras.

—No sé yo si será verdad que las ostras se vuelven cuero en el estómago bebiendo alcohol con ellas.

—Ahora verás... Oye, a propósito: ¿cómo te va con aquella taquimeca con quien salías?

—Chico, la de comidas, bebidas y teatros que me costó aquella niña... Me ha tenido a mal traer... De veras que sí. Tú haces bien, George, en no ocuparte de faldas.

—Puede —dijo Baldwin, y escupió un hueso de aceituna en su puño cerrado.

La primera cosa que oyeron fue el trémulo silbido de un vagoncito que humeaba al borde de la acera, frente a la entrada del ferry. Un chico se apartó del grupo de emigrantes que vagaba por el embarcadero y corrió al vagoncito.

—Es como una máquina de vapor y está lleno de cacahuetes —gritó al volverse.

—Padraic, quédate aquí.

—Y aquí está la estación del elevado, línea South Ferry —continuó Tim Halloran, que había venido a buscarles—. Allá arriba está Battery Park y Bowling Green y Wall Street, el distrito bancario... Vamos, Padraic, el tío Timothy te va a llevaren el elevado de la Novena Avenida.

Quedaban sólo tres personas en el desembarcadero, una vieja con un pañuelo azul a la cabeza, y una joven con un chal color magenta, en pie las dos, una a cada lado de un gran baúl chaveteado con tachuelas de latón. Y un

viejo con una perilla verdosa y una cara toda rayada y retorcida como la raíz de un roble muerto. La vieja gemía con lágrimas en los ojos: «¡Dove andiamo, Madonna mía, Madonna mía». La joven desdoblaba una carta y parpadeaba ante la floreada escritura. De repente se acercó al viejo: «Non posso leggere!», y le alargó la carta. Él se restregó las manos, balanceó la cabeza y dijo algo que ella no pudo entender. La joven se encogió de hombros, sonrió y volvió a su baúl. Un siciliano hablaba con la vieja. Cogió el baúl con la cuerda y lo arrastró a un carro con un caballo blanco, que estaba parado en la acera de enfrente. Las dos mujeres siguieron al baúl. El siciliano tendió la mano a la joven. La vieja, sin dejar de murmurar y de lloriquear, se subió trabajosamente a la trasera. Cuando el siciliano se inclinó para leer la carta, rozó a la joven con el hombro. Ella se estrechó. «Awright», dijo. Luego, sacudiendo las riendas sobre la grupa del caballo, se volvió a la vieja y gritó: «Cinque le due... Awright».

IV. CARRILES

«El turuntuntum turuntuntum se espació, se amortiguó; los topes chocaron con estrépito a lo largo del tren. El hombre, soltando las barras se dejó caer. Todo anquilosado, no podía moverse. Reinaba una oscuridad impenetrable. Muy despacio, salió arrastrándose, se puso de rodillas, luego en pie, y se apoyó jadeante contra el furgón. Su cuerpo no era su cuerpo; sus músculos parecían astillas, sus huesos bielas retorcidas. La luz de una linterna le quemó los ojos

. «Vivo, fuera de aquí. Los detectives de la Compañía están dando una batida.»

«Oiga, amigo, ¿es esto Nueva York?»

«Pos claro que es. Sigue mi linterna; pués escapar por el lao del agua.»

Sus pies apenas podían avanzar tropezando en las largas uvés fulgurantes y en las líneas entrecruzadas de los carriles. Dio un trompición y cayó sobre una red de señales. Por fin se encontró sentado al borde de un muelle, con la cabeza entre las manos. El agua batía dulcemente las estacas, sonando como lametazos de un perro. Sacó un periódico del bolsillo y desenvolvió un buen cacho de pan y una tajada de carne cartilaginosa. Se lo comió en seco, masca que te masca, antes de poder refrescar la boca. Luego se puso en pie, en equilibrio inestable, se cepilló las migas de las rodillas, y miró a su alrededor. Hacia el sur, más allá de las vías, el lóbrego cielo se bañaba en un resplandor naranja.

«La Gran Vía Blanca —dijo graznando en voz alta—. The Great White Way».

Por los cristales estriados de lluvia, Jimmy Herf miraba los paraguas ondular en el lento remolino de gente que fluía por Broadway arriba. Llamaron a la puerta. «Adelante», dijo Jimmy, y se volvió a la ventana cuando vio que el camarero no era Pat. El camarero encendió la luz. Jimmy le vio reflejado en el cristal de la ventana: un hombre enjuto, de pelo rizado. Sostenía en una mano la bandeja, en la cual los cubrefuentes de plata se elevaban como cúpulas. Respirando fuerte, el camarero entró en el cuarto arrastrando tras de sí con la mano libre un soporte plegable. Lo abrió de un tirón para colocar la bandeja y extendió un mantel sobre la mesa redonda. Despedía un olor grasiento de despensa. Jimmy esperó a que se marchara para volverse. Entonces dio la vuelta a la mesa, levantando los cubrefuentes. Sopa con unas cositas verdes, cordero asado, puré de patatas, puré de nabos, espinacas, nada de postre.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres?

La voz se oyó débilmente a través de la puerta dedos hojas.

—La comida está servida, mamá.

—Empieza tú, querido; yo voy en seguida.

—Yo no quiero empezar sin ti, mamá.

Dio otra vuelta a la mesa, poniendo derechos los cuchillos y los tenedores. Se colgó una servilleta al brazo. El maître d'hôtel de Delmonico arreglaba la mesa para Graustark y el Rey Ciego de Bohemia y el príncipe Enrique el Navegante, y...

—Mamá, ¿qué quieres tú ser: María reina de Escocia o lady Jane Grey?

—Pero si a las dos les cortaron la cabeza, tesoro... Yo no quiero que me corten la cabeza.

Mamá tenía puesto su vestido salmón. Cuando abrió la puerta, un tenue olor a agua de colonia y a medicinas salió del dormitorio, prendido en las mangas orladas de encaje. Se había empolvado demasiado la cara, pero su pelo, su hermoso pelo castaño, estaba primorosamente peinado. Se sentaron el uno frente al otro. Ella le puso delante un plato de sopa, sosteniéndolo con sus dos finas manos de venas azules.

El chico tomó la sopa, que estaba acuosa y no bastante caliente.

—Oh, me olvidé de los picatostes, rico.

—Mamita, ¿por qué no comes la sopa tú?

—No quiero sopa esta noche. Me dolía tanto la cabeza que no supe qué pedir. No importa.

—¿Prefieres ser Cleopatra? Cleopatra tenía un apetito maravilloso y comía todo lo que le ponían delante, como una niña buena.

—Sí, hasta perlas... Echó una en un vaso de vinagre y se la tragó.

La voz le temblaba. Le tendió la mano a su hijo a través de la mesa. Él se la acarició como un hombrecito, sonriendo.

—Solos tú y yo, Jimmy... Tesoro, tú querrás siempre a tu mamá, ¿verdad?

—¿Qué te pasa, mamita?

—Oh, nada; no sé qué tengo esta noche... ¡Estoy tan cansada de no sentirme nunca verdaderamente bien!...

Pero después de la operación...

Ahí sí después de la operación... Mira, querido; hay un papel con mantequilla fresca en el borde de la ventana del cuarto de baño... Si tú me la trajeras pondría un poco en estos nabos... Temo que voy a tener que volver a quejarme de la comida. Este cordero no está como debiera. Espero que no nos hará daño.

Jimmy salió corriendo, atravesó el cuarto de su madre y el pasillo, que olía a naftalina y a seda de la ropa tirada en una silla. El rojo tubo de un irrigador le dio en la cara al abrir la puerta del cuarto de baño. El olor de las medicinas le produjo un malestar que le hizo contraer las costillas. Levantó la ventana que había al extremo de la bañera. La repisa estaba llena de polvo: partículas de pluma cubrían el platillo vuelto sobre la mantequilla. Se quedó un momento inclinado sobre el patio, respirando por la boca para no oler las emanaciones de carbón que subían de la caldera. Abajo, una doncella de gorro blanco, asomada a una ventana, hablaba con uno de los encargados de las calderas. En pie, con los brazos desnudos y sucios cruzados sobre el pecho, él la miraba, la cabeza levantada. Jimmy aguzó el oído para oír lo que decían. Estar sucio, trajinar con el carbón todo el día, tener todo el pelo lleno de grasa, y hasta los sobacos...

—¡Jimmy!

—Ya voy, mamá.

Poniéndose colorado, bajó de golpe la ventana y volvió al gabinete, despacio para que el rubor tuviera tiempo de borrarse de su cara.

—¿Soñando otra vez, Jimmy, mi pequeño visionario?

Dejó la mantequilla al lado del plato de su madre y se sentó.

—Date prisa y cómete el cordero antes que se enfríe. ¿Por qué no pruebas con un poco de mostaza? Así te sabrá mejor.

La mostaza le quemó la lengua y le hizo saltar las lágrimas.

—¿Pica demasiado? —preguntó la madre riendo—. Tienes que acostumbrarte a los picantes... A él le gustaban siempre los picantes.

—¿A quién, madre?

—A uno que yo quería mucho.

Callaron. Jimmy se oía a sí mismo masticar. El ruido de los coches y de los tranvías penetraba a intervalos a través de las ventanas cerradas. Los radiadores martilleaban y silbaban. Abajo, el hombre de la caldera, con grasa hasta los sobacos, escupía palabras a la doncella del gorro almidonado, Palabras sucias. La mostaza es de color...

—Un penny por saber lo que estás pensando.

—No pensaba en nada.

—No debemos tener secretos el uno para el otro, querido. Recuerda que tú eres el único consuelo que tu madre tiene en el mundo.

—¿Cómo será ser foca, una foca pequeña de puerto?

—Supongo que se tendrá mucho frío.

—Pero uno no lo sentirá. Las focas están protegidas por una capa de grasa, de modo que siempre están calientes, aun sentadas en un banco de hielo. Y debe de ser tan divertido nadar por el mar siempre que uno quiera... Las focas hacen miles de millas sin parar.

—Pero mamá ha viajado miles de millas sin parar y tú lo mismo.

—¿Cuándo?

—Yendo y viniendo a Europa.

Ella se reía mirándole con los ojos brillantes.

—¡Ah, pero en barco!

—Y cuando navegábamos en el Mary Stuart.

—¡Oh, cuéntame, mamá!

Llamaron.

—Adelante.

El camarero de pelo erizado asomó la cabeza por la puerta.

—¿Puedo recoger, señora?

—Sí, y tráigame una ensalada de fruta, y procure que la fruta esté recién cortada... Todo estaba detestable esta noche.

Resollando, el mozo amontonaba los platos en una bandeja.

—Lo siento, señora —dijo con un bufido.

—Ya sé que no es culpa suya, camarero... ¿Tú qué vas a tomar, Jimmy?

—¿Puedo tomar un merengue helado?

—Puedes, pero tienes que ser bueno.

—¡Sí! —chilló Jimmy.

—Vida mía, no se grita así en la mesa.

—Pero no importa cuando estamos los dos solos... ¡Viva el merengue helado!

—James, un caballero se porta siempre lo mismo esté en su casa o en las selvas de África.

—Yo quisiera estar en las selvas de África.

—Yo me moriría de miedo.

—Yo gritaría así para asustar a los leones y a los tigres. Que si gritaría...

El camarero volvió con dos platos en la bandeja.

—Lo siento, señora, pero el merengue helado se terminó... Traje al señorito un helado de chocolate, en cambio.

—¡Oh, mamá!

—No importa, vida... Después de todo, hubiera sido demasiado empalagoso... Cómete eso y te dejaré salir después de la cena a comprar bombones.

—¡Huy, qué ricos!

—Pero no tomes el helado tan de prisa, que te va a sentar mal.

—Ya acabé.

—Te lo has engullido, pícaro... Ponte los chanclos, tesoro.

—¡Pero si no llueve nada!

—Haz lo que te dice tu madre, rico... y no tardes... Dame palabra de que volverás en seguida. Mamá no está nada bien esta noche y se pone muy nerviosa cuando estás fuera. Hay tantos peligros...

Jimmy se sentó para ponerse los chanclos. Mientras se los encajaba bien su madre se acercó con un billete de un dólar. Le rodeó con su manga de seda.

—¡Encanto mío!

Lloraba.

—Madre, no llores.

Al estrecharla fuertemente sintió las ballenas del corsé contra sus brazos.

—Volveré dentro de un minutito.

En las escaleras donde una varilla de latón sujetaba la alfombra rojo mate a cada escalón, Jimmy se quitó los chanclos y se los metió en los bolsillos del impermeable. Con la cabeza alta pasó corriendo por entre las miradas escudriñadoras de los botones sentados en un banco, junto al escritorio. «¿A dar una vuelta?, le preguntó el más pequeño de los botones, uno rubio. Jimmy asintió discretamente, pasó corriendo ante los llamativos botones del portero y salió a Broadway, estruendoso, resonante de pisadas, lleno de caras que se ponían máscaras de sombra cuando salían de las manchas de luz proyectadas por los escaparates y por los arcos. Andaba de prisa. Pasó el Ansonia. En la entrada ganduleaba un hombre cejinegro, con un cigarro en la boca. Tal vez un secuestrador. Pero hay gente bien en el Ansonia, como donde nosotros vivimos. Luego un despacho de telégrafos, lencerías, una tintorería, una lavandería china que despedía un misterioso olor a chamusquina. Jimmy aprieta el paso. Los chinos son terribles secuestradores de niños. Salteadores de caminos. Un hombre con una lata de petróleo le roza al pasar. Una manga grasienta le roza el hombro. Olor a sudor y a petróleo. ¡Si fuera un incendiario! La idea del incendiario le pone la carne de gallina. Fuego. Fuego.

Huyler's. En la puerta se respira un comfortable aroma a chocolate mezclado con el olor a mármol y a níquel bien limpio. El olor del chocolate hirviendo sube en espiral por las rejillas que hay bajo las cristaleras. Chucherías de papel rizado para Halloween. Ya va a entrar, cuando se acuerda de Mirror, confitería situada dos calles más arriba; aquellas locomotoras y automóviles platedos que le dan a uno el cambio. Me daré prisa. Con patines tardaría menos. Se puede uno escapar de los bandidos, estranguladores, apaches, con patines, tirando por encima del hombro, con una carabina automática: Pum... ¡Uno al suelo! Era el peor de todos. Pum... ¡otro! Los patines son patines mágicos, ffft... suben por las paredes de ladrillo de las casas, ruedan por los tejados, saltando chimeneas, por encima del Flatiron, por encima de los cables de Brooklyn Bridge.

Bombones de Mirror. Esta vez entra sin vacilación. Espera un momento ante el mostrador que le despachen.

—Deme una libra de bombones de chocolate surtidos de a sesenta centavos libra —dice atolondradamente.

Una rubia un poco bizca le mira maliciosamente sin contestarle.

—Haga el favor, tengo prisa.

—Bueno, cada uno a su turno.

Él la mira entornando los ojos, las mejillas ardiendo. Ella le entrega un paquete envuelto, con un ticket.

«Pague en la caja». No voy a llorar. La cajera es una mujer pequeña y canosa. Coge el dólar a través de una puertecita como las puertecitas por donde los animalitos entran y salen en la Casita de Mamíferos. La registradora da un alegre tintín, contenta de recibir dinero. Un quarter, un dime, un nickel y una tacita, ¿hacen cuarenta centavos? Pero sólo una tacita en vez de una locomotora o un automóvil. Recoge el dinero y deja la taza, y sale corriendo con la caja bajo el brazo. Mamá dirá que he tardado mucho. Vuelve a casa, mirando hacia adelante, dolido del desprecio de la señora rubia.

—¿Ah, conque a comprar bombones? —dijo el botones rubio.

—Te daré algunos si subes luego —murmuró Jimmy al pasar.

Las varillas de latón suenan cuando él les da con la punta del pie al subir las escaleras. Ante la puerta color chocolate que tiene un 503 en cifras esmaltadas, se acordó de los chanclos. Dejó los bombones en el suelo y se los puso en los zapatos mojados. Suerte que su madre no le esperaba con la puerta abierta. Quizá la habría visto venir desde la ventana.

—Mamá.

No estaba en el gabinete. Se aterrorizó. Había salido, se había marchado.

—Ven acá, querido.

Su voz débil llegaba del dormitorio. Jimmy se quitó el sombrero y el impermeable y se precipitó dentro.

—Madre, ¿qué te pasa?

—Nada, rico... Tengo dolor de cabeza, un dolor de cabeza terrible. Echa agua de colonia en un pañuelo y pónmelo en la frente con cuidado, y sobre todo, queridito, no me la dejes caer en los ojos como hiciste la otra vez.

Estaba tendida en la cama envuelta en un peinador azul celeste. Tenía la cara lívida. La bata de seda salmón colgaba fláccida sobre una silla; en el suelo yacía el corsé en una maraña de cintas rosadas. Jimmy le puso el pañuelo mojado cuidadosamente sobre la frente. El fuerte olor de la colonia le picaba en las narices al inclinarse sobre ella.

—¡Oh, qué alivio! —Articuló débilmente—. Mira, telefona a la tía Emily, Riverside Drive 2466, y pregúntale si puede venir por aquí esta noche. Tengo que hablar con ella... ¡Oh, me va a estallar la cabeza!

Con el corazón alterado y los ojos llenos de lágrimas fue al teléfono. La voz de la tía Emily llegó extraordinariamente pronto.

—Tía Emily, mamá está mala... Quiere que vengas... Va a venir en seguida, mamá querida —gritó—. Ya ves qué bien. Viene en seguida.

Volvió de puntillas a la habitación de su madre, levantó el corsé y el traje y los colgó en el guardarropa.

Amorcito —dijo la débil voz—, quítame las horquillas del pelo; me hacen daño en la cabeza... ¡Oh, hijo mío, siento como si mi cabeza fuera a estallar!

De entre su pelo castaño, que era más sedoso que el traje de casa, sacó cuidadosamente las horquillas.

—¡Oh, me haces daño!

—Madre, ha sido sin querer.

La tía Emily, delgada, con un impermeable azul echado sobre su traje de noche, entró precipitadamente en el cuarto, su fina boca plegada en un gesto de simpatía. Vio a su hermana tendida retorciéndose de dolor en la cama, y al muchachito flaco y pálido, de pantalón corto, en pie a su lado con las manos llenas de horquillas.

—¿Qué es esto, Lily? —preguntó tranquilamente.

—Querida mía, algo terrible me sucede —murmuró Lily Herf en un entrecortado murmullo de angustia.

—Jimmy —dijo tía Emily severamente—, tienes que irte a la cama... Mamá necesita un reposo absoluto.

—Buenas noches, mamita querida —dijo él.

La tía Emily le dio unas palmaditas en la espalda:

—No te apures, James; yo me ocuparé de todo.

Fue al teléfono y comenzó a llamar un número en una voz baja y precisa.

La caja de bombones estaba en la mesa del salón. Jimmy se sintió culpable cuando se la puso bajo el brazo. Al pasar junto a la librería agarró un volumen de la Enciclopedia Americana y se lo encajó bajo el otro brazo. La tía no se enteró de su salida. Las puertas del calabozo se abrieron. Fuera, un corsario árabe y dos fieles servidores esperaban para franquearle las fronteras de la libertad. Su habitación se encontraba tres puertas más abajo. Reinaba allí una

oscuridad espesa y silenciosa. La luz se encendió dócil iluminando la cabina de la goleta Mary Stuart. Bien, capitán; leve el ancla y emprenda el rumbo a las Islas del Viento, y que no me molesten hasta el amanecer. Tengo importantes papeles que repasar. Se arrancó la ropa y se arrodilló en pijama junto al lecho: Alahoradeacostarme, RuegoaDiosquemialmaguarde, Simueroantesdequedespierte, QueelSeñormialmaselleve.

Luego abrió la caja de bombones y puso las almohadas una encima de otra al pie de la cama, bajo la luz. Sus dientes partieron el chocolate y penetraron en la pulpa dulce. Vamos a ver...

A, la primera de las vocales, la primera letra de todos los alfabetos escritos, excepto el amharic o abisinio, del cual es la decimatercera, y el rúnico, del cual es la décima...

Demonio...

AA, Aachen (véase Aquisgrán).

Aardvark...

—¡Huy, qué cara!...

(orycteropus capensis), animal plantígrado, del género mamíferos, orden de los desdentados, originario de África.

Abd.

Ahd-el-Halim, príncipe egipcio, hijo de Mehmet Alí y una esclava blanca...

Las mejillas se le encendieron cuando leyó:

La reina de las esclavas blancas.

Abdomen (etimología indeterminada)... parte inferior del cuerpo entre el diafragma y la pelvis...

Abelardo... Las relaciones entre maestro y discípulo no duraron mucho. Un sentimiento más ardiente que la estimación agitaba sus corazones, y las infinitas ocasiones de verse que les proporcionaba el canónigo confiado en la edad de Abelardo (ya iba a cumplir los cuarenta) y en su estado, fueron fatales para la paz de ambos. La situación de Eloísa estaba a punto de dilatar su intimidad... Entonces Fulbert se dejó llevar de su salvaje deseo de venganza..., irrumpió en la habitación de Abelardo con una banda de rufianes y satisfizo su venganza haciéndole sufrir una atroz mutilación...

Abelitas... denunciaron las relaciones sexuales como un culto satánico.

Abimelech I, hijo de Gedeón y una concubina semita. Se coronó rey después de haber asesinado a sus setenta hermanos, con excepción de Jothan,

y fue muerto mientras sitiaba la torre de Thebez...

Aborto...

No; tenía las manos heladas y se sentía un poco mal por haberse zampado tantos bombones...

Abracadabra...

Abydos...

Se levantó a beber un vaso de agua antes de llegar a Abisinia, donde había grabados de montañas y el incendio de Magdala por los ingleses.

Los ojos le escocían. Se sentía anquilosado y soñoliento. Miró su Ingersoll. Las once. El terror se apoderó de él súbitamente. Si mamá hubiera muerto... Hundió la cabeza en la almohada. La veía en pie junto a él, con su traje de baile blanco adornado de encajes, arrastrando una cola de volantes, y su mano suavemente perfumada le acariciaba la mejilla con dulzura. Los sollozos le ahogaban. Dio una vuelta en la cama con la cabeza hundida en la nudosa almohada. En mucho rato no pudo parar de llorar.

Cuando se despertó se dio cuenta de que la luz seguía encendida y el cuarto estaba sin ventilar. El libro había rodado al suelo y los bombones, despachurrados, salían de la caja hechos una pasta. El reloj se había parado a la 1.45. Abrió la ventana, metió los chocolates en el cajón de la cómoda e iba a apagar la luz cuando recordó. Temblando de miedo, se puso la bata y las zapatillas, y despacio, de puntillas, avanzó por el pasillo oscuro. Escuchó a través de la puerta. Varias personas hablaban en voz baja. Golpeó débilmente con los nudillos y dio vuelta al tirador. Una mano abrió bruscamente la puerta y Jimmy se encontró parpadeando frente a la cara recién afeitada de un hombre con lentes de oro. La otra puerta estaba cerrada. Ante ella había una enfermera toda almidonada.

—James, hijito, vuélvete a la cama y no te inquietes —dijo la tía Emily con una voz fatigada—. Tu madre está muy enferma y necesita un reposo absoluto, pero ya no hay peligro.

—No, al menos por ahora no, señora Merivale —dijo el doctor echando aliento en sus lentes.

—El pobre pequeño —dijo la enfermera con una tranquilizadora voz de gato— ha pasado la noche muy inquieto, pero no nos ha molestado ni una vez.

—Voy a arroparte en tu cama —dijo la tía Emily—. Eso es lo que le gusta a mi James.

—¿Puedo ver a mamá un poquitín, nada más que para saber de seguro que está mejor?

Jimmy levantó los ojos tímidamente a la abultada cara de los lentes. El doctor asintió.

—Bueno, tengo que marcharme... Pasaré por aquí de cuatro a cinco para ver qué tal marcha esto... Buenas noches, señora Merivale. Buenas, noches, señorita Billings. Buenas noches, pequeño...

—Por aquí.

La enfermera le puso la mano en el hombro a Jimmy. Él se la quitó de encima agachándose, y la siguió.

Había una luz encendida en el cuarto de su madre. A guisa de pantalla le habían puesto alrededor una toalla prendida con alfileres. De la cama salía una respiración jadeante que no reconoció. La cara, contraída, estaba vuelta hacia él, los párpados cerrados, la boca torcida a un lado.

La estuvo mirando fijamente medio minuto.

—Bueno, ahora me voy otra vez a la cama —murmuró a la enfermera.

Sus arterias latían desaforadamente. Sin mirar a la tía ni a la enfermera se dirigió rígido hacia la puerta. Su tía dijo algo. Echó a correr por el pasillo hasta su cuarto, cerró de golpe la puerta y corrió el pestillo. Se quedó en medio de la habitación, tieso, frío, con los puños cerrados, «Los odio, los odio», gritó. Luego, ahogando un sollozo, apagó la luz, se metió en la cama y se quedó tiritando entre las sábanas frías.

—Dada la importancia de su comercio —decía Emile con su sonsonete—, creo yo que necesitaría usted de alguien que le ayudase en, la tienda.

—Ya lo sé... Me estoy matando de trabajo, ya lo sé —suspiró madame Rigaud en el taburete de la caja.

Emile llevaba largo rato mirando un jamón de Westfalia, colocado en una tabla de mármol, junto a su codo. Por fin, dijo tímidamente:

—Una mujer como usted, una mujer hermosa como usted, madame Rigaud, siempre tiene amigos.

—Ah, ca... He vivido mucho en mis tiempos... Ya no tengo confianza... Los hombres son un hatajo de brutos, y las mujeres..., oh, nunca puedo entenderme con ellas.

—La historia y la literatura... —empezó Emile.

La campanilla sonó en lo alto de la puerta. Un hombre y una mujer entraron en la tienda. Ella llevaba, sobre el pelo amarillo, un sombrero con un macizo de flores.

—Vamos, Billy, no seas extravagante —decía ella.

—Pero Norah, tenemos que tomar algo... Te digo que para el sábado tendré guita otra vez.

—No la tendrás hasta que dejes de jugar a las carreras.

—Déjame en paz... Vamos a tomar un poco de paté de foie... esa pechuga de pavo fiambre tiene buena cara...

—Vidita —arrulló la del pelo amarillo.

—Quítate de encima, si quieres. Esto es cuenta mía.

—Sí, señor, el pavo es muy bueno... Tenemos también pollos aún calientes... Emile, mon ami, cherchez-moi un de ces petits poulets dans la cuisine.

Madame Rigaud hablaba como un oráculo, sin moverse de su taburete. El hombre se abanicaba con su sombrero de paja de gruesas alas que tenía una cinta a cuadros.

—¡Qué noche de calor! —dijo madame Rigaud.

—Sí que aprieta, sí... Norah, debíamos haber ido a la Isla en vez de andar flaneando por las calles.

—Billy, tú sabes de sobra por qué no podíamos ir.

—No mareas. ¿No te estoy diciendo que el sábado tendremos guita de sobra?

—La historia y la literatura —continuó Emile cuando los clientes se fueron con su pollo dejando a madame Rigaud medio dólar de plata que guardar en la caja—, la historia y la literatura nos enseñan que hay amistades, que hay a veces amores dignos de confianza...

—¡La historia y la literatura! —rezongó madame Rigaud, riendo para sí— ¡bonitas están la historia y la literatura!

—¿Pero no se siente usted nunca sola en una gran ciudad extranjera como ésta? Todo es tan difícil... Las mujeres miran al bolsillo y no al corazón... Yo no puedo aguantar más.

Los anchos hombros y los grandes pechos de madame Rigaud temblaban con la risa. Su corsé crujió cuando, aún riendo, se bajó del taburete.

—Emile, es usted un buen mozo, juicioso, y se abrirá camino en el mundo... Pero yo no volveré a ponerme jamás bajo la dependencia de ningún hombre... He sufrido demasiado... No, aunque viniera usted con cinco mil dólares.

—¡Ah, qué cruel es usted!

Madame Rigaud volvió a reírse:

—Ande, ayúdeme a cerrar.

El domingo, callado y lleno de sol, pesaba sobre la ciudad. Baldwin, sentado en su escritorio en mangas de camisa, leía un libro de Derecho, encuadernado en becerro. De cuando en cuando apuntaba una nota en un block, con letra grande y regular. Sonó el teléfono en el cálido silencio. Concluyó el párrafo que estaba leyendo y se levantó a contestar.

—Sí, estoy solo; ven si quieres.

Colgó el receptor. «¡Que se vaya al diablo!», murmuró apretando los dientes.

Nellie entró sin llamar, y lo encontró paseando nervioso delante de la ventana.

—Hola, Nellie —dijo sin levantar los ojos.

Ella se quedó parada mirándolo fijamente.

—Mira, Georgy, esto no puede continuar.

—¿Por qué no?

—Estoy cansada de fingir, de mentir siempre.

—Nadie se ha enterado de nada, supongo.

—Oh, claro que no.

Nellie se acercó a él y le enderezó la corbata. George la besó dulcemente en la boca. Ella llevaba un vestido escarolado de muselina, color lila, y en la mano una sombrilla azul.

—¿Qué tal van tus asuntos, Georgy?

—Estupendamente. ¿Sabes que me habéis traído suerte? En este momento tengo varios negocios buenos entre manos, y he hecho algunas relaciones muy valiosas.

—Pues a mí me ha traído bien poca suerte. Aún no me he atrevido a confesarme. El cura creerá que me he vuelto atea.

—¿Cómo está Gus?

—Lleno de proyectos... Parece como si hubiera ganado ese dinero, del pisto que se da.

—Oye, Nellie, ¿y si dejaras a Gus y te vinieras a vivir conmigo? Podrías divorciarte y después casarnos. Así todo se arreglaría.

—Sí, sí... Además, tú no lo dices en serio.

—Sin embargo, valdría la pena, Nellie, te juro que sí.

La abrazó y la besó en los labios, cerrados e inmóviles. Ella se desasió.

—Sea como sea, ya no vuelvo más por aquí... ¡Oh, subía yo las escaleras tan contenta con la idea de verte!... Estás pagado, asunto concluido.

Él notó que sus ricitos estaban sueltos. Un mechón de pelo colgaba sobre una ceja.

—Nellie, no debemos separarnos así.

—¿Por qué no, di?

—Por lo que nos hemos querido los dos.

—No voy a llorar por eso.

Nellie se dio unos golpecitos en la nariz con el pañuelo arrollado.

—Georgy, te voy a odiar... Adiós.

La puerta se cerró de golpe tras ella.

Baldwin, sentado en su escritorio, mordía la punta de un lápiz. El débil perfume de su pelo persistía en sus narices. Tenía la garganta llena de sollozos. Tosió. El lápiz se le cayó de la boca. Se limpió la saliva con el pañuelo y se acomodó en su sillón. Los nutridos párrafos del libro de Derecho, antes turbios, se aclararon. Arrancó del block la hoja escrita y la prendió encima de un montón de documentos. En la nueva hoja empezó a escribir: Decisión del Tribunal Supremo del Estado de Nueva York... De repente se incorporó en su asiento y se puso otra vez a morder la punta del lápiz. Fuera se oía el pitido sin fin de un carrito de cacahuetes. «Oh, bueno, lo hecho, hecho». Continuó escribiendo con letra grande y regular: Pleito Patterson contra el Estado de Nueva York... Decisión del Supremo...

Bud, sentado en la ventana de la Unión de Marineros, leía lenta y atentamente un periódico. Junto a él dos hombres con cuello blanco y traje de jerga azul, meditaban sobre el tablero de ajedrez. Sus mejillas recién afeitadas parecían dos bistecs crudos. Uno de ellos fumaba una pipa que hacía un ruidito cada vez que la chupaba. Fuera, la lluvia caía sin cesar en una gran plaza rielante.

Banzai, vive mil años, gritaron los hombrecillos grises del cuarto pelotón de zapadores japoneses que avanzaban a reparar el puente sobre el río Yalu... Corresponsal especial de «New York Herald...»

—Mate —dijo el hombre de la pipa—. Vamos a echar un trago, ¡qué diablos! Ésta no es noche pa quedarse aquí sentao sin emborracharse.

—He prometido a la vieja...

—No me vengas con canciones, Jess. Ya conozco las promesas que tú te gastas.

Una manzana roja cubierta de pelos rubios metió las piezas en la caja.

—Dil'a la vieja que t'has tenío que tomar una copa pa quitarte la humidaz.

—De todos modos, eso no sería mentira.

Bud miraba pasar delante de la ventana sus sombras encorvadas bajo la lluvia.

—¿Cómo te llamas?

Bud se volvió bruscamente, sobresaltado por una voz agria y chillona. Se quedó mirando a los ojos azules de un hombrecillo amarillento que tenía una cara de sapo, de boca grande, ojos saltones y espeso pelo negro cortado al rape.

La mandíbula de Bud articuló:

—Me llamo Smith. ¿Qué hay?

El hombrecillo alargó una cuadrada mano callosa.

—Tanto gusto. Yo, Matty.

Bud, a su pesar, estrechó la mano que estrujó la suya hasta hacerle retorcerse.

—¿Matty qué? —preguntó.

—Yo, Matty a secas... Matty el Lapón... Vamos a echar un trago.

—Estoy arrancao —dijo Bud—, no tengo un centavo.

—Yo pagar... yo tener mucho dinero... toma...

Matty hundió las manos en los bolsillos de su abolsado traje a cuadros, y, con sus dos puños llenos de billetes, dio un golpe a Bud en el pecho.

—Eh, quédate con tu dinero... Iré a tomar una copa contigo, eso sí. Cuando llegaron al bar de la esquina de Pearl Street, Bud llevaba codos y rodillas empapados. El agua fría le corría por el cuello abajo. Al acercarse al mostrador, Matty el Lapón sacó un billete de cinco dólares.

—Yo convidar todo el mundo... muy contento esta noche. Bud atacaba el lunch gratuito.

—Hace un siglo que no he comido —explicó cuando volvió al mostrador para beber.

El whisky le quemó la garganta, le seco la ropa y le hizo sentirse como se sentía cuando chico, los sábados que iba a ver jugar al baseball.

—Arreglao, Lap —gritó dando un manotazo en las anchas espaldas del hombrecillo—. Tú y yo desde hoy amigos.

—Oye, bisoño, mañana embarcaremos juntos... ¿Qué dices?

—¡Qué duda cabe!

—Ahora nos vamos a Bowery Street mirar las zorras. Yo pagar.

—No hay zorra que te mire a ti, Lap —gritó un borracho grandullón, de bigotes caídos, que se había colado entre ellos al salir.

—¿No, verdad? —dijo el Lap virando en redondo.

Uno de sus puños golpeó como un martillo, en rápido uppercut, la mandíbula del borracho. El infeliz, con los pies por el aire, cayó hacia adentro, entre las puertas batientes, que se cerraron tras él. En el local se armó un alboroto...

—¡Maldita sea la leche, Lapy, maldita sea la leche! —rugió Bud, y volvió a aporrearle la espalda.

Cogidos del brazo bandeaban por Pearl Street, bajo la lluvia penetrante. Los bares bostezaban, luminosos, en las esquinas de las calles empapadas de lluvia. La luz amarilla de los espejos y de las barras de latón y de los marcos dorados que encuadraban rosados desnudos de mujeres, se reflejaba en los vasos de whisky bebidos siempre de golpe, echando atrás la cabeza; fluía alegremente por las venas, salía borbotando por los oídos y por los ojos, goteaba a chorros por las puntas de los dedos. Las casas, negras de agua, se alzaban a cada lado; los faroles se bamboleaban como las linternas de una cabalgata. Por fin Bud se encontró con una mujer sobre las rodillas, en un cuarto interior lleno de caras apiñadas. Matty el Lapón, en pie, abrazado a dos chicas, se rasgó de un tirón la camisa para enseñar un hombre y una mujer desnudos tatuados en rojo y verde sobre su pecho, fuertemente enlazados por una serpiente de mar. Y cuando, sacando el pecho y moviendo la piel con los dedos, el hombre y la mujer tatuados se meneaban, las cabezas apiñadas estallaban de risa.

Phineas P. Blackhead levantó la ancha ventana de la oficina. Contempló el puerto de pizarra y mica, ensordecido por el estruendo de los vehículos, del vocerío, de las construcciones, que subía de las calles céntricas, inflándose y enroscándose como humo en el recio viento noroeste que barría el Hudson.

Phineas P. Blackhead levantó la ancha ventana de la oficina. Contempló el puerto de pizarra y mica, ensordecido por el estruendo de los vehículos, del vocerío, de las construcciones, que subía de las calles céntricas, inflándose y enroscándose como humo en el recio viento noroeste que barría el Hudson.

—¡Eh, Schmidt, tráigame los gemelos! —dijo por encima del hombro—.

Mire...

Enfocó los gemelos a un vapor blanco, ventrudo, con una chimenea amarilla, tiznada de hollín, que se encontraba frente a Governors Island.

—¿No es el Anonda que entra?

Schmidt era un viejo que se había encogido. Su piel colgaba en arrugas de sus mejillas flácidas. Miró con los gemelos.

—Sí que es.

Blackhead bajó la ventana. El estruendo retrocedió, degenerando en un murmullo sordo como el sonido de una concha marina.

—¡Recórcholis, se han dado prisa!... Atracarán dentro de media hora... Lárguese en seguida y busque al inspector Mulligan. Él ha arreglado todo... No le quite ojo. El viejo Matanzas está sobre la pista, tratando de obtener una orden de embargo contra nosotros. Si la última cucharada de manganeso no está desembarcada mañana por la noche, le reduciré su comisión a la mitad... ¿Lo ha entendido usted?

Las flácidas mejillas de Schmidt tembloteaban al reírse.

—No hay peligro, señor... Ya debía usted conocerme, después de tanto tiempo.

—Pues claro que le conozco... es usted un gran tipo, Schmidt. Bromas mías.

Phineas P. Blackhead era un hombre delgado con el pelo plateado y una cara roja de pájaro de presa. Se recostó en la butaca de caoba de su pupitre y tocó un timbre eléctrico.

—Está bien, Charlie; que pasen —gruñó al pelirrojo botones que apareció en la puerta.

Se levantó rígido, detrás de su escritorio, y alargó una mano:

—¿Cómo está usted, señor Storow?... ¿Cómo está usted, señor Gold?... Acomódense. Eso es... Ahora vamos a ver lo de la huelga. La actitud de la Compañía ferroviaria que yo represento es todo franqueza y honradez, ustedes lo saben. Estoy convencido, puedo decir que tengo la más completa convicción de que nosotros podemos arreglar esta cuestión en forma cordial y amistosa... Naturalmente, es necesario que cada uno ponga un poco de su parte. Ya sé que nosotros tenemos en el fondo los mismos intereses, los intereses de esta gran ciudad, de este gran puerto...

El señor Gold se echó hacia atrás el sombrero y tosió dando una especie de ladrido:

—Señores, dos caminos se abren delante de nosotros...

Al sol, en el borde de la ventana, una mosca se restregaba las alas con sus patas posteriores. Se limpiaba de arriba abajo, torciendo y destorciendo sus patas delanteras como una persona que se enjabona las manos, frotándose cuidadosamente la coronilla de su cabeza picuda. Se estaba peinando. La mano de Jimmy se cernió sobre la mosca y cayó sobre ella. La mosca zumbando le hacía cosquillas en la palma, Jimmy la buscó a tientas con dos dedos, y cuando la hubo atrapado, la aplastó lentamente entre el pulgar y el índice, hasta hacer de ella una papilla gris.

Se limpió contra el reborde de la ventana. Un ardiente malestar se apoderó de él... ¡Pobre mosquita, después de haberse hecho tan bien la toilette! Se quedó un rato mirando a través de los empolvados cristales, donde el sol hacía fulgurar tenuemente el polvo. De vez en cuando, un hombre en mangas de camisa cruzaba el patio con una bandeja de platos: Se oía gritar órdenes, y el tintineo de la vajilla que estaban lavando subía apagado de las cocinas.

Miraba fijamente a través del tenue brillo del polvo en los cristales. «Mamá ha sufrido un ataque y yo volveré a la escuela la semana que viene».

—Eh, Herfy, ¿no has aprendido a boxear todavía?

—Herfy y el Kid van a disputarse el campeonato de peso mosca en match público.

—¡Yo no quiero!

—¡Kid sí quiere!... Aquí está. Haced ahí el ring, chicos.

—Que no quiero, os digo.

—Pues tienes que querer, o si no os moleremos a golpes a ti y al otro, ¡qué jorobar!

—¡Eh, Fred, cinco centavos de multa por decir interjecciones groseras!

—¡Caray, me olvidé!

—¡Otra vez! Trabájale las costillas.

—Anda con él, Herfy; yo apuesto por ti.

—Eso, eso, dale.

La cara blanca y torcida del Kid saltaba delante de él como un balón; sus puños caían sobre la boca de Jimmy; un sabor salobre a sangre del labio cortado. Jimmy se arroja a él, lo tira sobre la cama, le clava la rodilla en la barriga. Los otros lo separan y lo empujan contra la pared.

—¡Anda con él, Kid!

—¡Anda con él, Herfy!

La sangre se le agolpa en la nariz y en los pulmones: la respiración le raspa la garganta. Un pie lo derriba de una zancadilla.

—Basta; Herfy perdió.

—Mariquita..., mariquita.

—Pero, caray, Freddy, acuérdate que tuvo al otro debajo.

—A callarse, no armar tanto escándalo... que va a subir el viejo Hoppy.

—Bueno, esto ha sido un match amistoso, ¿eh, Herfy?

—¡Fuera de mi cuarto todos, todos! —grita Jimmy cegado por las lágrimas, empujándolos con los dos brazos.

—Llorón, llorón.

Cierra de golpe la puerta tras ellos, empuja contra ella su pupitre, y se echa temblando en la cama. Se vuelve de bruces, rabiando de vergüenza, mordisqueando la almohada.

Jimmy mira fijamente a través del tenue brillo del polvo sobre los cristales de la ventana.

Querido mío:

Tu pobre madre sufrió mucho cuando por fin te dejó en el tren y se volvió a la habitación desierta del hotel. Estoy muy sola sin ti. ¿Sabes lo que hice? Saqué todos tus soldados de plomo, los que solían tomar parte en el sitio de Puerto Arturo, y los coloqué en batallones sobre un estante de la biblioteca. Qué tontería, ¿verdad? No hagas caso: pronto llegarán las Navidades, y volveré a ver a mi Jimmy...

Una cara contraída sobre la almohada... Mamá ha sufrido un ataque y la semana que viene volveré al colegio. La piel negruzca que se afloja bajo los ojos, el gris que serpentea en sus cabellos castaños. Mamá ya no se ríe. El ataque.

Volvió de repente a su cuarto y se tiró en la cama con un pequeño libro de cuero en la mano. La resaca tronaba contra la barrera del arrecife. Jack nadaba rápidamente en las tranquilas aguas azules de la laguna; luego, en pie, en una playa amarilla, se secaba al sol las gotas salobres, dilataban las narices al olor del fruto del árbol del pan, que se tostaba al lado de su solitaria hoguera. Pájaros de brillante plumaje chillaban y trinaban en lo alto de los cocoteros. En el cuarto hacía un calor soporífero. Jimmy se quedó dormido. En la cubierta olía a fresa, a limón, a piñas, y mamá estaba allí, con su vestido blanco, y un hombre moreno con una gorra de marino, y el sol centelleaba en

las grandes velas lechosas. ¡O-o-ohí! Una mosca grande como un barco, avanza hacia ellos por el agua, extendiendo sus patas nudosas de cangrejo. «¡Salta, Jimmy, salta; en dos brincos llegas!», le grita el hombre moreno al oído. «¡Yo no quiero..., yo no quiero!», lloriquea Jimmy. El hombre moreno le pega: salta, salta, salta...

—Sí, un momento. ¿Quién es?

La tía Emily estaba en la puerta.

—¿Por qué cierras la puerta con llave, Jimmy?... Yo nunca permito a James que cierre la puerta.

—Yo prefiero tenerla cerrada, tía Emily.

—¡Mira que un chico dormido a estas horas!...

—Estaba leyendo La isla del coral y me quedé dormido. Jimmy se ponía colorado.

—Bueno, ven. La señorita Billings ha dicho que no puedes entrar en el cuarto de tu madre. Está descansando.

Bajaban en el pequeño ascensor, que olía a aceite de ricino. El negrito hizo una mueca a Jimmy.

—¿Qué dijo el doctor, tía Emily?

—Todo marcha lo mejor que podía esperarse... Pero no te preocupes. Esta noche tienes que divertirte mucho con tus primitos... Tú no juegas bastante con los niños de tu edad, Jimmy.

Iban hacia el río, luchando contra el viento lleno de arena, que se arremolinaba en la calle, bajo un cielo oscuro, estriado de plata.

—Supongo que te alegrarás de volver al colegio, James.

—Sí, tía Emily.

—Los días del colegio son los más felices de la vida No dejes de escribir a tu madre una vez por semana al menos, James. No le queda nadie más que tú, ahora. La señorita Billings y yo te tendremos al corriente.

—Sí, tía Emily.

—Además, James, quiero que conozcas a mi James mejor. Es de tu misma edad, sólo que un poco más desarrollado quizá. Tenéis que ser buenos amigos... Yo hubiera querido que Lily te hubiese mandado también a Hotchkiss...

—Sí, tía Emily.

Había pilares de mármol rosa en el «hall» de la casa donde vivía tía Emily, y el chico del ascensor llevaba una librea color chocolate, con botones de latón, y el ascensor era cuadrado, decorado con espejos. La tía Emily se paró ante una puerta de caoba roja en el séptimo piso y buscó la llave en su bolso. Al final del pasillo había una ventana con cristaltos emplomados, por la cual se podía ver el Hudson y los vapores y los grandes árboles de humo que subían de los patios, destacándose a lo largo del río contra el sol poniente. Cuando la tía Emily abrió la puerta oyeron un piano.

—Ésa es Maisie, que está estudiando.

En el cuarto del piano la alfombra era gruesa y muelle; el papel, amarillo, con rosas plateadas, entre las molduras crema y los marcos dorados de cuadros al óleo que representaban bosques, una góndola llena de gente y un cardenal gordo bebiendo. Maisie saltó de la banqueta. Tenía una cara redonda y una nariz algo respingada. El metrónomo siguió su tictac.

—¡Hola, James! —dijo ella después de tender la boca a su madre para que se la besara—. Siento muchísimo que la pobre tía Lily esté tan enferma.

—¿No besas a tu prima, James? —dijo la tía Emily.

Jimmy, torpemente, apretó su cara contra la de Maisie.

—Vaya una manera de besar —dijo Maisie.

—Bueno, queridos, ahora podéis haceros compañía los dos hasta la hora de cenar.

La tía Emily desapareció entre las cortinas de terciopelo azul.

—Nosotros no podemos seguir llamándote James.

Después de parar el metrónomo, Maisie, en pie, se quedó mirando de hito en hito a su primo:

—No puede ser que haya dos James, ¿verdad?

—Mamá me llama Jimmy.

—Jimmy es un nombre muy vulgar, pero en fin, tendremos que contentarnos con él mientras pensamos en otro mejor... ¿Cuántos jacks puedes tú coger?

—¿Qué son jacks?

—¡Cómo! ¿No sabes lo que son jackstones? ¡Cómo se va a reír James cuando vuelva!

—Conozco las rosas Jack. Son las que más le gustaban a mi mamá.

—A mí las únicas que me gustan son las de American Beauties —declaró

Maisie desplomándose en un sillón Morris.

Jimmy, apoyado sobre un pie, se pateaba el talón con la punta del otro.

—¿Dónde está James?

—Pronto llegará... Ha ido a dar su lección de montar.

El crepúsculo dejó caer entre ellos un silencio de plomo. De los muelles de la estación llegaba el silbido de una locomotora y el ruido que los vagones de mercancías hacían al ser enganchados en el apartadero. Jimmy corrió a la ventana.

—Oye, Maisie, ¿te gustan las máquinas? —preguntó.

—¿A mí? Me parecen horribles. Papá dice que nos vamos a mudar a causa del ruido y del humo.

En la penumbra, Jimmy vislumbró la bruñida mole de una enorme locomotora. El humo salía de la chimenea en inmensas espirales de bronce y de violeta. En la vía, una luz roja se volvió súbitamente verde. La campana empezó a sonar lentamente, perezosamente. Bajo la presión del vapor, el tren, dando resoplidos, arrancó con un estruendo de hierro, fue tomando velocidad y se perdió en las tinieblas, balanceando su linterna roja a la cola.

—¡Lo que me gustaría a mí vivir aquí!... —dijo Jimmy—. Tengo doscientas setenta y dos fotos de máquinas. Hago colección.

—¡Qué cosa tan rara para coleccionar!... Oye, Jimmy, baja la cortina, que voy a encender la luz.

Cuando Maisie apretó el botón vieron a James Merivale a la puerta. Tenía el pelo tieso y rubio, la cara llena de pecas y una nariz respingada como la de Maisie. Traía puestos los pantalones de montar y polainas de cuero negro, y blandía una larga fusta de madera pelada.

—¡Hola, Jimmy! —dijo—. Bien venido.

—Oye, James —gritó Maisie—, Jimmy no sabe lo que son Jackstones.

La tía Emily apareció entre las cortinas de terciopelo azul. Vestía una blusa de seda verde, con cuello alto, adornada de encajes. Su pelo blanco se alzaba en dulce curva sobre su frente.

—Ya es tiempo de que os lavéis —dijo—. La cena estará dentro de cinco minutos... James, lleva a tu primo a tu cuarto y quítate en seguida ese traje de montar.

Todos estaban ya sentados cuando Jimmy, precedido de su primo, entró en el comedor. Cuchillos y tenedores brillaban discretamente a la luz de seis velas con pantallas de rosa y plata. A la cabecera de la mesa estaba sentada la tía

Emily; junto a ella, un hombre de nuca plana, y al extremo opuesto el tío Jeff, con una perla en su corbata a cuadros, llenaba un amplio salón. La sirvienta negra revoloteaba por la franja de luz, pasando crackers tostados. Jimmy se comió la sopa muy tieso y muy asustado de hacer ruido. El tío Jeff hablaba con voz tonante entre cucharada y cucharada.

—Le digo a usted, Wilkinson, que Nueva York no es ya lo que era cuando Emily y yo vinimos a instalarnos aquí, allá en los tiempos en que el Arca dio fondo... La ciudad está invadida por judíos e irlandeses de la más baja categoría, y eso es lo que nos pierde... Dentro de diez años un cristiano ya no podrá ganarse la vida aquí... Le digo a usted que los católicos y los judíos acabarán por echarnos de nuestro país. ¡Y si no, ya lo verá usted!

—Es la nueva Jerusalén —intercaló la tía Emily riendo.

—No es cosa de risa. Cuando un hombre se ha matado trabajando toda su vida para levantar un negocio, no le hace gracia que le pongan en la calle una partida de cochinos extranjeros, ¿verdad, Wilkinson?

—No te exaltes, Jeff... Ya sabes que luego no digieres bien.

—No perderé los estribos, querida.

—Lo que le pasa a este pueblo es, señor Merivale... (el señor Wilkinson frunció el entrecejo gravemente). Este pueblo es demasiado tolerante. No hay otro país en el mundo donde esto se permita... Después de todo, somos nosotros los que hemos hecho este país, quienes permitimos a los extranjeros, la escoria de Europa, las heces de los ghettos de Polonia, que vengan y dirijan por nosotros, en nuestro lugar.

—El hecho es que un hombre honrado no quiere ensuciarse las manos en la política, y no le interesa desempeñar cargos públicos.

—Es verdad; un hombre, hoy día, quiere más dinero, necesita más dinero del que puede ganar honradamente en la vida pública... Naturalmente, los hombres de más valer toman otros rumbos.

—Y añádase a esto la ignorancia de esos sucios judíos y de esos piojosos irlandeses, a los cuales damos el derecho de votar incluso antes de que puedan siquiera hablar inglés... —expresó el tío Jeff.

La sirvienta colocó delante de la tía Emily un pollo asado rodeado de frituras de maíz. La conversación languideció mientras se servía.

—¡Oh!, he olvidado decirte, Jeff —dijo la tía Emily—, que el domingo vamos a Scarsdale.

—¡Oh! Querida, yo detesto salir los domingos.

—Es como un niño chico cuando se trata de salir de casa.

—Pero el domingo es el único día que tengo para quedarme en casa.

—Bueno, mira lo que pasó: Estaba tomando el té con las chicas de Harland en Maillard, ¿y sabes tú quién ocupaba la mesa a nuestro lado? La señora Burkhart...

—¿La señora John B. Burkhart? ¿No es su marido uno de los vicepresidentes del National City Bank?

—John es un gran tipo y un hombre de porvenir.

—Bueno, como iba diciendo, querido, la señora Burkhart nos dijo que teníamos que ir a pasar el domingo con ellos, y, naturalmente, no he podido negarme.

—Mi padre —continuó el señor Wilkinson— era el médico del viejo Johannes Burkhart. Era un tipo célebre el viejo aquel. Había hecho su agosto con el comercio de pieles allá en los tiempos del coronel Astor. Padecía de gota y blasfemaba de un modo terrible... Me acuerdo de haberle visto una vez: un viejo de cara roja con largas melenas blancas y un casquete de seda en la coronilla. Tenía un loro llamado Tobías, y la gente que pasaba por la calle nunca sabía si era Tobías o el juez Burkhart el que juraba.

—¡Ah, los tiempos han cambiado! —dijo tía Emily.

Jimmy estaba sentado en su silla con ambas piernas dormidas. Mamá ha tenido un ataque y la semana próxima volveré al colegio. Viernes, sábado, domingo, lunes... El y Skinny vuelven juntos de jugar con los sapos al borde de la charca. Llevaban sus trajes azules porque era domingo. Detrás del granero los arbustos estaban en flor. Unos chicos se burlan de Harris, llamándole Iky, porque dicen que es judío. Su voz se alza lloriqueante:

—Basta, hombres, basta... Tengo puesto mi vestido nuevo.

—¡Oh, míster Salomón Levy, con sus mejores trapitos!... —gritaron las voces burlonas—. ¿Te lo has comprado en una tienda de todo a diez centavos, Iky?

—Apuesto a que son de algún saldo por incendio.

—Entonces hay que usar la manga.

—Vamos a chapuzar a Salomón Levy.

—Estarse quietos.

—¡Chitón! No grites tanto.

—Están de broma; no le harán daño —murmuró Skinny.

Se llevaron a Iky con la cabeza para abajo hacia el charco. Iba gritando y

pataleando, con la cara inundada de lágrimas.

—No es judío —dijo Skinny—, pero os diré quién es judío: ese gallito de Fat Swanson.

—¿Cómo lo sabes?

—Su compañero de cuarto me lo ha dicho.

—¡Caramba, lo van a hacer de veras!

Salieron corriendo en todas direcciones. El pequeño Harris, con el pelo lleno de barro, trepaba por la orilla. Las mangas de su chaqueta chorreaban agua.

Habían servido el helado rociado con chocolate caliente. Un irlandés y un escocés bajaban por la calle, y el irlandés dijo al escocés: «Sandy, vamos a echar un trago...».

Un prolongado campanillazo distrajo la atención general de la historia del tío Jeff. La doncella negra entró precipitadamente en el comedor y empezó a cuchichear al oído de la tía Emily.

—... y el escocés dijo: Mike... Bueno. ¿Qué es lo que ocurre?

—Mister Joe, señor.

—¡Demontre!

—Quizá venga presentable —dijo la tía Emily vivamente.

—Un poquillo achispado, señora.

—Sarah, ¿por qué demonios le dejó usted entrar?

—Yo no lo dejé, pero él entró.

El tío Jeff apartó su plato y dio un servilletazo en la mesa.

—Saldré a hablarle.

—Procura que se vaya... —comenzó a decir la tía Emily.

Se quedó con la boca entreabierta. Una cabeza asomaba entre las cortinas que separaban el comedor del salón, una cabeza de pájaro, con la nariz ganchuda y el pelo lacio como el de un indio. Uno de los ojos, bordeados de rojo, parpadeaban tranquilamente.

—Salud todos... ¿Cómo andan las cosas? ¿No molesto?

La voz se elevaba campanuda a medida que un cuerpo largo y flaco se introducía tras la cabeza a través de las cortinas. La boca de la tía Emily se contrajo en una sonrisa helada.

—Emily, tienes que... mmm... perdonarme; supuse que una noche... mmm... en el seno de la familia... mmm... sería... mmm... mmm... saludable. Tú comprendes... la influencia edificante del hogar. (En pie, detrás de la silla del tío Jeff, balanceaba la cabeza). Y bien, Jefferson, queridazo, ¿Cómo van tus negocios?

Dejó caer su mano sobre el hombro del tío Jeff.

—Oh, muy bien. ¿No te sientas? —gruñó éste.

—Me han dicho..., si quieres aprovechar la experiencia de un zorro viejo... mmm... un agente de cambio retirado... un corredor de bolsa... cada día más corrido..., ja, ja... Pero me han dicho que el Interborough Rapid Transit vale la pena de meterla nariz... No me mires con esos ojos torvos, Emily. Me voy ahora mismito... ¡Oh! ¿cómo va, señor Wilkison?... Los chicos tienen buena cara. ¡Hombre, que me zurzan si no es ése el pequeño de Lily Herf!... Jimmy, ¿tú no te acuerdas ya de tu... mmm... primo Joe Harland, eh? Nadie se acuerda de Joe Harland... Excepto tú, Emily, y eso que bien quisieras poderte olvidar de él..., ja, ja... ¿Cómo está tu madre, Jimmy?

—Un poco mejor, gracias.

Jimmy tenía un nudo en la garganta y se arrancó las palabras a duras penas.

—Bueno, pues cuando vuelvas a tu casa, le das recuerdos de mi parte... ella comprenderá. Lily y yo hemos hecho siempre buenas migas, aunque yo sea el espantajo de la familia... No me quieren, sueñan con verme lejos... Te digo, muchacho, que Lily es la mejor del cotarro. ¿Verdad, Emily, que es la mejor de todos nosotros?

La tía Emily carraspeó.

—Pues claro que sí; Lily es la más guapa, la más inteligente, la más personal... Jimmy, tu madre es una emperatriz... Siempre fue demasiado chic para todo esto. De buena gana echaría un trago a su salud.

—Joe, si bajaras un poco la voz...

La tía Emily tecleó las palabras como una máquina de escribir.

—¡Bah! Todos creéis que estoy borracho... Acuérdate de esto, Jimmy. Se inclinó sobre la mesa y a Jimmy le dio en la cara su olor a whisky). Estas cosas no son siempre culpa del hombre... las circunstancias... mmm... las circunstancias.

Tratando de recobrar el equilibrio, tiró un vaso.

—Si Emily persiste en mirarme con ojos torvos, me voy... Pero no te olvides de decir a Lily Herf que Joe Harland la quiere mucho, aunque esté en camino de condenarse.

Titubeando desapareció entre las cortinas.

—Jeff, estoy segura de que va a volcar el jarrón de Sèvres... Procura que salga como Dios manda y mételo en un coche.

James y Maisie ahogaban agudas risotadas en sus servilletas. El tío Jeff estaba como la grana.

—¡Que el diablo me lleve si lo meto en un coche! Ése no es primo mío... Deberían tenerlo encerrado. Y la próxima vez que le veas, Emily, le puedes decir de mi parte que si se presenta otra vez aquí en este estado repugnante lo pongo de patitas en la calle.

—¡Vamos, Jefferson, no vale la pena de enfadarse!... Nada malo ha ocurrido. Se ha marchado ya.

—¡Nada malo! Piensa en nuestros hijos. Figúrate que hubiera estado cualquier persona extraña aquí, en lugar de Wilkinson, ¿qué hubiera pensado de nuestra casa?

—No se preocupe por eso —graznó el Sr. Wilkinson—; tales cosas ocurren en las familias más ordenadas.

—Este pobre Joe es tan amable cuando está en sus cabales... —dijo la tía Emily—. ¡Y pensar que durante algún tiempo, ya hace años, se creyó que Joe Harland tenía la Bolsa entera en la palma de la mano! Los periódicos le llamaban el Rey de la Bolsa, ¿recuerdan ustedes?

—Eso era antes del asunto de Lottie Smithers...

—Bueno, niños, si os fuerais a jugar al otro cuarto mientras nosotros tomamos cate... —gorjeo la tía Emily—. Si, debían haberse marchado hace rato.

—¿Sabes jugar a las Quinientas, Jimmy? —preguntó Maisie.

—No, no sé.

—¿Qué te parece, James? No sabe jugar a los jacks ni a las Quinientas.

—Oh, son dos juegos de chicas —dijo James displicente—. Yo tampoco jugaría si no fuera por ti...

—Ah, no, señor Remilgado.

—Vamos a jugar a la bestia.

—Pero no somos bastantes. No es divertido si no hay muchos.

—Y la última vez tú lanzaste tales carcajadas que mamá nos hizo parar.

—Mamá nos hizo parar porque tú le diste un puntapié al pequeño Billy

Schmitz en el codo y le hiciste llorar.

—¿Y si bajáramos a mirar los trenes? —propuso Jimmy.

—No nos dejan bajar después de oscurecer —dijo Maisie severamente.

—¡Una idea! Juguemos a la bolsa... Yo tengo un millón de dólares en bonos a la venta, y Maisie puede jugar al alza y Jimmy a la baja.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—Oh, nada más que andar de un lado para otro y gritar... Yo vendo bajo par.

—Corriente, señor Broker; los compro a cinco centavos cada...

—No, no puedes decir eso... Hay que decir a noventa y seis y medio o algo por el estilo.

—Yo ofrezco cinco millones por ellos —gritó Maisie blandiendo el secante del escritorio.

—Pero tú estás loca: si no valen más que un millón —gritó Jimmy. Maisie se paró en seco.

—Jimmy, ¿qué es lo que has dicho?

Jimmy, sintiéndose enrojecer de vergüenza, se miraba los zapatos.

—He dicho que estás loca.

—¿Entonces tú nunca has estado en una escuela dominical? ¿No sabes que Dios dice en la Biblia que si se llama a alguien loco se está en peligro de ir al infierno?

Jimmy no se atrevía a levantar los ojos.

—Bueno, yo no juego más —dijo Maisie muy digna.

Jimmy, sin saber cómo, se encontró en el hall. Agarró su sombrero, salió corriendo por la puerta, bajó los seis tramos de piedra blanca, pasó ante los botones de latón y la librea chocolate del chico del ascensor, atravesó el vestíbulo, que tenía columnas de mármol rosa, y salió a la calle 72. Era de noche. Soplaba el viento. Todo estaba lleno de pesadas sombras que avanzaban, de ruidos de pasos que le perseguían. Por fin subió las familiares escaleras rojas del hotel. Pasó rápidamente delante de la puerta de su madre (le hubiera preguntado por qué había vuelto tan pronto), se precipitó en su cuarto, corrió el pestillo, dio dos vueltas a la llave y se quedó apoyado en la puerta, jadeando.

—Bueno, ¿te has casado ya?

Fue la primera cosa que preguntó Congo cuando Emile le abrió la puerta. Emile estaba en camiseta. El cuarto, que parecía una caja de zapatos, estaba mal ventilado. Una lámpara de gas con una caperuza de lata encima, lo alumbraba y calentaba.

—¿De dónde vienes esta vez?

—De Bizerta y Trondjeb... Soy todo un marino ya.

—Mal oficio el de marino, malo... Yo he ahorrado doscientos dólares. Estoy trabajando en el Delmonico.

Se sentaron el uno junto al otro en la cama deshecha. Congo sacó un paquete de Egyptian Deities con bordes dorados.

—La paga de cuatro meses. (Se dio una palmada en el muslo). ¿Has visto a May Eweitzer?(Emile sacudió la cabeza). Tengo que buscarla a esa zorra... En aquellos condenados puertos escandinavos salen en botes las mujeres, unas mujeres gordas y rubias...

Callaron. El gas rezongaba. Congo dejó escapar un silbido.

—Fichtre... C'est chic, ça, Delmonico. ¿Por qué no te has casado con ella?

—No creas, le gusta que le haga la corte... Yo haría marchar la tienda mucho mejor que ella.

—Tú eres demasiado blando; a las mujeres hay que tratarlas mal pa sacar algo d'ellas... Dale celos.

—Si es ella la que me castiga.

—¿Quieres ver mis postales?(Congo sacó del bolsillo un paquete envuelto en papel periódico). Mira, esto es Nápoles; allí todo el mundo sueña con venirse a Nueva York... Ésta es una bailarina árabe. ¡Nom d'une vache, cómo se les mueve el ombligo!

—Oye, ya sé lo que voy a hacer —exclamó Emile de repente tirando las tarjetas en la cama—. Le voy a dar celos...

—¿A quién?

—A Ernestine... Madame Rigaud...

—Claro, hombre. Paséate un par de veces por la Octava Avenida con una chica, y apuesto a que cae en tus brazos como una tonelada de ladrillos.

El despertador sonó en la silla, junto a la cama. Emile saltó a pararle y empezó a chapuzarse en el lavabo.

—¡Dieu!, tengo que irme a trabajar.

—Yo me voy hasta Hell's Kitchen a ver si encuentro a May.

—No hagas el idiota y no te gastes todo el dinero —dijo Emile, que, en pie delante de un espejo rajado, con la cara torcida, se ponía los botones en su pechera almidonada.

—Lo que digo es cosa segura —repitió el hombre acercando su cara a la de Ed Thatcher, y golpeando la mesa con la palma de la mano.

—Es posible, Viler, pero he visto a tantos hundirse que, verdaderamente, creo no deber arriesgarme.

—Hombre, yo he pignorado el juego de té de la señora y mi anillo de diamantes y el vasito del niño... Es cosa segurísima... Yo no le metería a usted en esto si no fuera porque somos amigos y que le debo dinero, etc... Sacará usted un veinticinco por ciento de lo que invierta, mañana a mediodía... Luego, si usted quiere aguantar, puede usted hacerlo aventurándose, claro está; pero si vende las tres cuartas partes y arriesga el resto dos o tres días, su situación será tan segura como... el peñón de Gibraltar.

—Lo sé, Viler; realmente el negocio es bonito...

—¡Qué caray, hombre, no querrá usted quedarse en esta condenada oficina toda su vida!, ¿verdad? Piense en su hija.

—Ya pienso; eso es lo malo.

—Pero escuche: Ed Gibbons y Swandike habían ya empezado a comprar a tres centavos cuando la Bolsa cerró esta tarde... Klein se convenció y lo primero que hará mañana temprano será plantarse allí con, bombo y platillos. La Bolsa se volverá loca...

—A menos que los sujetos esos, portándose como cochinos, no cambien de opinión. Yo conozco al dedillo tales mejunjes, Viler. Esto tiene todo el aspecto de un engaño bobos... Yo he manejado muchos libros de bancarrota.

Viler se puso en pie y tiró el cigarrillo en la salivadera.

—Bueno, haga usted lo que quiera, me importa un pepino. Supongo que a usted le gusta andar de Ceca en Meca mañana y tarde y trabajar doce horas diarias.

—Yo quiero sencillamente abrirme camino con mi trabajo, y nada más.

—¿Para qué sirven unos cuantos miles de dólares ahorrados cuando se es viejo y no se les puede sacar el gusto? Yo, amigo, me meto de cabeza.

—Pues a ello, Viler... Eso allá usted —murmuró Thatcher cuando el otro salió dando un portazo.

Todo estaba oscuro en la espaciosa oficina, donde se alineaban pupitres

amarillos con sus enfundadas máquinas de escribir, excepto el rincón de luz en que Thatcher estaba sentado ante el escritorio abarrotado de registros. Las tres ventanas del fondo no tenían cortinas. Por ellas se veía la mole de edificios escalonados de luces y la Plancha de un cielo color tinta. Thatcher estaba copiando minutas en una larga hoja de papel timbrado.

Fan Tan Import and Export Company (activo y pasivo hasta el 29 de febrero inclusive). Sucursales de Nueva York, Shanghai, Hong-Kong y Estrechos.

Balance anterior	\$	345.798,84
Propiedad inmueble	«	500.087,12
Pérdidas y ganancias	«	345.798,84

—Una cuadrilla de ladrones —gruñó Thatcher en voz alta—. En todo este negocio no hay una cosa que no sea mentira. No creo que tengan sucursales en Hong-Kong ni en ninguna parte...

Se recostó en la silla y miró por la ventana. Los edificios se iban apagando. Sólo vislumbraba una estrella en el trozo de cielo. Debería salir a comer; es malo para el estómago comer irregularmente como yo hago. Supongamos que me hubiera lanzado a ciegas en el negocio, en vista de la confidencia de Viler. Ellen, ¿te gustan estas rosas American Beauty? Tienen tallos de ocho pies de altura, y quiero que estudies el itinerario del viaje al extranjero que yo he planeado para completar tu educación. Sí, será lástima dejar nuestro precioso piso nuevo, con vistas al Central Park... Y en el centro además... The Fiduciary Accounting Institute, Edward C. Thatcher, Presidente... Burbujas de vapor pasaban por el cuadrado de cielo ocultando la estrella. Tírate de cabeza, tírate de cabeza... Todos son ladrones y jugadores, después de todo... Tírate de cabeza y sal a flote con las manos llenas, los bolsillos llenos, la cuenta del Banco llena, los subterráneos llenos de dinero. ¡Con que yo me atreviera a correr el riesgo!... ¡Qué bobada, perder el tiempo en contemplaciones! Volvamos a la Fan Tan Import. El vapor, ligeramente enrojecido por el resplandor de las calles, subía rápidamente por el cuadrado de cielo, se enroscaba, se disipaba.

Géneros depositados en almacenes del Estado... dólares 325.666,00.

Tírate de cabeza y sal a flote con trescientos veinticinco mil seiscientos sesenta y seis dólares. Los dólares suben como el vapor, se retuercen, se disipan entre las estrellas. El millonario Thatcher se asomó a la ventana del cuarto, que olía a pachulí, para mirar los bloques negros de la ciudad, borbollonante de risas, de voces, de vibraciones de luz. Detrás de él tocaban orquestas entre azaleas, telégrafos particulares cablegrafiaban dólares, clic, clic, clic, desde Singapur, Valparaíso, Mukden, Hong-Kong, Chicago. Susie,

con un vestido de orquídeas, le hablaba al oído.

Ed Thatcher se levantó, los puños apretados, las lágrimas en los ojos. ¡Pobre idiota! ¿Para qué, ahora que ella se ha ido? Mejor será que me vaya a comer, si no Ellen me va a regañar.

V. APISONADORA

El crepúsculo redondea suavemente los duros ángulos de las calles. La oscuridad pesa sobre la humeante ciudad de asfalto, funde los marcos de las ventanas, los anuncios, las chimeneas, los tanques de agua, los ventiladores, las escaleras de incendios, las molduras, los ornamentos, los festones, los ojos, las manos, las corbatas, en enormes bloques negros. Bajo la presión cada vez más fuerte de la noche, las ventanas escurren chorros de luz, los arcos voltaicos derraman leche brillante. La noche comprime los sombríos bloques de casas hasta hacerles gotear luces rojas, amarillas, verdes, en las calles donde resuenan millones de pisadas. La luz chorrea de los letreros que hay en los tejados, gira vertiginosamente entre las ruedas, colorea toneladas de cielo.

A la puerta del cementerio, una apisonadora iba y venía repiqueteando por el camino recién embreado. Despedía un olor a grasa chamuscada, vapor y pintura caliente. Jimmy Herf andaba por el borde del camino. Las piedras le lastimaban los pies, clavándose en las suelas gastadas de sus zapatos. Se rozaba al pasar con obreros de tez curtida, que olían a ajo y a sudor. A los cien metros se paró. Sobre la carretera gris bordeada por los postes y alambres del telégrafo, sobre las casas grises, semejantes a cajas de cartón, y sobre los mellados solares de los marmolistas, el cielo tenía un color de huevo de petirrojo. Los gusanos se retorcían en su propia sangre. Jimmy se arrancó la corbata negra y se la metió en el bolsillo. Una canción zumbaba locamente en su cabeza.

Cansado estoy de violetas,

lleváoslas todas, todas.

Hay una gloria del sol y otra gloria de la luna y otra gloria de las estrellas: porque una estrella difiere de otra estrella en su gloria. Así también la resurrección de los muertos... Andaba de prisa, chapoteando en los charcos llenos de cieno, tratando de sacudirse de los oídos el zumbido de las palabras untuosas, de quitarse de los dedos la sensación del crespón negro, de olvidar el olor de los lirios.

Cansado estoy de violetas,

lleváoslas todas, todas.

Apretó el paso. El camino ascendía un cerro. En la hondonada corría un arroyuelo resplandeciente, entre manchones de hierba salpicada de amargones. Las casas se hacían cada vez más raras. En las granjas, letreros desconchados anunciaban: LYDIA PINKHAM'S VEGETABLE COMPOUND. BUDWEISER. RED HEN. BARKING DOG. Y mamá había tenido un ataque y ahora estaba enterrada. No podía recordar cómo era. Estaba muerta. Eso era todo. Desde una valla lanzaba un gorrión su chillido. El diminuto pajarillo echó a volar, se posó en un alambre del telégrafo y cantó, voló al borde de una caldera abandonada y cantó, se alejó volando y cantó. El cielo iba poniéndose de un azul más oscuro, se llenaba de escamas de nácar. Por última vez sintió un roce de seda a su lado, y una mano, llena de encajes, que se cerraba dulcemente sobre la suya. Tendido en su camita, con los pies encogidos, tiritando bajo la amenaza de las sombras, y las sombras desaparecían, se esfumaban en los rincones cuando ella se inclinaba sobre él, con la frente ceñida de bucles, sus mangas de seda abullonadas, y un lunar negro junto a la boca que besaba su propia boca. Apretó el paso.

La sangre fluía, abundante y caliente, por sus venas. Las nubes escamosas se fundían en una espuma rosácea. Jimmy oía sus pasos en el gastado pavimento de macadam. En una encrucijada el sol refulgía en los brotes puntiagudos y viscosos de las hayas jóvenes. Enfrente, un letrero decía YONKERS. Una lata de tomates, toda abollada, titubeaba en medio del camino. Jimmy siguió andando empujándola a puntapiés delante de él. Una gloria del sol, otra gloria de la luna y otra gloria de las estrellas... Jimmy siguió andando.

—¡Hola, Emile!

Emile respondió con un movimiento de cabeza, sin volverse. La chica corrió tras él, y le agarró por la manga.

—¿Así tratas a tus amistades, eh? Ahora que andas con esa reina de la repostería...

Emile retiró su mano.

—Es que llevo prisa.

—¿Qué dirías si fuera a contarle que tú y yo nos conchábamos para besarnos y abrazarnos delante del escaparate de la Octava Avenida, sólo con objeto de que se pirrara por ti?

—Ésa fue una idea de Congo.

—¿Qué, no salió bien?

—Sí.

—Bueno, ¿y no me lo debes a mí?

—May, tú eres una buena chica. La semana que viene, mi noche libre cae en miércoles... Iré a buscarte. Te llevaré al teatro. ¿Cómo va el negocio?

—No puede ir peor... Estoy tratando de que me contraten en el Campus de bailarina... Allí sí que se encuentran fulanos con guita. Se acabaron los marineros y los matones del puerto... M'estoy volviendo respetable.

—May, ¿sabes algo de Congo?

—Recibí una postal de no sé qué demonio de sitio que no pude leer el nombre... ¿No es gracioso que cuando escribes pidiendo dinero tó lo que sacas es una postal?... Ese es el fulano a quien se lo doy de capricho siempre que quiera... Y es el único, ¿sabes, Patas de Rana?

—Adiós, May.

Emile retiró bruscamente su sombrero de paja adornado de nomeolvides, y la besó.

—Eh, estate quieto, Patas de Rana... La Octava Avenida no es sitio de besar a una chica —murmuró ella metiéndose un rizo rubio bajo el sombrero—. Podría hacerte arrestar, y buenas ganas que tengo.

Emile se alejó.

Una bomba anti-incendios, una manguera y una escala pasaron junto a él, aturdiendo la calle con un estrépito de hierro. Tres manzanas más abajo, humo y alguna que otra llamarada salían del tejado de una casa. El gentío se estrujaba tras un cordón de policías. Por encima de las espaldas y de los sombreros, Emile vislumbraba a los bomberos sobre el tejado de la casa contigua. Tres chorros de agua, resplandeciendo en silencio, penetraban por las ventanas superiores. Debe ser precisamente enfrente de la repostería. Iba abriéndose paso entre las apreturas, cuando de repente la multitud se apartó. Dos policías sacaban arrastrando a un negro cuyos brazos colgaban como cables rotos. Detrás marchaba un tercer guardia golpeando con su porra la cabeza del negro.

—Es un moreno que pegó fuego a la casa.

—Detuvieron al incendiario.

—Mira el incendiario.

—¡Dios, qué cara tiene!

La multitud se cerró. Emile estaba al lado de madame Rigaud, a la puerta de la tienda.

—Chéri que ça me fait une émotion... J'ai horriblement peur du feu.

Emile, que estaba un poco detrás de ella, le rodeó el talle y le acarició un brazo con la mano libre.

—Ya pasó. Mira, no se ven más llamas, humo solamente... Pero estarás asegurada, ¿eh?

—Natural, en quince mil...

Emile le apretó la mano antes de retirar el brazo.

—Viens, ma petite, on va rentrer.

Una vez dentro, le estrechó las dos manos regordetas.

—Ernestine, ¿cuándo nos casamos?

—El mes que viene.

—No puedo esperar tanto, imposible... ¿Por qué no el miércoles próximo? Así podría ayudarte a hacer el inventario... Creo que quizá sería mejor vender esto e instalarnos en el centro, para hacer más dinero.

Ella le dio una palmadita en la mejilla.

—P'tit ambi... tieux —dijo con una risa hueca que sacudió sus hombros y sus pechos opulentos.

Tuvieron que transbordar en Manhattan Transfer. Ellen frotaba nerviosamente con su índice el pulgar de su guante nuevo de cabritilla, que se había rajado. John llevaba un impermeable con cinturón y un sombrero de fieltro gris rosáceo. Cuando se volvió a ella sonriendo, Ellen, sin poder remediarlo, apartó los ojos y los fijó en la lluvia que rielaba en los carriles.

—Henos aquí, cara Elaine. Oh, hija de príncipe, nosotros, ya ves, vamos a tomar el tren que viene de la estación de Pensilvania... Tiene gracia esto de esperar así en las selvas de Nueva Jersey.

Entraron en el coche-salón. John chasqueó los labios al ver los redondeles negros que hacían las gotas de agua en su sombrero claro.

—Bueno, nena, ya estamos en marcha... «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos de paloma, sin lo que está oculto por dentro».

Ellen vestía un traje de sastre ajustado. Hubiera querido sentirse muy alegre y escuchar el murmullo que cuchicheaba a su oído, pero no sabía qué le hacía fruncir el entrecejo. Lo único que podía hacer era mirar las sombrías marismas, los millares de ventanas negras de las fábricas, las cenagosas calles de las ciudades, y un vapor herrumbroso en un canal, y granjas, y anuncios de Bull Durham, y los gnomos carirredondos de Spearmint rayados por los brillantes hilos de la lluvia. En la ventanilla, franjas de perlas caían perpendicularmente cuando el tren se paraba y cada vez más oblicuas cuando

aceleraba la marcha. Las ruedas retumbaban en su cabeza, repitiendo: Manhattan Trans-fer, Man-hattan Transfer. Todavía faltaba mucho para Atlantic City. Cuando llegemos a Atlantic City... Oh, llovió cuarenta días... me pondré muy contenta... Y llovió cuarenta noches... Tengo que ponerme muy contenta.

—Elaine Thatcher Oglethorpe es un nombre muy bonito, ¿verdad, querida? «Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor».

Se estaba tan bien en el coche-salón vacío, en el sillón de terciopelo verde, con John inclinado hacia ella, recitándole bobadas... Las sombrías marismas pasaban hacia atrás por los cristales mojados, y un olor como de almejas penetraba en el vagón. Ella le miró cara a caray se echó a reír. Él se puso colorado hasta la raíz del pelo. Posó su mano enguantada de amarillo sobre la mano de Ellen enguantada de blanco, y dijo:

—Ahora eres mi mujer, Elaine.

—Ahora eres mi marido, John.

Y riéndose se miraban uno al otro, en la intimidad del coche-salón vacío.

Letras blancas, ATLANTIC CITY, eran un mal agujero sobre el agua picoteada por la lluvia.

El aguacero azotaba el boardwalk y se estrellaba contra la ventana, como si estuvieran tirando cubos de agua. A lo lejos, Ellen oía el intermitente bramar de la resaca a lo largo de la playa, entre los muelles iluminados. Estaba tendida de espaldas mirando al techo. A su lado dormía John tranquilamente, como un niño, con una almohada doblada bajo la cabeza. Ella estaba helada. Se deslizó de la cama, con mucho cuidado de no despertarle, y se puso a mirar por la ventana la larguísima V que formaban las luces del boardwalk. Levantó el cristal. La lluvia le dio en la cara, le azotó las carnes, le mojó su toilette de noche. Apoyó la frente contra el marco. Oh, quiero morirme, quiero morirme. Todo el frío de su cuerpo le crispaba el estómago. Oh, me voy a poner mala. Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Después de vomitar se sintió mejor. Se volvió a meter en la cama con cuidado de no tocar a John. Si le tocaba, se moriría. Se acostó de espaldas con las manos apretadas contra los costados y los pies juntos. El coche-salón retumbaba confortablemente en su cabeza. Se quedó dormida.

El viento, que sacudía las ventanas, la despertó. John estaba lejos, al otro lado de la cama. Con el viento y la lluvia, que resbalaba por los cristales, parecía que el cuarto y la cama y todo se movía, avanzando como un dirigible sobre el mar. Oh, llovió cuarenta días... Por una rendija, en la penumbra fría, la cancioncilla goteaba, caliente como sangre... Y llovió cuarenta noches. Tímidamente pasó la mano por el pelo de su marido. Él, dormido, contrajo la

cara y suspiró: «No, eso no», con una voz de niño que le dio mucha risa. Y tendida en el borde de la cama se reía desesperadamente, como solía hacerlo en el colegio con las otras chicas. La lluvia azotaba la ventana, y la canción fue creciendo, creciendo hasta resonar en sus oídos como una charanga:

Oh, llovió cuarenta días
y llovió cuarenta noches,
no escampó hasta la Navidad,
y el solo superviviente
de la gran inundación
fue Jack del Istmo el Zancudo.

Jimmy Herf está sentado frente al tío Jeff. Cada uno tiene delante de él, en un plato azul, una chuleta, una patata asada, un montoncito de guisantes y un ramo de perejil.

—Mira a tu alrededor, Jimmy —dijo el tío Jeff.

La viva luz que alumbraba el comedor de nogal se quiebra en los cuchillos y tenedores de plata, en los dientes de oro, en las cadenas de reloj, en los alfileres de corbata; se empapa en la oscuridad de los paños, brilla en la redondez de los platos, en las calvas, en los cubrefuentes.

—Bueno, ¿qué te parece esto? —pregunta el tío Jeff hundiendo ambos pulgares en los bolsillos de su peludo chaleco.

—Realmente es un señor club —dijo Jimmy.

—Aquí es donde vienen a almorzar los hombres más ricos de todo el país. Fíjate en la mesa redonda del rincón. Es la mesa de Gausenheimer. Allí a la izquierda... (El tío Jeff se inclina y baja la voz)... ése de la mandíbula grande es J. Wilder Laporte. (Jimmy corta su chuleta de cordero sin responder). Bueno, Jimmy supongo que sabrás por qué te he traído aquí. Tengo que hablarte. Ahora que tu pobre madre ha... ha desaparecido, Emily y yo somos tus tutores ante la ley y los testamentarios de la pobre Lily... Quiero explicarte exactamente la situación. (Jimmy suelta el cuchillo y el tenedor y se queda mirando a su tío, crispando sus manos frías sobre los brazos de su sillón, siguiendo el pesado movimiento de la mandíbula azulosa encima del rubí pinchado en la amplia corbata de satén). Ahora tienes dieciséis años, ¿no es eso, Jimmy?

—Sí, señor.

—Pues bien... Cuando se arregle la herencia de tu madre te encontrarás en posesión de cinco mil quinientos dólares aproximadamente. Por fortuna, tú

eres un muchacho inteligente y dentro de poco podrás entrar en la Universidad. Ahora bien; esa suma, bien administrada, debe bastarte para terminar tus estudios en Columbia, ya que insistes en ir a Columbia... Yo, y seguramente tu tía Emily es de mi misma opinión, preferiría verte en Yale o en Princenton... Eres un hombre de suerte, Jimmy... A tu edad tenía yo que barrer una oficina en Fredericksburg y ganaba quince dólares mensuales. Ahora, lo que quería decirte era esto... Yo no creo que tengas una noción clara de las cuestiones monetarias... mmm... un entusiasmo suficiente para ganarte la vida, para tener éxito en este mundo. Mira a tu alrededor... El ahorro y el entusiasmo han hecho de estos hombres lo que son. Y a mí me han puesto en disposición de ofrecerte la casa confortable, la atmósfera culta que te ofrezco... Ya me hago cargo de que tu educación ha sido un poco especial, porque la pobre Lily no tenía las mismas ideas que nosotros sobre muchos puntos, pero realmente tú estás empezando a formarte ahora... Éste es el momento de tomar una decisión y de echar los cimientos de tu futura carrera... Lo que yo te aconsejo es que sigas el ejemplo de James y trates de abrirte camino en nuestro negocio... De ahora en adelante los dos sois hijos míos... Tendrás que trabajar duro, pero así empezarás con algo que valga la pena... ¡Y no olvides que cuando un hombre tiene éxito en Nueva York, es un éxito! (Jimmy mira cómo la seria boca de su tío va formando palabras, y no saborea la jugosa chuleta de cordero que está comiendo). Bueno, ¿qué piensas hacer?

El tío Jeff, inclinado sobre la mesa, le mira con sus saltones ojos grises. Jimmy se atraganta con un bocado de pan, se pone colorado, y por fin tartamudea tímidamente:

—Lo que usted diga, tío Jeff.

—¿Quieres decir que irías un mes, este verano, a trabajar en mi oficina? ¿A enterarte de lo que es ganarse la vida como un hombre en este bajo mundo, a hacerte una idea de cómo marcha el negocio?

Jimmy asiente con un gesto.

—Bueno, creo que has tomado una decisión muy razonable —exclama el tío Jeff, recostándose en su silla hasta dar con la cabeza en un rayo de sol—. A propósito: ¿qué quieres de postre?... Dentro de algunos años, Jimmy, cuando hayas triunfado, cuando tengas tu negocio propio, nos acordaremos de esta conversación. Es el principio de tu carrera.

La chica del guardarropa sonrío, bajo la desdeñosa pompa de su pelo rubio, cuando le alarga a Jimmy el sombrero, un sombrero que parecía aplastado, sucio y flácido, entre los ventrudos hongos, los flexibles y los majestuosos jipis colgados en las perchas. Con la bajada brusca del ascensor, el estómago de Jimmy da un salto mortal. Sale al hall atestado. No sabiendo por dónde

tirar, se queda un momento pegado a la pared, con las manos en los bolsillos, mirando a la gente que se abre paso a codazos al entrar y salir por las puertas giratorias: muchachas de dulces mejillas mascando goma, muchachas carilargas con flequillo, chicos de su edad con cara de crema, jóvenes gomosos con el sombrero ladeado, recaderos sudorosos, miradas entrecruzadas, caderas ondulantes, mejillas rojas mascando cigarros, lívidas caras cóncavas, cuerpos lisos de hombres y mujeres, cuerpos barrigones de señores maduros, todos codeándose, empujándose, arrastrando los pies, metiéndose en dos filas interminables por la puerta giratoria, saliendo a Broadway, entrando a Broadway, Jimmy, metido en el torbellino de las puertas que giran mañana, tarde y noche, de las puertas giratorias que triturarán su vida como carne de salchicha. De repente todos sus músculos se contraen. El tío Jeff y su oficina se pueden ir al diablo. Las palabras resuenan en él de tal modo, que Jimmy mira a un lado y a otro para ver si alguno las ha oído.

¡Que se vayan al diablo todos! Cuadrando los hombros se dirige hacia las puertas giratorias. Su tacón prensa un pie. «¡Cristo, mire usted dónde pisa!». Ya está en la calle. El aura le llena de arena la boca y los ojos. Baja por Broadway hacia Battery, con el viento de espaldas. En el cementerio de Trinity Church, estenógrafas y oficinistas comen bocadillos entre las tumbas. Delante de las compañías de vapores hay grupos de extranjeros estacionados: noruegos con pelo de estopa, suecos carirredondos, polacos, hombrecillos mediterráneos, pequeños como tacos, que huelen a ajo; eslavos montañeses, tres chinos, un pelotón de lascars. En la plaza triangular que está frente a la Aduana, Jimmy se vuelve y, de cara al viento, contempla la profunda cuchillada de Broadway. El tío Jeff y su oficina se pueden ir al diablo.

Bud, sentándose en el borde de la cama, estiró los brazos y bostezó. Por todos lados, a través de un olor agrio a sudor, a vestidos mojados, se oían ronquidos de hombres que, dando vueltas en la cama, hacían crujir los muelles. Muy lejos, una lámpara eléctrica brillaba en la oscuridad. Bud cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre un hombro. Dios mío, yo quisiera dormirme. Buen Jesús, yo quisiera dormirme. Apretó sus rodillas contra sus manos cruzadas, para que no temblasen. Padre nuestro que estás en los cielos, yo quisiera dormirme.

—¿Qué te pasa, compañero? ¿Es que no puedes dormir? —murmuró levemente una voz desde la cama de al lado.

—No.

—Yo tampoco.

Bud miraba aquella cabezota rizada, que, apoyada en un codo y vuelta hacia él, continuó en el mismo tono:

—Esto es un asqueroso nido de piojos. Ya lo diré yo por ahí... ¡Y por encima, cuarenta centavos!... Pueden quedarse con su Hotel Plaza y...

—¿Llevas mucho en Nueva York?

—Pa agosto hará diez años.

—¡Arrea!

Una voz gruñó en la línea de catres:

—¡Bueno, a ver si acabáis la música! ¿Qué creéis qu'es esto, un picnic judío?

Bud bajó la voz:

—¡Qué gracia! Yo yevaba años con la idea de venir aquí... Yo nací en una granja a ayí me crié, en el norte del Estado.

—¿Por qué no te güelves?

—No puedo golverme.

Bud tenía frío. Trataba de no temblar. Se subió la manta hasta la barbilla y se volvió hacia el hombre, que decía:

—Cada primavera me digo que voy a echar a andar otra vez, y a vivir entre abrojos y hierbas, y con las vacas que güelven a la hora d'ordeñarlas. Pero ná. No sé qué me retiene aquí.

—¿Qu'as hecho tó este tiempo en Niu York?

—No sé... Primero me pasaba el día sentao en Unión Square, luego en Madison Square. He andao por Hoboken, por Jersey, por Flatbush. Ahora estoy en Bowery.

—¡Dios! Juro que mañana me largo de aquí. Estoy d'esto hastal cuello. Hay mucho guardia y mucho detetive en esta ciudad.

—Se puede uno ganar la vida pidiendo. Pero creme, chico, vale más que te güelves a la granja, con los viejos, en la primera ocasión.

Bud saltó de la cama y zarandó bruscamente al otro cogiéndole por un hombro.

—Ven allí, a la luz; quiero enseñarte una cosa.

Su misma voz le sonaba extraña a Bud. Se alejó dando zancadas a lo largo de la fila de catres. El vagabundo, un hombre vacilante, con el pelo y la barba desteñidos de andar a la intemperie, y unos ojos como clavados a martillazos en su cabeza, salió de entre sus mantas completamente vestido, y le siguió. Bajo la luz, Bud se desabotonó la camisa, dejando al descubierto sus hombros

y sus brazos flacos.

—Mira mi espalda.

—¡Santo Dios! —murmuró el vagabundo, pasando una mano sucia con uñas amarillas sobre las profundas cicatrices blancas y rojas—. Nunca he visto ná semejante.

—Esto me lo hizo el viejo. Durante doce años no ha hecho más que pegarme, y sólo porque sí. Me desnudaba y me daba con una cadena. Decían qu'era mi padre, pero yo sabía que no lo era. M'escapé cuando tenía trece. Entonces fue cuando me pescó y empezó a zumbarme. Ahora tengo veinticinco.

Se volvieron a sus camas sin hablar y se acostaron.

Bud contemplaba el techo con la manta subida hasta los ojos. Cuando miró hacia la puerta, al fondo de la sala, vio a un hombre de sombrero hongo, en pie, con un cigarro en la boca, se mordió el labio inferior para no gritar. Cuando volvió a mirar, el hombre había desaparecido.

—¿Estás toavía despierto? —murmuró. (El vagabundo gruñó.)— Te iba a decir que... Yo le machaqué la cabeza con una escarda, la pisoteé como una calabaza podrida. Le había dicho que me dejara en paz, y nada... Era un hombre duro, que tenía miedo a Dios, y quería que todo el mundo le tuviera miedo a él. Estábamos arrancando hierbajos del campo pá plantar patatas... Le dejé ayí tendío hasta la noche, con la cabeza aplastá como una calabaza podrida. Desde el camino no se le veía, porque la cerca estaba yena de broza. Luego lo enterré, subí a la casa y m'hice una taza de café. Él no m'había dejao nunca tomar café. Me levanté antes del amanecer y eché a andar. Yo me decía: Buscarme a mí en una gran ciudad será como buscar una aguja en un pajar. Yo sabía dónde guardaba el viejo su dinero. Tenía un royo más grande que tu cabeza, pero no me atreví a coger más que diez dólares... ¿Estás despierto aún? (El vagabundo gruñó). Cuando yo era chico andaba con la hija del viejo Sackett. Nos veíamos en los bosques de Sackett y siempre estábamos hablando d'irnos a Nueva York pa'hacernos ricos, y ahora que estoy aquí, no puedo encontrar trabajo y estoy siempre asustao. Por toas partes me siguen detetives, unos tíos de sombrero hongo, con sus placas bajo la solapa. Anoche quise irme con una zorra, pero me lo conoció en los ojos y me echó a la calle... Me lo conoció en los ojos.

Estaba sentado en el borde del catre, inclinado hacia adelante, echándole al otro las palabras en la cara. De repente, el vagabundo le agarró las muñecas.

—Oye, chaval, te vas golver tarumba si sigues así... ¿Tienes guita?

Bud dijo que sí con la cabeza.

—Mejor es que me la des a guardar a mí. Yo soy zorro viejo y te sacaré d'esta. Vístete y date una vuelta por la taberna y atrácate bien. ¿Cuánto tienes?

—Un dólar en cambio.

—Dame un quarter y cómete tó lo que te den por el resto.

Bud se puso los pantalones y le alargó al hombre un quarter.

—Luego vuelves aquí, duermes bien, y mañana nos vamos pa allá arriba, a buscar ese rollo de billetes. ¿Dijiste que era tan gordo como tu cabeza? Después ahuecamos el ala y nos vamos donde nadie nos pueda agarrar. Vamos a medias... ¿estamos?

Bud le dio un brusco apretón de manos. Luego, arrastrando los pies, se dirigió a la puerta, con los cordones de los zapatos colgando, y bajó la escalera llena de escupitajos.

Había parado de llover; un viento frío que olía a bosque y a hierba rizaba los charcos de la calle. En un lunch-room de Chatham Square, tres hombres dormían sentados, con los sombreros sobre los ojos. El del mostrador leía una hoja de sport, color rosa. Bud esperó largo rato lo que había pedido. Se sentía sereno, irreflexivo, feliz. En cuanto se lo sirvieron, atacó el picadillo de cecina, saboreando deliberadamente cada bocado, estrujando con la lengua las patatas fritas, bebiendo a sorbos el café, excesivamente azucarado. Después de limpiar el plato con una miga de pan, cogió un palillo y salió.

Limpiándose los dientes pasó bajo el sombrío arco de Brooklyn Bridge. Un hombre de sombrero hongo fumaba un cigarro en medio del ancho túnel. Bud le rozó al pasar, afectando un paso arrogante. Me importa un pepino. Que me siga si quiere. En la abombada acera no había más que un policía, que bostezaba mirando al cielo. Era como caminar entre estrellas. Abajo, por todas partes, las calles se alargaban en líneas punteadas de luces, entre cuadrados edificios de ventanas negras. El río brillaba abajo como arriba la vía láctea. Silenciosamente, suavemente, las luces de un remolcador se deslizaban en la oscuridad húmeda. Un tranvía cruzó por el puente, haciendo retumbar las vigas y vibrar la telaraña de los cables como las cuerdas de un banjo.

Cuando llegó la mañana de traviesas del elevado de Brooklyn, dio la vuelta, dirigiéndose hacia el sur. Vaya donde vaya, es igual. Ya no puedo ir a ninguna parte. Uno de los bordes de la noche había empezado a enrojecer tras él, lo mismo que el hierro empieza a enrojecerse en la fragua. Más allá de las chimeneas y de la línea de los tejados, los edificios del centro de la ciudad comenzaban a clarear. Son todos detectives que me persiguen, todos: los del hongo, los vagabundos del Bowery, las cocineras viejas, los taberneros, los conductores del tranvía, los agentes, las zorras, los marineros, los cargadores, los tíos de las agencias de trabajo... Creía ese viejo piojoso que le iba yo a

decir dónde estaba el rollo... Buen chasco se va a llevar. El y todos esos condenados detectives. El río estaba tranquilo luciente como el acero azul de un cañón de fusil. Vaya donde vaya, es igual; ya no puedo ir a ninguna parte. Las sombras, entre los muelles y las casas, parecían empolvadas de añil. El río estaba bordeado de mástiles; un humo violeta, chocolate, rosáceo, subía hacia la luz. Ya no puedo ir a parte alguna.

De frac, con su cadena de oro y su anillo de boda, sentado en un coche al lado de María Sackett, se dirige a la iglesia. Va a casarse. Se dirige al City Hall en un coche tirado por cuatro caballos blancos. El alcalde va a nombrarlo concejal. A sus espaldas la luz se va haciendo cada vez más viva. Va a casarse entre sedas y satenes, en un coche blanco, con María Sackett a su lado, entre filas de hombres que blanden sus cigarrillos, se inclinan, saludan, con sus sombreros hongo, al concejal Bud, que pasa en su coche, con su novia, dotada en un millón de dólares... Bud está sentado en el parapeto del puente. El sol se levanta por detrás de Brooklyn. Las ventanas de Manhattan se incendian. Bud se echa bruscamente hacia adelante, resbala, se queda colgando de una mano con el sol en los ojos. El grito se ahoga en su garganta al caer.

El capitán McAvoy, del remolcador Prudence, de pie en la timonera, tenía una mano en la rueda. En la otra, un bizcocho que acababa de mojar en una taza de café, colocada en un estante junto a la bitácora. Era un hombre fornido, con unas cejas tan pobladas como su negro bigote de guías engomadas. Iba a meterse en la boca el bizcocho empapado en café, cuando un bulto negro cayó al agua, a pocos metros de la proa. Al instante un hombre apareció en la puerta del cuarto de máquinas y gritó:

—¡Acaba de tirarse uno por el puente!

—¡Demontre, que se lo lleve al diablo! —dijo el capitán MacAvoy, tirando el bizcocho y dando vuelta a la rueda.

La fuerte marea hizo virar al barco en redondo como una paja. Tres campanadas sonaron en el cuarto de máquinas. Un negro corrió a la proa con un bichero.

—Eh, Rojo, echa una mano ahí —gritó el capitán McAvoy.

Después de muchos esfuerzos, sacaron una cosa larga y flácida y la extendieron en el puente. Una campanada. Dos campanadas. El capitán McAvoy, frunciendo el entrecejo, con aire hosco, puso otra vez la proa en la corriente.

—¿Vive aún, Rojo? —preguntó con voz ronca.

La cara del negro estaba verde, los dientes le castañeteaban.

—No, señor —dijo el del pelo rojo—. Se ha esnucao.

El capitán McAvoy se mordió su buena mitad del bigote.

—¡Demontre! —gruñó—. ¡Que esto le pase a un hombre el día de su boda!

SECCIÓN II

I. LA DAMA DEL CABALLO BLANCO

La mañana vibra al paso del primer elevado por Allan Street. La luz penetra a través de las ventanas, sacude las viejas casas de ladrillo, salpica de confeti la armadura del tren aéreo.

Los gatos abandonan las latas de basura, las chinches abandonan los miembros sudorosos, el cuello regordete y tierno de los niños dormidos, y se vuelven a las paredes. Hombres y mujeres se estiran bajo las mantas y las colchas, en colchones colocados en los rincones de los cuartos. Racimos de chicos se desgranán para gritar y patalear.

En la esquina de Riverton, el viejo con barba de cáñamo, que duerme no se sabe dónde, instala su puesto de pepinillos. Cohombros, pimientos, cortezas de melón, guindillas, esparcen en retorcidas espirales un aroma a humedad y a pimienta que se eleva como un jardín acuático, entre los olores a almizcle de las camas y el rancio clamor de la calle empedrada que despierta.

El viejo de la barba de cáñamo que duerme no se sabe dónde, está sentado en medio como Jonás bajo su calabazar.

Jimmy subió cuatro tramos haciendo crujir los escalones y llamó a una puerta blanca, toda marcada de dedos. En una tarjeta cuidadosamente sujeta por chinchetas de cobre, aparecía el nombre Sunderland en caracteres góticos. Esperó largo rato al lado de una botella de leche, dos botellas de crema y un número del Times, edición del domingo. Un susurro detrás de la puerta, unos pasos; después, nada. Apretó un botón blanco en el marco de la puerta.

Y él dijo: «Margie, estoy tan colado por ti», y ella respondió: «No te quede a la intemperie; estás todo mojado...». Por las escaleras bajan voces, los pies de un hombre con botas de botones, los pies de una muchacha con sandalias, piernas de seda rosa. La muchacha, con un vestido vaporoso y un sombrero primaveral; el joven llevaba un chaleco con tirilla blanca y una corbata a rayas verdes, azules y moradas.

—Pero tú no eres una mujer de esa clase.

—¿Y usted qué sabe si soy de esa clase o de la otra?

Las voces se apagaron en el fondo de la escalera.

Jimmy Herf dio otro tirón de la campanilla.

—¿Quién es? —preguntó una voz ceceante de mujer a través de una rendija de la puerta.

—¿Me hace el favor?... Desearía ver a la señorita Prynne.

Vislumbre de un quimono azul levantado hasta la barbilla de una cara regordeta.

—¡Oh, no sé si estará aún levantada!

—Dijo que lo estaría.

—Mire, ¿quiere usted esperar un segundo, para darme tiempo a escapar? —rió ella detrás de la puerta—. Luego entra usted. Perdónenos, pero la señora Sunderland pensó que venían a cobrar el alquiler. A veces se presentan los domingos para pescarle a uno en casa.

Una sonrisa tímida atravesó la rendija.

—¿Quiere usted que entre la leche?

—Sí, por favor, y siéntese en el recibimiento mientras yo llamo a Ruth.

El recibimiento estaba muy oscuro; olía a sueño, a pasta de los dientes y a cremas para la cara. En un rincón se veía aún en las sábanas arrugadas de un catre la huella de un cuerpo. Sombreros de paja, chales de seda, dos gabanes de hombre colgaban en confuso montón de los cuernos de ciervo del perchero. Jimmy quitó un corsé de una mecedora y se sentó. Voces de mujer, un amortiguado frufú de gente que se viste, ruido de periódicos desplegados, se filtraban a través de los tabiques de las diferentes habitaciones.

La puerta del cuarto de baño se abrió. Un raudal de luz reflejado en una cornucopia partió en dos la oscuridad del recibimiento. En medio apareció una cabeza de pelos con un alambre de cobre, de ojos azul oscuro en el óvalo blanco de la cara. Luego el pelo se volvió castaño cuando cruzó el pasillo la esbelta espalda envuelta en una bata naranja. A cada paso los talones rosa se salían perezosamente de las zapatillas.

—Ou, ou, Jimmy... (Ruth le llamaba detrás de su puerta). Pero cuidado con mirarme.

Una cabeza llena de papelititos asomó como la de una tortuga.

—Hola, Ruth.

—Puede usted entrar si promete no mirarme... Estoy hecha una visión y mi cuarto una pocilga... No me falta más que peinarme y estoy lista.

El cuartito gris atestado de vestidos y de fotografías de artistas. Jimmy se quedó en pie con la espalda contra la puerta. Una cosa sedosa colgada de un gancho le hacía cosquillas en las orejas.

—Bueno; ¿cómo le va al aprendiz de reportero?

—Ahora estoy con eso de Hell's Kitchen... ¡Estupendo! ¿Y usted sin contrato todavía, Ruth?

—Hum... hum... Un par de cosas que pueden cuajar esta semana. Pero no cuajarán. ¡Oh, Jimmy, empiezo a desesperarme!

Sacudió su pelo libre de los papelillos y se peinó las nuevas ondas.

Tenía una cara pálida, asustada, con una boca grande y ojeras azules.

—Sabía que esta mañana debía estar levantada y lista, pero no pude.

Es tan desconsolador levantarse cuando no tiene un trabajo... A veces me dan ganas de acostarme y esperar en la cama el fin del mundo.

—¡Pobre Ruth!

Ella le tiró una borla que le cubrió de polvos la corbata y las solapas de su traje de jerga azul.

—No me llame pobre, usted, renacuajo.

—Muy bonito después del trabajo que me he tomado para ponerme decente... Vaya usted al demonio, Ruth. ¡Un traje que huele todavía a gasolina...!

Ruth echó atrás la cabeza con una risa aguda.

—Oh, es usted regocijante, Jimmy. Coja la escobilla.

Poniéndose colorado, Jimmy sopló a su corbata.

—¿Quién es la chica ésa que me abrió la puerta?

—Chsss, se oye todo a través de la pared... Ésa es Cassie —murmuró ella riendo—. Cassh-ndrah Wilkins... Formaba parte de las Morgan Dancers. Pero no hay que reírse de ella. Es muy simpática. Yo la quiero mucho. (Ruth soltó una carcajada). ¡Qué Jimmy éste! (Se levantó y le dio un pellizco en el bíceps). Siempre me hace usted portarme como una loca.

—No es culpa mía... Bueno, yo tengo un hambre atroz. He venido a pie.

—¿Qué hora es?

—Más de la una.

—Jimmy, yo no tengo noción del tiempo... ¿Le gusta este sombrero?... Oh, olvidaba decirle. Ayer estuve a ver a Al Harrison. Fue espantoso... Si no tomo el teléfono a tiempo y le amenazo con llamar a la policía...

—Mire usted a esa mujer de enfrente. Tiene completamente la cara de una llama.

—Por causa de ella tengo que dejar los visillos bajados todo el tiempo...

—¿Por qué?

—Oh, es usted demasiado joven para saber ciertas cosas. Le chocaría, Jimmy.

Ruth, frente al espejo, se pasaba una barrita de carmín por los labios.

—Hay tantas cosas que me chocan, que no creo que importe... Pero vámonos, el sol brilla, la gente sale de la iglesia y vuelve a casa a hartarse y a leer el periódico entre sus plantas de salón.

—Oh, Jimmy, es usted un número... Un minuto. Atención; está usted colgado de mi mejor combinación.

En el hall una muchacha estaba doblando las sábanas del catre. Tenía una melena negra y una blusa amarilla. Al pronto, bajo los polvos ambarinos y el colorete, Jimmy no reconoció la cara que había visto a través de la rendija de la puerta.

—¡Hola, Cassie! Éste es... Perdón, señorita Wilkins, éste es el señor Herf. Cuéntale de la señora de enfrente, ya sabes, Sapo el Monje. Cassandra Wilkins ceceó haciendo pucheritos.

—No cwee usted que es una mujer tewible, señor Herf... Dice unas cosas tewibles.

—Lo hace sencillamente para molestar.

—Oh, señor Herf, estoy encantada de conocerle al fin. Ruth no hace más que hablar de usted. Oh, temo haber sido indiscweta... Siempwe soy muy indiscweta.

La puerta del otro lado del hall se abrió, y Jimmy se encontró cara a cara con un hombre de nariz torcida, cuyos rojos cabellos formaban dos montículos desiguales a cada lado de la raya impecable. Llevaba una bata de satén verde y unas babuchas rojas.

—¿Qué hay, Cassandra? —dijo afectando el acento de Oxford—. ¿Qué profecías tenemos hoy?

—Nada, salvo un telegwama de la señora Fitzsimmons Green. Quiere que vaya mañana a Scarsdale para que hablemos del Gweenery Theater... Perdón,

señor Herf, señor Oglethorpe.

El hombre del pelo rojo levantó una ceja, bajó la otra, y puso una mano fláccida en la de Jimmy.

—Herf... Herf... ¿No será usted uno de los Herf de Georgia? En Atlanta había una vieja familia Herf...

—No, creo que no.

—Lástima. En otro tiempo Josiah Herf y yo éramos buenos compañeros. Hoy él es el presidente del First National Bank y el personaje más importante de Scraton, Pensilvania, y yo... un saltimbanqui, un perro arlequín.

Al encogerse de hombros la bata se le escurrió, descubriendo un tórax plano, liso, sin pelos.

—Sabe usted, el señor Oglethorpe y yo vamos a interpwetar el Cantar de los Cantares. Él lo lee y yo lo interpweto bailando. Debe usted ir alguna vez a vernos ensayar.

—«Tu ombligo es taza torneada, que nunca está falta de bebida vientre como un montón de trigo, cercado de lirios...».

—Oh, no empecemos ahora —rió ella apretando las piernas.

—Jojo, cierra esa puerta —dijo una voz de mujer desde el cuarto.

—Oh, pobre Elaine, quiere dormir... Encantado de haberle conocido señor Herf.

—¡Jojo!

—Voy, querida...

A través de la plúmbea modorra que invadía a Jimmy, la voz de aquella mujer le hizo estremecerse. Estaba junto a Cassie, en el hall oscuro, sin hablar palabra. Un olor a café y a pan tostado se filtraba por alguna parte. Ruth salió.

—Bueno, Jimmy, ya estoy... No sé si olvido algo.

—Me da igual; estoy que no me tengo en pie.

Jimmy la agarró por los hombros y la empujó suavemente hacia la puerta.

—Son las dos.

—Bueno, adiós, Cassie, te telefonaré a eso de las seis.

—Muy bien, Wuthy... Mucho gusto, señor Herf.

La puerta se cerró sobre el ceceo de Cassie.

—Brrr... Ruth, esta casa me da el vértigo.

—Bueno, Jimmy, no empiece a gruñir porque necesita comer.

—Pero oiga usted, Ruth, ¿qué diablos es ese señor Oglethorpe? En mi vida he visto mamarracho semejante.

—Ah, ¿salió el Ogle de su cubil?

Ruth soltó una carcajada. Penetraron en una franja de sol turbio.

—¿No le ha dicho que pertenecía a la rama principal... sabe usted... de los Oglethorpe de Georgia?

—¿Y aquella encantadora chica de pelo cobrizo es su mujer?

—Elaine Oglethorpe tiene el pelo rojo, y no es tan encantadora tampoco... No es más que una chiquilla y ya triunfa en las tablas. Todo porque tuvo un éxito o cosa así en Peach Plossoms. Sabe usted, una de esas monerías delicadas que pasman a todo el mundo. Trabaja bien, sin duda.

—Es una vergüenza que tenga eso por marido.

—Ogle ha hecho todo lo imaginable por ella. Sin él estaría aún en el coro...

—La bella y el ogro.

—Si le echa alguna vez los ojos encima, ándese con ojo, Jimmy.

—¿Por qué?

—Pájaro de cuenta, Jimmy, pájaro de cuenta.

Un elevado quebró sobre sus cabezas las rayas de sol. Jimmy veía la boca de Ruth formando palabras.

—Mire —gritó él dominando el estruendo que disminuía—, vamos a desayulmorzar a Campus, y luego a pasearnos por las Palisades.

—Jimmy, ¿qué quiere decir desayulmorzar?

—Quiere decir que usted desayunará y que yo almorzaré.

—¡Qué gracioso!

Ahogándose de risa le agarró del brazo. Su bolsillo de malla de plata le golpeaba contra el codo al andar.

—¿Y quién es Cassie, la misteriosa Cassandra?

—No se ría usted de ella. Es más buena que el pan... Si no fuera por ese horrible perrito de lanas... Lo tiene en su cuarto y nunca lo saca y huele que es una peste. Cassie ocupa el cuarto contiguo al mío... Ahora tiene un protector... (Ruth se rió). Peor que el perrito de lanas. Son novios, y él se apropia todo el dinero de la pobre. Por el amor de Dios, no se lo cuente usted a

nadie.

—No tengo a quién contárselo.

—Y luego la señora Sunderland...

—Ah, sí, la divisé cuando entraba en el cuarto de baño. Una señora vieja, en Nata y con un gorro de dormir rosa.

—Jimmy, me horroriza usted... Siempre está perdiendo sus dientes postizos —empezó Ruth.

Un elevado se llevó el resto. La puerta del restaurante, al cerrarse tras ellos, ahogó el estruendo de las ruedas sobre los rieles.

Una orquesta tocaba *When It's Appleblossom Time in Normandee*.

El local estaba lleno de espirales de humo, guirnaldas de papel, letreros que anunciaban OSTRAS DEL DIA, COMA ALMEJAS, PRUEBE NUESTROS DELICIOSOS MEJILLONES A LA FRANCESA (recomendados por el Ministerio de Agricultura). Se sentaron sobre un anuncio rojo BEEFSTEAK PARTIES UPSTAIRS, y Ruth, apuntándole con un panecillo, dijo:

—Jimmy, ¿le parece a usted inmoral comer escalopes de desayuno? Pero antes quiero café, café, café...

—Yo voy a comerme un bistec con cebolla.

—No, si tiene usted intención de pasar la tarde conmigo, señor Herf.

—Oh, muy bien, Ruth, pongo mis cebollas a sus pies.

—Eso no quiere decir que le voy a permitir que me bese.

—¿Cómo?... ¿En Palisades?

La risita de Ruth se convirtió en una carcajada. Jimmy se puso como la grana.

—I never axed you maam, he sayed.

El sol le goteaba en la cara a través de su sombrero de paja. Iba de prisa, dando unos pasitos cortos a causa de la estrechez de su falda. A través de la fina seda, el sol le hacía cosquillas, como una mano que le acariciase la espalda. En el bochorno, las calles, las tiendas, la gente endomingada, sombreros de paja, sombrillas, tranvías, taxis, surgían a su alrededor, rozándola con reflejos cortantes, como si fuera andando entre virutas de metal. Ella se abría camino por entre una inextricable maraña de ruidos chirriantes como de dientes de sierra.

Entre la multitud de Lincoln Square, una mujer avanzaba lentamente sobre

su caballo blanco. La cabellera castaña caía en las ondas regulares y falsas sobre la grupa de yeso y sobre la gualdrapa bordada de oropel, donde en letras verdes punteadas de rojo se leía DANDERINE. Llevaba un sombrero Dolly Warden verde, con una pluma carmesí. Una mano con un guantelete blanco manejaba airoosamente las riendas; la otra blandía un látigo con puño de oro.

Ellen la miró pasar. Luego, por una bocacalle llegó hasta el parque. Unos chicos jugaban al baseball, esparciendo un olor a hierba pisoteada. Todos los bancos a la sombra estaban ocupados. Al cruzar la curva del paseo de automóviles, sus agudos tacones se hundían en el asfalto. Dos marineros estaban despatarrados en un banco al sol. Uno de ellos chasqueó los labios cuando ella pasó. Ellen sintió los ojos voraces de marino pegarse a su cuello, a sus muslos, a sus pantorrillas. Trató de que sus caderas no se le menearan tanto al andar. En los arbustos todo a lo largo del sendero, se veían las hojas abarquilladas. Fachadas soleadas bordeaban el parque al sur y al este; por el oeste tenían sombras violetas. Todo estaba ardiente, sudoroso, polvoriento, comprimido por policías y trajes domingueros. ¿Por qué no habría tomado el elevado? Ellen miraba los ojos negros de un joven con sombrero de paja, cuyo roadster rojo, marca Stutz, rasaba la acera. Sus ojos centellearon en los de ella. El joven, echando la cabeza hacia atrás, le sonrió, avanzando los labios de tal modo que ella creyó sentir su roce en las mejillas. Él frenó y con la otra mano abrió la portezuela. Ellen volvió la cabeza y se alejó con la barbilla alta. Dos pichones de cuello verde metálico y patas de coral se quitaron de en medio anadeando. Un viejo ofrecía a una ardilla un cucurucho de cacahuetes.

Toda de verde en un caballo blanco cabalgaba la Dama del Batallón Perdido... Verde, verde, Danderine... Lady Godiva, con el soberbio manto de su pelo...

La estatua del general Sherman, todo dorado, la interrumpió. Se paró un momento para mirar la plaza que resplandecía como el nácar... Sí, allí está la casa de Ellen Oglethorpe... Subió en un autobús de Washington Square. En la tarde del domingo, la Quinta Avenida se alargaba rosada, polvorienta, trepidante. Por la acera de la sombra pasaba de cuando en cuando un señor con sombrero de copa y levita. Sombrillas, vestidos de verano, sombreros de paja, brillaban al sol que centelleaba en las plazas, en las ventanas superiores de las casas, y relampagueaba en la pintura de las limousines y de los taxis. Olía a gasolina, a asfalto y a menta, a polvos de talco, a perfumes. Las parejas, apretujadas en los asientos del autobús, se entrechocaban a cada sacudida. Aquí y allá, en un escaparate, cuadros, tapices castaños, sillas antiguas barnizadas, detrás de los cristales. St. Regís Sherry's. El que iba junto a ella llevaba botines y guantes color limón. Un hortera probablemente. Al pasar por delante de San Patrick, sintió un tufillo a incienso que salía de las puertas abiertas de la penumbra. Delmonico's. Delante de ella, el brazo de un joven se

insinuaba disimuladamente por la espalda de su vecina.

—¡Mala suerte la de ese pobre Joe! Se ha visto obligado a casarse con ella y no tiene más que diecinueve años.

—¿Mala suerte le llamas a eso?

—Myrtle, no lo digo por nosotros.

—¡Que no! Y además, ¿la has visto tú a ella?

—Apuesto a que no es de él.

—¿El qué?

—El chico.

—Billy, ¿cómo puedes pensar tales horrores?

Calle 42. Union League Club.

—Fue una reunión muy divertida... divertidísima... Todo el mundo estaba allí. Por excepción, los discursos fueron deliciosos. Me recordaron los buenos tiempos —graznó una voz a sus espaldas.

El Waldorf.

—¿No están bonitas las banderas, Billy?... Esa tan graciosa es porque el embajador de Siam se hospeda ahí. Lo he leído esta mañana en el periódico.

Cuando tú y yo nos separemos, amor mío, sobre tus labios dejaré mi último beso, y partiré... frío, río, lío... hueso, peso, eso... Cuando tú...

Cuando tú y yo, amor mío...

Calle 8. Se apeó del autobús y entró en el piso bajo del Brevoort. George la esperaba sentado la espalda contra la puerta, abriendo y cerrando el broche de su cartera.

—Bueno, Elaine, ya era hora de que apareciera usted. No esperaré yo a muchas personas tres cuartos de hora.

—George, no me regañe. Me he divertido como nunca. He estado libre el día entero y he venido andando desde la calle 105 hasta la 59, a través del parque. Estaba lleno de tipos grotescos.

—Se sentirá cansada.

Su cara delgada, con los ojos perdidos en una telaraña de arrugas, avanzaba hacia ella como la proa de un navío.

—Supongo que habrá pasado el día en su despacho.

—Sí, he estado desenterrando algunos pleitos viejos. No puedo fiarme de

nadie ni para el trabajo de rutina; de modo que todo lo tengo que hacer yo.

—¿Sabe usted que daba por supuesto que me diría todo eso?

—¿Qué?

Por el plantón de los tres cuartos de hora.

—Oh, usted sabe siempre demasiado, Elaine... ¿Quiere pasteles con el té?

—Pero si yo no sé nada de nada, y eso es lo malo... Lo que voy a tomar es un poco de limón.

Los vasos tintineaban a su alrededor. A través del humo azul de los cigarrillos, caras, sombreros, barbas, se movían, se reflejaban verdosas en los espejos.

—Pero, querido, es el eterno complejo de siempre. Quizá sea verdad tratándose de hombres, pero no significa nada en cuanto a las mujeres —murmuraba una voz femenina en la mesa de al lado.

—El feminismo de usted se alza como una barrera infranqueable —agregó una voz de hombre, ronca, meticulosa—. ¿Que soy un egoísta? Dios sabe lo que he sufrido por serlo. El fuego que purifica, Charley...

George hablaba tratando de atraer su mirada.

—¿Cómo está el ilustre Jojo?

—Oh, no hablemos de él.

—Cuanto menos se hable, mejor, ¿eh?

—Mire, George, yo no quiero que se burle de Jojo, porque, sea como sea, al fin y al cabo es mi marido hasta que el divorcio nos separe... No, no quiero que se ría. Además, usted es demasiado basto y demasiado simple para comprenderle. Jojo es un individuo muy complicado, casi trágico.

—Por amor de Dios, no hablemos de maridos y mujeres. Lo importante, Elaine, es que usted y yo estamos sentados aquí sin que nadie nos moleste... ¿Cuándo volveremos a vernos, realmente a vernos, realmente?

—Bueno, George, basta de realismo —rió ella en su taza.

—Es que yo tengo tantas cosas que decirle, tantas cosas que preguntarle...

Ella le miró sonriente, balanceando entre el pulgar y el índice un pastelillo de cerezas al que acababa de dar un mordisco.

—¿Así se porta usted cuando tiene un desgraciado en el banquillo de los acusados? Yo creí que era... ¿Dónde estuvo usted la noche del treinta y uno de febrero?

—No, yo hablo completamente en serio, sólo que usted no puede comprender o no quiere.

Un joven, en pie junto a la mesa, les miraba tambaleándose un poco.

—Hola, Stan; ¿de dónde diablos sale usted?

Baldwin levantó la vista sin sonreír.

—Comprendo, señor Baldwin, que esto es una grosería, pero ¿puedo sentarme a su mesa un segundo? Me anda buscando uno con quien yo precisamente no quiero encontrarme. ¡Dios mío, ese espejo! En fin, no vendrán a buscarme si me ven con usted.

—Miss Oglethorpe, Stanwood Emery, hijo del primer consocio de nuestra firma.

—Oh, encantado de conocerla, señorita Oglethorpe. La vi a usted anoche, pero usted no me vio.

—¿Fue usted al teatro?

—Por poco salto al escenario. Estaba usted maravillosa.

Tenía la tez bronceada, los ojos inquietos muy cerca de la nariz aguda y bien dibujada, una boca grande en perpetuo movimiento y un pelo ondeado, castaño, imposible de mirar. Ellen miraba al uno y al otro, riéndose por dentro. Los tres estaban muy tiesos en sus sillas.

—He visto esta tarde la dama de Danderine —dijo ella—, que me ha hecho una impresión enorme. Así es, exactamente, como yo me figuro una gran dama sobre un caballo blanco.

—Sortijas en los dedos y en los pies cascabeles, dolores sembrará por donde fuere —recitó rápidamente Stan a media voz.

—¿Dolores o canciones? —preguntó Ellen riendo.

—Yo digo siempre dolores.

—¿Y cómo va esa Universidad? —preguntó Baldwin en tono seco, nada cordial.

—Supongo que seguirá en el mismo sitio —dijo Stan ruborizándose—. Ojalá le prendan fuego antes de que yo vuelva. (Se levantó). Perdóneme, señor Baldwin... Mi intrusión ha sido incalificable.

Cuando se volvió hacia Ellen, ésta notó que su aliento olía a whisky.

—Por favor, perdóneme usted señorita Oglethorpe.

Ella le tendió la mano sin darse cuenta. Una mano seca, nerviosa, se la

estrechó fuertemente. Stan se alejó vacilante, y tropezó con un camarero.

—No consigo comprender a este endemoniado individuo —prorrumpió Baldwin—. Su pobre padre está desesperado. Es muy listo, tiene una gran personalidad, etcétera, pero no hace más que beber y armar la de dios es cristo... Creo que lo que necesita es trabajar y adquirir el sentido de los valores. Sobra de dinero, eso es lo que pierde a estos chicos... En fin, Elaine, gracias a Dios estamos otra vez solos. Yo he trabajado sin cesar toda mi vida, desde los catorce años. Ha llegado el momento de poder abandonar todo esto por algún tiempo. Quiero vivir, viajar, pensar, ser feliz. Ya no puedo resistir el ajetreo de los negocios como antes solía. Necesito disminuir la tensión... Y aquí entra usted.

—¿Cree que le voy a servir de válvulas de seguridad?

Ella se echo a reír entornando los párpados.

—Vamos al campo esta tarde, sea donde sea. Me he pasado todo el santo día encerrado en la oficina, Los domingos es que los odio.

—¿Y mi ensayo?

—Se pone usted enferma. Voy a llamar un coche.

—Hombre, aquí está Jojo... ¡Hola, Jojo! —gritó Ellen agitando los guantes por encima de su cabeza.

—John Oglethorpe, con la cara llena de polvos y una sonrisa estudiada en los labios, avanzaba por entre las mesas, tendiendo su mano enguantada.

—¿Cómo va, querida? Realmente es una gran sorpresa y un gran placer...

—Ustedes se conocen, ¿verdad, señor Baldwin?...

—Perdón si interrumpo... nnn... este tête à tête.

—Nada de eso, siéntate, vamos a tomar todos un highball... Estaba muerta por verte, Jojo, de veras... A propósito, sino tienes otra cosa que hacer esta noche, podías pasarte por el teatro un momento. Quiero que me oigas leer el papel y me digas tu opinión.

—Desde luego, querida, nada podría ser más de mi gusto.

George Baldwin, con todos los nervios en tensión, se echó hacia atrás, crispando la mano sobre el respaldo de la silla.

—Camarero... —dijo cortando las palabras con un sonido metálico-tres Scotch highballs. Prontito, haga el favor.

Oglethorpe apoyó la barbilla en el puño de plata de su bastón.

—La confianza, señor Baldwin —comenzó—, la confianza entre marido y

mujer es algo muy hermoso. Ni el espacio ni el tiempo importan nada. Podría uno de nosotros tener que marcharse a la China mil años, y no cambiaría por eso nuestro afecto lo más mínimo.

—Sabe usted, George, el defecto de Jojo es que ha leído demasiado a Shakespeare en su juventud... Pero tengo que marcharme, sino Merton me va a armar otro escándalo... Luego dicen de la esclavitud industrial. Jojo, háblale de la equidad.

Baldwin se levantó. Un ligero rubor teñía sus mejillas.

—¿Me permite usted que la acompañe hasta el teatro? —dijo apretando los dientes.

—Nunca permito a nadie que me acompañe a ninguna parte... Y tú, Jojo, no bebas mucho para verme trabajar.

En la Quinta Avenida, rosada y blanca bajo nubes rosadas y blancas, soplaban un vientecillo que parecía fresco después de la empalagosa charla y del sofoco del humo y de los cocktails. Ellen despidió al encargado de los taxis con una sonrisa. Luego tropezó su vista con un par de ojos inquietos que la miraban desde una cara morena de frente despejada.

—Estaba esperando que saliera usted. ¿Puedo llevarla a alguna parte? Tengo mi Ford ahí en la esquina. Por favor.

—Oh, voy sólo al teatro. Tengo ensayo.

—Muy bien; déjeme llevarla hasta allá.

Ella empezó a ponerse un guante, pensativa.

—Bueno, pero va a ser una molestia horrible para usted.

—Al contrario. Está aquí, a la vuelta... Temo haber cometido una grosería abordándola a usted así. Pero ése es otro cantar... El caso es que la he conocido. Mi Ford se llama Dingo... pero éste es también otro cantar...

—Siempre es agradable encontrarse con un hombre humanamente joven. No hay nadie humanamente joven en Nueva York.

Su cara se puso escarlata cuando se inclinó para poner en marcha el motor.

—Oh, yo soy demasiado joven, atrocemente joven.

El motor rezongó, después empezó a rugir. Stan dio un salto y cerró la gasolina.

—Probablemente nos van a detener. Mi amortiguador está suelto y expuesto a caerse.

En la calle 34 se cruzaron con una mujer que atravesaba lentamente el

tráfico sobre un caballo blanco. La cabellera castaña caía en ondas regulares y falsas sobre la grupa de yeso y sobre la gualdrapa orlada de oropel, donde en letras verdes salpicadas de rojo se leía: DANDERINE.

—Anillos en los dedos —moduló Stan tocando el claxon— y en los pies cascabeles, la caspa curará crezca donde creciere.

II. JACK DEL ISTMO ZANCUDO

Mediodía en Union Square. Liquidación por cambio de domicilio. HEMOS COMETIDO UN ERROR ENORME. De rodillas sobre el asfalto polvoriento, los limpiabotas sacan brillo al calzado, botas, zapatos bajos, zapatos de color, botinas de botones, oxfords. El sol brilla como una flor en cada puntera recién lustrada. Por aquí amigo, señor, señorita, señora, al fondo de la tienda nuestro nuevo surtido de tejidos fantasía. Calidad superior. Precio mínimo... Caballeros, señoras, señoritas... HEMOS COMETIDO UN ERROR ENORME. Cambio de domicilio.

El sol de mediodía traza espirales en la atmósfera turbia del restaurante chino. Una música toca en sordina Hindustan. Él come fooyong, ella come chowmein. Bailan con la boca llena. Una blusa azul ligera rozándose contra un vestido negro reluciente.

Por la calle 14, Gloria, Gloria, bajan los soldados; las chicas marchan al paso. Gloria, Gloria, formados de cuatro en fondo. Flamante, azul, llega la banda del Ejército de Salvación.

Calidad superior. Precio mínimo. Cambio de domicilio. HEMOS COMETIDO UN ERROR ENORME... Cambio de domicilio.

De Liverpool, vapor británico Raleigh, Capitán Kettlewell: 933 balas, 881 cajas, 10 cestas, 8 paquetes de objetos manufacturados: 57 cajones, 89 balas, 18 cestos de hilo de algodón; 156 balas de fieltro, 4 fardos de amianto, 100 sacos de bobinas...

Joe Harland dejó de escribir a máquina y levantó los ojos al techo. Le dolían las yemas de los dedos. La oficina olía a engrudo, a manifiesto y a hombres en mangas de camisa. Por la ventana abierta veía la oscura pared del patio y un hombre que con los ojos protegidos por una visera verde, miraba estúpidamente por una ventana. El chico de la oficina dejó una nota sobre la esquina de la mesa: «El señor Pollock desea verle a las 5.10.» La garganta se le contrajo. «Me va a despedir». Sus dedos volvieron a teclear.

De Glasgow, vapor holandés, Delft, Capitán Tromp: 200 balas, 123 cajas,

14 barriles...

Joe Harland vagó por Battery hasta encontrar un asiento vacío, y entonces de desplomó sobre él. Detrás de Jersey el sol se hundía en tumultuosas olas de azafrán. Bueno, esto se terminó. Se quedó largo rato mirando fijamente la puesta del sol como se mira un cuadro en la sala de espera de un dentista. Grandes bocanadas de humo salían de un remolcador en marcha y se enroscaban a su alrededor en volutas negras y rojas. Joe miraba el sol poniente y esperaba. Veamos: dieciocho dólares con cincuenta centavos que tenía antes, menos seis dólares del cuarto, uno ochenta y cuatro por la ropa y cuatro cincuenta que debo a Charley, hacen siete dólares ochenta y cuatro, once ochenta y cuatro, doce treinta y cuatro, menos dieciocho cincuenta, quedan seis dólares con dieciséis centavos. Tres días para encontrar trabajo si me privo de beber. Oh, Dios, ¿no volverá a sonreírme la fortuna? Yo antes tenía bastante buena suerte. Las rodillas le temblaban; le ardía el hueco del estómago.

Bonito fracaso tu vida, Joseph Harland. Cuarenta y cinco años y ni un amigo, ni un centavo siquiera para persignarte.

Una vela dibujó un triángulo rojo cuando el laúd orzó a pocos pasos del muelle de cemento. Un muchacho y una muchacha se agacharon juntos cuando la botavara cambió de lado. Ambos estaban bronceados por el sol y tenían el pelo rubio descolorido de andar al aire libre. Joe Harland se mordió los labios para contener las lágrimas cuando el laúd se alejó en las sombras rojizas de la bahía. Dios, tengo que beber.

—¿No es un crimen? ¿No es un crimen? —repetía sin cesar el hombre sentado a su izquierda.

Joe Harland volvió la cabeza. El tío tenía una cara roja, toda arrugada y un pelo de plata. Entre sus garras sucias sostenía la estirada plana teatral de un periódico.

—Estas actrices vestidas así desnudas... ¿Por que no le dejarán a uno en paz?

—¿No le gusta a usted ver sus fotografías en los periódicos?

—¿Por qué no le dejarán a uno en paz?, repito... Cuando no tiene uno trabajo, cuando no tiene uno dinero, ¿pa qué sirven, digo yo?

—A muchas personas les gusta ver esas fotografías en los periódicos. Yo mismo, en mis buenos tiempos...

—En sus buenos tiempos había trabajo... ¿No está usted de más ahora? —gruñó como un salvaje.

Joe Harland sacudió la cabeza.

—¿Entonces pa qué? Debían dejarle a uno en paz, ¿no? Y hasta que llegue al traspaleo de la nieve no habrá trabajo.

—¿Que hará usted de aquí a entonces?

El viejo no contestó. Se inclinó de nuevo sobre el periódico y murmuró:

—Vestidas así todas desnudas, le digo a usted que es un crimen. Joe Harland se levantó y se fue.

Era casi de noche. Tenía las rodillas rígidas de estar sentado tanto tiempo. Mientras se alejaba penosamente, sentía que el cinturón le apretaba la barriga. ¡Pobre caballo de batalla!; lo que necesitas es un par de copas para poder fantasear sobre tus cosas. Por la puerta salía un vago olor a cerveza. Dentro, la cara del barkeep parecía una manzana reineta sobre un coquetón anaquel de caoba.

—Déme un whisky.

El whisky, fuerte y aromático, le abrasó la garganta. Esto le vuelve a uno la vida, vaya que sí. Se acercó al mostrador y se comió un bocadillo de jamón y una aceituna.

—Otro whisky, Charley. Esto le vuelve a uno la vida. Lo que me pasa a mí es que he estado mucho tiempo sin beber. Tú no lo creerás al verme así ahora, ¿verdad, amigo?, pero antes me llamaban el Brujo de Wall Street, lo cual no es más que otro ejemplo del singular predominio de la suerte en los negocios humanos... Sí, señor, con mucho gusto. ¡Viva la salud y al diablo lo demás! ¡Ajajá, esto le da a uno la vida!... Pues bien, señores, apuesto que no hay uno entre ustedes que un día u otro no se haya metido en alguna especulación, ¿y cuántos de ustedes no han salido desilusionados? Otro ejemplo del singular predominio de la suerte en los negocios. Pero no yo, señores, que durante diez años he jugado a la bolsa, durante diez años día y noche, sin perder de vista un negocio, y en diez años no me he puesto las botas más que tres veces sin contar la última. Señores, voy a decirles un secreto. Un secreto importantísimo... Charley, otra ronda para estos buenos amigos míos. Yo pago. Y echa un trago tú también... ¡Diablo, cómo hace cosquillas!... Señores, otro ejemplo del singular predominio en la suerte de los negocios humanos. Señores, el secreto de mi suerte... Es auténtico, se lo garantizo; pueden ustedes mismos comprobarlo en los periódicos, revistas, discursos, conferencias que publicaron entonces. Un hombre, y entre paréntesis un pillastre, escribió una novela policíaca acerca de mí, titulada El secreto del éxito, que pueden ustedes leer en la biblioteca pública de Nueva York, si les interesa el asunto... El secreto de mi éxito era... Y en cuanto ustedes lo sepan van de seguro a reírse para sus adentros, diciendo que Joe Harland está borracho, que Joe Harland es un pobre idiota... Sí que se reirán... Durante

diez años, como les iba diciendo, opere con reservas. Compraba sin ton ni son, amontonaba acciones cuyo nombre no había oído nunca, y siempre me salía bien. Amasaba dinero. Tenía cuatro Bancos en la palma de la mano. Empecé a interesarme en azúcar y gutapercha, adelantándome a mi siglo... Pero ya están ustedes muertos por saber mi secreto, que creen podrá servirles... De ningún modo... Era una corbata de seda azul que mi madre me hizo cuando chico... No se rían, vamos... No, no estoy tratando de armarla. Es simplemente otro ejemplo del singular predominio de la suerte en los negocios humanos. El día que me aventuré con otro tipo a meter mil dólares en títulos de Louisville y Nashville, llevaba aquella corbata. Subieron veinticinco enteros en veinticinco minutos. Aquello fue el principio. Luego, poco a poco note que cada vez que no llevaba la corbata perdía. Estaba ya tan vieja y tan rota que traté de llevarla en el bolsillo. No servía. Tenía que llevarla puesta, ¿comprenden?... Lo demás es la eterna historia, señores... Había una mujer, ¡que el diablo se la lleve!, y yo la quería. Quise probarle que no había nada en el mundo que no hiciese por ella, y se la di. Traté de echarlo a broma y me reí, ja, ja, ja. Ella dijo: «Si no sirve para nada, está toda rota», y la tiró al fuego... Un ejemplo más... Amigo, usted no querría invitarme a otro vasito, ¿verdad? Me encuentro inesperadamente sin fondos esta tarde... Muchas gracias, señor... ¡Ah, cómo pica el condenado!

En el atestado vagón del metro iba el repartidor de telegramas aplastado contra la espalda de una mujerona rubia que olía a Mary Garden. Codos, paquetes, hombros, nalgas se entrechocaban a cada sacudida del estridente exprés. Su sudada gorra de la Western Union fue ladeada de un golpe. Si yo pudiera tener una mujer como ésta, una mujer como ésta valdría la pena de un accidente, las luces fundidas, un descarnamiento. Yo podría apropiármela si tuviera coraje para ello y cuartos. Cuando el tren acortó la marcha, la rubia cayó sobre él. Cerró los ojos, contuvo la respiración, la nariz aplastada contra el cuello de ella. El tren paró. La multitud le sacó fuera del vagón a empujones.

Aturdido, subió tambaleándose hasta la calle donde las luces de las casas pestañeaban. Broadway estaba lleno de gente. En la esquina de la calle 96, flaneaban grupos de dos o tres marineros. Se comió dos bocadillos, uno de jamón y otro de foie-gras, en una pastelería. La mujer que le despachó tenía color de mantequilla como la mujer del metro, pero era más gorda y más vieja. Mascando la corteza del segundo bocadillo subió en el ascensor al Jardín Japonés. Se sentó pensativo con el aleteo de la pantalla ante los ojos. «Dios, lo que van a reírse de ver aquí un telegrafista con este traje. Mejor será que me largue. Voy a repartir mis telegramas».

Se apretó el cinturón mientras bajaba las escaleras. Subió por Broadway hasta la calle 105, después torció al este, hacia Columbus Avenue, fijándose

cuidadosamente en todas las puertas, escaleras de incendios, ventanas, cornisas. Aquí es. No había luces más que en el segundo piso. Tocó en el timbre del segundo. El picaporte sonó. Subió corriendo. Una mujer con el pelo enmarañado y la cara roja de haber estado inclinada sobre el hornillo, asomó la cabeza.

—Un telegrama pa Santiono.

—Aquí no vive ningún Santiono.

—Dispense, señora, me he debido equivocar de timbre.

Le dieron con la puerta en las narices. Su cara pálida y lánguida se endureció bruscamente. Rápido, subió de puntillas hasta el último rellano. Luego trepó por una escalerilla hasta una trampa. El cerrojo reclinó al descorrerlo. Contuvo la respiración. Una vez en el tejado, cubierto de cenizas, dejó caer la trampa con cuidado. Las chimeneas montaban la guardia a su alrededor, negras, contra el resplandor de las calles. Agachándose avanzó cautelosamente hasta el borde posterior de la casa y se escurrió por el canalón hasta la escalera de escape. Con un pie rozó un tiesto al aterrizar. Todo negro. Se coló por una ventana en un cuarto que olía a mujer, deslizó la mano bajo la almohada de una cama deshecha, a lo largo de una cómoda; volcó una caja de polvos, abrió un cajón dando tironcitos, un reloj, se clavó un alfiler en el dedo, un broche, una cosa arrugada en un rincón al fondo. Billetes, un rollo de billetes. ¡Ahueca el ala, no te vayan a pescar! A bajar por la escalera de incendios hasta el otro piso. No hay luz. Otra ventana abierta. Coser y cantar. El mismo cuarto. Huele a perro y a incienso, alguna droga. Se vio borrosamente en el tocador rebuscándolo todo. Metió un dedo en un tarro de cold cream, se lo limpió en los pantalones. ¡Qué porquería! Una cosa blanducha saltó de entre sus pies chillando. Se quedó temblando en medio del cuarto. En un rincón, el perrito ladraba hasta desgañitarse.

—La habitación se iluminó de repente. Desde la puerta abierta una joven le apuntaba con un revólver. Detrás de ella había un hombre.

—¿Qué hace usted aquí?... ¡Anda, si es un chico de Telégrafos!

La luz formaba un halo cobrizo alrededor de su pelo, y dibujaba su cuerpo bajo el quimono de seda roja. El joven flaco, pero fuerte, tenía la camisa desabrochada.

—Bueno, ¿qué hace usted en este cuarto?

—Por favor, señora, ha sido el hambre lo que me ha traído a esto, el hambre y mi pobre madre, que no tiene qué comer.

—¡Qué gracioso, Stan! Es un ladrón. (Ella blandió el revólver). Sal al corredor.

—Sí, señora, todo lo que usted quiera, señora, pero no me entregue usted a la policía. Piense en mi madre, que se está muriendo de hambre.

—Bueno, pero si has agarrado algo tienes que devolverlo.

—No he tenido tiempo, palabra.

Stan se dejó caer en una silla riéndose a carcajadas.

—Ellie, no te hubiera creído capaz.

—¿No he hecho yo este papel en la tournée del verano pasado?... Venga el revólver.

—No tengo revólver, señora.

—Bueno, no te creo, pero mejor será dejarte marchar.

—Dios la bendiga, señora.

—Pero algún dinero ganarás repartiendo telegramas.

—Me despidieron la semana pasada, señora. Es el hambre lo que me ha obligado a esto.

Stan se levantó.

—Vamos a darle un dólar y que se vaya al demonio.

Cuando estuvo fuera, ella le tendió el billete.

Él agarró la mano con el billete y la besó. Al inclinarse sobre ella, humedeciéndola con sus besos, pudo entrever el cuerpo, bajo el brazo, por la manga flotante de seda roja. Mientras bajaba, temblando todavía, volvió la cabeza y vio al joven y a la muchacha abrazados, mirándole. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se metió el billete en el bolsillo.

Chico, si sigues enterneciéndote así con las mujeres, te vas a encontrar el mejor día en ese hotel de verano que está junto al río... Después de todo, he salido bastante bien del paso. Silbando en sordina se dirigió al elevado y tomó un tren descendente. De acuerdo en cuando se metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón para tentar el rollo de billetes. Subió corriendo hasta el tercer piso de una casa que olía a pescado frito y a gas, y tocó tres veces el timbre de una sucia puerta de cristales. Tras breve pausa llamó con los nudillos.

—¿Eres tú, Moike? —murmuró una voz femenina.

—No, soy Nicky Schatz.

Una mujer de perfil cortante abrió la puerta. Salió en ropas menores cubierta con un abrigo de pieles.

—¿Qué hay?

—Na, que una señora muy elegante me pescó con las manos en la masa, ¿y a que no sabes qué hizo?

Hablando excitadamente, siguió a la mujer hasta el comedor de paredes desconchadas. Sobre la mesa había unos vasos sucios y una botella de whisky Green River.

—Me dio un dólar y me dijo que fuera bueno.

—¡Qué va!

—Toma. Un reloj.

—Es un Ingersoll; yo no llamo un reloj a esto.

—Bueno, pues enfoca tus lámparas. (Sacando el rollo de billetes). ¿Qué pasa?... Hay miles.

—Déjame que vea.

Ella le arrancó de la mano los billetes; con los ojos fuera de las órbitas.

—Te l'han dao con queso.

Tiró al suelo el rollo y se retorció las manos, balanceándose con un gesto judío.

—¡Bah, si es dinero de teatro, cabeza de chorlito, idiota!...

Sentados sobre el borde de la cama, el uno al lado del otro, reían. En la atmósfera cargada de la alcoba, llena de prendas de seda tiradas sobre las sillas, flotaba la frescura marchita de un ramo de rosas amarillas que había sobre la cómoda. Estaban abrazados. De repente él se desasió e inclinándose sobre ella la besó en la boca.

—¡Vaya ladroncito! —dijo él sin resuello.

—Stan...

—Ellie.

—Creí que era Jojo —murmuró ella con un nudo en la garganta—. Eso de espiar es muy suyo.

—Ellie, no comprendo cómo puedes vivir con él entre toda esa gente. Tú, tan encantadora. No te veo en medio de todo esto.

—Era fácil antes de conocerte... Y además, Jojo está bien. Es un individuo muy particular y muy desgraciado.

—Pero tú eres de otro mundo, chiquilla... Debías vivir en lo alto del Woolworth Building en un cuarto de cristal tallado y flores de cerezo. —Stan,

tienes toda la espalda tostada.

—Es de nadar.

—¿Ya?

—Creo que queda algo del verano pasado.

—Eres el hombre privilegiado. Yo nunca he podido aprender a nadar ni medio bien.

—Te enseñaré... M ira, el domingo que viene, tempranito, montamos en Dingo y nos vamos a Long Beach. De un lado, bien al fondo, no hay nunca nadie... Ni siquiera tienes que ponerte traje de baño.

—Me gusta tu cuerpo, tan enjuto, tan firme. Stan... Jojo es blanco y blanducho, casi como una mujer.

—¡Por los clavos de Cristo! No hables de él ahora.

Stan, en pie, con las piernas abiertas, se abrochaba la camisa.

—Oye, Ellie, vámonos a beber algo... Dios, me fastidiaría encontrarme con alguien ahora y tener que contar una porción de mentiras. Sería capaz de tirarle una silla a la cabeza.

—Tenemos tiempo. Nadie viene antes de medianoche. Yo misma no estaría aquí si no tuviera esta jaqueca.

—Ellie, lo que te gusta a ti tu jaqueca.

—Me encanta, Stan.

—Creo que el ladrón ése lo sabía... Dios... Robo, adulterio, escaparse por la escalera de incendios, andar a gatas por los canalones... ¡La gran vida!

Ellen le agarró por la mano y bajaron al paso los tramos. En el portal, delante de los buzones, él la tomó por los hombros, le echó atrás la cabeza y la besó. Respirando apenas bajaron la calle hasta Broadway. Stan la llevaba del brazo y ella, con el codo, le apretaba la mano contra sus costillas. A distancia, como a través de los cristales de un acuario, Ellen veía pasar caras, escaparates de frutas, latas de legumbres, tarros de aceitunas, flores rojas en un puesto, periódicos, anuncios luminosos. Cuando cruzaban las bocacalles sentían en la cara el viento del río. Bruscas miradas de azabache bajo sombreros de paja, barbillas levantadas, labios finos, muecas, bocas en forma de corazón, sombras de hambre bajo los pómulos, caras de mujeres y hombres jóvenes flotaban a su alrededor como polillas mientras marchaban al paso, a través de la ardiente noche amarilla.

Se sentaron a una mesa en un sitio cualquiera.

Palpitaba una orquesta.

—No, Stan, no quiero nada... Bebe tú.

—Pero, Ellie, ¿es que no sientes la alegría de vivir como yo?

—Más aún... No podría soportar una alegría mayor... No podría parar la atención en un vaso lo bastante para bebérmelo.

Ella se estremeció ante el brillo de sus ojos. Stan estaba definitivamente borracho.

—Quisiera que tu cuerpo fuera una fruta comestible —repetía sin cesar.

Ellen se entretenía en retorcer con su tenedor tiras de Welsh rabbit frío. Había empezado a bajar, con una caída brusca de montaña rusa, al abismo estremecedor de la angustia. En medio de la sala, en un espacio cuadrado, cuatro parejas bailaban el tango. Ellen se levantó.

—Stan, me voy. Tengo que levantarme temprano y ensayar todo el día. Telefonéame a las doce al teatro.

Él hizo un gesto con la cabeza y se sirvió otro highball. Ellen se quedó un momento tras la silla de él con los ojos fijos en su cabeza rizosa. Stan se recitaba versos a sí mismo: Blanca, implacable, yo a Afrodita he visto... magnífico... La cabellera suelta, el pie desnudo... estupendo... Resplandeciente como el rojo ocaso. Sobre las aguas... son unos sáficos pistonudos.

Cuando salió a Broadway se sintió de nuevo muy alegre. Esperó el tranvía en medio de la calle. De cuando en cuando un taxi pasaba rozándola. El viento cálido traía del río el largo gemido de una sirena. En el abismo de su alma, millares de gnomos edificaban altas torres, frágiles, resplandecientes. El tranvía descendió_ por los rieles resonando y se paró. Al subir se acordó súbitamente del olor del cuerpo de Stan, sudando entre sus brazos. Sintió el vértigo y se dejó caer sobre el asiento, mordiéndose los labios para no gritar. ¡Dios, es horrible estar enamorada! Frente a ella, dos hombres con cara de pez hablaban y reían dándose manotazos en las rodillas.

—Te digo, Jim, que a mí la que me da el opio es Irene Castle... Cuando la veo bailar el onestep me parece que estoy oyendo un coro de ángeles.

—Quit' allá, está mu flaca.

—Sin embargo, ha tenido el mayor éxito conocido en Broadway.

Ellen se apeó del tranvía y torció al este por la calle 105, desolada y vacía. Las casas, de ventanas estrechas, despedían un hedor a sueño y a colchones. Junto a las alcantarillas apestaban las latas de basura. En la sombra de un portal un hombre y una mujer se balanceaban fuertemente abrazados. Una

manera de despedirse. Ellen sonrió feliz. El mayor éxito de Broadway. Estas palabras la subían vertiginosamente, como un ascensor, hacia alturas sublimes, donde anuncios luminosos fulminaban rayos rojos, dorados, verdes; donde había azoteas que olían a orquídeas y el ritmo lento de un tango bailado con un vestido de oro verde con Stan, mientras millares de aplausos estallaban a su alrededor como una granizada. El mayor éxito de Broadway.

Ella subía las escaleras blancas, desconchadas. Ante el letrero Sunderland una sensación de repugnancia se apoderó súbitamente de ella. Se quedó en pie un largo rato, con el corazón palpitante, la llave ante la cerradura. Luego, de pronto, metió la llave y abrió la puerta.

Pájaro de cuenta, Jimmy, pájaro de cuenta.

Herf y Ruth Prinne charlaban riendo frente a dos platos de paté en el rincón más escondido de un restaurante bullanguero y bajo de techo.

—Todos los cómicos de la legua comen aquí, parece.

—Todos los cómicos de la legua viven en casa de la señora Sunderland.

—¿Cuáles son las últimas noticias de los Balcanes?

—Los Balcanes, buen nombre.

Por detrás del sombrero de Ruth, de paja negra con amapolas rojas, Jimmy miró las mesas atestadas donde las caras se esfumaban en un vaho verduoso. Dos camareros pálidos, con perfil de halcón, se abrían paso a codazos entre el vaivén de las conversaciones. Ruth le miraba con las pupilas dilatadas de risa, mordiendo un tallo de apio.

—¡Oh, me siento tan borracha!... —balbuceaba—. Se me ha subido en seguida a la cabeza. ¡Qué calamidad!

—Bueno, ¿qué fue ese escándalo de la calle 105?

—No sabes lo que te has perdido. Descacharrante. Todo el mundo salió al hall, la señora Sunderland con todo el pelo lleno de papelitos y Cassie llorando y Tony Hunter de pie en la puerta con un pijama rosa...

—¿Quién es?

—Un galancete... pero, Jimmy, yo he debido de hablarte de Tony Hunter. Oiseau de cuenta, Jimmy, oiseau de cuenta.

Jimmy sintió que se ponía colorado. Se inclinó sobre su ración.

—¡Oh!, ¿era eso? —dijo secamente.

—Por fin te has escandalizado, Jimmy, confiesa que te has escandalizado.

—No, de ningún modo. Desembucha.

—¡Oh! Jimmy, eres descacharrante... Pues bien, Cassie sollozaba, el perrito ladraba, y la invisible Costello gritaba: «la policía», y se desmayaba en los brazos de un desconocido de etiqueta, y Jojo empuñaba una pistola, una pistolita de níquel, de juguete supongo... La única persona que parecía en sus cabales era Elaine Oglethorpe... Ya sabes, aquella visión ticianesca que tanto impresionó tu cerebro infantil.

—Te aseguro que mi cerebro infantil no se impresionó tanto como tú crees.

—En fin, el Ogle, cansado de aquella escena teatral, gritó con voz tonante: «¡Que me desarmen o mato a esa mujer!». Y Tony Hunter le quitó la pistola y se la llevó a su cuarto. Entonces Elaine Oglethorpe hizo una reverencia como en una llamada a escena y dijo: «Buenas noches a todos», y se metió en su cuarto más fresca que un pepino... ¿Te imaginas el cuadro?(Ruth bajó de repente la voz). Todo el restaurante nos está escuchando... Y, de veras, creo que aquello fue repugnante. Pero lo que viene es peor. Después que el Ogle hubo golpeado a la puerta dos o tres veces sin obtener respuesta, se dirigió a Tony y, poniendo los ojos en blanco, como Forbes Robertson en «Hamlet», le tomo por la cintura y le dijo: «Tony, ¿puede un hombre desesperado pedir asilo en su cuarto por esta noche?...». Yo estaba escandalizada.

—Pero ¿Oglethorpe es también así?

Ruth bajó la cabeza varias veces afirmativamente.

—Entonces ¿por qué se ha casado con él?

—¡Bah! Esa chica se hubiera casado con un tranvía si creyera que con eso sacaba algo.

—La verdad, Ruth, yo creo que interpretas todo al revés.

—Jimmy, eres demasiado inocente. Pero déjame acabar la trágica historia... En cuanto aquellos desaparecieron y cerraron la puerta, se armó en la antesala la más terrible trapatiesta que te puedes imaginar. Naturalmente, Cassie, para colmo, estuvo todo el tiempo con un ataque de nervios. Fui al cuarto de baño a buscarle sales de amoníaco y cuando volví me encontré la sesión en pleno. Para caerse de risa. La señorita Costello pretendía que despidieran a los Oglethorpe de madrugada y que si no lo hacían se marcharía ella. La señora Sunderland repetía que en sus treinta años de vida teatral no había visto escena semejante, y el de etiqueta, que era Benjamín Arden..., ya sabes, Jim, el que hizo un papel en Honeysuckle..., decía que a todas las personas como Tony Hunter deberían meterlas en la cárcel. Cuando me fui a la cama todavía seguía el jaleo. ¿Y te extraña que se me pegaran las sábanas después de todo esto, y te hiciera esperar, pobrecillo, una hora en el Times Drug Store?

Joe Harland, con las manos en los bolsillos, contemplaba el cuadro Acoso del ciervo, mal colgado detrás de su cama de hierro, en medio de la pared del pasillo que le servía de dormitorio. Sus manos heladas se agitaban sin cesar en el fondo de los bolsillos de sus pantalones. Hablaba en voz baja, monótona: «Oh, cuestión de suerte, pero ésta es la última vez que abordo a los Merivale. Emily me hubiera dado si no fuera por ese viejo tacaño. Emily conserva aún su poquito de corazón. Pero nadie parece hacerse cargo de que estas cosas no son siempre culpa de uno. Suerte y nada más, y bien sabe Dios que antaño comieron de lo mío». Su propia voz, elevándose, le rechinaba en los oídos. Apretó los labios. Empiezas a chochear, querido mío. Se paseaba de arriba abajo en el estrecho espacio que separaba la cama de la pared. Tres pasos. Se acercó al palanganero y bebió de la jarra. El agua sabía a madera podrida y a cubo de lavabo. Escupió el último sorbo. Lo que yo necesito es un buen bistec y no agua. Dio un golpe con los dos puños a un tiempo. Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo.

Se puso el gabán para tapar un desgarrón en la trasera de sus pantalones. Las mangas deshilachadas le hacían cosquillas en las muñecas. Los escalones crujían. Estaba tan débil que se agarró a la barandilla por miedo a caer. La vieja le salió al paso en el recibimiento. El crepé se le había ladeado como tratando de escaparse del peinado «pompadour» que lo aprisionaba.

—Señor Harland, ¿cuándo me va a pagar las tres semanas de alquiler?

—Ahora mismo iba a cobrar un cheque, señora Budkowitz. Se ha portado usted tan bien en este asunto... Y quizá le interesará saber a usted que tengo la promesa, ¿qué digo?, la certeza de una buena colocación a partir del próximo lunes.

—He esperado tres semanas... Y no espero más.

—Pero, señora mía, le juro a usted por mi honor de caballero...

La señora Budkowitz se encogió de hombros. Su voz se elevó, débil y quejicosa, como el pitido de un carrito de cacahuetes:

—Me paga usted esos quince dólares o alquilo el cuarto a otra persona.

—Le pagaré a usted esta misma tarde.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—Mu bien, déme la yave.

—Eso no. Suponga usted que llego tarde.

—Por eso mismo quiero la yave... Ya no espero más.

—Bueno, tómela... Comprenderá usted que después de su actitud insultante me será imposible continuar en su casa.

La señora Budkowitz rompió a reír con una risa ronca.

—Mu bien, cuando me pague mis quince dólares podrá usted yevarse la maleta.

Harland le puso en la mano las dos llaves atadas con un cordel, dio un portazo y echó calle abajo. En la esquina de la Tercera Avenida se paró, temblando bajo el cálido sol de la tarde. El sudor le corría por detrás de las orejas. Estaba demasiado débil para blasfemar. Bloques de ensordecedor ruido reventaban uno tras otro al paso de los elevados. Los camiones rechinaban por la avenida, levantando una polvareda que olía a gasolina y a cagajones pisoteados. Echó a andar lentamente hacia la calle 14. En una esquina un insinuante y cálido olor a cigarros le paró como si le hubieran puesto una mano en el hombro. Se quedó un momento frente al kiosko mirando cómo los finos dedos de la cigarrera frotaban las quebradizas hojas de tabaco. Al recuerdo de los Romeo and Juliet, de los Argüelles Morales, aspiró profundamente el aire. El papel de estaño que había que rasgar, la sortija que se quitaba con cuidado, el cortaplumas de marfil para cortar la punta, delicadamente como carne; el olor del fósforo, la profunda inhalación del humo, amargo, espeso, sinuoso. Y ahora, señor, en cuanto a ese negocito de la emisión de bonos de la Northern Pacific... Apretó los puños en los bolsillos pegajosos de su impermeable. Retirarme la llave ¿eh?, esa vieja bruja. Ya verá quién soy yo, ¡voto al diablo! Joe Harland habrá caído todo lo bajo que se quiera, pero todavía conserva su orgullo.

Tomó hacia el este, por la calle 14, y sin pararse a pensar por miedo de arrepentirse, entró en una pequeña papelería, se dirigió al fondo con paso incierto, y se quedó titubeando en el umbral de una oficina donde un hombre grueso, calvo, de ojos azules, estaba sentado ante un pupitre de tapa rodadera.

—Buenas, Felsius —graznó Harland.

El gordo se levantó aturrullado.

—¡Imposible! ¿Usted no es el señor Harland?

—Joe Harland en persona, Felsius... Y en estado bastante lamentable.

La risa se le ahogó en la garganta.

—Vaya, vaya... Tome usted asiento, señor Harland.

—Gracias, Felsius... Felsius, estoy derrotado, hundido para siempre. Hará cinco años que no le veo, señor Harland.

—Y qué malos han sido para mí esos cinco años... Cuestión de suerte

supongo. La mía no cambiará ya en este mundo. ¿Recuerda usted cuando entré una vez, después de torear a los especuladores, y armé la gorda en la oficina? Le di un bonito aguinaldo al personal aquellas navidades.

—En efecto, señor Harland.

—Será monótona la vida de la tienda después de haber pasado por Wall Street.

—Más de mi gusto, señor Harland. Aquí soy el amo.

—¿Y cómo están la mujer y los chicos?

—Muy bien, muy bien; el mayor acaba de salir del instituto.

—¿El que lleva mi nombre?

Felsius inclinó la cabeza. Sus dedos de salchicha golpeaban nerviosamente el borde del pupitre.

—Recuerdo que yo pensaba hacer algo por ese chico, algún día. ¡Las vueltas que da el mundo!

Harland reía sin poder apenas. Sintió las manos sobre sus rodillas y contrajo los músculos de los brazos.

—La cuestión es ésta, Felsius... Me encuentro en este momento en una situación financiera bastante embarazosa... Ya sabe usted lo que son estas cosas. (Felsius tenía la vista clavada en el pupitre. Gotas de sudor brotaban de su cabeza calva). Todos tenemos nuestras rachas de mala suerte, ¿verdad? Quisiera pedirle un préstamo insignificante, sólo por unos días, algunos dólares, pongamos veinticinco, hasta que ciertas combinaciones...

—Señor Harland, no puedo. (Felsius se levantó). Lo siento pero los principios son los principios... Yo no he pedido ni he prestado un céntimo en mi vida. Estoy seguro de que usted comprenderá...

—Muy bien, no se hable más de ello. (Harland se levantó humildemente). Déme usted un quarter... Ya no soy tan joven como antes y llevo dos días sin comer —murmuró mirándose los zapatos rotos.

Extendió la mano para apoyarse en el pupitre. Felsius retrocedió contra la pared como para evitar un golpe. Con sus dedos temblorosos le alargó una moneda de cincuenta centavos. Harland la cogió, dio media vuelta sin decir palabra, y salió de la tienda dando traspiés. Felsius sacó del bolsillo un pañuelo con una lista violeta, se secó la frente y volvió a sus cartas.

Nos tomamos la libertad de llamar la atención del comercio sobre cuatro productos Mullen extrafinos que recomendamos con toda confianza a nuestros clientes como un nuevo e incomparable punto de partida en el arte de

manufacturar papel...

Salieron del cine parpadeando en los deslumbrantes charcos de luz eléctrica. Cassie le miraba encender su cigarro, con los ojos entornados y las piernas abiertas. McAvoy era un hombre rechoncho, con cuello de toro. Llevaba una chaqueta de un solo botón, un chaleco a cuadros y un alfiler con cabeza de perro clavado en su corbata de brocado.

—¡Qué asco de programa! —gruñó.

—Oh, a mí me gustó mucho la película de viajes, Morris, aquellos aldeanos suizos bailando. Creía estar allí.

—¡Pero hacía un calor!... Quisiera beber algo.

—Vamos, Morris, ¿y tu promesa? —gimió ella.

—Si digo un sodawater, no te intranquilices.

—Oh, magnífico, a mí me encanta la soda.

—Luego iremos a pasearnos por el parque. Cassie bajó las pestañas.

—Como quieras, Morris —murmuró sin mirarle.

Le cogió del brazo con su mano un poco temblorosa.

—Si al menos no estuviera tan escaso de dinero...

—Me es igual, Morris.

—A mí no, caramba.

En Columbus Circle entraron en un drugstore. Muchachas con trajes de verano verdes, violetas, rosa, jóvenes con sombrero de paja, esperaban en triple fila delante del mostrador. Cassie se quedó atrás mirándole con admiración abrirse paso entre la multitud. Detrás de ella un hombre inclinado sobre un velador hablaba con una muchacha. El ala de sus respectivos sombreros les tapaba la cara.

—Entonces le dije: «A mí no me viene usted con ésas», y le entregué mi dimisión.

—Quieres decir que te pusieron de patitas en la calle.

—No, palabra, me despedí antes que me despidieran... Ese tío es un cerdo, ¿sabes?... No quiero deberle nada... Cuando salía de la oficina me llamó... «Joven, permítame que le diga una cosa: no llegará usted nunca a nada mientras no sepa usted quién es el amo en esta ciudad, mientras no se dé usted cuenta que no es usted».

Morris le alargaba un helado de vainilla con soda.

—Soñando otra vez. Cassie, pajarita de las nieves...

Sonriente, los ojos brillantes, cogió el vaso. Él bebía un coca-cola.

—Gwacias —dijo.

Y sorbió una cucharadita de helado:

—Mmmm... Morris está wiquísimo.

El sendero entre las redondas manchas de los arcos voltaicos se hundía en la oscuridad. De las luces oblicuas y de las sombras espesas salía un olor a hojas polvorientas y a hierba pisada. De trecho en trecho la fresca fragancia de la tierra mojada, bajo los arbustos.

—Oh, adoro el parque —moduló Cassie conteniendo un eructo—. ¿Ves, Morris? No debía haber tomado helado: me pwoduce siempwe gases.

Morris no dijo nada. Le rodeó la cintura y se apretó tanto con ella que sus muslos se frotaban al andar.

—¿Conque Pierpont Morgan ha muerto?... Si siquiera me hubiera dejado un par de millones...

—¡Oh, Morris, sería estupendo! ¿Dónde viviríamos? En Central Park South, por supuesto.

Se volvieron para mirar el resplandor de los anuncios luminosos de Columbus Circle. A la izquierda se veían luces a través de las cortinas de una casa. Él miró furtivamente a un lado y a otro y la besó. Cassie evitó su boca a la fuerza.

—No, puede vernos alguien —murmuró anhelante.

En su interior, algo como un dínamo zumbaba, zumbaba.

—Morris, me lo he estado guardando para decírtelo... Creo que Goldweiser me va a dar un número especial en su próxima obra. Es el director de escena de la segunda compañía de turnés y tiene mucha influencia con la empresa. Me vio bailar ayer.

—¿Qué dijo?

—Dijo que se las aweglaría para que me wecibiera el empwesario el lunes... Oh, pero no es eso, Morris, lo que yo quisiera hacer. Es todo tan vulgar, tan feo... ¡Y yo tan enamorada de las cosas bonitas! Siento dentwo de mí un no sé qué sin nombwe que aletea como un pájaro de hermoso plumaje en una jaula de hiewo.

—Eso es lo que a ti te pasa; nunca harás nada bien, tienes demasiados humos.

Ella le miró con ojos radiantes que brillaban en el polvo luminoso de un arco voltaico.

—Oh, por amor de Dios, no llores. No he dicho nada.

—Yo no tengo humos contigo, ¿sí o no, Morris?

Cassie se enjugó los ojos.

—Un poco, y bien que me molesta. Yo quisiera que mi nena fuese un tanto mimosa y zalamera. La vida no es sólo cerveza y sourkraud.

Según iban andando, estrechamente abrazados, sintieron la roca bajo sus pies. Se encontraron en un montículo de granito rodeado de arbustos. Las luces de los edificios que flanqueaban el parque les daban en la cara. Se separaron sin soltarse las manos.

—La chica del pelo rojo que vive en la calle 105, por ejemplo... Apuesto a que ésa no hace remilgos cuando está sola con un fulano.

—Es una mujer tewible. Le importa poco su weputación. ¡Oh, eres twemendo, Morris!

Se echó a llorar otra vez.

Él la atrajo hacia sí brutalmente y la apretó fuerte con las manos abiertas sobre su espalda. Cassie sintió sus piernas temblar, doblarse. Desfallecía en un abismo de colores. La boca del hombre no la dejaba respirar.

—Cuidado —murmuró apartándose de ella.

Con paso incierto bajaron por el sendero, entre los arbustos.

—Creo que no era.

—¿Qué, Morris?

—Un guardia. ¡Dios, también es fatalidad esto de no tener dónde meterse! ¿No podríamos ir a tu cuarto?

—Pero, Morris, todo el mundo se enteraría.

—¡Y qué! Todos hacen lo mismo en esa casa.

—Oh, cuando hablas así te detesto... El verdadero amor es puro ideal... Morris, tú no me quieres.

—¿Y si aprobaras a no chincharme más, Cassie?... Es una broma esto de estar sin un cuarto.

Se sentaron en un banco, a la luz. A sus espaldas, por el paseo, los autos se deslizaban, rápidos y silbantes, en dos largas hileras. Cassie le puso la mano en las rodillas y él se la cubrió con la suya, grande y nudosa.

—Morris, me da el corazón que vamos a ser muy felices de aquí en adelante. Me lo da el corazón. Vas a encontrar un buen empleo. Estoy segura.

—Yo no lo estoy tanto... Ya no soy joven, Cassie; no tengo tiempo que perder.

—Oh, sí, tú eres muy joven aún, Morris, no tienes más que veinte y cinco años... y creo que algo extraordinario va a suceder. Pronto tendré ocasión de bailar, ya verás.

—Tú debías ganar más que la roja ésa.

—Elaine Oglethorpe... No gana tanto. Pero yo no soy como ella. A mí no me importa el dinero. Yo quiero vivir para el arte.

—Pues yo lo que quiero es dinero. Cuando uno tiene dinero puede hacer lo que le da la gana.

—Pero, Morris, ¿no creo que se puede hacer cualquier cosa si se pone uno a ello? Yo creo que sí.

Él le pasó un brazo por la cintura. Poco a poco Cassie dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Oh, me es igual —murmuró con los labios secos.

A sus espaldas, limousines, roadsters, coches de turismo, cupés, se deslizaban por el paseo culebreando sin cesar en doble fila de luces.

Estaba doblando la jerga azul, que olía a naftalina. Se agachó para colocarla en el baúl. Cuando pasó la mano para quitar las arrugas, crujió debajo el papel de seda. Las primeras luces violeta de la mañana enrojecían la bombilla como un ojo insomne. Ellen se enderezó de pronto y se quedó rígida con las manos en las caderas, la cara sofocada. «Realmente, es demasiado baja», dijo. Extendió una toalla sobre los vestidos y amontonó encima, de cualquier manera, cepillos, un espejo, zapatillas, camisas, cajas de polvos. Luego bajó de golpe la tapa del baúl, echó la llave y la guardó en su bolso de piel de cocodrilo. Miró distraída a su alrededor, chupándose una uña rota. La luz oblicua del sol doraba las chimeneas y las cornisas de las casas fronterizas. Ellen contemplaba las iniciales E. T. O. en la tapa de su baúl. «Todo es una baja deplorable», volvió a decir. Luego cogió del tocador una lima para uñas y raspó la O. «Hecho», murmuró chasqueando los dedos. Después de ponerse un sombrero negro en forma de maceta y un velo, para que la gente no viera que había llorado, hizo un montón de libros, *Youth's Encounter*, *Así hablaba Zaratustra*, *El asno de oro*, *Imaginary Conversations*, *Aphrodite*, *Les Chansons de Billits* y el *Oxford Book of French Verse*, y los ató en un chal de seda.

Llamaron tímidamente a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo —contestó una voz lacrimosa.

Ellen abrió la puerta.

—¿Pero qué es eso, Cassie, qué te pasa? (Cassie se frotó la cara húmeda contra el cuello de Ellen). Oh, Cassie, me estás poniendo el velo hecho una sopa... ¿Qué diablos te sucede?

—Me he pasado la noche en vela pensando en lo que estarás sufriendo.

—Pero si en mi vida me he sentido tan feliz, Cassie...

—Oh, los hombres son terribles.

—No... Son mucho mejores que las mujeres en todo caso.

—Elaine, tengo algo que decirte. Ya sé que yo no te importo nada, pero de todos modos, te lo voy a decir.

—¿No me has de importar, Cassie? No seas tonta. Pero ahora estoy ocupada... ¿Por qué no vuelves a tu cama y me lo cuentas después?

—Tengo que decírtelo ahora. (Ellen, resignada, se sentó en el baúl). Elaine, he woto con Morris... ¿No es horrible?

Cassie se secó los ojos con la manga de su bata malva y se sentó junto a Ellen en su baúl.

—Mira, querida —dijo Ellen dulcemente—, ¿quieres esperar un momento? Voy a llamar un taxi. Quiero escapar antes que Jojo se levante. Estoy harta de escenas.

El pasillo mal ventilado olía a sueño y a massage-cream. Ellen habló muy bajo al aparato. Una voz áspera de macho sonó agradablemente en sus oídos: «Al momento, señorita». Volvió de puntillas al cuarto y cerró la puerta.

—Yo pensé que me quería, de veras que lo pensé, Elaine. Oh, los hombres son horribles: Morris estaba enojado porque no iba a vivir con él. A mí me parecía mal. Yo me hubiera matado twabajando por él, y él lo sabe. ¿No lo he estado haciendo ya dos años? Me dijo que no podía continuar así, si no era suya de veras. Ya supones lo que quería decir, y yo le wespondí que nuestro amor era tan hermoso que podía durar así años y años. Yo sería capaz de amarle toda la vida sin besarle siquiera. ¿No cwees tú que el amor debe ser puro? Y entonces empezó a weírse de mis bailes y a decir que era la querida del Chalif y que le estaba tomando el pelo, y nos peleamos horriblemente y me llamó nombwes horribles y se marchó y dijo que no volvería más.

—No te preocupes, Cassie, ya verás cómo vuelve.

—No, es que tú eres muy materialista, Elaine. Quiero decir que espiritualmente nuestra unión se ha woto para siempre. ¿No ves que había algo espiritual, divino, entre nosotros y que se ha woto?

Empezó a sollozar otra vez apretando la cara contra el hombro de Ellen.

—Yo no sé, Cassie, qué diversión sacas de todo esto.

—Oh, tú no comprendes. Eres demasiado joven. Yo era como tú, al principio, sólo que no estaba casada y no me iba con los hombres. Pero ahora busco la belleza espiritual. Y pretendo encontrarla en mis bailes, en mi vida; busco la belleza por todas partes y creo que Morris la buscaba también.

—Pero es evidente que Morris la buscaba.

—Oh, Elaine, qué mala eres, ¡y yo que te quiero tanto!

Ellen se levantó.

—Me voy corriendo abajo para que el del taxi no toque el timbre.

—Pero no te puedes marchar así.

—¿Que no? Ahora verás. (Ellen cogió el lío de libros en una mano y en la otra el neceser de cuero negro). Oye, Cassie, ¿serás tan buena que le enseñes el baúl cuando suba por él?... Y otra cosa: cuando Stan Emery telefonée le dices que me llame al Brewoort o al Lafayette. Gracias que no metí mi dinero en el banco la semana pasada... Oye, y si encuentras alguna cosa mía por aquí, te quedas con ella... Adiós.

Se levantó el velo y besó rápidamente a Cassie en las mejillas.

—¡Oh, cómo puedes tener valor para marcharte así sola!... Quéwás que Wuth y yo vayamos a verte alguna vez, ¿no? ¡Te queremos tanto!... ¡Oh, Elaine, vas a hacer una carrera maravillosa, estoy segura!

—Y prométeme no decir a Jojo dónde estoy... Ya se enterará demasiado pronto, de todas maneras... Le telefonaré dentro de una semana.

En el portal encontró al chofer mirando los nombres sobre los timbres. Subió él por el baúl. Ella se instaló alegre, en el asiento de cuero del taxi, respirando a pleno pulmón el aire matinal, que olía a río. El chófer le sonrió jovialmente al descargar el baúl sobre el estribo.

—Ya pesa, ya, miss.

—Siento que haya tenido que bajarlo usted solo.

—Oh, puedo con otros más pesados que éste.

—Lléveme al Hotel Brewoort. Quinta Avenida, cerca de la calle 8.

Cuando se agachó para poner el motor en marcha, el hombre se echó atrás la gorra, dejando caer el pelo rojo y rizado sobre sus ojos.

—All right, la llevaré donde quiera —dijo.

Y saltó a su asiento. Cuando el taxi desembocó en el sol vacío de Broadway, una sensación de felicidad empezó a silbar dentro de ella como un cohete. El aire fresco, excitante, le azotaba la cara. El chófer, volviéndose, le hablaba por la ventanilla abierta.

—Creí qu'iba usted a tomar el tren pa ir a algún sitio.

—A algún sitio voy.

—Buen día hace pa marcharse por ahí.

—Me marchó de junto a mi marido.

Las palabras se le escaparon de la boca antes de que pudiera retenerlas.

—¿L'ha echao de casa?

—No, no puedo decir que me ha echado —rió ella.

—Mi mujer m'ha echao a mí hace tres semanas.

—¿Cómo fue eso?

—Cerró la puerta una noche que volví tarde y no me dejó entrar. Había cambiado la cerradura mientras yo estaba fuera trabajando.

—¡Muy bonito!

—Dice que agarro demasiaos tablones. No pienso volver con ella y no voy a sostenerla ya más... Que me mande a la cárcel si quiere. ¡Sanseacabó! Voy a alquilar un piso en la Avenida 22 con un compañero y vamos a tener un piano y a vivir tranquilos sin ocuparnos de faldas.

—El matrimonio no es tan gran cosa que digamos, ¿eh?

—Usted lo ha dicho. Lo que le lleva a uno a él, bueno está, pero casarse es como despertar de una borrachera.

La Quinta Avenida estaba blanca y vacía y barrida por un viento rutilante. Los árboles de Madison Square, de un verde brillante, parecían helados en un cuarto oscuro. En el Brewoort, un mozo francés le cogió el equipaje. En el cuarto bajo pintado de blanco, el sol soñoliento se adormecía en un desteñido sillón rojo. Ellen se puso a correr como una chiquilla, levantando los talones y palmoteando. Con la cabeza ladeada y los labios fruncidos arregló sus objetos de toilette sobre el tocador. Luego colgó su camisón amarillo en una silla y se desnudó. Se vio en el espejo, y estuvo contemplándose desnuda, con las manos en sus pechos pequeños y duros como dos manzanas.

Se puso el camisón y fue al teléfono. «Que suban un chocolate y panecillos al 108, lo antes posible, si hace el favor». Luego se metió en la cama. Ya acostada, con las piernas abiertas entre las frescas sábanas, se echó a reír.

Las horquillas le pinchaban la cabeza. Se incorporó, se las quitó todas y de una sacudida dejó caer sobre sus hombros la espesa mata de su pelo. Dobló las rodillas para apoyar en ellas la barbilla y se quedó pensativa, oyendo el estruendo intermitente de los camiones que pasaban por la calle. Abajo en las cocinas empezaba a oírse un ruido de platos. De todas partes subía, el murmullo de la ciudad que despertaba. Se sentía hambrienta y sola, siempre sola, en un océano rugiente. Un estremecimiento le corrió por la médula. Ellen apretó más aún las rodillas contra la barbilla.

III. ESTRELLAS FUGACES

El sol marcha hacia Jersey. El sol está detrás de Hoboken. Las tapas de las máquinas de escribir piñonean; los pupitres se cierran; los ascensores suben vacíos, bajan atestados. Bajamar en las calles céntricas, pleamar en Flatbush, Woadlawn, Dyckman Street, Sheepshead Bay, New Lots Avenue, Carnasie.

Planas rosadas, planas verdes, planas grises. BOLETÍN DE LA BOLSA. RESULTADO DE LAS CARRERAS EN HAVRE DE GRACE. Los periódicos circulan entre caras cansadas por la vida de la tienda y de la oficina. Dedos y empeines doloridos, hombres de brazos robustos, empaquetados en metros expresos. SENATORS 8 GIANTS 2. UNA DIVA QUE RECUPERA SUS PERLAS. ROBO DE \$ 800.000.

Bajamar en Wall Street, pleamar en el Bronx.

El sol se ha puesto en Jersey.

—¡Santo Dios, no! —exclamó Phil Sandbourne dando un puñetazo en la mesa—. Yo no pienso así... La conducta privada de un hombre a nadie le importa. Lo que vale es el trabajo.

—¿Entonces?

—Entonces creo que Stanford White ha hecho por Nueva York como el que más. Nadie sabía aquí lo que era arquitectura antes de su llegada... Y cuando piensa uno que ese Thaw lo asesina a sangre fría y luego sale libre porque sí... Dios, si la gente de esta ciudad tuviera un tanto así de sangre en las venas...

—Phil, te excitas por nada —dijo el otro, que, quitándose el cigarro de la boca, se tiró hacia atrás en su silla giratoria y bostezó.

—¡Caramba!, necesito unas vacaciones. Lo bueno que sería hacer otra visita a aquellos viejos bosques de Maine...

—¡Qué vas a esperar de abogados judíos y jueces irlandeses! —bramó Phil.

—¡Para, cochero!

—Bonito espécimen de ciudadano con espíritu de solidaridad eres tú, Hartly.

Hartly se echó a reír y se pasó la mano por la calva.

—Oh, todo eso está bien para el invierno, pero en verano no me hables de ello... ¡Qué diablos! Después de todo, yo no vivo más que para estas tres semanas de vacaciones. Por mí ya pueden cargarse a todos los arquitectos de Nueva York con tal que no suban la tarifa de los ferrocarriles de New Rochelle... Vamos a comer.

Mientras bajaban en el ascensor Phil continuó:

—Otro sólo he conocido, arquitecto hasta la médula de los huesos, el viejo Specker, con quien yo trabajé cuando por primera vez vine al norte, un gran tipo, danés él. El pobre diablo murió de un cáncer hace dos años. Ese sí que era un arquitecto. Tengo en casa los planos y descripciones de lo que él llamaba un edificio comunal... Setenta y cinco pisos de altura, que, achicándose, formaban terrazas con una especie de jardín colgante cada uno, hoteles, teatros, baños turcos, piscinas, almacenes, caloríferos, refrigeradores, un mercado, todo en el mismo edificio.

—¿Comía?

—No señor, no comía.

Marchaban hacia el este por la calle 34, casi desierta en el bochorno del mediodía.

—¡Dios! —saltó de repente Phil Sandbourne—, las mujeres están cada año más bonitas. Me gustan estas modas; ¿y a ti?

—Claro. Lo que yo quisiera sería rejuvenecer cada año en lugar de envejecer.

—Sí, ya casi lo único que podemos hacer nosotros los viejos es mirarlas pasar.

—Afortunadamente para nosotros, porque si no nuestras mujeres nos perseguirían con sabuesos... Chico, ¡cuando pienso en tantas ocasiones perdidas!...

Al cruzar la Quinta Avenida, Phil divisó a una mujer en un taxi. Bajo el ala

negra de su sombrero con escarapela roja, dos ojos grises fulguraron en los suyos. Se le cortó la respiración. El ruido del tráfico se perdía en la distancia. Que no vuelva los ojos. Dos pasos. Abrirla portezuela y sentarse junto a ella, junto a su esbeltez posada como un pájaro sobre el asiento. Chofer, a todo gas. Ella le tiende los labios; sus ojos parpadean, pájaros grises prisioneros... «¡Eh, cuidado!...». Un estruendo de hierro cae sobre él por detrás. La Quinta Avenida gira en espirales rojas, azules, púrpura. ¡Cristo! ¡Nada, no es nada; pudo levantarse solo! «Circulen, atrás». Voces, gritos, pilares azules de los policías. Su espalda, sus piernas están todas pegajosas de sangre. La Quinta Avenida palpita dolorosamente. Una campanilla se acerca tintineando, y cuando lo meten en la ambulancia la Quinta Avenida aúlla, da un alarido de agonía. El estira el cuello para verla, penosamente, como una tortuga patas arriba. ¿No la han apresado mis ojos con trampas de acero? Se sorprende lloriqueando. Debía haberse quedado para saber si me había muerto. El tintineo de la campanilla se pierde, cada vez más débil, en la noche.

El timbre de alarma, en la acera de enfrente, no había dejado un momento de sonar. El sueño de Jimmy se había ensartado en el repiqueteo en duros nudos como cuentas en un hilo. Llamaron a la puerta y se despertó. Dio una vuelta y se incorporó. Stan Emery, a los pies de la cama, la cara gris de polvo, las manos en los bolsillos de una chaqueta de cuero rojo, se reía balanceándose de atrás adelante.

—¿Pero qué hora es?

Jimmy, sentado en la cama, se restregaba los ojos con los nudillos. Bostezando miró a su alrededor, con repugnancia, las paredes empapeladas de verde botella, la persiana resquebrajada que dejaba pasar una larga raya de sol, la chimenea de mármol cerrada por una plancha de hojalata con rosas pintadas, la bata azul deshilachada, las colillas espachurradas en el cenicero de cristal malva.

La cara de Stan, toda roja, reía bajo una máscara de polvo.

—Las once y treinta —dijo.

—Total seis horas y media. Creo que basta. Pero Stan, ¿qué diablos haces aquí?

—¿No tendrás un traguito de alguna cosa por ahí, Herf? Dingo y yo tenemos una sed espantosa. Venimos de Boston y no hemos parado más que una vez para tomar gasolina y agua. Llevo dos días sin acostarme. Voy a ver si puedo resistir toda la semana.

—Pues yo quisiera resistir la semana entera en la cama.

—Lo que tú necesitas, Herf, es una colocación en un periódico para tener

algo de qué ocuparte.

—Y a ti lo que te va a suceder, Stan (Jimmy se sentó en el borde de la cama)... es que el mejor día te vas a despertar sobre una losa del depósito de cadáveres.

El cuarto de baño olía a dentífricos de otras personas y a desinfectantes de cloro. La esterilla del baño estaba mojada y Jimmy la dobló en cuadro antes de quitarse las zapatillas. El agua fría le activó la circulación. Zambulló la cabeza, salió de la bañera y se sacudió como un perro el agua que se le metía por los ojos y los oídos. Luego se puso la bata y se enjabonó la cara.

Corre, corre,

río al mar.

tarareó desafinando mientras se raspaba la barbilla con la máquina de afeitar. M. Grover, siento decirle que la semana próxima tendré que presentar mi dimisión. Sí, me voy al extranjero. Voy de corresponsal de la A.P. En México por la U.P.A Jericó más bien, corresponsal en Halifax de la Multurtle Gazette. It was Christmass in the harem and the eunuchs all were there.

... desde los bordes del Sena

hasta los de Saskatchewan.

Se mojó la cara con listerina, lió sus chirimbolos en la toalla y volvió a su cuarto subiendo una escalera cubierta con una alfombra verde col. En mitad del pasillo se cruzó con la regordeta patrona, que paró de barrer para lanzarle una mirada glacial a las piernas que asomaban desnudas bajo la bata azul.

—Buenos días, señora Maginnis.

—Vaya calorcito que va a hacer hoy, señor Herf.

—¡Ya lo creo!

Stan, tumbado en la cama, leía *La Révolte des Anges*.

—Caramba, lo que daría yo por saber idiomas como tú, Herf.

—Chico, yo no sé ya nada de francés. Me cuesta mucho menos tiempo olvidarlos que aprenderlos.

—A propósito: me han echado de la Universidad.

—¿Cómo ha sido eso?

—El decano me ha dicho que juzgaba preferible que no volviera el año próximo... Pensaba que había otros campos de actividad donde mi actividad podía ser más activamente activa... Ya conoces el percal. —Es una vergüenza.

—¡Qué va! Yo estoy encantado. Le pregunté por qué no me había despedido antes si tenía tal opinión de mí. Papá se va a poner más triste que un cangrejo... pero tengo dinero bastante para no volver a casa en una semana. Además, me importa un pepino. ¿De veras que no tienes nada para beber?

—Pero Stan, un pelanas como yo, ¿cómo va a tener una bodega con treinta dólares semanales?

—Este cuarto es un tanto miserable... Tú debías haber nacido capitalista como yo.

—El cuarto no es tan malo... lo que me vuelve loco es ese timbre de alarma en la acera de enfrente, que suena toda la noche.

—Es por los ladrones, ¿no?

—Si no puede haber ladrones; el local está desalquilado. Debe de haber algún contacto en los hilos o algo así. Yo no sé cuándo paró, pero te juro que esta mañana me sacó de quicio cuando vine a acostarme.

—Bueno, James Herf, no pretenderás convencerme de que vuelves a casa sereno todas las noches, ¿eh?

—Borracho o no, tendría que ser uno sordo para no oír ese condenado chisme.

—Bueno, en calidad de rico accionista, te invito a almorzar. ¿Te has dado cuenta de que has tardado una hora justa en hacerte la toilette?

Bajaron las escaleras, que olían a jabón de afeitarse, más abajo a pasta de limpiar dorados, más abajo aún, a tocino, a pelo chamuscado, y, por último, a basura y a gas carbónico.

—Tú eres un tío de suerte, Herf, por no haber ido nunca a la Universidad.

—Oye, tú, papanatas, ¿no me he graduado yo en Columbia? No podrías tú hacer otro tanto.

La luz del sol inundó la cara de Jimmy al abrirse la puerta.

—Eso no cuenta.

—¡Dios, cómo me gusta el sol! —gritó Jimmy—. Si hubiera sido Colombia de veras...

—¿Dices Hail Columbia?

—No, digo Bogotá y el Orinoco y todo eso.

—Yo conocí a un tipo que se fue a Bogotá. Tuvo que beber hasta reventar para no morir de elefantiasis.

—Yo estoy dispuesto a exponerme a la elefantiasis y a la peste bubónica y al tifus con tal de salir de este agujero.

—Ciudad de orgías, paseos y deleites.

—¿Orgías?... ¡un cuerno!..., como decimos allá arriba... ¿Te das cuenta tú de que yo he vivido toda mi vida, menos cuatro años de chico, en esta maldita ciudad, y que he nacido aquí y que aquí moriré probablemente?... Tengo buenas ganas de sentar plaza de marino y ver el mundo.

—¿Qué te parece Dingo con su nueva pintura?

—Muy chic. Con un poco de polvo parece un Mercedes.

—Yo quería pintarlo de rojo como una bomba de incendio, pero el del garage me persuadió de que lo pintara de azul como un guardia... ¿No tienes inconveniente en que vayamos a tomar un cocktail de ajeno a Mouquin?

—¡Ajeno de desayuno!... ¡Santo Dios!

Viraron hacia el este por la calle 23, donde resplandecían los rectángulos de las ventanas, los óvalos de los coches del comercio, los ochos de los accesorios de níquel.

—¿Cómo está Ruth, Jimmy?

—Muy bien. Todavía sin contrata.

—Fíjate, un Daimler.

Jimmy gruñó algo ininteligible. Al doblar la esquina de la Sexta Avenida un policía los detuvo.

—¡Ese escape libre! —gritó.

—Voy al garage a arreglarlo. El silenciador se está cayendo.

—Hace usted bien... La próxima vez, multa.

—Chico, tienes una manera de salir del paso, Stan... ¡en todo! —dijo Jimmy—. Yo nunca puedo librarme de nada, y eso que tengo tres años más que tú.

—Es un don.

El restaurante olía jovialmente a patatas fritas y a cocktail, a cigarros y a cocktail. Hacía calor y el local estaba lleno de conversaciones y de caras sudorosas.

—Oye, Stan, no muevas los ojos románticamente cuando hables de Ruth y de mí... Somos buenos amigos y nada más.

—Te he preguntado por ella sin intención, pero de todos modos siento que

me digas eso.

—Ruth se ocupa sólo de su arte. Está tan loca por llegar que sacrifica todo lo demás.

—¡Por qué diablos tendrá todo el mundo tantas ganas de llegar!... Me gustaría encontrar a alguien que quisiera fracasar. Eso es lo sublime.

—Sí, cuando tiene una renta confortable.

—Tonterías... ¡Vaya cocktail! Herf, creo que eres la única persona sensata en toda esta ciudad. Tú no tienes ambiciones.

—¿Cómo sabes que no las tengo?

—¿Pero qué va uno a hacer con el éxito después de obtenido? No te lo puedes comer ni beber. Comprendo, claro, que las personas que no tengan bastante gaita para comer, etcétera, se desvivan por encontrarla. Pero el éxito...

—Lo peor que a mí me pasa es que no sé bien lo que quiero; por eso ando dando vueltas, lo cual es desesperante y descorazonante.

—Oh, Dios decide por ti. Bien lo sabes tú, pero no quieres reconocerlo.

—Creo que lo que más deseo es salir de esta ciudad, después de poner una bomba bajo el Times Building.

—Bueno, ¿y por qué no lo haces? Es tan sencillo como poner un pie delante del otro.

—Pero falta saber qué dirección tomar.

—Eso es lo que menos importa.

—Luego, el dinero.

—Oh, el dinero es la cosa más fácil de conseguir en el mundo.

—Para el hijo mayor de Emery and Emery.

—Mira, Herf, no es justo que me tires así a la cara las iniquidades de mi padre. Ya sabes que odio todo eso tanto como tú.

—No te echo la culpa, Stan. Eres un chico de una suerte atroz, y nada más. Claro que yo también tengo suerte, mucha más suerte que la mayoría. Mi madre me dejó dinero bastante para vivir hasta los veintidós años, y aún me quedan algunos cientos de dólares para los días de apuros, y mi tío, ¡maldita sea su alma!, me encuentra nuevas colocaciones siempre que me despiden.

—Bee, bee, la oveja descarriada.

—Creo que tengo realmente miedo de mis tíos y de mis tías... Tienes que

ver a mi primo James Merivale. Ha hecho siempre todo lo que le han dicho, y está floreciente como un verde laurel... La virgen prudente.

—Y tú eres una de esas encantadoras vírgenes locas.

—Stan, te está haciendo efecto el alcohol, empiezas a hablar como un negro.

—Bee, bee...

Stan dejó la servilleta en la mesa y se echó atrás lanzando una carcajada gutural.

El olor repugnante del ajeno subió del vaso de Jimmy como un rosal mágico. Lo sorbió arrugando la nariz.

—Como moralista, protesto —dijo—. ¡Caray, es asombroso!

—Yo lo que necesito es un whisky and soda para contrarrestar esos cocktails.

—Te vigilaré. Yo soy un trabajador. Necesito distinguir entre las noticias que cuelan y las que no cuelan... Dios, no quiero empezar a hablar de eso. Todo ello es tan criminalmente estúpido... Bueno, ese cocktail es de los que tumban.

—Inútil pensar en hacer esta tarde nada más que beber. Te quiero presentar a cierta persona.

—¡Y yo que iba a sentarme honradamente y escribir un artículo!...

—¿Sobre?

—Oh, un camelo titulado «Confesiones de un reportero en canuto».

—Oye, ¿es jueves hoy?

—Sipi.

—Entonces ya sé dónde estará.

—Voy a librarme de todo esto —dijo Jimmy con aire sombrío— yéndome a Méjico a hacer fortuna... Estoy perdiendo lo mejor de mi vida pudriéndome en Nueva York.

—¿Cómo vas a hacer fortuna?

—El petróleo, el oro, robos en despoblado, cualquier cosa menos el periodismo...

—Bee, bee, oveja descarriada, bee, bee.

—Ya estás dejando de balar.

—Emigramos. Vamos a que le arreglen el silenciador a Dingo.

Jimmy se quedó esperando a la puerta del garage. La polvorienta luz de la tarde se retorció en brillantes gusanos de fuego por su cara y por sus manos. Piedra gris, ladrillo rojo, asfalto flameante de letreros verdes y rojos, pedazos de papel en el arroyo, todo ello rodando a su alrededor, lentamente, en la bruma. Dos que lavaban coches hablaban detrás de él.

—Sipi, yo ganaba una barbaridad hasta que topé con esa cochina.

—Pues a mí me parece guapísima, Charley. Yo que tú tendría miedo... Pasada la primera semana es igual.

Stan le dio un empujón por detrás, poniéndole las manos en los hombros.

—El coche no estará arreglado hasta las cinco. Vamos a tomar un taxi... Hotel Lafayette —gritó al chofer al mismo tiempo que le daba a Jimmy una palmadita en la rodilla—. Bueno, Herf, hombre fósil, ¿a qué no sabes lo que el gobernador de Carolina del Norte le dijo al gobernador de Carolina del Sur?

—No.

—Entre trago y trago los minutos parecen horas.

Stan, balando en sordina, entró en el café como una tromba.

—Bee, bee... Ellie, aquí están las ovejas descarriadas —gritó riendo.

De repente se quedó helado. Frente a Ellen, en la misma mesa, estaba su marido, con una ceja levantada y la otra casi confundida con las pestañas. Entre ellos se habían instalado una tetera descaradamente.

—Hola Stan, siéntate —dijo ella muy tranquila.

Después siguió sonriendo a Oglethorpe: «Estupendo, Jojo».

—Ellie, te presento al señor Herf —dijo Stan con tono áspero.

—Oh, tanto gusto. He oído hablar mucho de usted en casa de la señora Sunderland.

Se quedaron callados. Oglethorpe golpeaba la mesa con la cucharilla.

—¿Y cómo le va, señor Herf? —dijo con una sonrisa suntuosa—. ¿No recuerda usted cómo nos conocimos?

—A propósito, Jojo, ¿cómo anda aquello?

—A las mil maravillas, gracias. El amigo de Cassandra la ha plantado, y aquella criatura, la Costello, armó un escandalazo espantoso. Parece que la otra noche volvió con una curda, pero una curda fenomenal, y trató de meter al chofer en su cuarto, y el pobre hombre protestaba repitiendo que él no quería

sino que le pagaran lo que marcaba el taxi... ¡Inenarrable!

Stan se levantó fríamente y se marchó.

Los otros tres se quedaron sentados sin hablar palabra. Jimmy hacía todos los esfuerzos posibles por estarse quieto en su silla. Iba ya a levantarse cuando una dulzura de terciopelo en los ojos de Ellen le detuvo.

—Y Ruth, ¿está ya contratada, señor Herf? —preguntó.

—No, todavía no.

—¡Qué mala suerte!

—Sí, es una vergüenza. Trabaja muy bien. Lo que pasa es que su humorismo exagerado le impide dar coba a los empresarios y al público.

—¡Oh, el teatro es un asco!, ¿verdad, Jojo?

—Nauseabundo, querida.

Jimmy no podía apartar de ella la vista; sus manitas cuadradas, su cuello ceñido de oro entre la mata cobriza del pelo y el azul brillante del vestido.

—Bueno, querida...

Oglethorpe se puso en pie.

—Jojo, yo me quedo aquí otro poco.

Jimmy miraba de hito en hito los triángulos de charol que salían de los botines de ante de Jojo. Imposible que hubiera pies allí dentro. Jimmy se levantó bruscamente.

—Oh, señor Herf, ¿no podría usted hacerme compañía quince minutos? Tengo que marcharme a las seis y me he olvidado de traer un libro y con estos zapatos no puedo andar.

Jimmy se puso colorado y se volvió a sentar balbuceando:

—Sí, desde luego, yo encantado... podemos beber algo.

—Yo acabo de tomar mi té... ¿Pero por qué no toma usted un gin fizz? A mí me encanta ver a la gente tomar gin fizzes. Me da la ilusión de estar en los trópicos, sentada en un bosque de guinjos, esperando un barco que nos lleve por un río ridículamente melodramático todo bordeado de mangles.

—Camarero, un gin fizz, haga el favor.

Joe Harland se había ido escurriendo en su silla hasta descansar la cabeza sobre los brazos. Entre sus dedos grasientos, sus ojos seguían con angustia las líneas del mármol de la mesa. Reinaba el silencio en el lunch-room, pobremente iluminado por dos bombillas colgadas encima del mostrador,

donde quedaban unas pocas tortas tapadas por una campana de cristal. Un hombre de chaqueta blanca dormitaba en un alto taburete. De cuando en cuando se le abrían los ojos en la masa gris de su cara, refunfuñaba y echaba una mirada alrededor. En la última mesa, del otro lado, se veían hombros gibosos de hombres que dormían, caras arrugadas como periódicos viejos, reposando en los brazos a falta de almohada. Joe Harland se enderezó y bostezó.

Una mujerona con impermeable pedía una taza de café en el mostrador. Tenía la cara llena de vetas rojas y violáceas como la carne podrida. Sosteniendo la taza cuidadosamente con ambas manos, la llevó hasta la mesa y se sentó frente a Joe Harland. Éste dejó caer de nuevo la cabeza sobre sus brazos.

—¡Eh, oiga!, ¿no hay servicio aquí?

La voz de la mujer hirió los oídos de Harland como el chirrido de la tiza en un encerado.

—¿Qué quiusté? —refunfuñó el del mostrador.

—Me pregunta qué quiero... Yo no estoy acostumbrá a que m'hablen d'esa manera tan brutal.

—Bueno, si quié usted algo, venga y cójalo... ¡Servicio a estas horas de la noche!...

Harland percibía el olor a whisky que despedía el aliento de la mujer cuando suspiraba. Levantó la cabeza y la miró. Ella torció la boca en una sonrisa fofa e inclinó la cabeza hacia Joe.

—Señor, yo no estoy acostumbrá que m'hablen d'esa manera tan brutal. Si mi marido viviera no s'atrevería. ¿Con qué derecho va a decirme a mí ese langostino cocido a qué horas de la noche debe ser servida una señora?(Echó la cabeza atrás y con la risa se le torció el sombrero). Eso, un langostino cocido... ¡Vamos, insultar a una señora con que si a estas horas de la noche!...

Greñas de pelo gris con las puntas teñidas le caían por la cara. El de la chaqueta blanca se acercó a la mesa.

—Oiga, tía McCree, la voy a poner en la calle si sigue usted molestando... ¿Qué quié usted?

—Cinco centavos de buñuelos —lloriqueó lanzando a Harland una mirada de soslayo.

Joe Harland metió otra vez la cabeza en el hueco de sus brazos y trató de dormirse. Oyó poner el plato, luego el mordisqueo de una boca sin dientes y, de cuando en cuando, los sorbetazos que la mujer daba a su taza de café.

Había entrado un nuevo parroquiano y hablaba con el del mostrador en voz baja y gruñona.

—Señor, señor, ¿no es horrible tener ganas de beber?

Él levantó de nuevo la cabeza y se encontró con los ojos de la borracha, de un azul borroso de leche bautizada.

—¿Qué vas a hacer ahora, vida mía?

—¡Dios sabe!

—¡Virgen santísima, qué bueno sería tener una cama, una camisa de encajes y un buen mozo como tú, vida... señor!

—¿Nada más?

—Oh, señor, si mi pobre marido viviera no dejaría que me tratasen como me tratan. Perdí a mi marido en el General Slocum. Parece que fue ayer.

—¡Feliz él!

—Pero murió en pecado, sin sacerdote, querido. Es horrible morir en pecado.

—¡Pardiez!, quiero dormir.

La voz débil, chirriante, monótona, le hacía rechinar los dientes.

—Los santos están de punta conmigo desde que perdí a mi marido en el General Slocum. Yo no había sido una mujer honrada... (Vuelta a llorar). La Virgen, los santos y los mártires están de punta conmigo, todo el mundo lo está... Oh, ¿nadie querrá tratarme amablemente?

—Yo quiero dormir... ¿No se puede usted callar?

La mujer se agachó y buscó a tientas su sombrero por el suelo. Seguía sentada, frotándose los ojos con los nudillos hinchados y mugrientos.

—¿Señor, no quiere usted tratarme amablemente?

Joe Harland se puso de pie respirando fuertemente.

—¡Pardiez!, ¿no puede usted callarse?

Su voz se quebró en un gemido.

—¿En dónde le dejarán a uno en paz? En ninguna parte.

Se encasquetó la gorra hasta los ojos, hundió las manos en los bolsillos y salió a la calle arrastrando los pies. En Chatham Square, el cielo, de un violeta rojizo, brillaba a través del enrejado de las vías del elevado. Las luces eran dos filas de botones de latón en la soledad de Bowery.

Un policía pasó balanceando su porra. Joe Harland sintió que le miraba, y afectó un paso vivo y determinado como si fuera a alguna parte, a sus negocios.

—Y bien, señorita Oglethorpe, ¿qué le parece?

—¿Qué me parece qué?

—Ya sabe usted... Ser una estrella fugaz.

—Oh, no sé nada, señor Goldweiser.

—Las mujeres lo saben todo pero no quieren confesarlo.

Ellen, con un traje de seda verdenilo, está sentada en una poltrona, al fondo de un largo salón donde resuenan conversaciones y tintinean las arañas y las joyas, donde se mueven las manchas negras de los smokings y los colorines festoneados de plata de los trajes femeninos. La curva de la nariz de Harry Goldweiser se une directamente con la curva de su calva, y su enorme trasero sobresale de un taburete triangular dorado. Cuando habla a Ellen sus ojillos pardos se clavan en su cara como antenas. Cerca de ellos una mujer huele a sándalo. Otra, con labios de naranja y mejillas de yeso bajo un turbante anaranjado, pasa hablando con un hombre de barba en punta. Otra, de perfil de halcón y pelo rojo, se acerca por detrás a un señor y le pone la mano en el hombro. «Oh, ¿cómo está usted, señorita Cruikshandk? ¿Es sorprendente, verdad, que todo el mundo se encuentre siempre en el mismo sitio y al mismo tiempo?». Ellen, sentada en su butaca, escucha adormilada, sintiendo la frescura de los polvos en la cara y en los brazos, la suavidad del carmín en los labios. Su cuerpo, recién bañado, está fresco como una violeta bajo el vestido de seda, bajo la ropa interior de seda. Ellen, sentada, sueña, escucha adormilada. De repente, una algarabía de voces masculinas la rodea. Ella se incorpora, fría y blanca, fuera de alcance, como un faro. Las manos de los hombres trepan como insectos por el cristal irrompible. Las miradas de los hombres voltejean y se estrellan contra él inútilmente, como mariposas. Pero en lo más hondo del abismo interior, negro como la pez, hay algo que resuena como una bomba de incendios.

George Baldwin estaba en pie junto a la mesa del desayuno, con un número del New York Times doblado en la mano.

—Bueno, Cecily —decía—, tenemos que tomar estas cosas sensatamente.

—¿No ves tú que estoy haciendo todo lo posible por ser juiciosa? —dijo ella haciendo pucheros.

Él seguía mirándola sin sentarse, enrollando una punta del periódico entre el índice y el pulgar. La señora Baldwin era una mujer alta, con un moño cuidadosamente rizado. Sentada ante el servicio de plata, manoseaba el

azucarero con sus dedos blancos como setas que terminaban en agudas uñas rosadas.

—George, no puedo resistir más, ya está.

La señora Baldwin apretó fuertemente sus labios temblorosos.

—Tú exageras, querida.

—¿Cómo que exagero?... Esto significa que nuestra vida ha sido una sarta de mentiras.

—Pero Cecily, nosotros nos queremos.

—Te casaste conmigo por mi posición social, tú lo sabes... Yo fui lo bastante boba para enamorarme de ti. Muy bien. Se acabó.

—No es verdad. Yo te quería sinceramente. ¿No recuerdas cómo sufrías tú por no poder quererme de veras?

—¡Qué bruto, recordarme eso!... ¡Oh, es horrible!

La doncella trajo de la cocina huevos y tocino en una bandeja. Marido y mujer se miraban sin decirse nada. La doncella salió y cerró la puerta. La señora Baldwin apoyó la frente sobre el borde de la mesa y empezó a llorar. Baldwin contemplaba los titulares del periódico:

EL ASESINATO DEL ARCHIDUQUE TENDRÁ GRAVES
CONSECUENCIAS. EL EJERCITO AUSTRIACO, MOVILIZADO.

Dio la vuelta a la mesa y posó su mano en el pelo rizado de ella.

—¡Pobre Cecily mía! —dijo.

—No me toques.

Salió corriendo del cuarto con el pañuelo en la cara. Él se sentó, se sirvió huevos y tocino, tostadas, y se puso a desayunar; todo sabía a papel. Dejó de comer para garrapatear una nota en un cuadernillo que llevaba siempre en el bolsillo superior de la chaqueta, detrás del pañuelo: Ver asunto Collins Arbuthnot, N. Y. S. C. Apel. Div.

Un ruido de pasos en el hall le hizo aguzar los oídos; luego el clic de una cerradura. El ascensor acababa de bajar. Descendió a escape los cuatro pisos. En el vestíbulo, a través de la puerta de cristal y hierro forjado, la vio al borde de la acera, en pie, alta y tiesa, poniéndose los guantes. Baldwin salió corriendo y la tomó de la mano en el mismo momento en que llegaba un taxi. El sudor le perlaba la frente y le hacía cosquillas bajo el cuello almidonado. Se dio cuenta de lo ridículo que estaba con la servilleta en la mano frente al portero negro que le saludaba burlescamente: «Buenos días, señor Baldwin;

parece que va a hacer un día espléndido». Teniéndola fuertemente agarrada de la mano, murmuró entre dientes:

—Cecily, tengo que decirte una cosa. ¿No puedes esperar un minuto? Luego iremos juntos al centro... Espere cinco minutos, haga el favor —dijo al chofer—. Bajamos en seguida.

Sin soltarle la muñeca la condujo de nuevo al ascensor. Ya en el hall de su piso, ella le miró de repente, cara a cara, con ojos que echaban llamas.

—Entra, Cecily —dijo él dulcemente, y después de cerrar la puerta de la alcoba con llave—: Ahora hablemos tranquilamente. Siéntate, querida.

Le puso una silla detrás. Ella se sentó bruscamente, tiesa como una marioneta.

—Mira, Cecily, tú no tienes derecho a hablar así de mis amigas. La señora Oglethorpe es una amiga mía. De cuando en cuando tomamos té juntos en lugares completamente públicos y nada más. Yo la hubiera invitado aquí, pero temí que estuvieras grosera con ella... No puedes continuar así, dejándote llevar de tus locos celos. Yo te doy libertad completa y tengo en ti absoluta confianza. Creo que tengo derecho a esperar la misma confianza de tu parte... Cecily, vuelve a ser la niña razonable de antes. Has estado dando oídos a lo que inventa un hatajo de brujas viejas, con mala voluntad, para hacerte desgraciada.

—Es que no es la única.

—Cecily, confieso francamente que hubo veces, poco después de casarnos... Pero todo eso acabó hace años... ¿Y quién tuvo la culpa?... Oh, Cecily, una mujer como tú no puede comprender las exigencias físicas de un hombre como yo.

—¿No hice cuanto pude?

—Querida, estas cosas no son culpa de nadie... Yo no te culpo a ti... Si me hubieras querido de veras, entonces...

—¿Por quién crees que estoy en este infierno sino por ti? ¡Oh, eres un bruto!

Cecily estaba sentada, mirándose los pies calzados de ante, torciendo y retorciendo entre sus dedos la cuerda húmeda de su pañuelo.

—Mira, Cecily, un divorcio sería muy perjudicial para mi situación en este preciso momento, pero si tú realmente no quieres seguir viviendo conmigo, veré de arreglarlo... Pero, sea como sea, debes tener más confianza en mí. Tú sabes que te aprecio. Y, por amor de Dios, no vayas a contárselo a nadie sin decírmelo primero. Tú no querrás un escándalo ni salir en letras de molde,

¿verdad?

—Bueno... Déjame sola... Todo me es igual.

—Muy bien... Ya se me ha hecho tarde. Iré al centro en ese taxi. ¿Tú no quieres venir de compras?

Ella dijo que no con la cabeza. Baldwin la besó en la frente, tomó su sombrero de paja y su bastón en el hall y salió disparado.

—¡Oh, soy la mujer más desgraciada! —murmuró ella poniéndose de pie.

Le dolía la cabeza como si le apretara un círculo de hierro candente.

Se asomó a la ventana a tomar el sol. Al otro lado de Park Avenue, el cielo azul de llama estaba rayado por la roja armazón de vigas de un nuevo edificio. Remachadoras de vapor repiqueteaban ruidosamente. De cuando en cuando silbaba una cabria. Se oía un rechinar de cadenas y otra viga se alzaba de través en el aire. Hombres con overalls azules iban y venían por los andamios. Más allá, hacia el noroeste, subían las nubes abriéndose compactas como coliflores. ¡Oh, si al menos lloviera!... Apenas había tenido tiempo de pensarlo, cuando el sordo tableteo de un trueno apagó el estrépito del tráfico y del edificio en construcción. ¡Oh, si al menos lloviera!...

Ellen acababa de colgar una cortina de zaraza en la ventana para ocultar con su dibujo de flores moradas la vista de los patios y muros de ladrillo de las casas del centro. En medio del cuarto vacío había un cofre diván colmado de tazas de té, un anafe de cobre y una cafetera. El amarillo entarimado era un revoltijo de recortes de zaraza y de argollas. En un rincón, libros, vestidos y sábanas caían como una catarata de un baúl. Una escoba junto a la chimenea despedía un olor de aceite de cedro. Ellen, con un quimono color narciso, apoyada contra la pared, miraba alegremente el cuarto en forma de caja de zapatos, cuando el timbre la sobresaltó. Se recogió un mechón de pelo que le colgaba por la frente y apretó el botón que abría el picaporte. Tocaron discretamente a la puerta. Una mujer apareció en la oscuridad del hall.

—¡Hola, Cassie, no te reconocía! Entra... ¿Qué te pasa?

—¿Estás segura de que no estorbo?

—De ningún modo.

Ellen se inclinó para darle un beso de pájaro. Casandra Wilkins estaba muy pálida. Sus párpados temblaban nerviosamente.

—Puedes darme un consejo. Estoy colgando las cortinas... Mira, ¿te parece que ese morado va bien con el gris de la pared? A mí me resulta un poco raro.

—Yo creo que está precioso. ¡Qué cuarto tan mono! ¡Y qué feliz vas a ser

en él!

—Pon ese hornillo en el suelo y siéntate. Voy a hacer té. Hay una especie de baño-cocina ahí en la alcoba.

—¿Estás segura de que no te servirá de molestia?

—Claro que no... Pero, Cassie, ¿qué te pasa?

—Oh, todo... He venido para contártelo, pero no puedo. No se lo puedo decir a nadie.

—Estoy encantada con este pisito. Figúrate, Cassie, que es la primera casa mía, completamente mía. Papá quería que viviera con él en Passaic, pero yo comprendí que no podía.

—¿Y qué hace el señor Oglethorpe? ¡Oh, qué impertinencia mía!... Perdóname, Elaine. Estoy casi loca. No sé lo que me digo.

—¡Oh, Jojo es un encanto! Está dispuesto a que me divorcie de él si quiero... ¿Lo harías tú en mi caso?

Sin esperar respuesta, desapareció por entre las dos hojas de la puerta. Cassie se quedó encogida en el borde del diván.

Ellen volvió con una tetera azul en una mano y una cacerola de agua hirviendo en la otra.

—¿No te importa tomarlo sin crema ni limón? Hay un poco de azúcar en el aparador. Las tazas están limpias porque acabo de lavarlas. ¿No crees que son bonitas? ¡Oh, no puedes imaginarte qué bien y qué hogareña se siente una teniendo un piso propio! Detesto la vida de hotel. De veras, este piso me hace sentirme tan mujer de mi casa... Claro, lo ridículo es que probablemente tendré que dejarlo o subarrendarlo en cuanto lo tenga decentemente puesto. Salimos de turné dentro de tres semanas. Yo quisiera zafarme, pero Harry Goldweiser no me deja.

Cassie tomaba sorbitos de té con la cucharilla. Empezó a llorar dulcemente.

—Vamos, Cassie, desembucha, ¿qué te pasa?

—¡Oh, tú eres tan feliz en todo, Elaine, y yo soy tan desgraciada!...

—Pues yo siempre pensé que en cuestión de mala suerte me llevaba el premio. Pero ¿qué ocurre?

Cassie dejó la tasa y se apretó el cuello con ambas manos.

—Pues, mira... —dijo con voz ahogada—, cweo que voy a tener un chico.

Bajó la cabeza hasta las rodillas y sollozó.

—¿Estás segura? Todo el mundo pasa sustos.

—Yo quería que nuestro amor fuera siempre puro y bello, pero él me dijo que no volvería a verme si yo no... y lo odio.

Soltaba las palabras una a una entre sollozos llenos de lágrimas.

—¿Por qué no os casáis?

—No quiero. No puedo. Estorbaría mi carrera.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Oh, diez días o más. Estoy segura de que es eso... Y yo no quiero nada más que mi arte.

Paró de sollozar y siguió bebiendo té a traguitos.

Ellen iba y venía por delante de la chimenea.

—Mira, Cassie, de nada sirve acalorarse por las cosas, de nada. Conozco a una mujer que te sacará de apuros... Reánimate, por favor.

—No podía, no podía... (El platillo se escurrió de sus rodillas y se rompió en dos en el suelo). Dime, Elaine, ¿has pasado tú por esto alguna vez? ... Cuánto lo siento. Te compraré otro platillo, Elaine.

Se puso en pie vacilante y dejó la taza y la cucharilla en el aparador.

—Oh, claro que sí. A poco de casarnos lo pasé muy mal...

—Oh, Elaine, todo esto es odio, ¿verdad? La vida sería tan bella, tan libre, tan natural sin esto... Yo siento el horror que cuece dentro de mí, que me mata.

—Las cosas son así —dijo Ellen con aspereza. Cassie lloraba otra vez.

—Los hombres son tan brutos, tan egoístas...

—¿Otra taza de té, Cassie?

—Oh, no podía. Querida, siento unas náuseas mortales... Oh, creo que voy a ponerme enferma.

—El baño está pasada esa puerta a la izquierda.

Ellen se paseaba de arriba abajo con los dientes apretados. Detesto a las mujeres, las detesto.

Al cabo de un rato, Cassie volvió al cuarto, con la cara de un blanco verdoso, mojándose la frente con un trapo.

—Aquí, acuéstate aquí, pobrecilla —dijo Ellen haciendo sitio en el diván—. Ahora te sentirás mucho mejor.

—Oh, ¿me perdonarás tanta molestia como te causo?

—Estate quieta tendida un minuto y olvídate de todo.

—¡Oh, si al menos pudiera descansar!...

Ellen tenía frías las manos. Se asomó a la ventana. Un chiquillo con un traje de cowboy corría por el patio agitando una cuerda de tender. Tropezó y cayó. Ellen lo vio levantarse con la cara llena de lágrimas. En el patio de más allá, una mujer cachigordeta y pelinegra tendía la ropa.

Los gorriones piaban y reñían en la valla.

—Elaine, querida mía, ¿tienes polvos? He perdido mi polvera. Ellen se volvió.

—Creo... Sí, hay en la chimenea... ¿Te encuentras mejor ahora, Cassie?

—Oh, sí —dijo Cassie con voz temblorosa—. Y una barra de carmín, ¿tienes?

—Lo siento mucho..., nunca me doy coba en la calle. Tendré que hacerlo pronto si continúo trabajando en el teatro.

Entró en la alcoba para quitarse el quimono, se puso un sencillo traje verde, se recogió el pelo y se encasquetó un sombrero negro.

—Vamos, Cassie. Tengo que comer a las seis... No me gusta engullir la cena cinco minutos antes de la función...

—¡Oh, tengo un miedo!... Prométeme que no me dejarás sola.

—¡Oh, no te hará nada hoy! A lo sumo te reconocerá y quizá te de algo para tomar... Espera, ¿he tomado la llave?

—Tendremos que tomar un taxi. Y no tengo más que seis dólares para toda la vida.

—Yo haré que papá me dé cien dólares para comprar muebles. Todo se andará.

—Elaine, eres la criatura más angelical del mundo... Te mereces todo el éxito que tienes.

En la esquina de la Sexta Avenida tomaron un taxi. A Cassie le castañeteaban los dientes.

—Por favor, dejémoslo para otro día. Estoy demasiado atemorizada para ir ahora.

—Hija mía, es lo único que se puede hacer.

Joe Harland, con la pipa en la boca, cerró los portones de madera y pasó el

cerrojo. Una mancha granate del sol poniente palidecía en el alto muro de la casa frontera a la excavación. Los brazos de las grúas se destacaban negros contra el muro. Harland, apoyado contra el portón, seguía chupando su pipa apagada. Su mirada se perdía en los montones de picos y palas. El pequeño cobertizo donde se guardaba el torno y las perforadoras de vapor, estaba encaramado en una roca hendida, como una cabaña de pastores. El lugar le parecía apacible a pesar del estrépito de la calle que se colaba a través de la valla. Entró en la caseta próxima al portón, donde estaba el teléfono, se sentó en una silla, vació su pipa, la llenó y la encendió; luego abrió el periódico sobre sus rodillas.

LOS CONTRATISTAS PREPARAN EL LOCK-OUT EN RESPUESTA A LA HUELGA DE CONSTRUCTORES.

Bostezó echando hacia atrás la cabeza. La luz azul era demasiado oscura para leer. Se quedó un largo rato contemplando las punteras cuadradas de sus botas. Su cabeza era un confortable vacío almohadillado. De repente se vio de etiqueta, con chistera y una orquídea en el ojal. El Brujo de Wall Street miró su cara roja toda rayada, el pelo gris bajo la gorra tiñosa, las gruesas manos con los nudillos mugrientos e hinchados, y desapareció con una risa amarga. Recordó vagamente el perfume de un Corona-Corona mientras buscaba en el bolsillo del chaquetón la lata de Prince Albert para rellenar la pipa. «¿Qué importa, después de todo?», dijo en voz alta. Al encender una cerilla, la noche se puso súbitamente negra como la tinta. Apagó la cerilla. La pipa era un pequeño volcán rojo que chisporroteaba discretamente a cada chupada. Fumaba muy despacio, inhalando profundamente. Los altos edificios de alrededor estaban nimbados por el resplandor rojizo de las calles y de los anuncios eléctricos. Cuando miraba hacia arriba, a través del vacilante velo de luz reflejada, veía el cielo azul-negro y las estrellas. El tabaco era dulce. Joe se sentía feliz.

La punta incandescente de un cigarro cruzó la puerta de la caseta. Harland salió con su linterna en la mano, y la alzó hasta la cara de un joven rubio, de nariz y labios gruesos, con un cigarro en la boca.

—¿Cómo ha entrado usted aquí?

—La puerta de al lado estaba abierta.

—¡Qué diablos iba a estar! ¿Qué busca usted aquí?

—¿Es usted el sereno?(Harland dijo que sí con la cabeza).

—Tanto gusto... ¿Un cigarro?... Quería echar un párrafo con usted... Yo soy el organizador de la sección 47, ¿sabe? Déjeme ver su tarjeta.

—No soy de la Unión.

—Bueno, s'hará Listé, ¿verdad?... Nosotros los del gremio de constructores debemos agruparnos. Estamos tratando de reunir a todo el mundo, desde los serenos hasta los inspectores, para oponer un sólido frente a la amenaza del lock-out.

Harland encendió su cigarro.

—Mire, joven, está usted gastando saliva conmigo. Siempre necesitarán un sereno, con huelga o sin ella. Yo soy viejo, no tengo ya fuerza para luchar. Éste es el primer empleo decente que he conseguido en cinco años, y tendrán que matarme para quitármelo... Todo eso está bien para los chicos como usted. Yo no me meto en nada. Tratar de organizar a los serenos es gastar saliva en balde, se lo puedo asegurar.

—Oiga, no habla usted con Uno del oficio.

—Quizá no lo sea.

El joven se quitó el sombrero y se pasó la mano por la frente y por su espeso pelo rapado.

—¡Caramba, cómo suda uno discutiendo!... Buena noche, ¿eh?

—Sí, muy hermosa.

—Yo me llamo O'Keefe, Joe O'Keefe... Apuesto que podría usted contarme una porción de cosas, ¿eh? —dijo tendiendo la mano.

—Yo me llamo Joe también... Joe Harland... Hace veinte años este nombre significaba algo.

—Dentro de veinte años...

—Oiga, tiene usted un tipo bien raro de delegado ambulante... Escuche usted el consejo de este viejo antes que le ponga en la calle... Ésa no es manera de abrirse camino en el mundo.

—Los tiempos cambian, ¿sabe usted?... Hay personajes de importancia que sostienen la huelga. Precisamente esta misma tarde he estado hablando de la situación con el asambleísta McNiel.

—Pues yo le digo francamente que si hay algo que pueda perderle a uno aquí es esa cuestión del trabajo... Algún día recordará usted esto que un viejo borracho le dice, pero será tarde ya.

—Ah, era eso... alcoholismo, ¿eh? Pues es una cosa que no me asusta. Yo no lo cato; bebo sólo cerveza, y eso por cortesía.

—Mire, joven, los detectives de la compañía saldrán pronto a hacer la ronda. Mejor sería que se fuera usted largando.

—A mí no me dan miedo esos malhadados detectives... Bueno, hasta pronto; vendré a verlo un día de éstos.

—Cierre la puerta cuando salga.

Joe Harland sacó un poco de agua de un depósito de lata, se arrellanó en su silla, estiró los brazos y bostezó. Las once. Estarán saliendo de los teatros hombres de etiqueta, mujeres descotadas; los hombres se irán a casa con sus mujeres o con sus queridas; la ciudad se va a la cama. Taxis tocan la bocina y rechinan del otro lado de la valla. En el cielo vibra el polvillo de oro de los anuncios eléctricos. Joe tiró la colilla de su cigarro y la aplastó con el tacón. Sintió un escalofrío y se puso en pie; luego dio una vuelta por el solar balanceando su linterna.

La luz de la calle amarilleaba vagamente un enorme anuncio donde se destacaba un rascacielo blanco con ventanas negras, contra un cielo azul manchado de nubes blancas: «SEGELAND HAYNES levantarán en este sitio un moderno EDIFICIO DE VEINTICUATRO PISOS PARA OFICINAS, que podrá ocuparse en enero de 1915. Se alquilan locales. Darán informes...».

Sentado en un diván verde, Jimmy Herf leía a la luz de una bombilla, que alumbraba un rincón del cuarto desnudo. Había llegado a la muerte de Oliver en Jean Christophe, y leía con un nudo en la garganta. En su memoria persistía el murmullo del Rin royendo sin cesar el pie de jardín de la casa donde Jean Christophe había nacido. Europa era en su mente un parque verde, lleno de músicas, de banderas rojas, de multitudes en marcha. De vez en cuando el silbido de un vapor en el río penetraba en el cuarto, apagado, blando como la nieve. De la calle subía el clamor de los taxis y el rechinar de los tranvías. Llamaron a la puerta.

Jimmy se levantó, los ojos turbios y ardientes de leer.

—Hola, Stan, ¿de dónde demonios vienes?

—Herfy, estoy borracho como una cuba.

—¡Vaya una novedad!

—Venía solamente a darte el boletín meteorológico.

—Mira, quizá puedas explicarme por qué en este país nadie hace nada. Nadie escribe música, nadie hace revoluciones, nadie se enamora. Lo que todos hacen, eso sí, es emborracharse y contar porquerías. A mí me parece esto asqueroso...

—Oye, oye, habla por ti. Yo voy a dejar de beber. Es monótono... Di, ¿tienes cuarto de baño?

—Claro que sí. ¿De quién crees que es este piso?, ¿mío?

—¿De quién, pues?

—Pertenece a Lester. Yo me he quedado cuidándolo mientras él se pasea por el extranjero, el muy chambón.

Stan empezó a desnudarse, dejando caer la ropa en un montón a sus pies.

—Me gustaría ir a nadar. ¿Por qué diablos las personas vivirán en las ciudades?

—¿Por qué sigo yo arrastrando una existencia miserable en esta ciudad imbécil y epiléptica?... Esto es lo que yo quisiera saber.

—«Llévame al baño, Horacio, esclavo» —vociferó Stan, que, en pie sobre el montón de sus ropas, moreno, con los músculos redondos y firmes, se tambaleaba un poco, efecto de la borrachera.

—Está ahí mismo, por esa puerta.

Jimmy sacó una toalla de su baúl de camarote, en el rincón del cuarto, se la tiró, y luego tornó a su lectura.

Stan volvió a entrar en el cuarto, chorreando, hablando a través de la toalla.

—¿Qué te parece?... Se me olvidó quitarme el sombrero. Oye, Herfy, tengo que pedirte un favor, ¿lo harás?

—Desde luego, ¿qué es?

—¿Podría quedarme en tu cuarto esta noche?

—Pues, claro que sí.

—Digo, con otra persona.

—Todo lo que quieras. Puedes traerte el coro de Winter Garden entero y nadie se enterará. Y en caso de necesidad, tienes una salida al callejón por la escalera de incendios. Yo me iré a la cama y cerraré la puerta, de modo que este cuarto y el baño quedan a vuestra disposición.

—Comprendo que es una imposición de mi parte; pero el marido está que bufa y hay que andarse con cuidado.

—Y mañana no te preocupes. Yo me escabulliré temprano y así os quedaréis a vuestras anchas.

—Bueno, me voy. Hasta luego.

Jimmy tomó su libro, se fue a una habitación y se desnudó. Su reloj marcaba las doce y cuarto. La noche estaba bochornosa. Después de apagar la luz, se quedó un buen rato sentado en el borde de la cama. Las sirenas lejanas del río le ponían carne de gallina. En la calle oía pisadas, voces de hombres y

mujeres, risas apagadas de parejas que volvían a sus casas. Un gramófono tocaba Secondhand Rose. Se tendió de espaldas encima de la colcha. Por la ventana entraba con el aire la acidez de las latas de basura, un olor a gasolina quemada, a tráfico, a calles llenas de polvo, el tufo de habitaciones mal ventiladas, palomares donde cuerpos de hombres y mujeres se retorcían solos, torturados por la noche del naciente estío. Estaba tendido con los ojos secos. Su cuerpo, estremecido de angustia, ardía como un metal al rojo vivo.

Una voz alterada de mujer le despertó. Alguien empujaba la puerta.

—No quiero verle, no quiero verle. Jimmy, por amor de Dios, salga usted a hablarle. Yo no quiero verle.

Elaine Oglethorpe, envuelta en una sábana, entró en el cuarto. Jimmy se tiró de la cama.

—¿Qué ocurre?

—¿No hay aquí un ropero o cosa así?... No quiero hablar a Jojo cuando está en ese estado.

Jimmy se ajustó el pijama.

—Sí, hay un ropero a la cabecera de la cama.

—Naturalmente... Ahora, Jimmy, sea usted un ángel, háblele y arrégleselas para que se marche.

Jimmy, todo aturdido, pasó al cuarto contiguo.

—¡Zorra, zorra! —gritaba una voz desde la ventana.

Las luces estaban encendidas. Stan, envuelto como un indio en una manta de rayas grises y rojas, estaba agazapado entre dos divanes convertidos en amplia cama. Miraba impasiblemente a John Oglethorpe, que, sacando la cabeza por la parte superior de la ventana de guillotina, chillaba, gesticulaba y manoteaba como un polichinela de guiñol. El pelo le caía sobre los ojos. En una mano blandía un bastón, y en la otra un fieltro cafeconleche.

—Ven aquí, zorra... Flagrante delito, eso es... Por algo tuve yo la idea de trepar por la escalera de incendios de Lester Jones.

Se calló y se quedó mirando de hito en hito a Jimmy con ojos espantados de borracho.

—¿Conque está ahí ese reportero en canuto, ese periodista blanco que parece que acaba de caer de un nido? ¿Quiere usted saber qué pienso de usted, quiere usted saberlo? Oh, ya he oído hablar de usted a Ruth y compañía. Sé que se cree uno de esos dinamiteros que están por encima de todo... ¿Le gusta a usted ser un prostituto pagado por la prensa, eh? ¿Le gusta a usted su tarjeta

amarilla? La ficha de cobre, eso es... Se figura usted que por ser un actor, un artista, yo no sé de esas cosas. Ya me he enterado por Ruth de su opinión sobre los actores y demás.

—Señor Oglethorpe, le aseguro que está usted equivocado.

—Yo leo y me callo. Soy un observador silencioso. Y sé que cada frase, cada palabra, cada signo de puntuación que aparece en la prensa pública, está revisado, tachado y raspado en interés de los anunciantes y accionistas. La fuente de la vida nacional es envenenada en su manantial.

—¡Bravo, bien dicho! —gritó Stan desde la cama, y se puso en pie aplaudiendo.

—Yo preferiría ser el más humilde tramoyista, preferiría ser la vieja y débil asistenta que friega el escenario... a sentarme sobre el terciopelo en la sala de redacción del más grande diario americano. El teatro es una profesión honrosa, decente, humilde, caballerosa.

El discurso terminó bruscamente.

—El caso es que no veo bien qué espera que yo haga —dijo Jimmy cruzándose de brazos.

—Anda, ahora empieza a llover —continuó Oglethorpe con voz plañidera.

—Mejor sería que se volviera usted a su casa —dijo Jimmy.

—Me iré, me iré adonde no haya rameras... ni rameras ni celestinas con pantalones... Voy a hundirme en la noche.

—¿Crees que podrá llegar a su casa, Stan?

Stan, que se había sentado en el borde de la cama desternillándose de risa, se encogió de hombros.

—Mi sangre caerá sobre tu cabeza, Elaine, sempiternamente, sempiternamente, ¿me oyes?... La noche en que nadie se ría, en que nadie se burle. No creas que no te veo... Si algo malo sucede no será culpa mía.

—Buenas noches —gritó Stan.

En un último espasmo de risa cayó de la cama al suelo. Jimmy se acercó a la ventana y miró al callejón. Oglethorpe se había marchado. Diluviaba. Los muros despedían un olor a ladrillo mojado.

—Bueno, si no es éste el lío más grotesco...

Jimmy volvió a su cuarto sin mirar a Stan. En la puerta, Ellen le rozó al cruzarse con él.

—Estoy desolada, Jimmy... —comenzó.

Él le dio con la puerta en las narices y echó la llave.

—¡Estos imbéciles están como cabras! —gruñó entre dientes—. ¿Qué diablos se creerán que es esto?

Las manos, frías, le temblaban. Se arropó en una manta y se quedó oyendo el continuo batir de la lluvia y el gorgoteo de un canalón. De vez en cuando una ráfaga de viento le humedecía la cara. En el cuarto se percibía aún vagamente el olor a cedro de su espesa cabellera, la suavidad de su cuerpo, allí donde ella se había acurrucado envuelta en la sábana, escondida...

Ed Thatcher estaba sentado en su mirador entre los periódicos del domingo. Su pelo había encanecido y profundas arrugas surcaban sus mejillas. Se había desabrochado los botones superiores del pantalón, que le oprimían la barriga. Sentado ante la ventana abierta miraba la interminable hilera de automóviles que rodaban en ambas direcciones sobre el asfalto recalentado, pasando entre las tiendas de ladrillo amarillo y la estación de ladrillo rojo, bajo la marquesina en la cual se leía en letras doradas sobre fondo negro: PASSAIC. En las casas contiguas, los gramófonos dominicales trituraban furiosamente *It's a bear*, el sexteto de Lucía, selecciones de *The Quaker Girl*. Sobre sus rodillas descansaba la sección teatral del *New York Times*. Sus ojos turbados se perdían en el calor vibrante. Sentía en las costillas una opresión dolorosa. Acababa de leer un párrafo acotado en un número de *Town Topics*.

Lenguas maliciosas murmuran por el innegable hecho de que el automóvil del joven Stanwood Emery se estaciona todas las noches delante del teatro Knickerbocker y nunca parte, dice, sin cierta encantadora y joven actriz que no tardará en figurar entre las estrellas de primera magnitud. Este mismo joven, cuyo padre está a la cabeza de uno de los más respetables bufetes de la ciudad, y que recientemente tuvo que salir de Harvard por causas bastante lamentables, es desde algún tiempo a esta parte el asombro de la población por sus hazañas, que, seguramente, son mero resultado de la efervescencia de su espíritu juvenil. A buen entendedor, pocas palabras...

La campanilla sonó tres veces. Ed Thatcher tiró los periódicos y se precipitó temblando a la puerta.

—¡Ellie, cuánto has tardado! Temía que no vinieras.

—¿Acaso no vengo siempre que lo digo, papá?

—Sí, es verdad.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal marcha todo en la oficina?

—El señor Elbert está de vacaciones... Creo que cuando él vuelva me iré yo. Me gustaría que vinieras tú conmigo a Spring Lake unos días. Te sentaría bien.

—Pero si no puedo, papá. (Se quitó el sombrero y lo tiró en el diván). Mira, te he traído rosas, papá.

—Son rojas, como las que le gustaban a tu madre. ¡Qué atención de tu parte!... Pero no quisiera irme solo de vacaciones.

—Oh, papá, seguramente te encontrarás una porción de amigazos.

—¿Por qué no vienes tú siquiera una semana?

—En primer lugar tengo que buscar contrata... La compañía sale de turné y yo por ahora me quedo aquí. Harry Goldweiser está horriblemente picado a causa de esto.

Thatcher se sentó en el mirador otra vez y empezó a apilar los periódicos del domingo sobre una silla.

—¡Cómo, papá! ¿Qué diablos haces tú con ese número de Town Topics?

—Oh, nada. Nunca lo había leído. Lo compré precisamente para ver cómo era.

Enrojeció y, apretando los labios, lo hizo desaparecer entre las hojas del Times.

—Es un periodicucho que vive del chantaje.

Ellen daba vueltas por la habitación. Había puesto las rosas en un vaso. Su fragante frescura impregnaba el aire denso y lleno de polvo.

—Papá, tengo que decirte una cosa... Jojo y yo nos vamos a divorciar.

Ed Thatcher, sentado, con las manos sobre las rodillas, cabeceaba apretando los labios, sin decir nada. Su cara estaba sombría y gris, del mismo gris moteado de su traje.

—En realidad, no hay motivos serios. Pero nos hemos dado cuenta de que no podemos entendernos. Todo marchaba tranquilamente, de la manera más correcta... George Baldwin, un amigo mío, se ha encargado del asunto.

—¿El que está con Emery and Emery?

—Sí.

—Ya...

Callaron. Ellen se inclinó a oler las rosas, y se quedó mirando una oruga verde que atravesaba una hoja bronceada.

—Realmente, yo quiero muchísimo a Jojo, pero me volvería loca de seguir viviendo con él... Le debo mucho, ya sé.

—Yo quisiera que nunca hubieras puesto los ojos en él.

Thatcher carraspeó y volvió la cara para mirar por la ventana las dos interminables filas de automóviles que con reflejos angulosos en el cristal, en el esmalte, en el níquel, pasaban frente a la estación, levantando polvo... Las gomas silbaban como latigazos sobre el grasiento macadam. Ellen se dejó caer en el diván y paseó la vista por las marchitas rosas rojas de la alfombra. La campanilla sonó.

—Yo iré, papá... ¿Cómo está usted, señora Culveteer?

Una mujerona coloradota, con un vestido de chifón, blanco y negro, entró en el cuarto resoplando.

—Oh, perdóneme la intromisión... Me marcho en seguida. ¿Cómo se encuentra usted, señor Thatcher?... ¿Sabe usted, querida?... Su pobre padre ha estado realmente muy malo.

—Nonadas, un dolorcillo en la espalda y nada más.

—Lumbago, querida.

—Pero, papá, ¿por qué no me has avisado?

—El sermón fue hoy verdaderamente edificante, señor Thatcher... el señor Lourton ha tenido uno de sus mejores días...

—Creo que yo debiera salir un poco e ir a la iglesia de cuando en cuando, sólo que, ¿sabe usted?, a mí me gusta quedarme en casa los domingos.

—Naturalmente, señor Thatcher. Es el único día que tiene usted. Mi marido era lo mismo... Pero creo que el señor Lourton es diferente de la mayoría de los pastores. ¡Tiene una visión tan moderna y al mismo tiempo tan llena de buen sentido!... Más que un sermón de iglesia parece que oye una conferencia interesante... Usted comprende lo que quiero decir.

—Le digo a usted, señora Culveteer, que el próximo domingo, si no hace demasiado calor, iré... Me parece que me estoy aplatanando.

—Oh, a todos nos sienta bien cambiar un poco. Señora Oglethorpe, no tiene usted idea del interés con que seguimos su carrera, en los periódicos del domingo y en todas partes... Es pura y simplemente maravillosa... Como le decía ayer mismo al señor Thatcher, hoy día debe de ser necesaria una gran firmeza de carácter y un sentimiento profundamente cristiano para resistir las tentaciones de la vida teatral. Es verdaderamente edificante pensar que una joven, y una joven casada, pueda vivir en tal medio pura y sin mancha.

Ellen no apartaba los ojos del suelo, tratando de evitar las miradas de su padre, que tecleaba nerviosamente en el brazo de la butaca.

La señora Culveteer, radiante en el centro del diván, se levantó.

—Bueno, me voy. Tenemos cocinera nueva y estoy segura de que la cena será un desastre. ¿No subirán ustedes un ratito esta tarde?... Sin cumplidos. He hecho unas pastas y sacaremos unas botellas de ginger ale por si acaso se presenta alguien.

—Con mucho gusto, señora Culveteer —dijo Thatcher poniéndose en pie, rígido.

La señora Culveteer, con su vestido abullonado, se dirigió a la puerta anadeando.

—Bueno, Ellie, vámonos a comer... Es una mujer de muy buen corazón. Siempre me está trayendo tarros de jalea y mermelada. Vive arriba con la familia de su hermana. Es viuda de un viajante.

—¡Vaya párrafo sobre las tentaciones de la vida de teatro! —dijo Ellen con una risita forzada.

—Vamos, si no el restaurante estará atestado. Evita las apreturas, ése es mi tema —dijo Thatcher, con una voz displicente y ronca—. No divaguemos.

Ellen abrió su sombrilla cuando franquearon la puerta, entre dos filas de timbres y buzones. Una ráfaga de calor gris les dio en la cara. Pasaron la papelería, la cooperativa A y P., la droguería de la esquina, que despedía, bajo el toldo verde, una frescura rancia de soda y helado. Cruzaron después la calle, y sus pies se hundían en el asfalto blando y pegajoso. Se detuvieron en la cafetería Sagamore. El reloj del escaparate, alrededor de cuya esfera se leía Time to eat en letras góticas, marcaba las doce en punto. Debajo había un gran helecho amarillento y una tarjeta: Chicken Dinner, \$ 1.25. Ellen se quedó en la puerta mirando la calle llena de vibraciones.

—Mira, papá, probablemente tendremos tormenta. (Un cúmulo despleaba su inverosímil blancura de nieve en un cielo pizarroso). ¿No es bonita esa nube? ¿No sería divertido que tuviéramos una tronada retumbante?

Ed Thatcher miró hacia arriba, sacudió la cabeza y franqueó la mampara metálica. Ellen le siguió. Dentro olía a barniz y a camareras. Se sentaron a una mesa cerca de la puerta, bajo el zumbido de un ventilador.

—¿Cómo está usted, señor Thatcher? ¿Dónde se ha metido usted esta semana? ¿Cómo está usted, señorita?(La camarera, huesuda y oxigenada, se inclinó hacia ellos amablemente). ¿Qué desea hoy el señor: pato asado Long Island o capón asado de Filadelfia?

IV. BOMBA DE INCENDIOS

En tales días los autobuses se alinean como elefantes en una parada de circo. De Morningside Heights a Washington Square, de Penn Station a Granes Tumb. Chicas y chicos se empujan magreándose, calle arriba, calle abajo; se magrean empujándose, plaza tras plaza, hasta que la luna nueva ríe en lo alto de Weehawken, hasta que las ráfagas de un domingo muerto les soplan polvo a la cara, el polvo de un crepúsculo borracho.

Van subiendo por una alameda en Central Park.

—Parece que tiene un divieso en el cuello —dice Ellen ante la estatua de Burns.

—Ah —murmura Harry Goldweiser con un suspiro gutural—, pero era un gran poeta.

Ellen sigue andando con su ancho sombrero y su pálido vestido flotante, que el viento de vez en cuando ciñe a sus piernas y a sus brazos; sigue andando con un frufú de seda por entre las enormes ampollas de luz crepuscular, rojizas, moradas, verdes, que suben de la hierba, de los árboles, de los estanques, se hinchan entre las altas casas que bordean el parque, como dientes muertos y estallan en el añil del cenit. Cuando habla él, redondeando las frases con sus labios gruesos, comiéndosela con los ojos, Ellen siente que sus palabras se aprietan contra su cuerpo, se meten en los huecos que su vestido forma al ceñirse. El miedo de escucharle le dificulta la respiración.

—The Zinnia Girl va a ser un exitazo, Elaine, se lo digo yo, y el papel parece estar escrito para usted. Me gustaría que trabajáramos otra vez juntos, de veras... ¡Es usted tan diferente de las otras!... Ese es su mayor encanto. Todas estas chicas de Nueva York, son iguales. ¡De una monotonía!... Naturalmente, usted podría cantar si quisiera... Desde que la conocí a usted estoy como loco. Y ya hará de esto sus buenos seis meses. Me siento a la mesa y no le saco el gusto a la comida... Usted no puede comprender qué solo se siente un hombre cuando año tras año ha tenido que estrangular sus sentimientos en lo íntimo de su corazón. De joven era diferente, pero qué va uno a hacer, tenía que ganarme la vida, abrirme camino. Y así años y años. Por primera vez me siento contento de haberlo hecho, de haber amasado una fortuna, porque ahora puedo ofrecérselo todo a usted. ¿Comprende lo que quiero decirle?... Todos aquellos ideales, que iba guardando dentro de mí mientras me abría camino como un hombre, eran la semilla plantada. Usted es la flor.

De cuando en cuando el dorso de su mano se roza con la de Ellen, y ésta, molestanda, cierra el puño y lo aparta para evitar el contacto insistente y cálido de la mano de él.

La alameda está llena de parejas, de familias que esperan la hora de la

música. Huele allí a chicos, a sobaqueras y a polvos de talco. Un vendedor ambulante pasa arrastrando tras él, como un racimo de uvas invertido, globos rojos, amarillos, rosados.

—¡Oh, cómpreme un globo!...

Las palabras se le escapan de la boca antes de que pueda contenerlas.

—¡Eh, déme uno de cada color!... Y otro de esos dorados también. No, quédese con el vuelto.

Ellen pone los hilos de los globos en las manos pegajosas de tres chiquillas con cara de mona que llevan boinas rojas. Cada globo toma en los arcos voltaicos media luna de fulgor violeta.

—Le gustan los chicos, ¿verdad, Elaine? A mí me gusta que a las mujeres les gusten los chicos.

Ellen está sentada en la terraza medio adormilada. El olor de las cocinas y el ritmo de una banda que toca He's a Ragpicker remolinean a su alrededor. De cuando en cuando unta de mantequilla un trocito de pan y se lo mete en la boca. Se siente perdida, impotente, atrapada como una mosca en la telaraña de sus frases pegajosas, dulzonas.

—Nadie en todo Nueva York hubiera podido hacerme andar tanto, puede usted creerme... Ya anduve bastante en mis tiempos, ¿comprende?, cuando de chico vendía periódicos y estaba de recadero en Schwartz, el bazar de juguetes... Todo el día en pie, menos por la noche, que iba a clase. Pensaba hacerme abogado. Todos los del East Side pensábamos hacernos abogados. Después trabajé como ujier en Irving Place. Allí cogí el microbio del teatro... No me salió mal, pero tiene muchas quiebras. Ahora me da igual. Lo único que pretendo es cubrir gastos. Esto es lo malo. Que tengo treinta y cinco, y ya todo me da igual. Hace sólo diez años no era más que un empleadillo en las oficinas del viejo Erlanger, y ahora muchos a quienes yo limpiaba las botas se darían con un canto en la cabeza por poder barrer los suelos de mi casa... Esta noche puedo llevarla a usted a cualquier parte, a los sitios más caros y más chic... y en otros tiempos, nosotros, pobretes, nos creíamos en la gloria cuando disponíamos de cinco dólares para llevar un par de chicas a Coney Island... Pero lo que yo quiero es revivir las emociones de aquellos días, ¿comprende?... ¿Adónde podríamos ir?

—¿Por qué no Coney Island? Yo no he estado nunca.

—Hay mucha gentuza... Podemos, sin embargo, dar una vuelta en auto. ¿Vamos? Voy a llamar el coche.

Ellen está sentada, sola, contemplando su taza de café. Pone un terrón de azúcar en la cucharilla, lo moja en el café, se lo mete en la boca, lo masca

lentamente, frotando con la punta de la lengua los granitos de azúcar contra el paladar. La orquesta toca un tango.

El sol, colándose en el despacho por debajo de las cortinas, da un corte sesgado de luaré en el humo de los cigarros.

—Con muchísima prudencia —decía George Baldwin subrayando las palabras—, Gus, hay que obrar con muchísima prudencia.

Gus McNeil, rechoncho, congestionado, estaba sentado en la butaca, y asentía a todo sin decir palabra, dando chupadas a su cigarro. Una maciza cadena de reloj cruzaba su chaleco.

—Tal como están las cosas, ahora ningún tribunal confirmará semejante requerimiento... requerimiento que me parece simplemente una maniobra política por parte del juez Connor, pero hay ciertos elementos...

—Usted lo ha dicho... Mire, George, yo voy a dejar todo este asunto en sus manos. Usted me sacó de aquel lío de los docks de East New York, y confío que podrá sacarme también de éste.

—Pero, Gus, usted se ha mantenido siempre dentro de los límites legales. De no ser así yo no me encargaría del asunto, ni siquiera por un viejo amigo como usted.

—Usted me conoce, George... Yo nunca he traicionado a nadie y espero que nadie me haga traición a mí.

Gus se puso en pie dificultosamente y empezó a cojear por el despacho apoyándose en un bastón con puño de oro.

—Connor es un canalla... y usted no lo creerá, pero antes de ir a Albany era una persona decente.

—Mi táctica será sostener que en toda esta cuestión su actitud ha sido intencionadamente mal interpretada. Connor ha aprovechado su posición en el Tribunal con un fin político.

—¡Dios!, si pudiéramos persuadirlo... Yo creía que era de los nuestros, y lo fue hasta que se mezcló con todos esos piojosos republicanos del norte. Albany ha sido la ruina de muchos hombres buenos.

Baldwin se levantó de la mesa de nogal donde estaba sentado entre altos rimeros de papel de barba, y le puso a Gus la mano sobre el hombro.

—No pierda usted el sueño por esto...

—No me preocuparía si no fuera por esos bonos del Interborough.

—¿Qué bonos?... ¿Quién ha visto bonos de ninguna clase?... Hay que traer a ese individuo aquí... Joe. ¡Ah, otra cosa, Gus! Por amor de Dios, ni una

palabra... Si un reportero, sea quien sea, va a verle, háblele de su viaje a las Bermudas... Podemos conseguir toda la publicidad que queramos cuando la necesitemos. Por el momento es necesario que la prensa no se entere de nada, si no los reformistas no tardarán en roernos los zancajos.

—¿No son amigos suyos? Usted puede arreglar con ellos.

—Gus, yo soy un abogado y no un político..., no quiero meterme en sus líos... No me interesan.

Baldwin dejó caer la palma de la mano sobre un timbre. Una mujer de piel marfileña, con ojos sombríos y pelo de azabache, entró en el despacho.

—¿Cómo va, señor McNiel?

—¡Caramba, está usted espléndida, señorita Levitsky!

—Emily, diga que dejen pasar a ese joven que está esperando al señor McNeil.

Joe O'Keefe entró arrastrando un poco los pies, con el sombrero de paja en la mano.

—¿Cómo está usted, señor?

—Bueno, Joe, ¿qué dice usted, señor McCarthy?

—La Asociación de Contratistas y Constructores va a declarar el paro desde el lunes.

—¿Y la Unión?

—Estamos en fondos. Vamos a la lucha.

Baldwin se sentó en el borde de la mesa.

—Yo quisiera saber cuál será la actitud de Mitchel, el alcalde.

—Esa pandilla de reformistas está como siempre a la mira —dijo Gus cortando salvajemente con los dientes la punta de un cigarro—. ¿Cuándo se hará pública la decisión?

—El sábado.

—Bueno, siga en relación con nosotros.

—Muy bien, señores. Y hagan el favor de no llamarme por teléfono. No sería prudente. No es mi oficina, ¿saben?

—Podrían espiar, además. Esos tíos son capaces de todo. Hasta pronto.

Joe inclinó la cabeza y salió. Baldwin, frunciendo el entrecejo, se volvió a Gus.

—Gus, yo no sé qué voy a hacer con usted si no se deja de todas estas zarandajas. Un político de nacimiento como usted, debiera tener más sentido. Por ahí no se va a ninguna parte.

—Pero si tenemos la ciudad entera con nosotros...

—Yo sé que una gran parte no lo está. Pero, gracias a Dios, a mí no me va ni me viene nada en ello. El truco de los bonos esos bien está, pero si se mete en un jaleo con la cuestión de la huelga, me veré obligado a abandonar su asunto. Nuestra firma no podría apoyarlo —murmuró con rudeza.

Luego, con su tono habitual, añadió en voz alta:

—Bueno, ¿cómo está su mujer, Gus?

Fuera, en el reluciente hall de mármol, Joe O'Keefe silbaba Sweet Rosy O'Grady, esperando el ascensor. «Tiene una secretaria que quita la cabeza». Dejó de silbar y dio un resoplido sordo apretando los labios. En el ascensor saludó a un hombre ojizarco vestido con un traje a cuadros.

—¡Hola, Buck!

—¿Ya de vacaciones?

Joe, en pie, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos, sacudió la cabeza.

—Me marché el sábado.

—Creo que yo mismo me iré un par de días a Atlantic City.

—¿Cómo puedes?

—¡Oh, yo me las entiendo!...

Al salir, O'Keefe tuvo que abrirse paso entre el gentío agolpado en el portal. Un cielo de pizarra aprisionado entre los altos edificios escupía sobre las aceras monedas de cincuenta centavos. Los hombres corrían a refugiarse con los sombreros de paja bajo sus chaquetas. Dos muchachas se habían hecho capuchones con periódicos para taparse sus gorritos de verano. Joe sorprendió al cruzarse con ellas el azul de sus ojos, el destello de sus labios y sus dientes. Corrió hasta la esquina y montó en marcha en un tranvía ascendente. Una densa sábana de agua avanzaba calle abajo, resplandeciente y crepitante, azotando los periódicos, rebotando sobre el asfalto en pezones de plata, rayando las ventanas, barnizando la pintura de los tranvías y de los taxis. Pasada la calle 14 no llovía; el aire era bochornoso.

—Al tiempo, ¡cualquiera lo entiende! —dijo un viejo a su lado.

O'Keefe gruñó:

—Cuando yo era muchacho vi yover en un lado de nuestra caye y en una casa cayó un rayo y en nuestra acera no cayó una gota, y eso que mi padre necesitaba agua pa unos tomates que acababa de plantar.

Al cruzar la calle 23, O'Keefe vislumbró la torre de Madison Square Garden. Saltó en marcha del tranvía y el impulso lo llevó hasta la acera. Bajándose de nuevo el cuello de la chaqueta, atravesó la plaza. En la punta de un banco, bajo un árbol, dormitaba Joe Harland. O'Keefe se desplomó a su lado en el asiento.

—¡Hola, Joe! ¿Un cigarro?

—¡Hola, Joe! Me alegro de verte, muchacho. Gracias. Hace mucho que yo no he fumado un fulano de éstos... ¿Qué haces tú aquí? Éste no es tu campo de operaciones...

—Estaba tan preocupado que para distraerme salí a comprarme un billete para el match del sábado.

—¿Qué te pasa?

—¡Diantre! No sé... Parece que las cosas no marchan. Ahora que me he hundido hasta el cuello en la política, no creo que pueda sacar nada. ¡Si yo tuviera la educación de usted...!

—¡De mucho me ha servido a mí!

—No diría yo eso... Si yo pudiera coger su pista no la perdería, no.

—Nunca se sabe, Joe, los tropiezos que puede tener un hombre.

—Las mujeres, por ejemplo.

—No me refiero a eso... Pero acaba uno por asquearse.

—Pero ¡diablos!, yo no sé cómo un hombre con dinero puede asquearse de nada.

—Entonces sería el alcohol... No sé.

Se quedaron un momento silenciosos. La tarde enrojecía con la puesta del sol. El humo de los cigarros serpenteaba sobre sus cabezas.

—Fíjese qué socia... ¡Vaya unos andares! ¡Qué rica está!... Así me gustan a mí, muy requetecompuestas, con mucha coba y con los labios pintaos... Pero cuestan un ojo de la cara estas fulanas.

—Son como todas, Joe.

¡Qué va!

—Oye, Joe, ¿no te sobra algún dólar?

—Puede.

—Mi estómago está un poco estropeado... Quisiera tomar alguna cosilla para componerlo, y estoy pelado hasta el sábado que me paguen... A ti t'es igual, ¿no? Dame tus señas y te lo mando el lunes por la mañana.

—Vaya, hombre, ¡no se preocupe! Ya le veré por ahí cualquier día.

—Gracias, Joe. Y por amor de Dios no juegues más a la bolsa con Blue Peter Mines sin consultarme. Yo seré un cero a la izquierda, pero todavía puedo distinguir de valores con los ojos cerrados.

—Oh, yo he recobrado ya lo mío.

—Por chamba.

—Tié gracia esto de prestar un dólar a un individuo que fue el amo de Wall Street.

—¡Oh, nunca tuve tanto como dicen!.

—¡Qué país!...

—¿Cuál?

—Psch, no sé... En todas partes será lo mismo, supongo... Bueno, hasta la vista, Joe. Creo que voy a comprar el billete ése... Va a ser un match de primera.

Joe Harland se quedó mirando al joven que, con el sombrero ladeado, se alejaba por la plaza con un paso corto y vivo. Luego se levantó y tomó por la calle 23. Aunque el sol se había puesto ya, el pavimento y las paredes de las casas despedían calor todavía. Se paró delante de un cabaret que hacía esquina y examinó atentamente un grupo de armiños disecados, grises de polvo, que ocupaban el centro del escaparate. Por la puerta de dos hojas salía un murmullo de voces tranquilas y una frescura de malta. Joe enrojeció de pronto, se mordió el labio superior, y después de mirar furtivamente a derecha e izquierda, empujó la puerta y avanzó tambaleándose hasta el bar, resplandeciente de latón y de botellas.

Después de la lluvia, el olor a estuco del teatro les producía un picorcillo acre en las narices. Ellen colgó su impermeable mojado detrás de la puerta y dejó en un rincón del cuarto el paraguas, que no tardó en hacer un charco.

—Y yo no podía quitarme de la cabeza —decía ella en voz baja a Stan, que la seguía vacilante— una cancioncita que me enseñó no sé quién cuando era pequeña: Y el solo superviviente de la gran inundación fue Jack del Istmo el Zancudo.

—Yo no sé por qué la gente tiene hijos. Es confesar la derrota. La

procreación es una confesión de un organismo incompleto. La procreación es una confesión de la derrota.

—Stan, por amor de Dios, no chilles; vas a escandalizar a los tramoyistas... No debía haberte dejado venir. Ya sabes lo que se chismorrea en los teatros.

—Me estaré callado como un ratoncito... Déjame esperar a que Milly venga a vestirme. Verte vestir es el único placer que me queda... Reconozco que yo, como organismo, soy incompleto.

—Y dentro de poco, si sigues bebiendo así, no serás organismo de ninguna clase.

—Beberé..., beberé hasta que cuando me corte salga whisky a chorros. ¿Para qué sirve la sangre cuando se puede tener whisky en las venas?

—Oh, Stan.

—La única cosa que un organismo incompleto puede hacer es beber... Vosotros, los bellos organismos completos, no necesitáis beber... Yo me voy a acostar y a dormir la mona.

—No, Stan, por Dios santo. Si te encuentran aquí borracho no te lo perdonaré nunca.

Dieron dos golpecitos en la puerta.

—Entre, Milly.

Milly era una mujer pequeña con dos ojos negros en una cara arrugada. Unas gotas de sangre negra abultaban sus labios violáceos y daban cierta lividez a su blanquísima piel.

—Son las ocho y cuarto —dijo al entrar.

Echó una mirada de soslayo a Stan y se volvió a Ellen con el entrecejo un poco fruncido.

—Stan, tienes que marcharte... Te veré luego en Beaux Arts o donde quieras.

—Yo quiero dormir.

Sentada frente al espejo del tocador, Ellen, frotándose con una toallita, se quitaba la crema de la cara. De su caja de maquillaje salía un olor a grasa y a mantequilla de cacao que se difundía por todo el cuarto.

—No sé qué hacer con él esta noche —cuchicheó a Milly quitándose el vestido—. ¡Si dejase de beber!...

—Yo le pondría bajo la ducha y abriría el grifo del agua fría.

—¿Cómo está el teatro esta noche, Milly?

—Poca gente, señorita Elaine.

—Será el mal tiempo... Yo voy a estar fatal.

—No se consuma usted tanto por él, señorita. Los hombres no lo merecen.

—Yo quiero dormirla.

Stan se tambaleaba, cejijunto, en medio del camarín.

—Señorita Elaine, lo voy a meter en el cuarto de baño; así nadie lo verá.

—Eso es, que duerma en la bañera.

Ellie, yo la dormiré en la bañera.

Las dos mujeres lo empujaron al cuarto de baño. Él se desplomó, flácido, en la bañera, y se quedó dormido con los pies en el aire y la cabeza sobre los grifos. Milly chasqueaba la lengua rápidamente.

—Es como un nene que tiene sueño cuando se pone así —murmuró Ellen con ternura.

Dobló la esterilla del baño y se la colocó bajo la cabeza. Luego le retiró de Ja frente el pelo empapado en sudor. El apenas respiraba. Ellen se inclinó y le besó los párpados dulcemente.

—Señorita Elaine, tiene que darse prisa... Están levantando el telón.

—Pronto, mira, ¿estoy bien?

—Bonita como un sol... una bendición de Dios.

Ellen corrió escaleras abajo, salió a los bastidores y esperó, en pie, jadeando de miedo, como si hubiera estado a punto de ser atropellada por un auto. Luego arrancó de manos del traspunte el rollo de música que tenía que seguir, buscó su réplica y salió a plena luz.

—¿Cómo hace usted, Elaine? —decía Harry Goldweiser, que, sentado en la silla de atrás, meneaba su cabeza de becerro.

Ella le veía en el espejo mientras se quitaba el maquillaje. Un hombre más alto, con ojos y cejas grises, estaba en pie a su lado.

—¿Recuerda usted que cuando le repartieron este papel yo dije al señor Fallik: Sol no puede con esto? ¿Verdad, Sol?

—Verdad, Harry.

—Yo pensé que una muchacha tan joven, tan bonita, no podría poner, sabe usted..., poner toda la pasión, todo el terror, comprende... Sol y yo estuvimos en primera fila para la escena del último acto.

—Maravilloso, maravilloso —graznó el señor Fallik—. Díganos cómo hace usted, Elaine.

El maquillaje salía negro y rosa en el trapo. Milly iba y venía discretamente, colgando los vestidos.

—¿Saben ustedes quién me ensayó esa escena? John Oglethorpe. Es pasmoso los efectos escénicos que se le ocurren.

—Lástima que sea tan perezoso... Hubiera sido un actor notable.

—No es exactamente pereza...

Ellen se soltó el pelo con un movimiento de cabeza y se hizo una trenza con las dos manos. Vio que Harry Goldweiser tocaba con el codo al señor Fallik.

—Espléndido, ¿eh?

—¿Qué tal marcha Red Red Rose?

—¡Oh, no me pregunte, Elaine! La semana pasada hicimos la función para los acomodadores. ¿Qué le parece? No se por qué no gusta; se pega al oído... Mae Merrill tiene una bonita figura. ¡Ay, el teatro como negocio ya no es lo que era!

Ellen se puso la última horquilla en su pelo cobrizo. Levantó la barbilla.

—A mí me gustaría probar algo así.

—Cada cosa a su tiempo, querida mía; acabamos apenas de lanzarla como actriz de temperamento emocional.

—No me gusta. Es falso. Algunas veces me dan ganas de acercarme a las candilejas y decir al auditorio: «Váyanse a casa, idiotas; esta obra no vale un pito y los actores no dan una, y ustedes debían saberlo». En una opereta se puede ser sincero.

—¿No le dije que era descacharrante, Sol? ¿No se lo dije?

—Voy a utilizar ese discursito la semana que viene como publicidad... Puedo sacar partido de él.

—No puede usted hacerle hablar mal de la obra.

—No, pero puedo escribir en la columna consagrada a las aspiraciones de las celebridades. Ya sabe usted. Fulano es presidente de la Zozodont Company y preferiría ser bombero, mientras que Zutano, por su gusto, sería guardián del Parque Zoológico... Cosas de gran interés humano.

—Puede usted decirles, señor Fallik, que el sitio de la mujer es la casa...; esto para los ñoños.

—Ja... ja... ja... —rió Harry Goldweiser enseñando dientes de oro en ambos lados de la boca—. Yo sé que usted puede cantar y bailar como cualquier otra, Elaine.

—¿No fui corista dos años, antes de casarme con Oglethorpe?

—Usted debe de haber empezado en la cuna —dijo el señor Fallik mirando de reojo entre sus pestañas grises.

—Bueno, señores, les ruego que salgan de aquí un momento mientras me cambio de ropa. Estoy hecha una sopa, como todas las noches después de este último acto.

—De todos modos teníamos que marcharnos... ¿Puedo usar su cuarto de baño un momento?

Milly estaba en pie a la puerta del cuarto de baño. Ellen sorprendió su mirada de azabache en su cara blanca.

—Lo siento, pero es imposible, Harry. Está descompuesto.

—Iré al de Charley... Le diré a Thompson que mande al fontanero para ver qué pasa... Buenas noches, nena. Que sea usted buena.

—Buenas noches, señorita Oglethorpe —graznó el señor Fallik—, y si no puede usted ser buena, sea prudente.

Milly cerró la puerta.

—¡Huy, qué alivio! —exclamó Ellen estirando los brazos.

—Le digo a usted que yo he pasado el gran susto... No deje nunca que un tipo así la acompañe al teatro. He visto a más de una actriz hundirse por cosas así. Se lo digo por lo mucho que la quiero, señorita Elaine. Créame, sé lo que pasa en el teatro.

—Es verdad, Milly, tiene usted razón... Vamos a ver si lo podemos despertar.

—¡Dios mío, Milly, mire usted esto!

Stan estaba tendido, tal como ellas lo habían dejado, en la bañera llena de agua. El faldón de la chaqueta y una mano flotaban en la superficie.

—Salta fuera de ahí, Stan, idiota... ¡Podías ahogarte, estúpido, estúpido!

Ellen le cogió por el pelo y le sacudió la cabeza.

—¡Huy, qué baño! —gimió él con una vocecita de chico dormido.

—Sal de ahí, Stan... Estás empapado.

Stan echó hacia atrás la cabeza y abrió los ojos bruscamente.

—Sí, estoy hecho una sopa.

Se levantó, apoyando ambas manos en el borde de la bañera. En pie, tambaleándose, chorreando sobre el agua enturbiada por sus ropas y sus zapatos, soltó una carcajada sonora. Ellen, apoyada contra la puerta del cuarto de baño, se reía con los ojos llenos de lágrimas.

—Ni siquiera puede una enfadarse con él, Milly; eso es lo que me exaspera. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Suerte que no se ha ahogado... Déme sus papeles y su cartera. Trataré de secarlos con una toalla —dijo Milly.

—Pero no puedes pasar así por delante del portero..., aunque te retorciéramos... Stan, tienes que desnudarte y ponerte un vestido mío. Luego te envuelves en mi impermeable, saltamos a un taxi y te llevo a casa... ¿Qué le parece, Milly?

Milly ponía los ojos en blanco y meneaba la cabeza mientras retorció el traje de Stan. En la jofaina había amontonado los restos de una cartera, un block, lapiceros, una navaja sevillana, dos rollos de película, un frasco.

—De todos modos, yo quería tomar un baño —dijo Stan.

—Oh, te daría de palos. ¿Estás ya sereno al menos?

—Como un pingüino.

—Bueno, tienes que ponerte mi ropa, ya está...

—Yo no puedo vestirme de mujer.

—No hay más remedio... Ni siquiera tienes un impermeable para taparte. Si no lo haces te dejo encerrado en el cuarto de baño.

—Está bien, Ellie... Estoy desolado de veras.

Milly envolvió las ropas en un periódico después de escurrirlas en la bañera. Stan se miró al espejo.

—Dios, tengo una facha indecente con este vestido... Bueno, a mí, plin.

—Nunca he visto espantajo semejante... No, estás muy bien: un poco ordinario quizás... Ahora, por Dios santo, vuelve la cara hacia mí cuando pasemos por delante del viejo Barney.

—Mis zapatos están chorreando.

—¡Qué le vamos a hacer!... Gracias a que tenía aquí esta capa... Milly, será usted un ángel si arregla todo este revoltijo.

—Buenas noches, querida, y recuerde lo que le dije... Es una simple

advertencia.

—Stan, da pasos pequeños, y si nos encontramos a alguien sigue adelante y salta en un taxi... No hay peligro si vas de prisa.

Cuando bajaban las escaleras, las manos de Ellen temblaban. Metió una mano bajo el brazo de Stan y empezó a cuchichear en voz baja.

—¿No sabes, querido?, papá vino a ver la función hace dos o tres noches y se escandalizó atrocemente. Me dijo que una muchacha se degrada mostrando sus sentimientos de ese modo ante el público... ¿No es absurdo?... Sin embargo, los bombos que el Herald y el World me dieron el domingo le han hecho cierta impresión... Buenas noches, Barney. ¡Vaya tiempesito! ¡Dios mío!...: Un taxi, sube. ¿Dónde vamos?

En la oscuridad del taxi sus ojos brillaban en su larga cara arrebozada en el capuchón azul; brillaban tan sombríos que Ellen tuvo miedo como si de pronto en las tinieblas se encontrara al borde de un abismo.

—Bueno, iremos a mi casa. Será meterse en la boca del lobo... Chófer, Bank Street.

El taxi arrancó. Iban traqueteando a través de planos entrecruzados de luz roja, de luz verde, de luz amarilla, picoteados por los abalorios de los anuncios eléctricos de Broadway. De repente, Stan se inclinó a ella y la besó fuerte, muy de prisa, en la boca.

—Stan, tienes que dejar de beber. Ya pasa de broma.

—¿Por qué no han de pasar de broma las cosas? Tú estás pasando de broma también y yo no me quejo.

—¡Pero, querido, si es que te vas a matar!

—¿Y qué?

—Oh, no te comprendo, Stan.

—Tampoco yo a ti, Ellie, pero te quiero mucho..., muchísimo.

Tenía su voz baja un temblor roto que la aturdiría de felicidad.

Ellie pagó el taxi. Una sirena vibró en crescendo y luego se apagó en un lánguido gemido. Una bomba de incendios pasó roja y fulgurante, y detrás una escalera tocando la campana.

—Vamos a ver el fuego, Ellie.

—¿Contigo en ese traje?... En la vida.

Él la siguió callado escaleras arriba. El cuarto de Ellen olía a fresca.

—Ellie, ¿no estás enfadada conmigo?

—Claro que no, bobo.

Ellen desató el paquete de la ropa mojada y la puso a secar en la cocina junto a la estufa. El gramófono que tocaba Hels a devil in his own home, la hizo volver. Stan se había quitado el vestido. Estaba bailando con una silla y alrededor de sus piernas peludas flotaba la bata azul de Ellen.

—¡Oh, Stan, qué idiota eres!

Él dejó la silla en el suelo y avanzó hacia ella, moreno, macho, esbelto, con su absurda bata. El gramófono terminó su canción y el disco, rechinando, siguió dando vueltas y vueltas.

V. FUIMOS A LA FERIA DE LOS ANIMALES

Luz roja. Campana. Cuatro filas de automóviles esperan en el paso a nivel. Los guardabarros tocan las luces traseras, los estribos rozan los estribos, los motores braman, los escapes humean. Autos Babylon, de Jamaica, autos de Monkawk, de Port Jefferson, de Patchogue, «limousines» de Long Beach, de Far Rockaway, «roadsters» de Great Neck... autos llenos de arders y trajes de baño mojados, cuellos tostados del sol, bocas pringosas de sodas y salchichas... autos empolvados de polen de zuzón y cardillo.

Luz verde. Los motores aceleran, las palancas encajan en primera. Los autos se espacian, fluyen en larga cinta por el espectral camino de cemento, entre fábricas de hormigón con ventanas negras y anuncios de brillantes colorines, hacia el resplandor de la ciudad que se alza increíblemente en el cielo de la noche, como el cono dorado de un circo de lona.

Sarajevo. La palabra se le atragantó cuando trató de pronunciarla.

—Es terrible pensarlo, terrible —refunfuñaba George Baldwin—.

Wall Street se hunde... Cerrarán la Bolsa; no se puede hacer otra cosa.

—Yo nunca he estado en Europa tampoco... Una guerra debe ser un espectáculo extraordinario.

Ellen, con su traje de terciopelo azul, cubierto por un abrigo de cuero, iba recostada en los cojines del taxi que zumbaba suavemente.

—Yo siempre me imagino la historia como las litografías de los libros de escuela: generales pronunciando arengas, figurillas de hombres corriendo a campo traviesa con los brazos extendidos, facsímiles de firmas.

Conos de luz cortan conos de luz a lo largo de la carretera resonante. Los faros dan brochazos de cal en los árboles, las casas, las carteleras, los postes telegráficos. El taxi dio media vuelta y paró en medio del campo frente a un restaurante que rezumaba luz roja y ragtimes por todas sus rendijas.

—Un yeno esta noche —dijo el chófer a Baldwin cuando éste la pagó.

—¿Por qué será? —preguntó Ellen.

—El crimen del Canarsie tendrá algo que ver con eyo, supongo.

—¿Qué crimen?

—Una cosa horrible. Yo lo vi.

—¿Usted vio el crimen?

—No lo vi cometer. He visto los cadáveres tiesos antes de llevarlos al depósito. Nosotros los chicos le yamábamos el tío Santa Claus, porque tenía patiyas blancas... Yo le conocía desde pequeño.

Los autos de atrás tocaban impacientemente los claxons.

—Más vale que me largue... Buenas noches, señora.

El pasillo rojo olía a langosta, a almejas al horno y a cocktails.

—¡Hola, Gus!... Elaine, tengo el gusto de presentarle al señor y a la señora McNiel... señorita Oglethorpe.

Ellen seguía los faldones del mayordomo bordeando el entarimado enguantada manita de su mujer.

—Gus, quiero verle un momento antes de marcharnos.

Ellen siguió los faldones del mayordomo bordeando el entarimado donde se bailaba. Se sentaron en una mesa junto a la pared. La música tocaba Every body's Doing It. Baldwin tarareaba al inclinarse sobre ella para colocar el abrigo en el respaldo de la silla.

—Elaine, es usted una mujer más encantadora... —empezó sentándose frente a ella—. Es horroroso. Parece imposible.

—¿Qué?

—Esta guerra. No puedo pensar en otra cosa.

—Yo sí...

Ella clavó los ojos en el menú.

—¿Se ha fijado usted en esa pareja que le he presentado?

—Sí. ¿Es ése el McNiel de quien hablan tanto los periódicos? No sé qué

lío de una huelga complicada con la emisión de obligaciones del Interborough.

—Todo es política. Apuesto a que ese pobre Gus se alegra de la guerra. Siempre servirá para quitar su asunto de la primera plana... Luego le contaré cosas de él... ¿No le gustarán las almejas al vapor? Son muy buenas aquí.

—Me encantan, George.

—Entonces pediremos un clásico cubierto a la marinera.

—¿Qué le parece?

Al dejar los guantes en el borde de la mesa, Ellen rozó un búcaro de rosas rojas y amarillas. Un chaparrón de pétalos marchitos revoloteó sobre su mano, sobre sus guantes, sobre la mesa. Ella se los sacudió.

—Y haga usted que se lleven esas rosas, George... Odio las flores marchitas.

El vaho de la plateada escudilla de almejas se retorció en el rosado resplandor de la pantalla. Baldwin miraba embobado cómo Ellen, con sus dedos rosados y finos, sacaba los moluscos de su concha, los empapaba en mantequilla derretida y, goteando, se los llevaba a la boca. Ella estaba ensimismada en esta operación. Baldwin suspiró.

—Elaine, soy muy desgraciado... Encontrarme con la mujer de McNiel... Después de tantos años. Figúrese... Yo estuve locamente enamorado de ella y ahora no puedo acordarme de su nombre de pila... ¡Qué cosas, eh! Mis asuntos iban bastante mal desde que me puso a ejercer por mi cuenta. Fue una temeridad, pues sólo hacía dos años que había salido de la Facultad de Derecho y no tenía dinero para resistir. Yo en aquellos tiempos era un hombre audaz. Cierta día decidí que si antes de la noche no surgía alguna cosa, lo echaría todo a rodar y volvería a trabajar de pasante. Salí a dar una vuelta para despejar la cabeza y en el apartadero de la Avenida Undécima vi un tren de carga chocar con el carro de un lechero. Lo hizo añicos, y cuando recogimos al pobre hombre, me dije: «O le saco la indemnización que le corresponde, o me arruino intentándolo». Gané el pleito y aquello me dio a conocer a varias personalidades. Así fue como empezamos él su carrera y yo la mía.

—¿Conque él era el lechero, dice usted? Yo tengo a los lecheros por la mejor gente del mundo. El mío es adorable.

—No cuente esto a nadie, Elaine... Tengo en usted confianza absoluta.

—Soy muy honrada, George. ¿No es asombroso que las mujeres se vayan pareciendo cada día más a la señora Castle? Eche un vistazo alrededor.

—Era como una flor silvestre, Elaine; fresca y rosada y tan alegre... Y ahora es una jamona regordeta con aire de mujer de negocios.

—Y usted no ha cambiado nada. Así es la vida.

—No sé, no sé. No puede usted imaginar qué vacío, qué hueco me parecía todo antes de conocerla. Cecily y yo no podemos vivir juntos. Nuestra vida en común es un infierno.

—¿Dónde está ahora?

—Está en Bar Hargor... Yo tuve mucha suerte y muchos éxitos cuando era todavía joven... Aún no he cumplido los cuarenta.

—Le tiene que gustar a usted por fuerza la abogacía, de lo contrario, no hubiera triunfado así.

—¡Oh, triunfar... triunfar! ¿Qué significa eso?

—Pues a mí me gustaría tener éxito.

—Ya lo tiene usted, mi querida amiga.

—¡Oh, no lo digo por eso!

—A mí no me interesa. Lo único que hago es sentarme en la oficina y dejar que trabajen los jóvenes. Mi porvenir está trazado. Ya sé que podría ponerme solemne y pomposo y dedicarme a pequeños vicios privados..., pero en mí hay algo más...

—¿Por qué no se mete usted en la política?

—¿Para qué ir a Washington a enfangarme en aquella charca cuando precisamente estoy en el sitio donde se dan las órdenes? Lo terrible es que cuando uno se harta de Nueva York no hay dónde ir. Es el vértice del mundo. El único recurso es dar vueltas y vueltas como una ardilla enjaulada.

Ellen miraba las parejas vestidas de verano, que bailaban en el encerado rectángulo del centro. Divisó la cara ovalada y rosácea de Tony Hunter, en una mesa al fondo de la sala. Oglethorpe no estaba con él. Herf, el amigo de Stan, estaba sentado de espaldas a ella. Le vio reír, con su cabeza alborotada un poco ladeada sobre el cuello flaco. A los otros dos no los conocía.

—¿A quién mira usted?

—A unos amigos de Jojo... ¿A qué habrán venido aquí?, digo yo. No es éste su barrio precisamente.

—Siempre así cuando trato de salirme con la mía —dijo Baldwin con una sonrisa forzada.

—Usted ha hecho lo que ha querido toda la vida.

—¡Oh, Elaine, con que sólo me dejara usted hacer lo que ahora quiero! ¡Si me permitiera usted hacerla feliz! No sé cómo usted puede valerse sola. Está

usted tan llena de amor, de misterio, de luz...

Se turbó, bebió un trago de vino y continuó todo ruborizado:

—Parezco un colegial. Estoy haciendo el tonto, Elaine; haría cualquier cosa por usted.

—Todo lo que voy a pedirle es que se lleven esta langosta. No creo que esté muy fresca.

—¡Demonio...!, todo puede ser... ¡En efecto!... ¡Eh, camarero! Estaba tan atolondrado que me la estaba comiendo sin darme cuenta.

—Puede usted pedir pollo en cambio.

—¡No faltaba más! Se estará usted muriendo de hambre, pobrecilla.

—... Y una mazorca de maíz... Ahora comprendo por qué es usted tan buen abogado, George. Hace tiempo que a cualquier jurado se le hubiesen saltado las lágrimas con un alegato tan apasionado.

—¿Y a usted, Elaine?

—George, por favor, no me pregunte.

En la mesa donde Jimmy Herf estaba sentado se bebía whisky con soda. Un hombre amarillento, de pelo claro y una nariz fina, torcida entre dos ojos azules de niño, hablaba con un sonsonete confidencial.

—De veras, los tenía en mis manos. La policía es tolili, completamente tolili. ¡Calificar el caso de raptó y suicidio! Ese viejo y su inocente hija han sido asesinados, cochinemente asesinados. ¿Y sabéis por quién?...

Con un dedo regordete, sucio de tabaco, señaló a Tony Hunter.

—No me interrogue usted, señor juez, yo no estoy enterado de nada —dijo éste bajando sus largas pestañas.

—Por la Mano Negra.

—No fastidies, Bullock —dijo Jimmy Herf riendo.

Bullock dio tal puñetazo en la mesa que los platos y los vasos tintinearón.

—Carnasie está infestado de Mano Negra, de anarquistas, de secuestradores y de indeseables. Nuestra obligación es seguirles la pista y vindicar el honor de ese pobre viejo que se llama, ¿cómo?

—Mackintosh —dijo Jimmy—. La gente de por aquí le llamaba Santa Claus. Claro que todo el mundo reconoce que llevaba muchos años loco.

—Nosotros no reconocemos nada más que la majestad de la ciudadanía americana... Pero ¿qué diablos va uno a hacer cuando esta maldita guerra

ocupa toda la primera plana? Yo iba a llenar una página y me han dejado en media columna. ¿Qué vida es ésta?

—Puedes inventar algo así como que era heredero al trono de Austria, y que fue asesinado por razones políticas.

—No está mal la idea, Jimmy.

—Pero eso es horrible —dijo Tony Hunter.

—Tú te crees que somos una partida de brutos, ¿verdad, Tony?

—No, pero no veo el gusto que puede sacar la gente de leer tales atrocidades.

—¡Oh, es lo de siempre! —dijo Jimmy—. Lo que me pone carne de gallina es la movilización, el bombardeo de Belgrado, la invasión de Bélgica... Todo eso. No puedo imaginármelo... Han matado a Jaurès.

—¿Quién era?

—Un socialista francés.

—Esos cochinos franceses son tan degenerados que no saben más que batirse en duelo y dormir con las mujeres de los otros. Apuesto a que los alemanes entran en París antes de dos semanas.

—La cosa no puede durar mucho —dijo Framingham, un individuo ceremonioso con un bigotillo rubio muy afilado que estaba sentado junto a Hunter.

—Pues a mí me gustaría que me nombraran corresponsal de guerra.

—Oye, Jimmy, ¿conoces a ese francés que tiene aquí el bar?

—¿Congo Jake? Claro que lo conozco.

—¿Qué tal tipo es?

—Excelente sujeto.

—Vamos a hablar con él. Puede que sepa algo del crimen. ¡Cuerno, si encontrara manera de encajarlo en el conflicto mundial!...

—Tengo gran confianza —comenzó Framingham— en que los ingleses lo arreglen todo.

Jimmy se fue al bar siguiendo a Bullock.

Al cruzar la sala divisó a Ellen. Su pelo parecía completamente rojo al resplandor de la lámpara cercana. Baldwin, inclinado sobre la mesa, tenía los labios húmedos y los ojos brillantes. Jimmy sintió en su pecho una cosa brillante que saltó como un muelle. Volvió la cabeza bruscamente por miedo a

que ella le viera. Bullock le dio un codazo en las costillas.

—Oye, Jimmy, ¿quiénes son esos dos tipos que están con nosotros?

—Son amigos de Ruth. No los conozco muy bien. Framingham es un decorador de interiores, creo.

En el bar bajo una fotografía del Lusitania, un hombre moreno con una chaqueta blanca abombada por un robusto pecho de gorila, sacudía un cubilete entre sus manos peludas. Frente al bar, un camarero esperaba con una bandeja de vasos. El cocktail espumajeó en ellos verde-blancuzco.

—Hola, Congo —dijo Jimmy.

—¿Ah, bonsoir, monsieur'Erf ça biche?

—Vamos tirando... Congo, voy a presentarle a un amigo mío, Grant Bullock, del American.

—Mucho gusto. Usté y el señor Erf tomen algo a cuenta de la casa. El camarero levantó la bandeja a la altura del hombro y se la llevó en la palma de la mano.

—Supongo que un gin fizz encima de todo ese whisky sentará como un tiro pero voy a tomarlo de todos modos... ¿No bebe usted con nosotros, Congo?

Bullock puso un pie en la barra de latón y tomó un sorbo.

—Decía yo si no se sabría por aquí nada de ese crimen de la carretera.

—Cada cual tiene su teoría.

Jimmy notó un guiño imperceptible en uno de los ojos negros y hundidos de Congo.

—¿Vive usted por estos andurriales? —le preguntó para no reírse.

—En medio de la noche siento un automóvil pasar muy de prisa con el escape abierto. Creí que tropieza con algo porque se para en seco y vuelve p'atrás mucho más de prisa, como rayo.

—¿Oyó usted un disparo?

Congo sacudió la cabeza misteriosamente.

—Oí voces, voces muy furiosas.

—Nada, hay que investigar esto —dijo Bullock tragándose de un golpe el resto del vaso—. Vamos con las chicas.

Ellen miraba la cara arrugada como una nuez y los ojos de besugo frito del camarero que les servía el café. Baldwin, recostado en una silla, la

contemplaba con los párpados entornados. Hablaba en tono bajo y monótono.

—¿No comprende usted que me volveré loco si no puedo hacerla mía? Es usted la única cosa de este mundo que he deseado de veras.

—George, yo no quiero ser de nadie... ¿Es que no le cabe a usted en la cabeza que una mujer necesita libertad? Sea razonable. Tendré que marcharme a casa si sigue usted hablando así.

—¿Por qué darme ánimos, entonces? Yo no soy de esos hombres con los que se juega como con un muñeco. Usted lo sabe perfectamente.

Ella le miró cara a cara con sus largos ojos grises. La luz ponía un viso dorado en las motitas oscuras del iris.

—No hay manera de tener amigos, está visto.

Ellen bajó los ojos y se quedó con la vista fija en sus dedos, apoyados en el borde de la mesa. Baldwin miraba el fulgor cobrizo de sus pestañas. De pronto rompió el silencio que los separaba:

—Bueno, vamos a bailar.

J'ai fait trois fois le tour du monde

dans mes voyages

tarareaba Congo Jake mientras el gran cubilete reluciente palpitaba entre sus manos peludas. El estrecho bar, empapelado de verde, estaba abarrotado y ensordecido de voces. El alcohol subía en espirales, el hielo tintineaba en los vasos, y de tarde en tarde se oía la música del cuarto contiguo. Jimmy Herf, solo en un rincón, bebía en pie un gin fizz. Cerca de él Gus McNiell daba amistosos golpecitos en la espalda a Bullock y le gritaba al oído:

—Bueno, como no cierren la Bolsa... se presentará una de ocasiones antes que estalle... No lo olvide usted, un pánico es el momento propicio para que un hombre de sangre fría haga dinero.

—Ya ha habido quiebras, y esto no es más que el principio del fin...

—La ocasión no llama más que una vez a la puerta de la juventud... Fíjese en lo que le digo: cuando una de esas grandes firmas de agentes de bolsa se declara en bancarrota la gente honrada se puede felicitar... Pero usted no publicará todo lo que le estoy diciendo en el periódico, ¿eh? Usted es una persona decente... La mayor parte de los periodistas ponen en boca de uno lo que se les antoja. No se puede fiar de ninguno de ustedes. Una cosa le diré, sin embargo, y es que el cierre favorece a los contratistas. Con la guerra, de todos modos, la construcción de casas había de estacionarse.

—No durará más de dos semanas, y además no sé que tenga nada que ver

con nosotros.

—El mundo entero se resentirá... Hola, Joey, ¿qué diablos vienes a hacer tú aquí?

—Quisiera hablarle a solas un momento, señor. Hay noticias gordas...:

El bar se vaciaba poco a poco. Jimmy y Herf seguía en pie apoyado contra la pared del fondo.

—Usté nunca s'emborracha, señor Erf.

Congo Jake se sentó detrás del mostrador para beber una taza de café.

—Prefiero ver a los demás.

—Muy bien. Inútil gastarse montones de dinero para tener un dolor de cabeza al día siguiente.

—Vaya un lenguaje para un barman.

—Digo lo que pienso.

—Oiga, siempre he querido preguntarle... No tendrá usted inconveniente en decírmelo, supongo... ¿De dónde ha sacado usted ese nombre de Congo Jake?

Congo soltó una carcajada profunda.

—No sé... Cuando salí al mar, un crío era yo, me llaman Congo porque tengo pelo rizo y negro como un negro. Luego cuando trabajo en América, en un barco americano y demás uno me pregunta: ¿cómo va, Congo?, y yo digo: Jake... Y por eso me llaman Congo Jake.

—Buen apodo... Yo pensé que seguiría usted de marinero.

—Es una vida muy dura... Le diré a usted, señor Erf, la mala suerte me persigue. Mi primer recuerdo de un lanchón, usted me comprende... en el canal, un hombre que no era mi padre me surraba todos los días. Luego me escapo y trabajo en barcos de vela a Burdeos, ¿sabe?

—Yo estuve allí de niño, creo.

—Seguro... Usté comprende las cosas, señor Erf. Pero un tipo como usté, buena educación y demás, no sabe lo que es la vida. Yo a los diecisiete años vine a Nueva York... Nueva York no bueno. No pensaba más que en juerguear. Luego me embarqué otra vez y a rodar por el mundo. En Shanghai aprendí a hablar americano y el negocio del bar. Volví a Frisco y me casé. Entonces quiero hacerme americano. Pero mala pata otra vez, vea. Antes de casarme con esa chica vivimos juntos un año en la gloria, pero en cuanto nos casamos, no bueno. Me hacía burla y me llamaba franchute porque no hablo

americano bien, y además no salía nunca de casa y entonses la mandé al cuerno. Cosa graciosa la vida de un hombre.

J'ai fait trois fois le tour du monde
dans mes voyages.

Congo reanudó la canción con su ronca voz de barítono.

Una mano se posó en el brazo de Jimmy. Éste se volvió.

—¿Qué hay, Ellie, qué pasa?

—Estoy con un loco, tiene usted que venir en mi auxilio.

—Éste es Congo Jake... Tiene usted que conocerle, Ellie, es una excelente persona. Mi amiga es una très grande artiste, Congo.

—¿No quiere la señora tomar una copita de anís?

—Beba usted algo con nosotros... Se está tan bien aquí ahora que todo el mundo se ha ido...

—No, gracias, me voy a casa.

—Pero si es tan pronto todavía...

Bueno, tendrá usted que entendérselas con mi loco... Dígame, Herf ¿ha visto a Stan hoy?

—No, no le he visto.

—Estaba citada con él y no apareció.

—¡Si usted le quitara de beber tanto, Ellie!... Empieza a preocuparme.

—Yo no soy su tutor.

—Ya, pero usted sabe lo que quiero decir.

—¿Qué piensa nuestro amigo de todos esos rumores de guerra?

—Yo no iré... Un trabajador no tiene patria. Yo voy a haserme ciudadano americano... Serví en la marina una ves, pero...

Se dio un golpe con la mano en el antebrazo doblado, y una risa profunda resonó en su garganta.

—¡A la porra! Moi, je suis anarchiste, vous comprenez, monsieur.

—Entonces no puede usted ser ciudadano americano.

Congo se encogió de hombros.

—Oh, es un tipo delicioso —murmuró Ellen al oído de Jimmy.

—Ustedes saben por qué hasen esta guerra... Para que los obreros no hagan una gran revolusión... Demasiado ocupaos combatiendo. De modo que Guillaume y Viviani y Krupp y Rothschild y Morgan disen: «Vamos a haser una guerra»... ¿Saben ustedes lo primero que hasen? Matan a Jaurès porque socialista. Los socialistas son traidores a la Internacional pero es lo mismo...

—Pero ¿cómo pueden hacer pelear a la gente si no quiere?

—En Europa los pueblos son esclavos por miles de años. No como aquí... Pero yo he visto guerra. Muy grasioso. Yo tuve un bar en Puerto Arturo, un chico entonses era. Muy grasioso.

—¡Dios, si me dieran un puesto de corresponsal!

—Yo podría ir como enfermera de la Cruz Roja.

—Corresponsal muy buena cosa... Siempre borracho en bar americano muy lejos del campo de batalla.

Rieron.

—Pero ¿no estamos nosotros mismos muy lejos del campo de batalla, Herf?

—Bueno, vamos a bailar. Tendrá usted que perdonarme si bailo mal.

—Le daré con el pie si se equivoca.

Su brazo era como de yeso cuando la agarró de la cintura. Altas murallas de ceniza crujían y se desmoronaban en su interior. Se sentía subir como un globo de fuego en el perfume de su pelo.

—De puntillas y al compás de la música... Moverse en línea recta, eso es todo.

Su voz cortaba como una sierrecita flexible y acerada. Codazos, caras rígidas, ojos saltones, hombres gordos y mujeres delgadas, mujeres delgadas y hombres gordos giraban densamente a su alrededor. Él se desmenuzaba como yeso, sintiendo en su pecho algo que resonaba dolorosamente. Ella entre sus brazos era una intrincada máquina, con dientes de sierra refulgente de luz blanca azul y cobriza. Cuando pararon de bailar Jimmy sintió que su pecho, su cadera y su muslo se ceñían a su cuerpo. Se le agolpó de repente la sangre y sudaba como un caballo desbocado. Por una puerta abierta la brisa disolvía el humo de tabaco en el aire cargado y rosáceo del restaurante.

—Herf, quiero ir a ver la quinta del crimen. Acompañeme.

—Como si yo no hubiera visto bastantes X marcando el sitio donde el crimen se cometió.

En el hall les alcanzó George Baldwin. Estaba pálido como un muerto.

Tenía su corbata negra torcida, las ventanas de su fina nariz dilatadas y rayadas por venillas rojas.

—Hola, George.

Su voz graznaba agriamente como un claxon.

—Elaine, la he estado buscando. Tengo que hablarle... Cree usted quizá que es broma. Yo nunca bromeo.

—Herf, perdóneme un momento... Bien, ¿qué ocurre, George?

—Vuelva usted a la mesa.

—George, yo tampoco bromeaba... ¿Quiere llamar un taxi, Herf?

Baldwin la agarró por la muñeca.

—Ya ha jugado usted bastante conmigo, ¿oye? El día menos pensado un hombre empuñará un revólver y la matará. Usted cree que puede jugar conmigo como con todos esos mocosos... No vale usted más que una prostituta.

—Herf, le he dicho que me pidiera un taxi.

Jimmy se mordió nerviosamente los labios y salió por la puerta principal.

—Elaine, ¿qué va usted a hacer?

—George, a mí no me manda nadie.

Un objeto de níquel brilló en la mano de Baldwin. Gus McNiel se adelantó y le agarró la muñeca con su manaza roja.

—Déme eso, George... ¡Por amor de Dios, hombre, serénese!

McNiel se metió el revólver en el bolsillo.

Tambaleándose, Baldwin se dirigió hacia la pared. El índice de su mano derecha sangraba.

—Ya está aquí en el taxi —dijo Herf mirando una por una las caras petrificadas, lívidas.

—Muy bien, llévela usted a su casa... No ha pasado nada, un simple ataque de nervios. No hay por qué alarmarse.

McNiel gritaba como un orador callejero. El mayordomo y la chica del guardarropa se miraban inquietos.

—No ha pasado nada... El señor está un poco nervioso... Exceso de trabajo, ¿comprende usted?

McNiel, bajando la voz, murmuró en tono tranquilizador: —No pensemos

más en ello.

Al entrar en el taxi Ellen dijo de repente con una vocecilla de niña:

—No recordaba que íbamos a ver la quinta del crimen... Dígale al chófer que nos espere. Me gustaría andar un poco al aire libre.

Se respiraba un olor salado a marismas. En la noche de mármol brillaba la luna entre nubes. Los sapos sonaban en las zanjas como cascabeles.

—¿Está lejos? —preguntó ella.

—No, es allí abajo, en la esquina.

La grava crujía bajo sus pies. Luego sus pisadas resonaron blandamente en el macadam. Un faro los cegó; se pararon para dejar pasar el coche. El olor de la gasolina les llenó las narices, luego se confundió con el olor de las marismas.

Era una casa gris de tejado puntiagudo con un porche que daba al camino, protegido por celosías rotas. Un policía se paseaba de arriba abajo por delante, silbando distraídamente. Un gajo de luna nielado salió un momento de detrás de las nubes, transformó en papel de plata el vidrio roto de una ventana entornada, destacó las hojitas redondas del algarrobo y rodó como una moneda perdida por una ranura de nubes.

Ninguno de los dos dijo nada. Volvieron hacia el restaurante.

—¿De veras, Herf, no ha visto usted a Stan?

—No, y no tengo idea de dónde puede estar escondido.

—Si lo ve dígale que me telefonee inmediatamente... Herf, ¿cómo las llamaban a aquellas mujeres que seguían a los ejércitos durante la revolución francesa?

—Deje que piense. ¿No era cantonnières?

—Algo así... Eso me gustaría a mí ser.

Un tren eléctrico pitó, lejos, hacia su derecha, se acercó resonando y se perdió en la lejanía.

El restaurante, que rezumaba un tango, se fundía rosa como un helado. Jimmy iba a entrar con ella en el taxi.

—No, quiero irme sola, Herf.

—Pero yo tendría mucho gusto en acompañarla a casa... No quisiera dejarla sola.

No se dieron la mano. El taxi le echó a la cara una bocanada de polvo y de

gasolina quemada. Jimmy se quedó en los escalones, sin decidirse a volver al ruido y al humo.

Nellie McNiel se quedó sola en la mesa. Frente a ella una silla retirada, con la servilleta en el respaldo, la silla que su marido había ocupado. Nellie tenía la mirada perdida. Los que bailaban pasaban como sombras ante sus ojos. Al otro extremo del local vio a George Baldwin, pálido y demacrado, que volvía a su mesa andando despacio como un enfermo. El abogado examinó atentamente la cuenta, la pagó y se quedó mirando distraído a su alrededor. La buscaba. El camarero trajo el vuelto en una bandeja y se inclinó profundamente. Baldwin barrió con una mirada sombría las caras de los que bailaban, dio media vuelta y salió. Recordando la insoportable dulzura de los lirios chinos, ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Sacó un carné de citas de su bolso de malla, lo hojeó rápidamente y puso varias señales con un lápiz de plata. Después de un rato levantó los ojos con una mueca de despecho e hizo una seña al camarero.

—¿Quiere usted hacer el favor de decir al señor McNiel que la señora McNiel desea hablarle? Está en el bar.

—Saravejo, Saravejo, la palabra que electriza los cables —gritaba Bullock al friso de caras y vasos alineados en el bar.

—Oiga —dijo O’Keefe confidencialmente sin dirigirse a nadie en particular—, uno que trabaja en telégrafos me ha dicho que ha habido una gran batalla naval cerca de St. John, Terranova, y que los ingleses han hundido una escuadra alemana de cuarenta barcos.

—¡Córcholis, eso acabará la guerra en el acto!

—¡Pero si todavía no se ha declarado la guerra...!

—¿Cómo lo sabe usted? Los cables están tan atascados que no pasa una noticia.

—¿Ha visto que ha habido cuatro quiebras más en Wall Street?

—Me han dicho que en Chicago el mercado de trigos es la locura.

—Debían cerrar todas las Bolsas hasta que esto acabe.

—Quizá cuando los alemanes le hayan propinado una buena tunda, Inglaterra dará la libertad a Irlanda.

—Pero si ya... La Bolsa no se abrirá mañana.

—Para el hombre que tenga fondos y no pierda la cabeza, éste es el momento ideal para ponerse las botas.

—Bueno, amigo Bullock, me voy a casa —dijo Jimmy—. Ésta es la única

noche de descanso y no quiero desperdiciarla.

Bullock guiñó un ojo y dio al aire un manotazo de borracho. En los oídos de Jimmy el vocerío palpitaba como un rumor elástico, cerca, lejos, cerca, lejos... Muere como un perro. En marcha, dijo. Se gastó todo el dinero que tenía menos veinticinco centavos. Fusilado al amanecer. Declaración de guerra. Rompimiento de hostilidades. Y le dejaron solo con su gloria. Leipzig, el yermo, Waterloo, donde los granjeros en campaña dispararon el tiro que retumbó por... No puedo tomar un taxi; después de todo, tengo ganas de andar. Ultimátum. Trenes de soldados van cantando al matadero, con flores en las orejas. Y vergüenza sobre el falso Etrusco que se queda en su casa mientras...

Bajaba por el sendero de grava a la carretera, cuando un brazo se enganchó en el suyo.

—¿Le molestará que le acompañe? No quiero quedarme aquí.

—De ningún modo, Tony.

Herf andaba a zancadas, mirando hacia adelante. Las nubes habían oscurecido el cielo donde quedaba la tenue lactescencia de la luna. A derecha e izquierda, fuera de los conos gris violeta de los escasos arcos voltaicos, la oscuridad estaba salpicada de puntos luminosos. Más lejos el resplandor de las calles se alzaba en borrosos riscos amarillos y rojizos.

—Yo no le soy simpático, ¿verdad? —dijo Tony Hunter, medio ahogándose, minutos después.

Herf retardó el paso.

—¡Oh, no le conozco gran cosa! Me parece usted una persona muy agradable...

—No mienta; no tiene usted por qué... Creo que me voy a matar esta noche.

—Hombre, no haga usted eso... ¿Qué le ocurre?

—No tiene usted derecho a decirme que no me mate. Usted no sabe nada de mí. Si yo fuera mujer no sería usted tan indiferente.

—Pero en fin, ¿qué es lo que le pasa a usted?

—Me estoy volviendo loco, eso es lo que me pasa. Es tan horrible todo... Cuando le vi a usted por primera vez con Ruth, una noche, creí que nos haríamos amigos, Herf. Parece usted tan simpático y tan comprensivo... Pensé que era usted como yo, pero ahora se está usted volviendo tan insensible...

—Será la influencia del Times... Me echarán pronto, no se preocupe.

—Estoy cansado de ser pobre. Quiero triunfar, triunfar.

—Muy bien. Todavía es usted joven; debe ser usted más joven que yo.

Tony no respondió.

Bajaban por una ancha avenida, entre denegridas casas de madera. Un largo tranvía amarillo pasó silbando.

—Debemos estar en Flatbush.

—Herf, yo creí antes que usted era como yo, pero ahora nunca le veo a usted más que con mujeres.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nunca se lo he dicho a nadie... Dios, si le contara usted esto a alguien... De niño fui de una precocidad sexual espantosa, tendría yo unos diez o doce años.

Sollozaba. Al pasar bajo una farola, Jimmy notó el brillo de las lágrimas en sus mejillas.

—No se lo diría a usted si no estuviera borracho.

—Pero esas cosas le pasan a todo el mundo de chico... No debe usted preocuparse.

—Pero es que ahora sigo igual, y eso es lo terrible. No me gustan las mujeres, por más que he tratado... ¿Sabe usted?, me cogieron, por sorpresa. Me dio tal vergüenza que estuve no se cuántas semanas sin ir a la escuela. Mi madre lloraba y lloraba. ¡Tengo tal vergüenza!... ¡Tengo tanto miedo de que la gente se entere! Siempre estoy luchando por ocultarlo, por ocultar mis sentimientos.

—Puede que todo sea imaginación. Quizá consiga usted vencerse. Vaya a un psicoanalista.

—No puedo hablar de esto a nadie. Es que esta noche estoy borracho. He tratado de consultar una enciclopedia... Ni siquiera lo trae el diccionario.

Se detuvo y se apoyó contra un farol, la cara entre las manos.

—Ni siquiera lo trae el diccionario.

Jimmy Herf le dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Vamos, hombre, ánimo! ¡Qué diablo!, hay la mar de personas en su caso. El teatro está lleno.

—Los odio a todos... No son tipos así de quienes me enamoro. Yo me odio también. Y supongo que usted me odiará desde esta noche.

—¡Qué tontería! ¡A mí qué me importa!

—Ahora ya sabe usted por qué quiero matarme... Oh, es una injusticia, Herf, es una injusticia... Nunca he tenido suerte en mi vida. Comencé a ganarme la vida en cuanto salí del instituto. Fui botones en los hoteles de verano. Mi madre vivía en Lakewood y yo le mandaba todo lo que ganaba. Tanto trabajar para llegar a esto. Si se supiera, si se armara un escándalo y todo saliera a relucir, sería mi ruina.

—Pero eso se dice de todos los galanes y a ninguno le preocupa.

—Siempre que me quitan un papel creo que es por causa de eso. Odio y desprecio a todos los hombres de esa especie... No quiero quedarme en galán. Quiero ser primer actor. ¡Qué infierno, qué infierno!

—Pero ahora está usted ensayando, ¿no?

—Una comedia estúpida que nunca pasará de Stamford. Ahora cuando usted oiga que lo he hecho no le tomará de sorpresa.

—¿Hecho qué?

—Matarme.

Siguieron andando sin hablarse. Había empezado a llover. Al fondo de la calle, detrás de las casas verdinegras y cuadradas como cajas de zapatos, zigzagueaba de cuando en cuando un relámpago violeta. Un olor a humedad y a polvo subía del asfalto batido por los sonoros goterones.

—Debe haber una estación del metro por aquí cerca... ¿No es aquella una luz azul? Si no corremos nos vamos a mojar.

—¡Qué diablos, Tony, a mí me da igual mojarme o no!

Jimmy se quitó el flexible. Las gotas caían frías sobre su frente. El olor de la lluvia, de los tejados, del barro y del asfalto le quitaba el sabor picante del whisky y de los cigarrillos.

—¡Pardiez, es tremendo! —gritó de pronto.

—¿Qué?

—Todas esas historias del sexo. Nunca hasta esta noche me he dado cuenta de la extensión de esa agonía... Debe de pasarlo usted muy mal. Todos lo pasamos mal a veces. En el caso de usted es mala suerte, una suerte perra. Martín solía decir: Todo andaría mejor si de pronto sonara una campana y los unos se dijeran a los otros honradamente lo que hicieron, cómo vivieron, cómo amaron. El ocultar las cosas es lo que les hace pudrirse... ¡Dios mío, es horrible! Como si la vida no fuera ya bastante difícil sin eso.

—Yo voy a tomar el metro en esta estación.

—Tendrá usted que esperar horas.

—No importa, estoy cansado y no quiero mojarme.

—Pues entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Herf.

Retumbó un largo trueno. Empezó a llover a cántaros. Jimmy se encasquetó el sombrero hasta las orejas y se subió el cuello de la chaqueta. Sentía ganas de correr gritando «¡Miserables!» con todas las fuerzas de sus pulmones. Los relámpagos zigzagueaban entre las filas de ventanas muertas. La lluvia batía el adoquinado, los escaparates, las escaleras de piedra. Tenía las rodillas mojadas. Por la espalda abajo le corría un chorro de agua, y frías cascadas le caían de las mangas por las muñecas. Todo el cuerpo le picaba. Atravesó Brooklyn. Obsesión de todas las camas de todas las alcobas, donde las gentes dormían retorcidas, enredadas, estranguladas como raíces de plantas en maceta. Obsesión de pies que crujían en las escaleras de los hospedajes, de manos que buscaban a tientas los picaportes. Obsesión de sienes palpitantes y de cuerpos solitarios, rígidos sobre sus colchones.

J'ai fait trois fois le tour du monde

Vive le sang, vive le sang...

Moi, monsieur, je suis anarchiste... And three times roun went ourgallant ship, and three times roun... Entre eso y dinero, ¡pardiez! And she sank to the botton of the sea... En buen sitio hemos caído.

J'ai fait trois fois le tour du monde

dans mes voya... ges

Declaración de guerra..., redoble de tambores..., alabarderos vestidos de rojo marchaban tras el resplandeciente bastón del tambor mayor que lleva un sombrero como un manguito peludo... El puño de plata gira, relampaguea... ran, rataplán, plan, plan, la revolución mundial. Rompimiento de hostilidades con una larga parada en las calles desiertas azotadas por la lluvia. Extra, extra, extra. Santa Claus mata a su hija después de intentar violarla. SE SUICIDA CON UNA ESCOPETA... se colocó el cañón bajo la barbilla y disparó el gatillo con el dedo gordo del pie. Las estrellas miran a Frederiktown. Obreros del mundo, uníos. Vive la sang, vive la sang.

—Estoy hecho una sopa —dijo Jimmy Jerf en voz alta.

Hasta donde alcanzaba su vista la calle se extendía, desierta, bajo la lluvia, entre filas de ventanas muertas tachonadas aquí y allá por las bolas violáceas de los arcos voltaicos. Siguió andando desesperadamente.

VI. CINCO CAUSAS LEGALES

Se instalaron por parejas apresuradamente. SE PROHIBE TERMINANTEMEN­TE PONERSE DE PIE EN LOS COCHES. La cadena de tracción rechina, coge los dientes. La vagoneta sube traqueteando la pendiente, lejos de las girándulas, del olor a muchedumbre, a maíz cocido y a cacahuets, sube traqueteando rechinante, por la alta noche de los meteoros septembrinos.

Mar, olor de marismas, las luces de un vapor que zarpa del muelle. Al fondo, en la oscuridad añil, un faro parpadea. Luego el descenso. El mar sube y baja, las luces se remontan. El pelo de ella en la boca de él, la mano de él en las costillas de ella, los muslos frotándose.

El viento de la caída se ha llevado sus gritos. Aturdidos por las sacudidas suben a través la maraña de vigas metálicas. Arriba. Abajo, burbujas luminosas en un sandwich de mar y negrura. Cataplum. CONSERVEN LOS ASIENTOS PARA EL PRÓXIMO VIAJE.

—Entre, Joe, voy a ver si la vieja nos echa algo de comer.

—Muchas gracias... Pero ¿sabe?, es que... nnn... no estoy vestido como para presentarme ante una señora.

—Oh, no importa. Si es mi madre. Siéntese, voy a llamarla.

Harland se sentó en una silla cerca de la puerta, en la cocina oscura, y apoyó en las rodillas sus manos temblonas, que estaban rojas y llenas de mugre. Sentía su lengua áspera como un rallador, efecto del whisky barato que había bebido la semana anterior. Tenía el cuerpo entero entumecido, reblandecido y avinagrado.

Joe O'Keefe volvió a la cocina.

—Está acostada. Dice que hay un poco de sopa detrás del hornillo... Aquí está. Eso le entonará... Joe, si hubiera usted estado donde yo estuve anoche... Fui a la Seaside Inn a prevenir al jefe que según los rumores van a cerrar la Bolsa... ¡Cuerno!, en mi vida he visto nada igual. Este tipo que es un abogado muy conocido entre la gente de negocios, estaba en el hall gritando como un energúmeno por no sé qué cosa... ¡Tenía una cara!... Y luego sacó un revólver y la iba a matar o algo así, cuando el jefe va y salta, y le quitó el revólver y se lo metió en el bolsillo antes que nadie se percata de lo que había pasado... El Baldwin ése es amigo suyo, ¿sabe?... ¡Cuerno!, en mi vida he visto cosa igual, ni parecida. Luego el tío se encogió todo como un...

—Te digo, chico —interrumpió Joe Harland—, que más tarde o más

temprano les da a todos.

—Ande, llénese bien. No ha comido usted bastante.

—No puedo comer mucho.

—¿No ha de poder?... Oiga, Joe, ¿qué sabe usted d'eso de la guerra?

—Creo que de esta hecha va de veras... Yo lo veía venir desde el incidente de Agadir.

—¡Cuerno!, a mí me gustaría que alguien le zurrara la badana a Inglaterra por no querer darle la autonomía a Irlanda.

—Tendremos que ayudarles... Sea como sea, esto no puede durar. Los financieros que manejan el capital internacional no lo permitirán Después de todo, el que tiene las cuerdas de la Bolsa es el banquero.

—¿Nosotros ayudar a Inglaterra? No, señor. ¡Después de lo que han hecho a Irlanda y en la revolución y en la guerra civil!...

—Joe, te estás armando un lío con toda esa historia que empollas por la noche en la biblioteca pública... Tú sigue las cotizaciones de la Bolsa y estate alerta y no te dejes camelar por toda esa palabrería periodística de huelgas, levantamientos y socialismos... Me gustaría verte salir adelante, Joe y... Bueno, mejor será que me vaya ya.

—No, quédese un rato, abriremos una botella de aguardiente. Oyeron unas pisadas fuertes en el pasillo.

—¿Quién va?

—¿Eres tú, Joe?

Un muchachote, con el pelo tieso, la cara roja y el cuello empotrado entre dos hombros cúbicos, penetró dando tumbos en el cuarto.

—¿Quién diablos cree usted que será éste?... Pues es mi hermanito Mike.

—Bueno, ¿y qué?

Mike se balanceaba con la barbilla hundida en el pecho. Sus espaldas se encorvaban contra el techo bajo de la cocina.

—Qué ballena, ¿eh? Pero, redió, Mike, ¿no t'he dicho que no entres aquí bebido?... Es capaz de echar la casa abajo.

—Tengo que venir alguna vez, ¿no? Desde que te has metido a tutor, Joe, me pinchas más que el viejo. Gracias a que no voy a quedarme en esta cochina ciudad mucho tiempo. Es pa guillar a cualquiera. Como encuentre un barco que apareje antes del Golden Gate, ¡por éstas que me largo!

—Hombre, a mí no me molesta que te quedes aquí. Es que no me gusta que armes un escándalo a cada rato.

—Yo hago lo que me da la gana, ¿oyes?

—Ahueca el ala, Mike, y no vuelvas hasta que te despejes.

—Quisiera yo ver cómo me echas de aquí.

Harland se levantó.

—Bueno, yo me marcho —dijo—. Tengo que ver si pesco esa colocación.

Mike avanzaba a través de la cocina con los puños cerrados. Joe, apretando las mandíbulas, agarró una silla.

—Te la rompo en la crisma.

—¡Por todos los santos y mártires del cielo!, ¿no podrá una vivir en paz ni en su propia casa?

Una mujerota de pelo cano se interpuso gritando entre ellos. Tenía dos ojos negros brillantes, muy separados en una cara arrugada como una manzana del año pasado. Manoteaba con sus manos estropeadas por el trabajo.

—Callarse la boca los dos, siempre jurando y peleando por la casa como si no hubiera Dios... Tú, Mike, subes y te acuestas en tu cama hasta que te pase la borrachera.

—Eso le estaba diciendo yo —respondió Joe.

La vieja se dirigió a Harland. Su voz chirriaba como la tiza en el encerado.

—Y usted se larga de aquí. Yo no admito curdas en mi casa. ¡Fuera de aquí! No me importa quien le haya traído.

Harland miró a Joe con una sonrisa amarga, se encogió de hombros y salió.

—¡Sirvienta! —murmuró tambaleándose sobre sus piernas doloridas por la polvorienta calle de ceñudas casas de ladrillo.

El sofocante sol de la tarde parecía darle golpes en la espalda. En sus oídos, voces de doncellas, asistentes, cocineras, mecanógrafas, secretarias. Sí, señor Harland. Gracias, señor Harland. Oh señor, mil gracias, señor Harland, señor...

Un rayo de sol la despierta zumbando rojo en sus párpados. Ella se sumerge de nuevo en los purpúreos y sedosos corredores del sueño, se despierta otra vez, da una vuelta bostezando, levanta las rodillas hasta la barbilla para apretar mejor el capullo del sueño. Un camión retumba por la calle abajo. El sol pinta ardientes franjas en su espalda. Ella bosteza desesperadamente, se retuerce y se queda tendida de espaldas, con los ojos

abiertos y las manos bajo la nuca, mirando al techo. Desde muy lejos, a través de las calles y de los paredones, el largo gemido de la sirena de un barco llega hasta ella como la mata de hierba que se abre paso a través de la grava. Ellen se sienta, sacude la cabeza para espantar una mosca que zumba alrededor de su cara. La mosca brilla y se esfuma en el sol. Pero Ellen siente vibrar en su interior una congoja persistente, inexplicable, resto de los amargos pensamientos de la noche anterior. Sin embargo, está contenta, bien despierta, y aún es temprano. Se levanta y se pone a pasear por el cuarto en camisón. En el entarimado hay manchas de sol. Ellen al pisarlas siente en las plantas de los pies una agradable sensación de calor. Los gorriones pían en el borde de la ventana. En el piso de arriba repiquetea una máquina de coser. Al salir del baño su cuerpo está suave y terso; se frota con una toalla, contando las horas del largo día que tiene por delante: dar un paseo por las atestadas y sucias calles de la ciudad baja hasta aquel muelle de East River donde amontonan las grandes vigas de caoba, desayunar sola en el Lafayette, café, panecillos y mantequilla; ir de compras a Lord & Taylor, tempranito, antes que el almacén esté irrespirable y las dependencias marchitas; almorzar con... Y entonces el dolor que la ha estado atormentando toda la noche brota, estalla: «Stan, Stan... ¡Dios mío!», dice en voz alta. Se sienta frente al espejo y se queda mirando de hito en hito sus negras pupilas dilatadas.

Se viste de prisa y sale; baja por la Quinta Avenida y tuerce al este por la calle 8; sin mirar ni a derecha ni a izquierda. El sol ya calienta y hierve en las aceras, en los cristales, en las placas esmaltadas de polvo... Las caras de los hombres y de las mujeres que se cruzan con ella están ajadas y grises como almohadas donde se ha dormido demasiado. Después de atravesar la Lafayette Street, atronada por el ir y venir de autos y camiones, siente en la boca un sabor a polvo y en sus dientes rechinan partículas de arena. Más allá se cruza con carretillas. Los dependientes limpian los mostradores de mármol de los puestos de refrescos, un organillo toca el Danubio azul. Las brillantes y rápidas espirales del vals giran en la calle, donde un puesto de pepinillos derrama su olor ácido. En Tompkins Square los chiquillos corretean dando gritos por el asfalto mojado. A sus pies un montón de chiquillos con las camisas rotas y sucias, las bocas babosas, se retuercen, se pegan, se muerden, se arañan, despidiendo un olor agrio a pan mohoso. De repente, Ellen siente flaquear sus rodillas. Da media vuelta y se vuelve por donde ha venido.

El sol le ciñe la cintura como él, le acaricia los antebrazos desnudos como él, es su aliento en sus mejillas.

—Las cinco causas legales nada más —dijo Ellen aun hombre huesudo que tenía dos ojos como ostras, dirigiéndose a la pechera de su camisa planchada.

—¿Así que se concede el decreto? —preguntó solemne.

—Naturalmente, y sin disputa.

—Pues lo siento mucho como antiguo amigo de ambas partes.

—Mire usted, Dick. Yo le tengo un gran afecto a Jojo, de veras. Le debo mucho... Es una bella persona por muchos conceptos, pero no había más remedio que hacer esto.

—¿Quiere usted decir que hay otro?

Ella le miró con los ojos brillantes y medio asintió.

—Pero el divorcio es un paso muy serio, mi querida amiga.

—Oh, no tan serio como parece.

Vieron a Harry Goldweiser venir hacia ellos a través del gran salón con molduras de nogal. Ellen levantó la voz de pronto.

—Dicen que esa batalla del Marne terminará la guerra.

Harry Goldweiser le tomó una mano entre las suyas regordetas y se inclinó.

—¡Qué amabilidad la suya, Elaine, molestarse en venir aquí para que estos viejos solterones no se mueran de aburrimiento! Hola, Snow, ¿cómo va?

—¿Y a qué se debe que tengamos el placer de encontrarle aquí todavía?

—Oh, varias cosas me han detenido... Además odio las playas de moda.

—Nada tan bonito como Long Beach, en todo caso... Bar Harbor... no iría yo a Bar Harbor por un millón... aunque me lo pusieran en la mano.

El señor Snow soltó un resoplido de mal humor.

—Me parece haber oído que se ha metido usted allí en un negocio de inmuebles, Goldweiser.

—Compré una villa para mí y nada más. Es asombroso esto de no poder comprarse uno siquiera una villa sin que todos los vendedores de periódicos de Times Square se enteren. Vamos a la mesa, mi hermana vendrá en seguida.

Una mujer regordeta con un traje de lentejuelas entró después de estar ellos a la mesa en el gran comedor adornado con cuernos de ciervo. Era pequeña y de piel cetrina.

—¡Oh, señorita Oglethorpe, cuánto me alegro de conocerla! —gorjeó con una vocecilla de cotorra—. La he visto a usted a menudo y siempre me pareció usted monísima... He hecho todo lo posible para que Harry la trajera un día a mi casa.

—Mi hermana Rachel —dijo Goldweiser a Ellen sin levantarse—. Ella es

quien me cuida la casa.

—Snow, quisiera que me ayudara a convencer a la señorita Oglethorpe de que acepte ese papel en el reparto de *The Zinnia Girl*... Parece escrito para usted, de veras.

—Pero es tan insignificante...

—Desde luego, no es un papel de primera actriz, pero desde el punto de vista de su reputación de artista versátil y exquisita, es lo mejor de la obra.

—¿Quisiera usted un poco más de pescado, señorita Oglethorpe? —gorjeó la señorita Goldweiser.

El señor Snow resopló.

—Ya no hay grandes actores: Booth, Jefferson, Mansfield...; no queda uno. Ahora todo es anuncio; actores y actrices se lanzan al mercado como medicinas patentadas, ¿no es verdad, Elaine?... Anuncio, anuncio.

—Pero no es eso lo que hace el éxito... Si se pudiera triunfar sólo con el anuncio todos los empresarios de Nueva York serían millonarios —intercaló Goldweiser—. Lo que hace subir la entrada en tal o cual taquilla es la fuerza oculta y misteriosa que empuja a las multitudes en las calles y las mete en un teatro determinado. El anuncio no puede hacerlo, la buena crítica tampoco. Será tal vez el genio, será tal vez la suerte, pero si uno puede dar al público lo que quiere, cuando quiere y donde quiere, éxito seguro. Esto es lo que hizo Elaine en la última obra... Se puso en contacto con el público. Pudiera haber sido la mejor comedia del mundo, representada por los mejores actores del mundo y fracasar completamente. Y yo no sé cómo hace usted, nadie lo sabe. Una noche se va uno a la cama con el local lleno de entradas de favor y a la mañana siguiente amanece uno con un éxito estruendoso. El empresario no tiene más dominio sobre esto que el meteorologista sobre el tiempo. ¿Es verdad o no lo que digo?

—Ah, el gusto del público neoyorquino ha degenerado lastimosamente desde los tiempos de Wallack.

—Pero se han dado algunas comedias bonitas —gorjeó la señorita Goldweiser.

El amor le rizaba los bucles negros..., los bucles negros... y con fulgores de acero en sus ojos... Ellen cortaba con su tenedor el cogollo rizado y blanco de una lechuga. Decía palabras, mientras otras palabras totalmente distintas se desgranaban en su pecho como las cuentas de un collar roto. Estaba sentada delante de un cuadro que representaba dos mujeres y dos hombres sentados a la mesa en un comedor decorado con molduras, bajo un temblequeante candelabro de cristal. Levantó la vista del plato y vio que la señorita

Goldweiser la miraba con sus ojillos de pájaro llenos de dulces reproches.

—Oh, Nueva York es realmente más agradable en pleno verano que en cualquier otra estación. Hay menos prisa y menos bulla.

—Sí, es la verdad pura, señorita Goldweiser.

Ellen sonrió de pronto a los circunstantes... El amor le rizaba los bucles negros y brillaba en sus ojos sombríos con fulgores de acero...

En el taxi las rodillas cortas y anchas de Goldweiser oprimían las suyas. Sus furtivas miradas le tejían con arte de araña una red dulce y asfixiante alrededor del cuello y de la cara. La señorita Goldweiser se había instalado cómodamente a su lado. Dick Snow tenía un cigarrillo apagado en la boca y le daba vueltas con la lengua... Ellen trataba de recordar exactamente cómo era Stan, su recia esbeltez de saltador de pértiga. No podía reconstruir su cara por completo; veía sus ojos, sus labios, una oreja.

En Times Square parpadeaban las luces de colores; grandes planos luminosos se entrecruzaban. Subieron en el ascensor del Astor. Ellen, detrás de la señorita Goldweiser pasó por entre las mesas del roofgarden. Hombres y mujeres de etiqueta, con muselinas de verano, con trajes ligeros se volvían a mirarla. Como pegajosos zarcillos de vid las miradas se prendían en ella al pasar. La orquesta tocaba In my Harem. Se instalaron en una mesa.

—¿Bailamos? —preguntó Goldweiser.

Ellen le sonrió con una sonrisa violenta cuando él le pasó el brazo por la espalda. Su enorme oreja cubierta de solemnes y solitarios pelos quedó a la altura de los ojos de ella.

—Elaine —suspiró—, yo me tenía por hombre avisado, de veras (contuvo la respiración), pero no lo soy... Usted me ha dado marcha, no tengo más remedio que confesarlo. ¿Por qué no puede usted quererme un poco? Quisiera que nos casáramos en cuanto obtenga usted su divorcio... ¿No sería usted buena para conmigo siquiera una vez?... Yo haría cualquier cosa por usted, usted lo sabe... y hay la mar de cosas en Nueva York que yo puedo hacer por usted.

La música cesó. Se aislaron bajo una palmera.

—Elaine, venga usted a mi despacho a firmar ese contrato. Le he dicho a Ferrari que espere... Podemos estar de vuelta dentro de quince minutos.

—Tengo que pensarlo. Nunca hago nada sin consultarlo con la almohada.

—¡Dios, es usted capaz de volver loco a cualquiera!

De repente Ellen recordó la cara de Stan. Estaba en pie frente a ella con el lazo de la corbata torcido sobre su camisa blanda, el pelo en desorden,

bebiendo otra vez.

—¡Oh, Ellie, cuánto me alegro de verte!...

—Señor Emery... señor Goldweiser.

—Vengo de hacer un viaje extraordinario... Lástima que no nos hayas acompañado... Fuimos a Montreal y a Quebec y volvimos por Niágara Falls y no paramos de empinar desde que salimos de este Nueva York de mis pecados, hasta que nos arrestaron por embalar, en el camino de Boston, ¿verdad, Pearlina?

Ellen no le quitaba ojo a una muchacha, algo achispada, que estaba detrás de Stan, con un sombrerito de paja encajado sobre un par de ojos azules como leche aguada.

—Ellie, ésta es Pearlina... Bonito nombre, ¿verdad? Yo estuve a punto de reventar de risa cuando me lo dijo... Pero no sabes lo mejor... Nos emborrachamos de tal modo en Niágara Falls que cuando recobramos el sentido nos encontramos con que estábamos casados... Y tenemos nuestra licencia de matrimonio... adornada con pensamientos.

Ellen no podía verle la cara. La orquesta, el clamor de las voces, el ruido de los platos, brotaban en espirales estentóreas a su alrededor...

Las mujeres del harén

sabían llevarlas bien

hace tiempo allá en Bagdad...

—Buenas noches, Stan.

Su voz le raspaba la garganta. Oía claramente sus propias palabras al pronunciarlas.

—¡Oh, Ellie! ¿Por qué no vienes a correrla con nosotros?...

—Gracias... gracias.

Se puso de nuevo a bailar con Harry Goldweiser. El roofgarden giraba vertiginosamente, luego más despacio. El ruido disminuía. Ellen se sintió de repente indispuesta.

—Perdóneme un momento, Harry. Volveré luego a la mesa.

En el tocador de señoras se sentó cuidadosamente en el sofá de felpa. Se miró la cara en el redondo espejito de su polvera. Sus pupilas negras como cabezas de alfiler se dilataron poco a poco hasta que todo quedó negro.

Jimmy Herf sentía sus piernas cansadas de andar toda la tarde. Sentado en un banco junto al Acuarium miraba el agua. El fresco viento de septiembre

daba un tinte de acero a las olas crespas del puerto y al cielo gris pizarra. Un gran vapor blanco, con una chimenea amarilla, pasaba frente a la estatua de la Libertad. El humo del remolcador salía limpiamente recortado como un papel. A pesar de los muelles, la punta de Manhattan le parecía como la proa de una gabarra que avanzase lenta y regularmente por el puerto. Las gaviotas planeaban chillando. Se puso en pie de un brinco.

—¡Caramba, tengo que hacer algo!

Se quedó un momento en pie, vacilante, los músculos en tensión. El tipo haraposo que miraba los fotograbados de un periódico, tenía una cara que él había visto antes.

—¡Hola!... —dijo vagamente.

—Te reconocí en seguida —dijo el hombre sin tenderle la mano—. Tú eres el hijo de Lily Herf... Creí que no me ibas a dirigir la palabra. No había razón para ello.

—Ya... usted es el primo Joe Harland, ¿no?... Me alegro muchísimo de verle... Muchas veces he pensado qué sería de usted.

—¿Por?

—Oh, no sé... no se piensa nunca que los parientes son personas como uno, ¿verdad?

Herf volvió a tomar asiento.

—¿Quiere usted un cigarrillo?... Es un Camel y gracias.

—Bueno, no importa... ¿Qué haces Jimmy? ¿No te ofenderás porque te llame así?

Jimmy Herf encendió una cerilla, que se apagó; encendió otra y se la alargó a Harland.

—Es el primer pitillo que fumo esta semana... Gracias.

Jimmy echó una mirada al hombre que tenía a su lado. La larga hendidura de su mejilla gris hacía un ángulo con el profundo pliegue que arrancaba de la comisura de los labios.

—Me encuentras hecho una ruina, ¿verdad? —escupió Harland—. Sientes haberte sentado, ¿no? Sientes que tu madre te educase como un caballero en vez de educarte como un golfo.

—Estoy de reportero en el Times... Una porquería de trabajo que me da asco —dijo Jimmy arrastrando las palabras.

—No hables así, Jimmy, eres demasiado joven... Nunca llegarás a nada

con esa actitud.

—¿Y si no quisiera llegar a nada?

—La pobre Lily estaba tan orgullosa de ti... Quería que fueras un gran hombre... No olvidarás a tu madre, Jimmy. Fue la única amiga que tuve en la familia.

Jimmy se rió.

—Yo no dije que no fuera ambicioso.

—Por amor de Dios, por la memoria de tu madre, ten cuidado con lo que haces. Estás empezando a vivir... Todo depende de los dos años próximos. Mírate en mí.

—Oh, el Brujo de Wall Street no ha salido tan malparado, después de todo... No, lo que pasa es que yo no quiero aceptar todo lo que se tiene que aceptar de esta cochina gente. Estoy asqueado de inclinarme ante todos esos chupatintas que no me inspiran el menor respeto... ¿Qué hace usted, primo Joe?

—No me lo preguntes...

—¿Ve usted ese barco con las chimeneas rojas? Es francés. Mire, están quitando la lona del cañón de popa... Yo quisiera ir a la guerra. El único inconveniente es que yo no sirvo para meterme en cuestiones.

Harland se mordía el labio superior. Después de un silencio rompió a hablar con voz ronca y rota.

—Jimmy, te voy a pedir una cosa por la memoria de Lily... hmmm... ¿llevas algún dinero suelto? Por una desgraciada coincidencia, no he comido muy bien los dos o tres últimos días... Me siento algo débil..., ¿comprendes?

—¡No faltaba más! Precisamente iba a proponerle que fuéramos a tomar café o té o algo... Conozco un buen restaurante sirio en Washington Street.

—Vamos allá entonces —dijo Harland poniéndose en pie—. ¿Estás seguro que no te importa que te vean con un espantapájaros como yo?

El periódico se le cayó de las manos. Jimmy se agachó a recogerlo. Una cara borrosa modelada con trazos grises, le dio una punzada como si algo le hubiera tocado el nervio de un diente. No, no era ella. Sí... JOVEN ACTRIZ DE TALENTO HACE SENSACIÓN EN THE ZINNIA GIRL...

—Gracias, no te molestes, me lo encontré ahí —dijo Harland. Jimmy tiró el periódico. Ella cayó de bruces.

—Qué fotografías tan malas, ¿eh?

—Mirándolas se mata el tiempo. A mí me gusta estar al corriente de lo que pasa en Nueva York... Un gato puede mirar a un rey, ¿sabes?; un gato puede mirar a un rey.

—Oh, lo que yo decía era que estaban mal tomadas.

VII. MONTAÑA RUSA

El crepúsculo de plomo pesa sobre los secos miembros de un viejo que marcha hacia Broadway. Al doblar la esquina, ocupada por un puesto de Nedik, algo salta en sus ojos como un muelle. Muñeco roto entre las filas de muñecos barnizados, articulados, se lanza cabizbajo al horno palpitante, a la incandescencia de los letreros luminosos. «Recuerdo cuando todo esto era campo», murmura al pequeño.

LOUIS EXPRESS ASSOCIATION: las letras rojas del cartel bailan ante los ojos de Stan. Baile anual. Muchachos y muchachas entran. De dos en dos en elefante y el canguro. La baraúnda de una orquesta se filtra por las puertas del hall. Fuera llueve. Otro río, otro río que cruzar. Se plancha las solapas de su chaqueta, da a su boca un gesto de sobriedad, paga dos dólares y entra en un gran salón ruidoso, adornado con colgaduras rojas, blancas y azules. Vértigo. Se apoya un momento contra la pared. Otro río... El entarimado donde bailan tropezándose las parejas se mece como la cubierta de un barco. El bar es más estable. «Gus McNiel está aquí». Todo el mundo dice: «el bueno de Gus». Manos grandes caen sobre anchas espaldas, las bocas rugen, negras en las caras rojas... Los vasos se levantan, se entrechocan y fulguran, se levantan y se entrechocan en una especie de danza. Un hombrachón con cara de remolacha, ojos hundidos y pelo rizado, atraviesa el bar cojeando, apoyado en un bastón.

—¿Cómo va, Gus?

—¡Ahí está el jefe!

—Bravo por el viejo McNiel. Al fin vino.

—¿Cómo va, señor McNiel?

El bar se aquieta. Gus McNiel blande su bastón.

—¡Hurra, muchachos! Divertirse... Eh, Burke, yo pago una ronda a la compañía.

—Anda, ahí está el padre Mulvaney con él también. ¡Viva el padre Mulvaney!... Ese sí que es un as.

Porque es un tipo jovial

nadie lo puede negar.

Anchas espaldas respetuosamente encorvadas siguen al grupo, avanzando con tardo paso por entre las parejas.

Y al claro de luna su pelo rojizo

estaba peinándose el viejo mandril.

—¿No quiere usted bailar?

La muchacha vuelve un hombro blanco y se larga.

Soy soltero y vivo solo

y trabajo en un telar...

Stan se sorprende cantando en su propia cara, frente al espejo. Una de sus cejas se junta con su pelo, la otra con sus pestañas... No, yo no soy célibe, soy un hombre casado... Me pego con cualquiera que diga que no soy un hombre casado y vecino de la ciudad de Nueva York, condado de Nueva York, Estado de Nueva York.

Subido en una silla discurrea golpeándose una mano con el puño... «Romanos, amigos y compatriotas, prestadme cinco machacantes... Venimos a amordazar a César, no a afeitarse... Según la constitución de la ciudad de Nueva York, condado de Nueva York, Estado de Nueva York, y debidamente atestado y suscrito ante el fiscal del distrito, conforme a las cláusulas de la ley del 13 de julio de 1888... ¡Al diablo con todo!».

—Eh, basta ya. Chicos, vamos a echar a este tipo a la calle. No es uno de los nuestros. No sé cómo ha entrado aquí. Está borracho como una cuba.

Stan salta con los ojos cerrados sobre una selva de puños. Le arrear en los ojos, en la mandíbula, y sale como disparado de un cañón a la calle silenciosa, mojada por la fría llovizna.

Soy soltero, vivo solo

y hay un río que cruzar,

otro río hasta el Jordán,

otro río que cruzar...

Soplaba un viento frío que le azotaba la cara. Estaba sentado en el frente de un ferryboat cuando volvió en sí. Le rechinaban los dientes y todo él temblaba... Tengo el D.T. ¿Quién soy yo? ¿Dónde estoy? Ciudad de Nueva York, Estado de Nueva York... Stanwood Emery, edad veinticinco años, profesión estudiante... Pearl Anderson, veintiuno, profesión, actriz. Que se

vaya al cuerno. Tengo cuarenta y nueve dólares y ochenta centavos. ¿Dónde demonios he estado yo? Nadie me los ha devuelto. Pues no, no tengo el delirium tremens. Me siento muy bien, sólo que un poco débil. No necesito más que un traguito. ¡Hola!, creí que había alguien aquí. Mejor será que me calle.

Cuarenta y nueve dólares cuelgan de la pared
, cuarenta y nueve dólares cuelgan de la pared...

Del otro lado del agua, los altos muros, los edificios de la ciudad baja, rielaban en la rosada mañana como un clamor de trompas a través de una bruma chocolatosa. Al acercarse al bar las casas se adensaban en una montaña de granito hendida por tajos de cuchillo. El ferry pasó junto a un vapor rechoncho, que estaba anclado, un poco escorado hacia Stan, de manera que éste podía ver todas las cubiertas. Un remolcador de Ellis Island rezongaba a su costado. Las cubiertas, atestadas de caras vueltas hacia arriba, como una carga de melones, despedían un olor rancio. Tres gaviotas planeaban chillando. Una se remontó en espiral; las blancas alas se empaparon de sol; la gaviota se deslizaba inmóvil en la luz dorada. El borde del sol acababa de aparecer sobre la banda violeta de nubes, al este de Nueva York. Un millón de ventanas fulguraban. La ciudad zumbaba estruendosamente.

Los animales entraron de dos en dos
, el canguro y el elefante,
y hay otro río hasta el Jordán,
otro río que cruzar...

En la luz blanquecina, tres gaviotas giraban sobre las cajas rotas, las cáscaras de naranjas, los repollos podridos que flotaban entre los tablones astillados de la valla. Las olas verdes espumajeaban bajo la redonda proa del ferry que, arrastrado por la marea, hendía el agua, resbalaba, atracaba lentamente en el embarcadero. Los manubrios giraron con un ruido de cadenas, las puertas se alzaron. Stan saltó a tierra y salió haciendo eses por el túnel de madera a Battery Place. Se sentó en un banco y cruzó las manos sobre las rodillas, para que no le temblaran tanto. Su cabeza seguía vibrando como una pianola.

Sortijas en los dedos y en los pies cascabeles
, irá la dama blanca montada en su caballo...

Babilonia y Nínive eran de ladrillo. Todo Atenas era de doradas columnas de mármol. Roma reposaba en anchos arcos de mampostería. En Constantinopla los minaretes llamean como enormes cirios en torno al Cuerno de oro... Acero, vidrio, baldosa, hormigón, serán los materiales de los

rascacielos. Apilados en la estrecha isla, edificios de mil ventanas surgirán resplandecientes, pirámide sobre pirámide, blancas nubes encima de la tormenta...

Oh, llovió cuarenta días
y llovió cuarenta noches,
no escampó hasta Navidad,
y el solo superviviente
de la gran inundación
fue Jack del Istmo el Zancudo.

—¡Cristo, si yo fuera un rascacielos!

La cerradura giraba en redondo para impedir que entrara la llave. Hábilmente, Stan le cogió el tino y la metió. Se coló de sopetón por la puerta abierta, anduvo todo el pasillo, llamó a Pearline en el gabinete. Olía a algo raro. El olor de Pearline. ¡Al cuerno con él! Agarró una silla. La silla quería volar. Volteó sobre su cabeza, se estrelló contra la ventana. Ruido de cristales. Se asomó. La calle estaba en pie. Una escalera de incendios y una bomba trepaba por ella echando chispas, dejando atrás el eco de la aullante sirena. Fuego, fuego, verted agua. Escocia se quema. Un fuego de mil dólares, un fuego de cien mil dólares, un fuego de un millón de dólares. Los rascacielos se elevan como llamas, en llamas, llamas. Se volvió al cuarto. La mesa dio el salto mortal. El aparador saltó sobre la mesa. Las sillas de roble montaron una sobre otra hasta el mechero de gas. Echad agua. Escocia está ardiendo. No me gusta el olor de este cuarto, en la ciudad de Nueva York, condado de Nueva York, Estado de Nueva York. Tendido de espaldas, en el suelo de la cocina giratoria, reía, reía. El único superviviente del diluvio montaba una gran mujer en un corcel blanco. Las llamas suben, suben. Petróleo, murmura una lata grasienta en un rincón de la cocina. Echad agua... Ya en pie, se tambaleaba sobre las sillas que crujían patas arriba sobre la mesa patas arriba. El petróleo le lamió con su lengua blanca. Perdió el equilibrio, agarró el mechero. El mechero cedió. Tendido de espaldas en un charco, frotaba cerillas. Mojadas, no prendían. Una crujió, se encendió. Stan protegió la llama cuidadosamente entre sus manos.

—Oh, sí, mi marido es atrozmente ambicioso —decía Pearline a la tendera de comestibles, vestida de guinga azul—, le gusta divertirse y demás, pero no he conocido a nadie que tenga tantas ambiciones. Va a hacer que el viejo nos envíe al extranjero para que pueda estudiar arquitectura. Quiere ser arquitecto.

—Oh, a usted le encantaría... ¡Figúrese, un viaje así!... ¿algo más, señora?

—No, creo que no olvido nada... Si no fuera él quien es, estaría alarmada.

Hace dos días que no le veo. Habrá estado en casa de su padre, supongo.

—¿Y acaban ustedes de casarse?

—Comprenderá unte que no le contaría nada si sospechara que había algo de malo. No, se está portando muy bien... Bueno, adiós, señora Robinson.

Se metió los paquetes debajo del brazo y bajó por la calle balanceando su bolso de abalorios en la mano desocupada. El sol calentaba todavía aunque el viento tuviera ya una fragancia de otoño. Dio un penique a un ciego que tocaba el vals de La viuda alegre en un organillo. De todos modos mejor sería chillarle un poquito cuando volviera a casa, no fuera a repetir la gracia a menudo. Dobló por la calle 200. La gente estaba asomada a las ventanas. La muchedumbre se apilaba. Era un fuego. Ella aspiró el aire chamuscado. Se le puso la carne de gallina. Le gustaba ver incendios. Apretó el paso. Oh, es en nuestra casa, en nuestro piso. El humo, denso como alquitrán, salía por la ventana del quinto. Se echó de repente a temblar. El negro del ascensor corrió a ella. Tenía la cara verde.

—¡Oh, es nuestro piso —gritó—, y los muebles que trajeron no hace una semana! Déjenme pasar.

Se le cayeron los paquetes. Una botella de crema se rompió en la acera. Un policía le cortó el paso. Ella se echó sobre él y empezó a aporrearle el ancho pecho azul. No podía reprimir los gritos.

—Calma, señorita, calma —decía el agente con voz profunda.

Mientras le daba cabezazos oía en su pecho el sordo rumor de su voz.

—Ya le bajan, sofocado por el humo na más, sofocado por el humo.

—¡Oh, Stanwood, marido mío! —gritó.

Todo se ennegrecía. Se agarró a dos botones brillantes de la chaqueta del policía y cayó sin sentido.

VIII. OTRO RÍO ANTES DEL JORDÁN

En la Segunda Avenida, esquina a Houston, delante del Café Cosmopolitan, un hombre subido en una caja de jabón vocifera: «... esos individuos, compañeros... esclavos del jornal como yo lo era... os impiden respirar... os quitan el pan de la boca. ¿Dónde están las chicas bonitas que yo veía ir y venir por el bulevar? Buscadlas en los cabarets elegantes... Estamos oprimidos, amigos, camaradas, esclavos debiera decir... Nos roban nuestro trabajo, nuestros ideales, nuestras mujeres... Construyen sus grandes hoteles y

clubs para millonarios y sus teatros que valen millones y sus barcos de guerra y ¿qué nos dejan?... Nos dejan tuberculosis, raquitismo y un montón de calles sucias llenas de latas de basura... Estáis pálidos, compañeros... Necesitáis sangre... ¿Por qué no os metéis una poca sangre en las venas?... Allá en Rusia los pobres... no mucho más pobres que nosotros... creen en vampiros, que vienen a chuparos la sangre de noche... Eso es el capitalismo, un vampiro que os chupa la sangre día... y... noche.»

Empieza a nevar. Los copos se devoran al pasar junto al farol. A través de la luna el Café Cosmpolitan, donde el humo sube en volutas opalinas, azules y verdes, parece un acuario cenagoso: en torno a las mesas las caras burbujan, blancas, como peces mal clasificados. Los paraguas empiezan a combinarse en racimos por la calle moteada de nieve. El orador se sube el cuello y echa a andar a prisa por Houston, procurando que su caja de jabón, toda llena de barro, no le manche los pantalones.

Caras, sombreros, manos, periódicos, saltan en el metro fétido y trepidante, como maíz en la sartén. El expreso descendente pasó rugiendo, como un relámpago. Las ventanas se enchufaron hasta encaballarse unas sobre otras como escamas.

—Oye, George —dijo Sandbourne a George Baldwin, que iba colgado de una correa a su lado—, puedes ver la ley de Fitzgerald.

—Lo que veré será el interior de una funeraria, si no salgo pronto de este metro.

—Eso os conviene a vosotros, los plutócratas; ver de cuando en cuando, cómo viajan los demás mortales... Quizá te hará sugerir a tus amigazos de Tammany Hall que se dejen de pependencias y que nos den a nosotros, jornaleros, mejores medios de locomoción... ¡Recristo!, más de una cosa les podría yo decir... Mi idea es una serie de plataformas sin fin, movibles, bajo la Quinta Avenida.

—Esa idea la has madurado cuando estabas en el hospital, Phil.

—Una porción de cosas maduré yo cuando estaba en el hospital.

—Mira, vamos a salir en Grand Central y andamos. No puedo soportar esto... No estoy acostumbrado.

—Vamos... Telefonaré a Elsie que llegará tarde a cenar... Te veo poco ahora, George.

Salieron empujados al andén por una masa de hombres y mujeres, brazos y piernas, sombreros echados para atrás sobre nuca sudorosa, y subieron a Lexington Avenue, tranquila en la neblina vinosa del crepúsculo.

—Pero ¿cómo demonios hiciste para meterte así debajo de un camión?

—Pues no lo sé, chico... Lo último que recuerdo es que estiré el cuello para mirar a una preciosidad de mujer que pasaba en un taxi. Luego me encontré bebiendo agua helada por una tetera en el hospital.

—Vergonzoso a tu edad, Phil.

—Ya lo sé, ¡recristo! Pero no soy el único.

—Hay que ver el efecto que una cosa así le hace a uno... Dime, ¿qué has oído de mí?

—Oh, George, no te pongas nervioso... La he visto en *The Zinnia Girl*... Ella lo hace todo. La otra chica, que es la primera actriz, no tiene papel.

—Mira, Phil, si oyes algo acerca de la señora Oglethorpe, hazme el favor de tapar la boca a quien sea. Es tan estúpido que no pueda uno ir a tomar té con una mujer sin que todo el mundo empiece a chismorrear... ¡Dios, no quiero escándalos!... Lo demás no me importa.

—Eh, no te dispaes, George.

—Mi posición es muy delicada en este momento... Luego Cecily y yo hemos llegado a un *modus vivendi*... Y no quiero echarlo todo a perder. Marchaba en silencio.

Sandbourne llevaba el sombrero en la mano. Tenía el pelo casi blanco, pero sus cejas eran todavía negras y pobladas. Cambiaba el paso a cada instante como si le hiciera daño andar. Carraspeó.

—George, me preguntabas antes si yo había urdido algún plan en el hospital... ¿Recuerdas que hace años el viejo Specker solía hablar de baldosas vítreas y superesmaltadas? Pues bien, yo he estado trabajando según su fórmula en Hollis... Un amigo mío tiene allí un horno de dos mil grados para cocer cerámica. Creo que puede comercializarse la cosa... Esto, chico, revolucionaría toda la industria. Combinado con cemento aumentaría enormemente el número de materiales a disposición del arquitecto. Podríamos hacer baldosas de cualquier color, tamaño o hechura. Figúrate esta ciudad cuando todos los edificios, en vez de ser de un gris sucio, estuvieran ornamentados con vivos colores. Imagínate bandas de escarlata alrededor de los cornisamentos de los rascacielos. La baldosa de color revolucionaria la vida de esta ciudad por completo... En lugar de retroceder a los antiguos órdenes o las decoraciones góticas o románticas, podríamos desarrollar nuevos modelos, nuevos colores, nuevas formas. Si hubiera un poco de color en la ciudad, toda esta vida dura y rígida se vendría abajo... Habría más amor y menos divorcios...

Baldwing soltó la carcajada.

—Hablaemos de eso otro día, Phil. Tienes que venir a cenar a casa cuando

esté Cecily y contarnos todo... ¿No podría Parkhurst hacer algo?

—No quiero que se meta en el asunto. Se apropiaría la idea y me dejaría a la luna de Valencia en cuanto supiera la fórmula. No le confiaría una moneda falsa.

—¿Por qué no se asocia contigo, Phil?

—Ya me tiene donde quiere tenerme... El sabe que yo soy el que cargo con todo el trabajo de su maldita oficina. El sabe también que soy yo demasiado arisco para entendérmelas con la mayoría de las personas. Es un cuco.

—Sin embargo, creo que podrías tantearlo.

—Me tiene donde quiere tenerme y él lo sabe, de modo que yo continué haciendo el trabajo para que él amase dinero... Lo encuentro muy lógico. Si yo tuviera más dinero me lo gustaría. No lo puedo remediar.

—Pero, hombre, mira, tú no eres mucho más viejo que yo... Tú tienes todavía una carrera por delante.

—Sí, nueve horas diarias delineando... ¡Dios, si tú te asociaras conmigo para ese negocio de baldosas!...

Baldwing se paró en una esquina y dio una palmada en la cartera que llevaba.

—Ya sabes, Phil, que yo tendría mucho gusto en darte una mano si me fuera posible... Pero precisamente en este momento mi situación financiera está terriblemente comprometida. Me he metido en cierto embrollo bastante temerario y Dios sabe cómo saldré de ello... Por eso no quiero escándalo, ni divorcio, ni nada semejante. Tú no sabes lo complicadas que son estas cosas... No podría emprender nada nuevo, al menos por un año. Con esta guerra la situación de la Bolsa es poco estable. Cualquier cosa puede ocurrir.

—Muy bien. Hasta la vista, George.

Sandbourne giró bruscamente sobre sus talones y retrocedió por la avenida. Estaba cansado. Le dolían las piernas. Era casi de noche. Camino de la estación, los sucios bloques de ladrillo y piedra se sucedían monótonamente como los días de su vida.

Bajo la piel de sus sienes, garfios de hierro se aprietan. La cabeza leva a estallar como un huevo. Va y viene por la habitación, donde se eriza el aire cargado, picante. Los colores de los cuadros, de las alfombras, de las sillas, la ahogan como envolviéndola en una manta caliente. Fuera, los patios rayados con el azul, lila y topacio de un crepúsculo lluvioso. Abre la ventana. Para emborracharse no hay hora como el crepúsculo, decía Stan. El teléfono

desgranó las cuentas sonoras de sus tentáculos temblorosos. Baja la ventana de golpe. ¡Dios, no me dejarán nunca en paz!

—Hombre, Harry, no sabía que estaba usted de vuelta... Oh, no sé si podré... Sí, creo que sí. Venga usted después del teatro... ¡Estupendo! Tiene usted que contarme.

Apenas deja el receptor el timbre se agarra a ella otra vez.

—¿Quién?... No, no... Oh, sí, quizás... ¿Cuándo volvió usted? (Se echó a reír con retintín de teléfono). Pero Howard, estoy ocupadísima... Sí, de veras... ¿Ha visto usted la función? Bueno, venga usted una de estas noches después del teatro... Estoy ansiosa de que me cuente su viaje... ya sabe usted... Adiós, Howard.

Un paseo me sentaría bien. Se sienta al tocador y se suelta el pelo sobre los hombros.

—Es tan incómodo, tendré que cortármelo... Me crece de un modo... La sombra de la Muerte Blanca... No debiera trasnochar tanto, esas ojeras negras... Y a la puerta la Invisible Corrupción... Si al menos pudiera llorar; hay personas que pueden llorar hasta perder los ojos, llorar hasta quedarse ciegas... Bueno, el divorcio se llevará a cabo...

Lejos de la ribera y lejos del tropel

cuyas velas jamás corrieron la borrasca.

¡Huy!, ya son las seis. Vuelta a pasear de arriba abajo por el cuarto. Me siento terriblemente, oscuramente lejos... El teléfono suena.

—¿Quién?... Sí, señorita Oglethorpe... Oh, Ruth, hace una eternidad que no te veo, desde que vivíamos en casa de la señora Sunderland... ¡Cuánto me gustaría verte! Ven y tomaremos un pisolabis camino del teatro... Piso tercero.

Cuelga el teléfono y saca un impermeable del guardarropa. El olor a pieles, a naftalina y a vestidos se le agarra a las narices. Levanta la ventana otra vez y aspira profundamente el aire húmedo impregnado de la fría nostalgia del otoño. Oye el ronroneo de un gran vapor en el río. Oscuramente, terriblemente lejos de esta vida absurda, de esta lucha fútil, estúpida; un hombre puede casarse con un barco si quiere, pero una mujer... El teléfono desgrana su repiqueteo; llama, llama, llama.

El timbre de la puerta rezonga al mismo tiempo. Ellen aprieta el botón que levanta el picaporte.

—¿Quién?... No, lo siento, tendrá usted que decirme quién es... ¡Cómo! ¿Larry Hopkins?... Creí que estaba usted en Tokio... No le habrán trasladado

a usted otra vez, supongo. Claro, tenemos que vernos... Es absurdo, querido, pero estoy comprometida toda esta semana y la que viene... Estoy como loca esta noche. Llámeme otra vez mañana a las doce y trataré de hacer un hueco... Pues claro, quiero verle a usted en seguida..., es usted un tonino.

Ruth Prynne y Cassandra Wilkins entran sacudiendo el agua de sus paraguas.

—Bueno, adiós Larry... Qué amables haber venido... Quitaos las cosas un momento... ¿Cassie, no querrás comer con nosotras?

—Tenía que verte... Es tan maravilloso tu maravilloso triunfo —dice Cassie con voz temblona—. Y además, querida, recibí tal impresión cuando me enteré de lo del señor Emery. Lloré, lloré a chowos, ¿verdad Wuth?

—¡Qué pisito tan mono tienes! —exclamó Ruth al mismo tiempo.

A Ellen le zumbaban los oídos como si fuera a ponerse enferma.

—Todos tenemos que morirnos algún día —dice con aspereza. Ruth da golpecitos en el suelo con el chanclo y hace una seña a Cassie para que se calle.

—¿No sería mejor que nos marcháramos? Se está haciendo tarde —dice.

—Perdona un momento Ruth.

Ellen corre al cuarto de baño y da un portazo. Se sienta en el borde de la bañera y se da puñetazos en las rodillas con los puños cerrados. Esas mujeres me volverán loca. Luego sus nervios en tensión se relajan, siente algo que fluye dentro de ella como el agua de un lebrillo. Tranquilamente se da un toque de rojo en los labios.

Cuando vuelve dice con su voz usual:

—Bueno, vámonos. ¿Tienes contrata ya?

—Pude ir a Detroit con una compañía. Renuncié... No saldré de Nueva York pase lo que pase.

—Qué no daría yo por una ocasión de marcharme de Nueva York... De verás, si me ofrecieran cantar en un cine, en Medicine Hat, creo que aceptaría.

Ellen coge su paraguas y las tres mujeres bajan en fila las escaleras y salen a la calle.

—¡Taxi! —llama Ellen.

El auto que pasa se detiene rechinando. La roja cara de halcón del chófer se alarga bajo la luz del farol.

—A Eugenie's, calle 48 —dice Ellen mientras las otras suben. Luces

verdes y sombras pasan tras las ventanas encendidas.

Estaba asomada al parapeto del roofgarden con su brazo en el brazo del smoking de Harry Goldweiser, Bajo ellos se extendía el parque, punteado de escasas luces, rayado de vetas de niebla, pedazos de un cielo caído. A sus espaldas ráfagas de un tango, insinuaciones de voces, restregones de pies en el entarimado del baile. Ellen, con su vestido verde-metálico, se sentía rígida como una estatua de hierro.

—Ah, pero, la Bernhardt, la Rachel, la Duse, la señora Siddons... No, Elaine, es lo que le digo. No hay arte de tan altos vuelos como el teatro para interpretar las pasiones humanas... Si yo pudiera hacer lo que quiero seríamos grandes... Usted la mejor actriz... Yo el mayor empresario, el invisible constructor, ¿comprende usted? Pero el público no quiere arte, el público de este país no nos deja hacer nada por él. Todo lo que pide es un melodrama detectivesco o una cochina farsa francesa, quitada la pimienta, o bien un montón de mujeres guapas con música. En fin, el interés del empresario es dar al público lo que quiere.

—Yo creo que esta ciudad está llena de personas que quieren cosas inconcebibles... Fíjese usted.

—Está bien de noche, cuando no se puede ver. No hay sentido artístico, ni monumentos bonitos, ni atmósfera histórica, eso es lo que pasa.

Se quedaron un momento sin hablar. La orquesta empezó a tocar el vals del Dominó lila. De pronto, Ellen se volvió a Goldweiser y le dijo en un tono cortante:

—¿Puede usted comprender que una mujer quiera a veces ser una prostituta, una vulgar zorra?

—Mi querida amiga, ¡qué ocurrencia extraña en boca de una muchacha tan bonita, tan encantadora!

—Supongo que estará usted escandalizado.

Ella no oyó su respuesta. Sentía que iba a llorar. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y contuvo la respiración hasta contar veinte. Luego, con voz ahogada de niña, dijo:

—Harry, vamos a bailar un poco.

El cielo, sobre los edificios de cartón, forma una bóveda de plomo batido. Haría menos frío si nevara. Ellen encuentra un taxi en la esquina de la Séptima Avenida, y se deja caer en el asiento, frotándose los ateridos dedos de una mano enguantada contra la palma de la otra mano. «Calle 57, oeste». Con una máscara de fatiga mira por la ventanilla las fruterías, los carteles, los edificios en construcción, los camiones, las mujeres, los recaderos, los policías. Si tengo

un hijo, el hijo de Stan crecerá para que le zarandeen a él también por la Séptima Avenida, bajo un cielo plomo batido, de donde nunca cae la nieve, y mirará las fruterías, los carteles, los edificios en construcción, los camiones, las mujeres, los recaderos, los policías... Junta las rodillas, se sienta derecha en el borde del asiento, cruza las manos sobre el vientre esbelto. ¡Dios mío, qué mala broma me han jugado llevándose a Stan, quemándolo, no dejándome más que esto que crece en mí y me va a matar!... Lloriquea sobre sus manos ateridas. ¿Por qué no nevará, Dios mío?

Mientras, de pie en la acera, busca un billete en el bolsillo, un torbellino de polvo que arremolina papeles rotos en la alcantarilla le llena la boca de arena. La cara del negro del ascensor es de ébano incrustada de marfil.

—¿La señorita Stanton Wells?

—Sí, señora; piso octavo.

El ascensor susurra al remontarse. El pie, Ellen se mira al espejo. De repente la invade una gran alegría. Se restriega la cara con el pañuelo retorcido, sonrío al chico del ascensor con una sonrisa larga como el teclado de un piano, y vivamente corre hacia la puerta del piso. Una doncella muy peripuesta abre. Dentro huele a té, a pieles y a flores. Voces femeninas gorjean entre el tintín de las tazas como pájaros en una pajarera. Todas las miradas revolotean alrededor de su cabeza cuando entra en la sala.

El mantel estaba manchado de salpicaduras de vino y de motas de tomate. En las paredes del restaurante había vistas de la bahía de Nápoles pintadas con verdes y azules caldosos. Ellen, que había retirado un poco su silla de la mesa llena de jóvenes, miraba el humo de su cigarrillo trazar espirales en torno a la botella de Chianti. En su plato un helado tricolor se derretía olvidado.

—Pero, señor, ¿es que el hombre no tiene ningún derecho? No, esta civilización industrial nos fuerza a buscar una nueva adaptación del gobierno a la vida social...

—¡Cuántas palabras largas! —murmuró Ellen a Herf, que estaba sentado a su lado.

—Lo cual no impide que tenga razón —le replicó él.

—El resultado ha sido poner en manos de unos cuantos hombres más poder que el que nadie ha tenido en la historia del mundo desde las horribles civilizaciones esclavas del Egipto y Mesopotamia.

—Oigan, oigan.

—No, hablo en serio... La única defensa que tienen los trabajadores, el proletariado, productores y consumidores, como quieran llamarles, es formar uniones y finalmente organizarse de manera que puedan gobernarse por sí

mismos.

—Creo que estás completamente equivocado, Martín. Son los capitalistas, esos horribles capitalistas, los que han hecho de esta nación lo que es hoy.

—¿Sí?, pues mira cómo está... precisamente eso mismo estoy diciendo. Ni un perro metería yo en esta perrera.

—Yo no pienso así... Admiro este país... Es mi única patria... Y creo que todas esas masas oprimidas quieren realmente ser oprimidas; no sirven para otra cosa... Si no se convertirían en prósperos negociantes, como todo el que vale para algo.

—Pero yo no creo que un negociante próspero sea el más alto ideal humano.

—Bastante más alto que un cochino anarquista... Los que no son ladrones son locos.

—Mira, Mead, estás insultando una cosa que no entiendes, que ignoras por completo... No te lo puedo tolerar... Debieras tratar de comprender estas cosas antes de insultarlas.

—Un insulto a la inteligencia, eso es toda esa cháchara socialista, nada más.

Ellen le dio a Herf en la manga.

—Jimmy, tengo que irme a casa. ¿Quiere usted acompañarme un rato?

—Martín paga por nosotros, tenemos que marcharnos... Ellie, está usted atrozmente pálida.

—Es que hace demasiado calor aquí... ¡Uf, qué alivio!... Además odio las discusiones. Nunca se me ocurre nada que decir.

—Esa pandilla arma un altercado cada noche. No hacen más que pelearse.

La Octava Avenida estaba llena de una niebla que se les agarraba a la garganta. Las luces brillaban mortecinas a través de ella, las caras se esfumaban, se perfilaban en silueta y desaparecían como peces en un acuario turbio.

—¿Mejor, Ellie?

—Mucho.

—Me alegro.

—¿No sabe usted que es la única persona que aún me llama Ellie? Me gusta... Todo el mundo trata de recordarme que ya no soy una niña desde que estoy en el teatro.

—Stan la llamaba así.

—Quizá por eso me guste —dijo ella con una voz larga y débil como un grito oído en la noche, muy lejos, en la playa.

Jimmy sintió algo que le apretaba la garganta.

—¡Oh, qué tristeza, Dios mío! —dijo—. ¡Si pudiera uno echar la culpa de todo al capitalismo como hace Martín!...

—Es muy agradable andar así... Me gusta la niebla.

Iban sin hablar. Las ruedas retumbaban a través de la bruma ensordecedora, acompañadas por el distante bramido de las sirenas y pitos del río.

—Pero al menos usted tiene una carrera... A usted le gusta su trabajo, tiene usted un éxito enorme —dijo Herf en la esquina de la calle 14, y la tomó de un brazo para cruzar.

—No diga eso... Realmente no lo cree. Yo no me hago tantas ilusiones como usted piensa.

—No, pero es así.

—Me las hacía antes de conocer a Stan, antes de quererle... Usted lo sabe... Yo era una chiquilla fascinada por el teatro, lanzada a una porción de cosas que no comprendía, antes que pudiera saber nada de la vida... Casada a los dieciocho y divorciada a los veintidós, un bonito record... Pero Stan era tan extraordinario...

—Ya sé.

—Sin decirme nunca nada me hizo sentir que había otras cosas..., cosas increíbles...

—¡Lástima que fuera tan loco!

—No puedo hablar de eso.

—No hablemos.

—Jimmy, es usted la única persona que me queda con quien realmente puedo hablar.

—No se fíe de mí. El mejor día también yo puedo parecer un obstáculo.

Se echaron a reír.

—Dios, yo estoy encantado de no estar muerto. ¿Usted no, Ellie?

—Yo no sé. Ésta es mi casa. No quiero que suba... Me voy a acostar ahora mismo. Me siento muy mal.

Jimmy, sombrero en mano, se quedó mirándola. Ella buscaba en su bolso la llave.

—Mire, Jimmy, después de todo voy a decírselo...

Se acercó a él y le habló de prisa, con la cara vuelta, apuntándole con el llavín que reflejaba la luz del farol. La niebla les rodeaba, formando una tienda de campaña.

—Voy a tener un hijo..., un hijo de Stan. Estoy decidida a dejar esta vida estúpida y a criarlo. No me importa lo que pase.

—Es la primera vez que oigo hablar así a una mujer... ¡Oh, Ellie, quiero decirle una cosa!

—Oh, no, (Se le rompió la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas). Soy una tonta...

Arrugó la cara como un niño pequeño y corrió escaleras arriba. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Oh, Ellie, quiero decirle una cosa!

La puerta se cerró tras ella.

Jimmy Herf se quedó clavado al pie de los escalones de piedra. Le palpitaban las sienes. Hubiera querido romper la puerta. Se hincó de rodillas y besó el escalón donde ella había estado en pie. La niebla se arremolinaba a su alrededor en confeti de colorines. Luego el trompetazo de su corazón se extinguió y Jimmy se sintió caer en un negro boquete. Se quedó inmóvil, clavado al suelo. Los ojos, redondos como bolas, de un policía, recia columna azul balanceando su porra, le miraban de arriba abajo. Entonces cerrando violentamente los puños se alejó.

—¡Oh, Dios, qué horrible es la vida! —dijo en voz alta.

Con la manga de la chaqueta se limpió el polvo de los labios.

En el momento de zarpar el ferry, ella le daba la mano para saltar del auto.

—Gracias, Larry.

Y sigue al corpachón, que se dirige amblando hacia la proa. El vientecillo de río expulsa de sus narices el olor a polvo y a gasolina. En la noche perla, las siluetas cuadradas de las casas fronteras, a lo largo de Riverside Drive, giran como fuegos artificiales apagados. El agua chapotea hendida por la proa del ferry. Un jorobado rasca Marianela en su violín.

—Nada tiene tanto éxito como un éxito —dice Larry con una voz profunda y cantarina.

—Oh, si supiese usted qué poco me importa ahora todo eso, seguiría dándome la tabarra. Usted lo sabe, matrimonio, éxito, amor, son palabras nada más.

—Quizá, pero para mí lo significan todo. Creo que le gustaría a usted la vida en Lima, Elaine... Esperé a que usted estuviera libre. Y ahora aquí me tiene.

—Nadie es libre, ni siquiera... Pero estoy helada.

El viento del río es salobre. Por el viaducto de la calle 125 los tranvías trepan como escarabajos. Al atracar el ferry oyen el rechinar y el rodar de las ruedas sobre el asfalto.

—Mejor sería volver al coche, Elaine, divina criatura.

—Después de todo, un día da gusto, ¿verdad, Larry?, volver al centro de las cosas.

Al lado de la puerta blanca hay dos botones: TIMBRE DE NOCHE y TIMBRE DE DIA. Ella toca con un dedo temblón. Un hombre bajo y ancho, con cara de rata, y el pelo liso peinado hacia atrás, abre. Manos cortas de muñeca, color de pulpa de seta, le cuelgan a los lados. Encorva los hombros en una reverencia.

—¿Es usted la señora?... Adelante.

—¿El doctor Abrahams?

—Sí... ¿Es usted la señora de quien me habló por teléfono mi amigo? Siéntese, señora mía.

El despacho huele a algo como árnica. Su corazón late desesperadamente entre sus costillas.

—Comprenda usted... (Su voz que tiembla, la exaspera: va a desmayarse). Comprenda usted, doctor Abrahams, es absolutamente necesario. Voy a divorciarme de mi marido, y tengo que ganarme la vida.

—Muy joven, matrimonio desgraciado... Lo siento.

El doctor masculla como para sí. Exhala un suspiro silbante y de repente clava en los ojos de ella los suyos, como barrenas de acero negro.

—No se asuste usted, señora, es una operación sencillísima... ¿Está usted dispuesta ahora?

—Sí. ¿No tardará mucho tiempo, verdad? Si puedo recobrarlo lo bastante, tengo una cita para tomar el té a las cinco.

—Es usted una mujercita valiente. Dentro de una hora ya se le ha olvidado

todo... Lo siento... Es muy triste que estas cosas sean necesarias... Querida señora, usted debiera tener un hogar y muchos niños y un buen marido... ¿Quiere usted pasar a la sala de operaciones y prepararse?... Yo trabajo sin ayudante.

El brillante globo de luz cruda se hincha en el centro del techo, enciende el níquel de los bisturíes, el esmalte, una vitrina cortante llena de instrumentos cortantes. Ellen se quita el sombrero y se deja caer estremecida en una sillita esmaltada. Luego se pone en pie rígida, y desata la banda de su falda.

El rumor de la calle rompe como la resaca contra una concha de palpitantes agonías. Ella contempla la rosa de sus mejillas, el carmín de sus labios, que son una máscara en su cara. Todos los botones de sus guantes están abrochados. Levanta la mano. «Taxi». Un coche antiincendios pasa rugiendo, una manguera con hombres de caras sudorosas poniéndose los impermeables, una escalera que traquetea. Todo sentimiento se desvanece en ella como el silbido de la sirena. Un indio de madera pintada, con una mano en alto en la esquina.

—¡Taxi!

—Va, señora.

—Al Ritz.

SECCION III

I. LA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

Banderas en todas las astas de la Quinta Avenida, flotando al recio viento de la historia. Grandes banderas que sujetas por cuerdas a los crujientes palos, con bolas doradas, tremolan y gualdrapan a lo largo de la Quinta Avenida. Las estrellas bailan apaciblemente en un cielo de pizarra, las franjas rojas y blancas se retuercen contra las nubes.

En la algazara de charangas y caballos piafantes, en el estruendoso fragor del cañón, sombras como sombras de garras, asen las tensas banderas. Las banderas como lenguas hambrientas lamen, se retuercen, se enroscan.

Un camino largo, largo que serpea...

¡Allá abajo!... ¡Allá abajo!

El muelle está atestado de barcos rayados como cebras, como mofetas. Los Narrows están obturados con lingotes. En los subterráneos del Tesoro apilan monedas de oro hasta el techo. Los dólares gimen en la radio, todos los cables inscriben dólares.

Un camino largo, largo, que serpea...

¡Allá abajo!... ¡Allá abajo!

En el metro los ojos se salen de las órbitas al deletrear Apocalipsis, tifus, cólera, ametrallamiento, insurrección, muerte en el fuego, muerte en el agua, muerte en el barro, muerte de hambre.

¡Oh, qué lejos está Madymosell de Armenteers, allá abajo, allá abajo! Ya vienen los yanquis, ya vienen los yanquis. Por la Quinta Avenida trompetean pidiendo para el empréstito de la Libertad, para la Cruz Roja. Barcos hospitales se deslizan puerto arriba y descargan furtivamente, de noche, en los viejos docks de Jersey. A lo largo de la Quinta Avenida las banderas de diecisiete naciones, flamean, se retuercen en el viento veraz y cortante.

¡Oh la encina y el freno y el llorón!

Verde crece la hierba en el país de Dios...

Las grandes banderas gualdrapean y flotan en sus amarras en las crujiertes astas de la Quinta Avenida.

El capitán James Merivale, D.S.C., tendido en el sillón con los ojos cerrados, sentía los dedos blanduchos del barbero sobarle suavemente las mejillas. La espuma le cosquilleaba en las narices, aspiraba el perfume de las lociones, oía los tijeretazos y el zumbido de un vibrador eléctrico.

—¿Un poquito de masaje facial, señor, para quitarse esas espinillas? — murmuró el barbero a su oído.

El barbero era calvo y tenía una barbilla azul y redondita.

—Bueno —repuso Merivale—; haga usted todo lo que quiera. Ésta es la primera vez que me afeito decentemente desde que se declaró la guerra.

—¿Recién llegado, mi capitán?

—Sipi..., luchando por la democracia.

El barbero ahogó sus palabras bajo una toalla caliente.

—¿Un poco de agua de lila, mi capitán?

—No, no me ponga ninguna de esas condenadas lociones; basta un poco de carpe o un antiséptico cualquiera.

La manicura rubia tenía unas pestañas ligeramente untadas de rimel; le

lanzó una mirada hechicera, entreabriendo sus labios de rosa. —Se conoce que acaba usted de desembarcar, mi capitán... ¡Qué tostado viene usted! (Él abandonó una mano sobre la blanca mesita). Hace mucho tiempo, mi capitán, que nadie ha cuidado de estas manos.

—¿Y usted qué sabe?

—Mire cómo le ha crecido la cutícula.

—Estábamos demasiado ocupados para pensar en tales cosas. Soy hombre libre desde las ocho solamente.

—¡Oh, debe de haber sido terrible!

—Sí, fue una gran guerrita mientras duró.

—Me figuro... ¿Y ahora ha terminado usted por completo, mi capitán?

—Sigo en la reserva, desde luego.

La manicura le dio una última palmadita en la mano y él se puso en pie.

Dejó sendas propinas en la palma blanducha del barbero y en la palma ruda del negro que le alargó el sombrero, y subió despacio los blancos escalones de mármol. En el rellano de la escalera había un espejo. El capitán James Merivale se detuvo a contemplar al capitán James Merivale. Eran un joven alto de facciones rectilíneas, con una barbilla algo carnosa. Vestía un bien cortado uniforme de gabardina, realzado por las insignias de la Rainbow División, y todo decorado de cintajos y galones. La luz del espejo ponía reflejos plateados en las dos pantorrillas de sus polainas. Carraspeó mientras se miraba, de arriba abajo. Un joven en traje de paisano se le acercó por detrás.

—Hola, James, te han dejado como nuevo.

—Exacto... Oye, ¿no es una estupidez no dejarnos usar cinturones Sam Browne? Es echar a perder el uniforme por completo.

—Por mí ya pueden coger todos los cinturones Sam Browne y metérselos al general en jefe donde le quepan... Yo soy paisano.

—Tú eres todavía oficial de la reserva, no lo olvides.

—La reserva que se la lleven los diablos. Vamos a echar un trago.

—Tengo que ir a ver a la familia.

Habían llegado a la calle 42.

—Bueno, hasta luego James. Yo voy a gozar de un alivio... Figúrate... ¡estar libre!

—Hasta luego, Harry, no hagas nada que yo no haría.

Merivale se dirigió hacia el oeste por la calle 42. Todavía se veían banderas, unas colgadas de las ventanas, otras ondulando perezosamente en las astas con la brisa septembrina. Iba mirando los escaparates, flores, medias de mujer, bombones, camisas y corbatas, vestidos, telas de color a través de las lunas resplandecientes, entre un raudal de caras, caras afeitadas de hombres, caras de mujeres con labios rojos y narices empolvadas. Todo le excitaba, todo le intranquilizaba. Entró en el metro impaciente. «Fíjate cuántos galones lleva ése... Es un D.S.C.», oyó que una muchacha le decía a otra. Se apeó en la calle 72, tan familiar para él, y marchó, sacando pecho, en dirección al río.

—¿Cómo está usted, capitán Merivale? —dijo el del ascensor.

—¿Libre al fin, James? —gritó su madre corriendo a abrazarle. Él bajó la cabeza y la besó. La madre, vestida de negro, pálida y ajada. Maisie, también de negro, apareció tras ella, alta y sonrosada.

—¡Qué alegría encontraros las dos de tan buen semblante!

—Sí, estamos mejor de lo que podía esperarse. Querido, lo hemos pasado muy mal... Ahora eres el cabeza de familia, James.

—¡Pobre papá... morir así!

—De eso te libraste... Miles de personas murieron de lo mismo, en Nueva York solamente...

James enlazó a Maisie con un brazo y a su madre con otro. Ninguno de los tres hablaba.

—Sí —dijo Merivale dirigiéndose al gabinete—, fue una buena guerra mientras duró.

Su madre y su hermana le siguieron pisándole los talones. Él se sentó en el sillón de cuero y estiró sus piernas relucientes.

—No sabéis lo delicioso que es encontrarse de nuevo en casa.

—La señora Merivale acercó su silla.

—Bueno, ahora, querido, cuéntanos todo.

En la oscuridad de los escalones ante el portal, la agarra violentamente y la atrae hacia así.

—No, Buoy, no; no seas bruto.

Sus brazos le ciñen la espalda como una cuerda de nudos. A ella le tiemblan las piernas. Siente en la cara, en la nariz, la boca del hombre que busca ávidamente la suya. Unos labios le chupan los labios impidiéndole respirar.

—Suéltame, no puedo más.

Él la aparta de sí. La chica, sujeta por sus manazas, se tambalea jadeante contra la pared.

—No tienes que preocuparte —murmuró él en voz baja.

—Tengo que irme, es tarde... tengo que levantarme a las seis.

—Y yo, ¿a qué hora crees tú que me levanto?

—Es que mi madre puede sorprenderme.

—Dile que se vaya a la porra.

—El mejor día le digo algo peor... si no deja de fastidiarme.

Ella le oprime los mofletes, le besa rápida en la boca; desasiéndose de él, sube corriendo cuatro tramos de mugrientas escaleras.

La puerta está aún sin cerrar. Ella se desata los escarpines y atraviesa con cuidado la cocina, con los pies doloridos. Del cuarto contiguo, llega el doble roncar fatigoso de sus tíos. Alguien me quiere bien, y yo no sé quién... La canción le hormiguea por todo el cuerpo, en sus pies que palpitan, en la parte de la espalda donde él le apretaba la mano al bailar. Anna, o te olvidas de eso o no duermes. Anna, hay que olvidar. Los platos tintinean espantosamente cuando ella se da un topetazo contra la mesa puesta para el desayuno.

—¿Eres tú, Anna? —dice la voz quejicosa y soñolienta de su madre desde la cama.

—Fui a beber agua, mamá.

La vieja gruñe entre dientes. Da una vuelta en la cama y los muelles crujen. Dormida todo el tiempo.

Alguien me quiere bien yo no sé quién. Anna se quita el vestido de baile y se pone el camisón; luego, de puntillas, va al guardarropa a colgar el vestido, y por fin se desliza entre las sábanas, poco a poco para que los hierros no crujan. Roce de pies, luces brillantes, caras hinchadas, brazos enlazados, muslos tensos, pies saltantes. Yo no sé quién. Roza que te roza, matraca del saxófono, pasos al compás del tambor, trombón, clarinete. Pies, muslos, mejillas pegadas. Alguien me quiere bien... Roza que te roza, yo no sé quién.

El bebé con su carita sonrosada y los puños cerrados dormía en la cama del camarote. Ellen estaba agachada sobre una maleta de cuero negro. Jimmy Herf, en mangas de camisa, miraba por la portilla.

—Ahí está la estatua de la Libertad... Ellie, debiéramos estar sobre cubierta.

—Pasarán siglos antes que atraquemos. Sube tú antes. Yo iré con Martín dentro de un minuto.

—Oh, ven ahora; meteremos todo lo del niño en la bolsa mientras nos remolcan al muelle.

Salieron a la cubierta en la deslumbrante tarde de septiembre. El agua era verde-añil. Un viento recio barría las espirales de humo gris y las burbujas de algodón bajo la enorme bóveda añil del cielo. Contra el horizonte manchado de hollín, barcazas, vapores, chimeneas de centrales eléctricas, muelles cubiertos, puentes. La parte baja de Nueva York era una pirámide de cartón recortado.

—Ellie, deberíamos sacar a Martín para que viera.

—Empezaría a bramar como un remolcador... Mejor está donde está.

Se agacharon para pasar bajo unos cables, junto a un malacate rechinante, y llegaron a la proa.

—¡Oh, Ellie, es el espectáculo más grandioso del mundo!... Yo nunca pensé volver; ¿y tú?

—Yo siempre tuve intención de volver.

—No así.

—No, creo que no.

—S'il vous plait, madame...

Un marinero les hacía retroceder. Ellen volvió la cara contra el viento para quitarse de los ojos los mechones de pelo cobrizo.

—C'est beau n'est-ce pas?

Ella sonrió en el viento a la cara roja del marinero.

—J'aime mieux le Havre... S'il vous plait, madame.

—Bueno, me voy abajo; tengo que envolver a Martín.

El chung-chung del remolcador que se acercaba al costado del buque le impidió oír la respuesta de Jimmy. Ellen se alejó y bajó otra vez al camarote.

Fueron estrujados entre la multitud al extremo de la pasarela.

—Mira, podríamos esperar un mozo —dijo Ellen.

—No, rica, ya las llevo yo.

Jimmy sudaba y tropezaba, con una maleta en cada mano y paquetes bajo los brazos. En los de Ellen el rorro balbuceaba alargando sus manecitas a las caras de todos.

—¿Sabes una cosa? —dijo Jimmy al franquear la pasarela—. Más me gustaría embarcar... Me fastidia volver aquí.

—A mí no... Ahí está la H... Voy en seguida... Quiero ver si Frances y Bob están ahí.

—Hola...

—Bueno que me...

—Helena, has engordado, estás magnífica. ¿Y Jimps?

Jimmy se frotaba las manos rozadas por las asas de las pesadas maletas.

—Hola, Herf.

—Hola, Frances.

—¡Qué alegría veros!

—Jimps, lo que tengo que hacer es irme corriendo al Brewoort con el chico...

—¡Qué monería!

—¿Tienes cinco dólares?

—Tengo sólo un dólar suelto. Esos ciento están en cheques.

—Yo tengo dinero de sobra. Helena y yo vamos al hotel y vosotros podéis venir luego con el equipaje.

—Inspector, ¿puedo salir con el niño? Mi marido se ocupará de los baúles.

—¡No faltaba más, señora! Pase usted.

—¿No es mono? ¡Oh Frances, eso es divertidísimo!

—Vete, Bob. Yo acabaré más pronto solo... Tú acompaña a las señoras al Brewoort.

—Lástima que tengas que quedarte.

—Vamos, irse... Yo os seguiré dentro de nada.

—Señor James Herf, señora y niño... ¿No es eso?

—Sí, eso es.

—Enseguida soy con usted, señor Herf... ¿Está todo el equipaje aquí?

—Sí, está todo.

—¡Qué bueno es! —cloqueó Frances, que subió con Hildebrand al coche donde ya Ellen se había instalado.

—¿Quién?

—El niño, por supuesto.

—Oh, tenías que verle algunas veces. Parece que le gusta viajar. Un hombre sin uniforme abrió la puerta del coche y metió la cabeza dentro, al momento de salir.

—¿Quiere oler nos el aliento? —preguntó Hildebrand.

El hombre, que tenía una cabeza como un taco de madera, cerró la puerta.

—Helena no conoce la prohibición, todavía, ¿verdad?

—Me ha dado el gran susto. Mira.

—¡Atiza!

De debajo de la manta que envolvía al chico sacó un paquete de papel gris...

—Dos litros de nuestro coñac especial... goût famille, Herf... y traigo otro en un termo escondido en la cintura... Por eso parece que voy a tener otro chico.

Los Hildebrand reventaban de risa.

—Jimps trae otro termo en la cintura y un frasco de chartreuse en el bolsillo trasero del pantalón... Probablemente tendremos que dar una fianza para sacarle de la cárcel.

Aún se les saltaban las lágrimas de risa cuando se apearon en el hotel. En el ascensor el chico empezó a berrear.

Apenas habían cerrado la puerta del espacioso cuarto soleado cuando sacó el termo de debajo de su vestido.

—Oye, Bob, telefona que suban un poco de hielo partido y un sifón... Beberemos un coñac à l'eau de seltz.

—¿No sería mejor esperar a Jimps?

—Oh, estará aquí en seguida... No tenemos nada que declarar... Venimos demasiado arruinados... ¿Frances, cómo te arreglas tú para la leche en Nueva York?

—¿Cómo voy a saberlo yo, Helena?

Frances Hildebrand, toda ruborizada, se dirigió a la ventana.

—Bueno, seguiremos alimentándole como en el viaje... Parece que le sentaba bien.

Ellen había acostado al crío en la cama. Él pataleaba mirando alrededor

con sus redondos ojos negros de reflejos dorados.

—¡Pero qué gordo está!

—Está tan saludable que me temo que sea medio idiota... ¡Cielo santo!, y yo que tengo que telefonar a mi padre... La vida de la familia es complicada hasta la desesperación.

Ellen estaba montando su infiernillo de alcohol en el lavabo. El botones entró con vasos, un cacharro con hielo partido y una botella de White Rock en una bandeja.

—Prepararé algo con lo del termo. Tenemos que bebernos eso, si no el alcohol echará a perder la goma... Y brindaremos por el café d'Harcourt.

—Naturalmente, vosotras no comprendéis, chicas —dijo Hildebrand—, lo difícil que es con la prohibición no emborracharse.

Ellen, riendo, se inclinó sobre el infiernillo, que despedía un olor casero a níquel caliente y a alcohol quemado.

George Baldwin subía por Madison Avenue con su abrigo de entretiempo al brazo. Su fatigado espíritu se reanimaba en el rutilante crepúsculo de otoño. Calle tras calle, en el ambiente impregnado de gasolina, dos abogados de frac negro y almidonados cuellos de pajarita, discutían en su cabeza. Si vas a casa gozarás de la intimidad de la biblioteca. El piso estará sombrío y tranquilo y podrás sentarte en zapatillas bajo el busto de Escipión el Africano, en el sillón de cuero, y leer, y hacer que te sirvan la comida... Nevada estará alegre y dicharachera y te contará historias picantes... Sabrá todos los chismes del Ayuntamiento... siempre útil... Pero tú no volverás a ver a Nevada... demasiado peligrosa; te hace perder la cabeza... Y Cecily ajada, elegante, esbelta, mordiéndose los labios y odiándome, odiando la vida... Dios mío, ¿cómo podría yo reorganizar mi existencia? Se paró frente a una tienda de flores. De la puerta salía una fragancia húmeda, dulce, costosa, que se esparcía densa por la calle de un vivo azul acerado. Si al menos pudiera consolidar mi posición financiera... En el escaparate se veía un jardín japonés en miniatura con puentes de espada rota y estanques donde los peces de colores parecían ballenas. Proporción, eso es. Trazarse la vida como un prudente jardinero, labrar, sembrar. No iré a Nevada esta noche. Podría, sin embargo, mandarles unas rosas. Rosas amarillas, esas rosas de cobre... Elaine es quien debiera llevarlas. ¡Hay que ver!, casada otra vez y con un chico. Entró en la tienda.

—¿Qué rosas son ésas?

—Oro de Ofir, señor.

—Muy bien, que envíen dos docenas al Brewoort inmediatamente... Señorita Elaine... No, señor y señora James Herf... Escribiré una tarjeta.

Se sentó en el escritorio con una pluma en la mano. Incienso de rosas, incienso del sombrío fuego de su pelo... ¡No, por Dios, qué tonterías!

Querida Elaine:

Espero que permitirá usted a un viejo amigo ir a visitarla, a usted y a su marido, uno de estos días. Y recuerde que estoy siempre sinceramente deseoso —usted me conoce muy bien para tomar esto como una simple fórmula de cortesía— de servirles, a usted y a él, de cualquier modo que pueda contribuir a su felicidad. Perdóneme si me suscribo su esclavo y admirador de toda la vida.

GEORGE BALDWIN

La carta ocupó tres de las blancas tarjetas de la florista. Baldwin la releyó con los labios fruncidos, cruzando cuidadosamente las tes y puntuando las íes. Sacó de su bolsillo trasero un rollo de billetes y pagó a la florista. Luego salió a la calle otra vez. Era ya de noche, cerca de las siete. Todavía dudando se paró en la esquina mirando pasar los taxis, amarillos, rojos, verdes, anaranjados.

El chato transporte atraviesa lentamente los Narrows bajo la lluvia. El sargento mayor O'Keefe y el soldado distinguido Dutch Robertson, resguardados en la cubierta, miran los barcos anclados en cuarentena y las orillas atestadas de muelles.

—Mira, algunos están aún pintados como durante la guerra... Barcos del gobierno..., no valen la pólvora que se gasta en volarlos.

—¡Que no! —repuso Joey O'Keefe vagamente.

—Nueva York me ya a parecer la gloria...

—A mí también, sargen, que llueva o que no, me importa un bledo.

Van pasando junto a una mole de vapores anclados en bloque, algunos bandeados a un lado, otros a otro, barcos larguiruchos con chimeneas cortas, barcos rechonchos de altas chimeneas rojas de herrumbre, algunos rayados, salpicados, moteados de azul, de verde, de pardo, del camuflaje. Un hombre agitaba los brazos en una gasolinera. Los soldados, con pantalones kaki, apiñados en la cubierta gris de transporte, comienzan a cantar bajo la lluvia.

La infantería, la infantería

con las orejas llenas de roña...

A través de la niebla luminosa, tras los bajos edificios de Governors Island, pueden distinguirse los altos pilares, los curvos cables, el aéreo encaje de Brooklyn Bridge. Robertson saca un paquete de su bolsillo y lo tira por la borda.

—¿Qué era eso?

—Mi botiquín de profilaxia... No me sirve ya.

—¿Cómo?

—Oh, voy a vivir decentemente y buscar una buena colocación y tal vez casarme.

—No me parece mal la idea. También yo estoy cansado de juerguear. Che, alguno habrá que se ponga las botas con esos barcos del gobierno.

—Ahí es donde hacían su agosto los que se alistaban por un dólar al año.

—Y bien que sí. Arriba cantan:

Ella trabaja en una fábrica,

lo cual acaso está muy bien...

—Anda, ahora subimos por el East River, sargen. ¿Dónde demonios van a desembarcarnos?

—¡Dios, las ganas que tengo de irme nadando a la orilla! Y hay que ver la de tíos que habrán hecho dinero a nuestra costa... Diez dólares diarios de jornal por trabajar en un astillero, hay que ver...

—Qué diablos, sargen, nosotros tenemos la experiencia.

—¡Experiencia!...

Après la guerre finie

Back to the States for me...

—Apuesto a que el capitán ha estado bebiendo beaucoup highballs y toma a Brooklyn por Hoboken.

—Bueno, ahí está Wall Street.

Pasan bajo el puente de Brooklyn. Los trenes eléctricos zumban por encima de sus cabezas; de cuando en cuando salta una chispa violeta de los rieles mojados. Tras ellos, allende los barcos, los remolcadores y los ferries, altos edificios, rayados de blanco por jirones de vapor y niebla, se alzan como torres grises en el cielo bajo.

Nadie dijo nada mientras tomaron la sopa. La señora Merivale, de negro, sentada a la cabecera de la mesa ovalada, miraba a través de las cortinas medio corridas, por la ventana del salón, una columna de humo blanco que se desenroscaba al sol sobre el depósito de la estación, pensando en su marido y recordando cómo había venido, hacía años, a ver el piso en la casa a medio terminar aún, que olía a yeso y a pintura. Al fin, cuando acabó la sopa se

despabiló y dijo:

—¿Entonces, Jimmy, vuelves al periodismo?

—Creo que sí.

—A James le han ofrecido ya tres colocaciones. Cosa extraordinaria.

—Creo, sin embargo, que aceptaré la oferta del comandante —dijo James Merivale a Ellen, que estaba sentada a su lado—. El comandante Goodyear, ¿sabe usted, prima Helena?... uno de los Goodyear de Buffalo. Está al frente de la bolsa extranjera en el Banker's Trust... Dice que me puede hacer ascender rápidamente. Intimamos en Europa.

—Sería estupendo —dijo Maisie en un arrullo—, ¿verdad, Jimmy?

Estaba sentada frente a él vestida de negro, esbelta y rosada.

—Va a presentarme en el Piping Rock —continuó Merivale.

—¿Qué es eso?

—¿Cómo, Jimmy? ¿No sabes?... Estoy seguro de que la prima Helena ha tomado el té allí muchas veces.

—Tú sabes, Jimps —dijo Ellen con los ojos en el plato—. Es el club adonde el pobre Stan Emery solía ir los domingos.

—Oh, ¿conocía usted a ese desgraciado joven? Fue horrible señora Merivale—. Han sucedido tantos horrores en estos últimos años... Yo casi me había olvidado...

—Sí, lo conocía —dijo Ellen.

—La pata del cordero llegó acompañada de berenjenas fritas, de maíz nuevo y de batatas.

—Me parece intolerable —dijo la señora Merivale después de trinchar la carne— que estos chicos no quieran contarnos nada de sus aventuras por esos mundos... Muchas deben ser extraordinariamente interesantes. Jimmy; creo que debieras escribir un libro contando tus andanzas.

—He tratado de hacerlo en varios artículos.

—¿Cuándo salen?

—Parece que nadie quiere publicarlos... ¿Sabe usted? En ciertas cuestiones yo difiero radicalmente de...

—Señora Merivale, hace años que no comía unas batatas tan deliciosas. Saben a ñame.

—Están buenas, sí... Todo es el modo de hacerlas.

—Sí, fue una buena guerrita mientras duró —dijo Merivale.

—¿Dónde estabas tú la noche del armisticio, Jimmy?

—En Jerusalén, con la Cruz Roja. ¿No es absurdo?

—Yo estaba en París.

—Y yo —dijo Ellen.

—¿Con que usted estaba allí también, Helena? Con el tiempo acabaré por llamarla Helena, de modo que bien puedo empezar ahora... ¡Qué interesante! ¿Se conocieron allí usted y Jimmy?

—Oh, no; éramos antiguos amigos... La suerte nos hizo andar juntos a menudo... Caímos en el mismo departamento de la Cruz Roja, sección de publicidad.

—Un verdadero idilio de la guerra —dijo con sonsonete la señora Merivale—. ¡Qué interesante!

—Pues bien, compañeros, la cosa es ésta —gritaba Joe O’Keefe con su cara roja chorreando de sudor—. ¿Vamos a sacar adelante ese proyecto de las pensiones o no?... Nosotros combatimos por ellos. Vencimos a los de cabeza cuadrada, ¿verdad? y ahora al repatriarnos nos dan un hueso a roer. No hay trabajo... Nuestras chicas han desaparecido, se han casado con otros... Nos tratan como a una pandilla de mendigos y holgazanes cuando pedimos nuestra justa, legítima y legal compensación. ¿Vamos a tolerar esto? No. ¿Vamos a tolerar que una caterva de políticos nos trate como si pidiéramos limosna a la puerta de servicio?... Os lo pregunto, compañeros.

Gran pataleo.

—¡No!

—Al diablo con ellos —aullaron varias voces.

—Y yo digo, los políticos al cuerno... Daremos a conocer nuestra campaña al país... A este gran pueblo americano, generoso y de corazón, por el que luchamos, por el que dimos nuestra sangre y nuestras vidas.

La enorme sala del arsenal retumbó de aplausos. En primera fila los heridos golpeaban el suelo con sus muletas.

—Joey es un buen sujeto —dijo un manco a su vecino, que además de ser tuerto tenía una pierna artificial.

—Sí que lo es, Buddy.

Mientras desfilaban, ofreciéndose mutuamente cigarrillos, un hombre, en pie junto a la puerta, gritaba: «Reunión del comité. Comité del Bono».

Se sentaron los cuatro alrededor de una mesa en el cuarto que el coronel les había cedido.

—Bueno, muchachos, echemos un cigarro.

Joe saltó por encima de la mesa y sacó cuatro Romeos.

—Nunca los echaré de menos.

—¡Vaya manos que tienes! —dijo Sid Garnett estirando sus zancas.

—¿No tendrás por ahí a mano una botella de whisky, Joey? —dijo Bill Dougan.

—No, ahora no bebo.

—Yo sé dónde se puede comprar Haig and Haig garantizado —intercaló Segal—, fabricado antes de la guerra, a seis dólares litro.

—¿Y de dónde, recristo, vamos a sacar los seis dólares?

—Bueno, bueno chicos —dijo Joe sentándose en el borde de la mesa—, vamos al grano... Lo que tenemos que hacer es levantar un fondo de los compañeros y de donde podamos... ¿Estamos conformes?

—Naturalmente —dijo Dougan.

—Yo conozco una porción de viejos que creen que se están portando con nosotros como cerdos... Le llamaremos Brooklyn Bonus Agitation Committee asociados al Sheamy O'Reilly Post de la American Legion... De nada sirve hacer las cosas si no se hacen con todas las de la ley... ¿Estáis conmigo o no?

—Claro que estamos, Joe... tú se lo dices y nosotros marcamos el compás.

—Bueno, Dougan tiene que ser el presidente porque es el mejor tipo.

Dougan se puso rojo y empezó a tartamudear.

—¡Eh, tú, Apolo de playa! —gritó Garnett, burlón.

—Y yo creo que haré un excelente tesorero porque tengo más práctica.

—Porque eres el más ladrón, querrás decir —murmuró Segal entre dientes.

Joe sacó la mandíbula.

—Mira, Segal, ¿estás con nosotros o no? Más vale que lo sueltes ahora.

—Pues claro que está. Déjate de comedias —dijo Dougan—. Joey es quien puede sacar alante la cosa y tú lo sabes... Cierra el pico... Si no te gusta el asunto puedes ahuecar.

Segal se frotó la nariz delgada y ganchuda.

—Fue una broma, no lo dije por mal.

—Escucha —continuó Joe enfadado—, ¿qué interés crees tú que tengo en perder el tiempo?... ¿Por qué ayer mismo rehusé cincuenta dólares semanales? Sid es testigo. Tú me viste hablando con el fulano.

—Sí que te vi, Joey.

—Bueno, tú, Segal, creo que debías ser secretario, porque sabes de esas cosas de oficina...

—¿De oficina?

—Naturaca —dijo Joe sacando el pecho fuera—. Tendremos local en el despacho de un amigo mío... Ya está todo arreglado. Nos lo va a dar de balde hasta que marche la cosa. Y tendremos papel timbrao. En este mundo no se va a ninguna parte sin presentar las cosas como se debe.

—¿Y yo qué papel pinto? —preguntó Sid Garnett.

—Tú eres el comité, grandullón.

Después del mitin Joe O'Keefe bajó silbando por Atlantic Avenue. Le parecía tener muelles en las piernas. En el gabinete del doctor Gordon había luz. Llamó. Un hombre con una chaqueta blanca y una cara tan blanca como la chaqueta, le abrió la puerta.

—Hola, doctor.

—¡Ah! ¿Es usted O'Keefe? Entre, querido.

La voz del doctor se le agarró al espinazo como una mano fría.

—¿Qué, salió el análisis, doctor?

—Salió, sí..., positivo; definitivamente positivo.

—¡Cristo!

—No hay que apurarse, amigo, le pondremos como nuevo en pocos meses.

—Meses.

—Hombre, el cincuenta y cinco por ciento, acaso más, de las personas con que usted se cruza en la calle tienen sífilis.

—Pues no es que haya hecho el idiota. Siempre tuve cuidado allá.

—Inevitable en tiempo de guerra...

—Ahora siento haberme contenido... ¡Las ocasiones que dejé escapar! El doctor se echó a reír.

—Probablemente no tendrá usted ni síntomas. Es cuestión de inyecciones nada más... Le dejará sano como una manzana dentro de nada... ¿Quiere usted aguantar un pinchazo ahora? Lo tengo todo preparado.

A O'Keefe se le quedaron las manos frías.

—Bueno, será lo mejor —dijo con una risa forzada—. Cuando usted me dé de alta estaré hecho un termómetro.

El doctor soltó una carcajada chirriante.

—Lleno de arsénico y de mercurio, ¿eh?... Eso es.

En la noche de hierro colado el viento soplaba más frío. O'Keefe volvía andando a su casa. Los dientes le castañeteaban. «¡Qué estupidez desmayarme así cuando me pinchó!». Sentía aún la dolorosa punzada de la aguja. Rechinó los dientes. Después de esto tendrá que venir la buena..., tendrá que venir la buena.

Tres hombres, dos fornidos y uno flaco, están sentados a una mesa cerca de la ventana. La luz de un cielo de cinc arranca vivos reflejos de los vasos, de la vajilla de plata, de las conchas de las ostras, de los ojos. George Baldwin está de espaldas a la ventana. Gus McNiel, sentado a su derecha, y Densch, a su izquierda. Cuando el camarero se inclina para recoger las conchas vacías, ve por la ventana, más allá del parapeto de piedra gris, los remates de algún edificio que sobresalen como árboles en el borde de un acantilado y las lejanías del puerto, color papel de estaño.

—Esta vez me toca a mí sermonearle, George... Vaya por lo que usted me sermoneó a mí en otros tiempos. Palabra, es una tontería de marca mayor —dijo Gus McNiel—. Es una solemne tontería perder la ocasión de hacer una carrera política a su edad... No hay nadie en sus condiciones. Es usted el hombre pintiparado.

—Creo que es su deber, Baldwin —dice Densch con voz profunda, sacando sus lentes de carey de un estuche y poniéndoselos apresuradamente en la nariz.

El camarero ha traído un gran bistec rodeado por una muralla de setas, zanahorias picadas, guisantes y puré de patatas rizado. Densch se endereza los lentes y mira atentamente el bistec.

—Esto tiene muy buena cara, Ben; digo que tiene muy buena cara... La cuestión es ésta, Baldwin..., según yo la veo... El país está atravesando un período crítico de reconstrucción... la confusión subsiguiente a todo gran conflicto..., la bancarrota de un continente..., el bolcheviquismo y las doctrinas subversivas van en auge... América... —comienza a decir, cortando con el cuchillo de acero pulido el gordo bistec, crudo y bien salpimentado. (Masca un bocado lentamente)—. América —continúa— está en una posición que le permite ser la depositaria del mundo. Los grandes principios de democracia, de esa libertad comercial sobre la que nuestra civilización entera

se basa, corren más riesgo que nunca. Ahora más que en cualquier otro tiempo necesitamos hombres de habilidad reconocida y absoluta integridad, particularmente en aquellos cargos públicos que requieren un conocimiento práctico de las cuestiones judiciales y legales.

—Eso es lo que yo trataba de explicarle el otro día. George.

—Todo eso está muy bien, Gus; pero ¿quién le dice a usted que yo seré elegido?... Además, eso significaría abandonar mi bufete por varios años; significaría...

—Déjeme a mí, George; usted está ya elegido.

—Magnífico bistec —dice Densch—, magnífico. Tengo que confesar..., charlatanerías aparte..., sé de buena tinta que los elementos indeseables de este país preparan un complot:... Demonio, acuérdense de la bomba de Wall Street... Debo decir que la actividad de la prensa ha sido satisfactoria en cierto modo... El hecho es que vamos a una unidad nacional no soñada antes de la guerra.

—Además, George —intercala Gus—, la cosa hay que verla así... El reclamo que le hará su carrera política redundará en beneficio del bufete.

—Sí y no, Gus.

—Densch desenrolla el papel de estaño de un cigarro.

—En todo caso, es un gran espectáculo.

Se quita los lentes y estira el cuello para mirar la luminosa lámina del puerto, que, lleno de mástiles, de humo, de burbujas de vapor, de oscuras barcazas cuadrilongas, se extiende hasta las brumosas colinas de Staten Island.

Brillantes nubecillas se desprendían como escamas de un cielo de añil sobre Battery, donde una multitud sucia, negruzca, silenciosa, esperaba algo en los alrededores del desembarcadero de Ellis Island y del muelle de barcos pequeños. El deshilachado humo de los remolcadores y de los buques flotaba abajo, arrastrándose sobre el agua opaca y vidriosa. Una goleta de tres palos bajaba remolcada por el North River. Un foque que acababan de izar aleteaba torpemente en el viento. Al fondo del puerto se veía más grande cada vez un vapor que avanzaba de frente, las cuatro chimeneas rojas confundidas en una sola, la superestructura de un blanco crema, centelleante.

—El Mauretania, que entra con veinticuatro horas de retraso... —gritó el tío del telescopio y los gemelos—. ¡Miren, señores, el Mauretania, el galgo del océano, el barco más rápido, con veinticuatro horas de retraso!

—El Mauretania, majestuoso como un rascacielo, entra en el puerto. Un rayo de sol acentuaba la línea de sombra bajo el puente de mando, y a lo largo

de las blancas franjas de las cubiertas superiores fulguraba en las hileras de portillas. Las chimeneas se separaron, el casco se alargó. El negro casco reacio del Mauretania, empujado por remolcadores asmáticos, cortaba como un largo cuchillo el North River.

Un ferry se alejaba de la estación de emigrantes, un murmullo recorrió la multitud apretujada en los bordes del muelle. «Deportados... Son los comunistas que el ministro de Justicia deporta... Deportados... Rojos...

«Son los rojos que deportan». El ferry se alejó del embarcadero. De pie en la popa, un grupo de hombres, pequeños como soldaditos de plomo. Están mandando los rojos a Rusia. En el ferry agitaron un pañuelo, un pañuelo rojo. La gente avanzó de puntillas al borde del muelle, de puntillas y en silencio, como en el cuarto de un enfermo.

A espaldas de los hombres y mujeres apiñados a la orilla del agua, policías con cara de gorila y espaldas de chimpancé se paseaban de arriba abajo balanceando sus porras.

—Son los rojos que mandan a Rusia... Deportados... Agitadores... Indeseables...

Las gaviotas chillan. Una botella de salsa de tomate se bambolea gravemente sobre las ondas de vidrio molido. Del ferry, que se iba empequeñeciendo conforme se alejaba, llegaba el rumor de una canción.

C'est la lutte final, groupons-nous et demain

L'Internationale sera la genre humain.

—Miren, señores, a los deportados... ¿Quién quiere mirar?... ¿Quién quiere mirar a los extranjeros indeseables? —gritaba el hombre de los telescopios y los gemelos.

De pronto la voz de una muchacha gritó:

Arise, prisoners of starvation.

—Ssss... por eso pueden meterla en chirona.

La canción se perdía en el agua. Al final de una estela de mármol del ferry se hundía en la niebla. International shall be the human race. La canción murió. De la parte superior del río llegaba el rumor de las palpitaciones de un paquebote que zarpaba. Las gaviotas giraban sobre la oscura muchedumbre sucia y mal vestida que en pie, silenciosa, miraba a lo lejos la bahía.

II. NICKELODEON

Con un níquel antes de medianoche se compra el mañana... Titulares de atracos, un café en el automático, un paseo por Woodlawn, Fort Lee, Flatbush... Con un níquel introducido en la ranura se compra goma de mascar Somebody loves me, Baby Divine, You're in Kentucky, Juss shu'as You're Born... notas contusionadas de fox-trots salen cojeando por las puertas; blues, vales (We'd Danced the Whole Night Through), giran y giran, trayendo recuerdos de oropel... En la Sexta Avenida, en la calle 14, hay todavía estereóscopos con cagadas de mosca, donde por un níquel puede uno asomarse a los amarillos ayeres. Al lado del crepitante tiro al blanco puede uno ver: Noches de novios, La sorpresa del soltero, La liga robada..., cesto de papeles donde yacen nuestros sueños destrozados... Por un níquel antes de medianoche se compran nuestros ayeres.

Ruth Prynne salió de la oficina del médico ajustándose la piel alrededor del cuello. Se sentía a punto de desmayarse. Taxi. Al montar recordó el olor a cosméticos y tostadas, el desordenado corredor de la casa de la Sra. Sunderland. «¡Oh, no puedo irme a casa ahora!».

—Chófer, al Old English Tea Room de la calle 40.

Abrió su alargado monedero de cuero verde y miró. «¡Dios mío, sólo un dólar, un cuarter, un níquel y dos peniques!».

No apartaba los ojos de los números que cliqueteaban en el taxímetro. Hubiera querido romper a llorar... ¡Cómo se va el dinero! Cuando se apeó, el viento polvoriento le rascaba la garganta.

—Ochenta centavos, señorita... No tengo suelto, señorita.

—Está bien. Quédese con la vuelta.

—¡Dios mío, me quedan treinta y dos centavos!

Dentro hacía calor y olía a té y a pastas.

—¡Cómo, Ruth!... Sí, es Ruth... Ven a mis brazos, querida... Después de tantos años.

Era Billy Waldron. Estaba más gordo y más blanco que antes. Le dio un fuerte abrazo y la besó en la frente.

—¿Cómo te va? Cuéntame... Qué distinguée estás con ese sombrero.

—Acaban de hacerme la radiografía de la garganta —dijo sonriendo—. Me siento hecha trizas.

—¿Qué haces ahora, Ruth? Hace siglos que no sé de ti. Me has tirado al cesto como un número atrasado, ¿no?

Ruth recogió sus palabras altivamente.

—¿Después de tu éxito en *The Orchard Queen*?

—A decir verdad, Billy, he pasado una racha terrible de mala suerte.

—Oh, ya sé que todo está muerto.

—Tengo una cita con Belasco para la próxima semana... Tal vez salga algo.

—Me alegraré, Ruth... ¿Esperas a alguien?

—No... Oh, Billy, eres el mismo guasón de siempre... No te burles de mí esta tarde. No estoy para bromas.

—¡Pobrecilla! Siéntate, y toma una taza de té conmigo. Te digo, Ruth, que es un año terrible. Más de un buen cómico empeñará hasta el último eslabón de la cadena de su reloj... Supongo que tú también te dedicarás a visitar empresarios...

—No me hables... Si al menos pudiera ponerme bien de la garganta... Una cosa así acaba con uno.

—¿Recuerdas nuestros buenos tiempos en la *Somerville Stock*?

—¿Cómo no me he de acordar, Billy?... ¡Qué juergazo, eh!

—La última vez que te vi, Ruth, fue en Seattle, en *The Butterfly on the Wheel*. Yo estaba en el público.

—¿Por qué no entraste a verme?

—Supongo que estaría aún enfadado contigo... Estaba en un momento de gran depresión. En el valle de la sombra... melancolía, neurastenia. No tenía un céntimo... Además de mi pobreza, aquella noche me sentía un poco borracho... No quería que vieras en mí la bestia.

Ruth se sirvió otra taza de té. De pronto se sintió febrilmente alegre.

—Oh, Billy, ¿no te has olvidado aún de todo aquello?... Entonces era yo una chiquilla tonta... Tenía miedo de que el amor o el matrimonio o cualquier cosa así se interpusiera en mi carrera artística, ¿sabes?... ¡Tenía tal deseo de triunfar!...

—¿Harías lo mismo otra vez?

—Lo dudo...

—¿Cómo es aquello de *The moving finger writes and having write moves on...*?

—Algo así como *Todas tus lágrimas no borrarán una sola palabra...* Pero, Billy —dijo echando atrás la cabeza y riendo—, creí que te estabas preparando

a declararte otra vez... ¡Huy, mi garganta!

—Ruth, en mi opinión debías dejarte de rayos X... He oído que es muy peligroso. No quiero alarmarte, querida... pero me han dicho que se dan casos de cáncer a consecuencia del tratamiento.

—Tonterías, Billy... Esto pasa sólo cuando los rayos X no se aplican bien, y además se necesitan años de exposición... No, creo que este doctor Warner es un hombre notable.

Más tarde, sentada en un metro expreso, Ruth sentía aún la mano de él acariciándole su guante. «Adiós, nenita, Dios te bendiga», había dicho bruscamente. Ella había estado pensando todo el rato que era el comparsa típico. «Gracias a Dios nunca lo sabrás...». Luego, dando un sombrero con su flexible ala ancha y sacudiendo su blanca testa sedosa, como si estuviera representando Monsieur Beaucaire, había dado media vuelta y había desaparecido entre la muchedumbre de Broadway. Yo no tendré suerte, pero en todo caso aún no he llegado a ese extremo... Cáncer, dijo. Ruth miró a derecha e izquierda los viajeros que cabeceaban frente a ella. De todas estas personas una al menos debe tenerlo. CUATRO DE CADA CINCO TIENEN... Qué idiota, no se trata de cáncer. EXLAX, NUJOL, O'SULLIVAN'S... Ruth se echó mano al cuello. Tenía la garganta muy hinchada, la garganta le palpitaba febrilmente. Quizás estaba peor. Es una cosa viva que crece en la carne, le come a uno la vida, le deja a uno horrible, podrido... Los viajeros sentados junto a ella tenían la vista fija, jóvenes y muchachos, personas de edad madura, caras verdes bajo la luz lívida, bajo los anuncios de un color agrio. CUATRO DE CADA CINCO. Un cargamento de cadáveres que cabeceaban, sacudidos por el traqueteo del expreso que rugía camino de la calle 96. En la 96 tenía que trasbordar.

Dutch Robertson estaba sentado en un banco del puente de Brooklyn, el cuello de su capote militar levantado, recorriendo con la vista la sección de ofertas y demandas. Era una sofocante tarde de niebla. El puente, chorreando agua, se alzaba como una glorieta en un espeso jardín de sirenas de barcos. Dos marineros pasaron. «No he tenido otra chiripa así desde que estuve en Buenos Aires».

Consocio, empresa cine, barrio populoso... autoriza investigación... \$ 3.000... Yo no tengo tres mil dólares... Estanco, edificio frecuentado, sacrificio forzoso... Atractiva tienda de música y radio perfectamente montada... Buena parroquia... Imprenta moderna, tamaño regular, consistente en cilindros, Kelleys, alimentadoras Miller, prensas pequeñas, linotipias y taller de encuadernación completo... Restaurante Kosher, repostería... Juego de bolos... en lugar frecuentado, gran salón de baile y otros locales. COMPRAMOS DIENTES POSTIZOS, oro viejo, platino, alhajas viejas. ¡Qué

diablos van a comprar! SE NECESITA UN AYUDANTE... Esto está más dentro de mis aspiraciones... Escribientes, calígrafos de primera... ¡Imposible! Artista, asistente. Auto. Taller reparaciones de bicicletas y motocicletas... En el respaldo de un sobre apuntó las señas. Limpiabotas... Aún no. Chico; no, creo que yo no soy chico ya. Bombones, Agentes, Lavacoches, Lavaplatos. GANE MIENTRAS APRENDE. Odontología mecánica, el camino más corto para el éxito... Trabajo permanente.

—Hola, Dutch... Creí que no llegabas nunca.

Una muchacha de cara gris, con un sombrero rojo y un gabán gris de conejo, se sentó a su lado.

—Dios, estoy cansado de leer anuncios de ofertas.

Dutch estiró los brazos y bostezó dejando resbalar el periódico por sus piernas.

—¿No sientes frío sentado aquí en el puente?

—Puede... Vamos a comer.

Se puso en pie de un salto, y acercó su cara roja de nariz delgada a la de ella. Sus pálidos ojos grises se clavaron en los negros de la muchacha. Y dándole con viveza en el brazo unas palmaditas, dijo:

—Hola, Francie... ¿Cómo está mi nena?

Retrocedieron hacia Manhattan, por donde ella había venido. Bajo ellos el río resplandecía a través de la neblina. Un gran vapor pasó lentamente, las luces ya encendidas.

Desde la barandilla miraron las negras chimeneas.

—¿Era tan grande como ése el barco en que tú fuiste a Europa, Dutch?

—Más grande.

—¡Lo que me gustaría a mí ir!

—Te llevaré algún día y te enseñaré todos los sitios de por allí... Estuve en una porción de pueblos aquella vez que me escapé sin permiso. Llegados a la estación del elevado, vacilaron.

—Francie, ¿estás en fondos?

—Sí, hombre, tengo un dólar... Aunque debía guardarlo para mañana.

—A mí no me quedan más que veinticinco centavos. Vamos a tomarnos dos cenas de cincuenta y cinco centavos en ese restaurante chino... lo cual hará un dólar diez.

—Tengo que quedarme con un níquel para ir a la oficina mañana.

—Maldita sea la... Si tuviéramos un poco de dinero...

—¿No has encontrado nada aún?

—Te lo habría dicho ya.

—Vamos, yo tengo medio dólar ahorrado en mi cuarto. Puedo sacar de eso para el tranvía.

Cambió el dólar y metió dos níqueles en la ranura. Eligieron sitio en el tren de la Tercera Avenida.

—Oye, Francie, ¿me dejarán bailar con camisa kaki?

—¿Por qué no, Dutch? Está muy decente.

—Me violenta un poco, no creas.

La jazzband del restaurante tocaba Hindustan. Olía a chop suey y a salsa china. Las mesas estaban separadas por biombos. Se instalaron en una. Jóvenes de pelo lustroso y muchachitas de melena corta estaban estrechamente abrazados. Al sentarse se sonrieron mirándose.

—¡Qué hambre tengo!

—¿Mucha, mucha?

Dutch adelantó las rodillas hasta tocar las de ella.

—Eres una buena chica —dijo al terminar la sopa—. De veras, esta semana encontraré colocación. Y luego buscaremos un buen cuartito y nos casamos...

Cuando se levantaron a bailar temblaban de tal modo que apenas podían llevar el compás.

—Caballelo... no baile sin plopio tlaje... —dijo un apuesto chino poniendo la mano en el brazo de Dutch.

—¿Qué quiere? —gruñó él sin dejar de bailar.

—Creo que es la camisa, Dutch.

—¡Qué va!

—Estoy cansada. Prefiero que hablemos en vez de bailar...

Volvieron a su mesa y a su piña de postre.

Después se marcharon por la calle 14, hacia el este.

—Dutch, ¿podemos ir a tu cuarto?

—No tengo cuarto. La vieja bruja me ha echado y no quiere darme mis cosas. En serio, si esta semana no encuentro colocación, voy a una oficina de reclutamiento y me reengancho.

—¡Oh, no hagas eso! Así no nos casaremos nunca, Dutch... ¿Por qué no me has dicho nada?

—No quería darte ese disgusto, Francie... Seis meses sin trabajo... ¡Dios, es pa volver loco a cualquiera!

—Oye, Dutch, ¿adónde podríamos ir?

—Por ahí... Conozco un muelle.

—¡Pero hace tanto frío!

—Yo no siento frío cuando tú estás conmigo, nena.

—No hables así... No me gusta.

Iban apoyados el uno en el otro por las calles oscuras y encoladas de la orilla del río, entre enormes tanques de gas, vallas derrumbadas, largos almacenes de infinitas ventanas. En una esquina bajo un farol un guasón les silbó al pasar.

—Te voy a romper las narices, hijo de mala madre —dijo Dutch torciendo la boca.

—No le contestes —murmuró Francie— si no quieres que toda la pandilla caiga sobre nosotros.

Se colgaron por la puertecilla de una alta valla por encima de la cual descollaban absurdos montones de vigas. Olía a río, a madera de cedro y a serrín. El agua lamía los pilones bajo sus pies. Dutch la acercó así y sus bocas se juntaron.

—¡Eh!, ¿no saben ustedes que no se puede entrar aquí a hacer eso de noche? —ladró una voz. El vigilante les enfocó a los ojos una linterna.

—Está bien, no se sulfure... Ibamos dando un paseo.

—Un paseo, sí, sí.

Salieron de nuevo a la calle. La brisa del río les cortaba la cara.

—Cuidado.

Un policía se acercaba silbando distraídamente. Se separaron.

—Oh, Francie, nos llevarán a la comi si seguimos así. Vamos a tu cuarto.

—La patrona me echará, na más que eso.

—No haré ruido... ¿Tú tienes la llave, no? Escurriré el bulto antes de

amanecer. ¡Caramba!, le hacen a uno sentirse un bicho repugnante.

—Bueno, Dutch, vamos a casa..., pase lo que pase.

Subieron unos escalones manchados de barro, hasta el último piso.

—Quítate los zapatos —le dijo ella al oído mientras metía la llave en la cerradura.

—Tengo agujeros en los calcetines.

—¿Qué importa eso, tonto? Voy a ver si se puede pasar. Mi cuarto está al fondo, pasada la cocina, de modo que si todos están en cama no podrán oírnos.

Cuando se quedó solo sentía los latidos de su corazón. Ella volvió en un segundo. Dutch la siguió de puntillas por un corredor que crujía. De una puerta salía un ronquido. En el pasillo olía a verdura y a sueño. Una vez en su cuarto, Francie cerró la puerta con llave y puso una silla contra ella, bajo el tirador. Un triángulo de luz cenicienta entraba de la calle.

—Ahora, por los clavos de Cristo, estate callado.

Dutch, con un zapato todavía en cada mano, la abrazó estrechamente.

Acostado junto a ella con los labios pegados a su oído, le hablaba en voz baja.

—Y ya verás, Francie, cómo salgo adelante. Yo llegué a sargento en Europa hasta que me quitaron los galones por escaparme sin permiso. Eso te prueba que puedo hacer algo. En cuanto se me presente la primera ocasión ganaré un montón de billetes y tú y yo iremos a ver Château-Thierry y París y todos esos sitios. Verás cómo te gusta, Francie... Los pueblos son viejos, raros y tranquilos; allí se siente uno como en su casa y tienen unas tabernas pistonudas donde te sientas al aire libre a mirar pasar la gente. La comida es buena también cuando te acostumbras a ella, y hay miles de hoteles adonde podríamos haber ido esta noche, por ejemplo, y no preguntan si estás casao ni nada. Y tienen camas grandes todas de madera muy cómodas y te suben el desayuno a la cama. ¡Oh, Francie, cómo te gustaría!

Iban a cenar. Nevaba. Grandes copos de nieve giraban, voltejeaban a su alrededor, moteando el resplandor de las calles de azul, de rosa, de amarillo, empañando las perspectivas.

—Ellie, me da rabia que tengas que aceptar ese trabajo... Debías seguir con tu teatro.

—Pero, Jimps, tenemos que vivir.

—Ya lo sé..., ya lo sé. La verdad es que tú no estabas en tu juicio, Ellie, cuando te casaste conmigo.

—Oh, no hablemos más de ello.

—Vamos a correrla esta noche... Es la primera nevada.

—¿Es aquí?

Habían llegado a la puerta de un sótano, protegida por una verja de complicada lacería.

—Vamos a ver.

—¿Sonó el timbre?

—Creo que sí.

La puerta interior se abrió y una muchacha con un delantal rosa les miró atentamente.

—Bonsoir, mademoiselle.

—Ah..., bonsoir, monsieur, dame.

La chica les condujo a un vestíbulo alumbrado por lámparas de gas, que olía a comida. Gabanes, sombreros y bufandas colgaban de los percheros. A través de una cortina el restaurante les sopló a la cara una ráfaga de pan caliente, de cocktails, mantequilla frita, perfumes, barras de carmín, bulla y chachareo.

—Me huele a ajeno —dijo Ellen—. Anda, vamos a tomar una buena curda.

—Hombre, ahí está Congo... ¿No te acuerdas de Congo Jake, el de Seaside Inn?

Estaba en pie, corpulento, al extremo del comedor, haciéndoles señas. Tenía la cara muy curtida y un lustroso bigote negro.

—Hola, Meester'Erf... ¿Cómo está usted?

—Como Dios. Congo, quiero presentarle a mi mujer.

—Si no les importa entrar en la cocina echaremos un trago.

—Pues claro que no... Es el mejor sitio de la casa. ¿Por qué cojea usted?... ¿Qué se ha hecho usted en la pierna?

—Foutue... Me la dejé en Italia... No me la podía traer una vez cortada.

—¿Qué le pasó?

—Nada, una estupidez. Fue en Mont Tomba... Mi cuñado me regaló una pierna artificial estupenda... Sentarse. Mire, señora, ¿a que no puede usted decir cuál es la mía?

—No, no puedo —dijo Ellie riendo.

Estaban en una mesita de mármol en el rincón de la atestada cocina. En medio, una muchacha limpiaba los platos en una mesa de pino. Dos cocineros trabajaban en el fogón. El aire estaba saturado de un olor grasiento a comida. Congo volvió cojeando con tres vasos en una bandejita. Se quedó con ellos mientras bebían.

—Salut —dijo alzando su vaso—. Cocktail de ajeno, como lo hacen en Nueva Orleans.

—Es néctar.

Congo sacó una tarjeta del bolsillo del chaleco.

MARQUIS DES COULOMMIERS

IMPORTACIONES

Riverside, 11121

—Puede que algún día necesiten ustedes alguna cosilla... Negocio sólo licores importados antes de la guerra. Soy el mejor bootlegger de Nueva York.

—Si alguna vez tengo dinero me lo gastaré desde luego en su casa, Congo... ¿Qué tal va el negocio?

—Muy bien, ya le contaré. Esta noche tengo mucho que hacer... Voy a buscarles una mesa en el restaurant.

—¿Es de usted este local también?

—No, es de mi cuñado.

—No sabía que tuviera usted una hermana.

—Ni yo tampoco.

Cuando Congo se retiró cojeando, el silencio cayó entre ellos como un telón de amianto en un teatro.

—Es un tipo la mar de gracioso —dijo Jimmy con una risa forzada.

—Sí que es.

—¿Vamos a tomar otro cocktail?

—Vamos.

—Tengo que pescarle un día por mi cuenta, y sonsacarle algunas historias de bootleggers.

Cuando estiró las piernas bajo la mesa tropezó con los pies de Ellie, que los retiró. Jimmy sentía sus mandíbulas masticar, le rechinaban tan fuerte

dentro de las mejillas que pensó que Ellie podía oírlas también. Ella estaba sentada junto a él, con un traje de sastre gris. Su cuello surgía de la marfileña V formada por el descote plisado de la blusa, su cabeza se inclinaba graciosamente bajo un sombrero gris muy encajado. Tenía los labios pintados. Sin decir palabra cortaba la carne en pedacitos y no comía.

Se sentía paralizado como una pesadilla. Su mujer le parecía una figura de porcelana dentro de un fanal. Una corriente de aire fresco, lavado por la nieve, cruzó inesperadamente la luz empañada del restaurante, cortando el vaho de las comidas, de las bebidas y del tabaco. Él aspiró un instante el 'perfume del pelo de Ellen. Los cocktails ardían en su interior. ¡Dios, no quisiera rodar bajo la mesa!

Sentados en el restaurante de la Gare de Lyon, juntos, en el banco de cuero negro. Sus mejillas se rozan cuando se inclina a poner en el plato de ella arenques, mantequilla, sardinas, anchoas, salchichón. Comen aprisa y corriendo engullen, ríen, trasiegan vino, se sobresaltan a cada silbido de una máquina...

El tren arranca de Avignon. Ambos se despiertan, se miran a los ojos, en el departamento lleno de viajeros que roncan, dormidos como leños. Él se abre paso entre piernas entrecruzadas y sale a fumar un cigarrillo en el extremo del corredor oscilante y sombrío. Tracatrán, rumbo sur, tracatrán, rumbo sur, cantan las ruedas sobre los rieles por el valle del Ródano. Acodado en la ventanilla trata de fumar un cigarro que se deshace, tapando con un dedo el agujero. Glubglub, glubglub, desde los arbustos, desde los plateados álamos que bordean la vía. «Ellie, Ellie, los ruiseñores cantan en la vía». «Oh, estaba tan dormida, querido». Ellen se acerca a él, a tientas, tropezando con las piernas de los dormidos. Juntos en la ventanilla, en el corredor oscilante, trepidante.

Tracatrán, hacia el sur. Suspiros de los ruiseñores en los álamos plateados de la vía. La loca noche de luna huele a jardines, a ajo, a ríos, a campos de rosa recién estercolados. Suspiros de ruiseñores.

Frente a él la muñeca de Ellie hablaba.

—Dice que la ensalada de langostas se acabó... ¡Qué fastidio!

De repente Jimmy recuperó el habla.

—¡Dios, si fuera eso sólo!

—¿Qué quieres decir?

—¿Para qué habremos vuelto a esta cochina ciudad?

—Desde que vinimos no paras de alabarla.

—Ya lo sé... Será que están verdes las uvas... Voy a tomar otro cocktail...
Ellie, Ellie, ¿por qué somos así?

—Nos vamos a poner malos si seguimos con esto, te lo participo.

—Es lo mismo... Seamos buenos y pongámonos malos.

Cuando se sientan en la cama ven el puerto, ven las velas de un velero y una balandra blanca y un remolcador rojo y negro, pequeño como un juguete, y casas sin adornos al fondo, más allá una franja de agua, irisada como la cola de un pavo real. Cuando se acuestan ven gaviotas en el cielo. Al atardecer se visten, y soñolientos, trémulos, salen tropezando por los húmedos corredores del hotel a las calles ruidosas como una charanga, llenas de repiqueteos, de fulgores de bronce, de reflejos de cristal, de bocinazos, de bramidos de motores... Solos los dos, al atardecer, beben jerez bajo un plátano de anchas hojas, solos los dos, entre la abigarrada chusma, como seres invisibles. Y la noche primaveral surge del mar, noche africana que los envuelve amenazante...

Habían terminado el café. Jimmy había bebido el suyo muy despacio, como si algún tormento le esperase al acabar.

—¡Qué miedo tenía de encontrarnos con los Barney aquí! —dijo Ellen.

—¿Conocen este sitio?

—Tú mismo los trajiste, Jimmy:... Y esa pelma de mujer no cesó de hablarme de bebés en toda la noche. Yo odio hablar de los niños.

—Lo que daría yo por ir al teatro.

—Es tarde, de todos modos.

—Y gastar el dinero que no tengo... Vamos a tomar un coñac para remate. Si nos da la puntilla, mejor.

—Nos la dará, y no sólo de una manera.

—Ellie, a la salud del ganapán que lleva la carga del hombre blanco.

—Jimmy, creo que sería divertido trabajar en un periódico una temporada.

—Para mí sería divertido tener cualquier trabajo... Bueno, yo siempre puedo quedarme en casa y cuidar al niño.

—No seas tan pesimista, Jimmy, esto es pasajero.

—La vida es pasajera también.

El taxi paró. Jimmy lo pagó con su último dólar. Ellie metió la llave en la cerradura. La calle era un remolino de nieve color ajenjo. La puerta de su cuarto se cerró tras ellos. Sillas, mesas, libros, cortinas, se amontonaban a su

alrededor, tristes con el polvo de ayer; de anteayer, de anteanteayer. Se sentían oprimidos por el olor a pañales, cafeteras, aceite de la máquina de escribir, polvos de lavar. Ellen sacó fuera la botella de la leche vacía y se fue a la cama. Jimmy se quedó paseando nerviosamente por el gabinete. Su borrachera se disipó dejándole sereno, frío. En el vacío de su cerebro una palabra de dos caras retiñía como una moneda: Éxito-Fracaso. Éxito-Fracaso.

Estoy loca por Harry,

Harry está loco por mí.

—tararea ella a media voz mientras baila. Es un largo salón con una orquesta al fondo, iluminada por dos racimos de luces eléctricas colgadas en el centro, entre cadenas de papel. En el extremo, cerca de la puerta, una barandilla barnizada contiene la fila de hombres. Este con quien Anna baila es un sueco alto y cuadrado cuyos grandes pies siguen torpemente los piececitos de ella, ágiles y vivos. La música cesa. Ahora es un judío pequeño y delgaducho, de pelo negro, que trata de ceñirse demasiado.

—Eso no.

Anna lo separa.

—Tenga compasión.

Ella no contesta, y sigue bailando con fría precisión, enferma de cansancio.

Yo y mi amiguito,

mi amigo y yo.

Un italiano le echa a la cara su aliento que apesta a ajo; un sargento de marina; un gringo; un mozalbete rubio de mejillas sonrosadas, ella le sonrío; un borracho de edad madura que trata de besarla... Cherley my boy o Charley my boy... Cabezas lustrosas, cabezas alborotadas, pecas, caras granujientas, narices chatas, narices rectas, bailarines ágiles, bailarines pesadotes... Voy al suz... y la boca ya me sabe cañaduz... Contra su espalda manos grandes, manos calientes, manos sudorosas, manos frías... Por cada baile recibe una ficha; ya tiene el puño lleno. Este valsa muy bien y está muy elegante con su traje negro.

—¡Uf, qué cansada estoy! —murmura.

—Yo no me canso nunca de bailar.

—Oh, es de bailar así con todo el mundo.

—¿No quiere usted venir a bailar conmigo sólo en algún sitio?

—Mi novio me está esperando a la salida.

Sin más que un retrato

para contarte mis penas...

¿qué haré yo?...

—¿Qué hora es? —pregunta a un sujeto con cara de muy avisado.

—Hora de que usted y yo intimemos, fea...

Ella sacude la cabeza. De repente la música estalla en Auld Long Syne. Ella se separa de él y corre al mostrador con un enjambre de chicas que acuden dándose codazos a devolver sus fichas.

—Oye, Anna —dice una rubia de amplias caderas—. ¿Te has fijado en ese tío que bailaba conmigo?... Va y me dice: «¿Nos veremos?», y yo le contesto al tío: «En el infierno», y él va y me dice: «¡Un cuerno!...».

III. PUERTAS GIRATORIAS

Al atardecer, trenes-luciérnagas van y vienen entre la niebla por las lanzaderas de los enmarañados puentes. Los ascensores suben y bajan. Las luces del puerto parpadean.

Como la savia de las primeras heladas, a las cinco, hombres y mujeres empiezan a rezumar lentamente de los altos edificios del centro. Muchedumbres pálidas inundan los metros y los túneles, desaparecen bajo tierra.

Toda la noche los grandes edificios permanecen callados y vacíos, sus millones de ventanas apagadas. Babeando luz, los ferries devoran su camino en el puerto de Iaca. A medianoche los transatlánticos expresos de cuatro chimeneas zarpan de sus muelles luminosos para hundirse en la oscuridad. Los banqueros, con los ojos legañosos, oyen, terminadas sus conferencias secretas, los aullidos de los remolcadores cuando los vigilantes, gusanos de luz, abren las puertas laterales. Se instalan refunfuñando en el fondo de sus limousines y se dejan llevar rápida mente hacia la calle cuarenta y tantos, calles sonoras, inundadas de luces blancas como gin, amarillas como whisky, efervescentes como sidra.

Ella estaba sentada al tocador trenzándose el pelo. Él, en pie a su lado, con los tirantes malva colgando de sus pantalones de etiqueta, se ponía los botones de diamante en la camisa.

—Jake, no sé lo que daría por salir de esto —dijo a través de las horquillas que tenía en la boca.

—¿Salir de qué, Rosie?

—De la Prudence Promotion Company... En serio, me preocupa.

—Si todo marcha a las mil maravillas. El caso es engatusar a Nichols, y nada más.

—Supón que te procesa.

—Oh, no lo hará. Perdería la mar de dinero. Le conviene más unirse a nosotros... Además puedo pagarle en dinero contante dentro de una semana. Si podemos seguir haciéndole creer que tenemos dinero vendrá como un pájaro a comer a nuestras manos. ¿No dijo que estaría en El Fey esta noche?

Rosie acababa de ponerse una peineta en el moño de su pelo negro. Hizo un gesto con la cabeza y se puso en pie. Era una mujer gordita de mucho caderamen, con ojos negros y cejas muy arqueadas. Llevaba un corsé adornado de encaje amarillo y una camisa de seda rosa.

—Ponte todo lo que tengas, Rosie. Quiero que vayas hecha un brazo de mar. Hay que deslumbrar a Nichols esta noche en El Fey, y mañana voy y le hago la proposición... Bueno, vamos a beber algo primero... (Cogió el teléfono). Que suban hielo partido y un par de botellas de White Rock al cuatro cero cuatro. Silverman es mi nombre. De prisita.

—Jake, escapémonos —gritó Rosie de pronto. (Estaba en pie, junto al guardarropa, con un vestido al brazo.)— No puedo soportar esta inquietud... Me está matando. Escapémonos a París o a La Habana y a empezar nueva vida.

—Ideal para que nos atrapen. Hay extradición por estafa. No querrás que ande con gafas negras y patillas postizas toda la vida, supongo.

Rosie se echó a reír.

—No creo que estarías muy guapo con semejante disfraz... ¡Oh, si al menos estuviéramos casados de veras!

—Entre nosotros' es lo mismo. Rosie. Me perseguirían por bígamo, además. Un encanto.

Rosie se estremeció cuando el botones tocó en la puerta. Jake Silverman tomó la bandeja donde, en un tazón, tintineaban los trozos de hielo y la puso sobre el escritorio. Luego sacó del guardarropa una botella cuadrada de whisky.

—No me eches a mí. No estoy esta noche para beber.

—Tienes que reanimarte, nena. Anda, arréglate, ponte de punta en blanco, y vamos a un teatro. ¡Qué demonio, ya me he visto en casos más apurados que

éste! (Con su vaso en la mano se acercó al teléfono). Póngame en comunicación con el puesto de periódicos... Hola monada... Claro que me conoce usted de hace tiempo... Soy un viejo amigo... Oiga, ¿podría agenciarse dos butacas para las Follies? Eso es... No, no quiero más atrás de la octava fila... Es usted de lo que no hay... Y llámeme dentro de diez minutos, ¿eh, rica?

—Oye, Jake, ¿es que hay de veras bórax en ese lago?

—Claro que sí. ¿No tenemos los certificados de cuatro peritos?

—Ya sé. Era preguntar por preguntar. Oye, Jake, si salimos de ésta, ¿me prometes no meterte en más proyectos descabellados?

—Naturalmente: no lo necesitaré... ¡Cáspita!, estás hecha la gran hembra con ese vestido.

—¿Te gusta?

—Pareces el Brasil... no sé... tropical.

—Ése es todo el secreto de mi peligroso encanto.

El teléfono repiqueteó violentamente. Se levantaron de un salto.

Ella se apretó los labios con el dorso de la mano.

—Dos en la fila cuarta. Muy bien... Bajamos en seguida a recogerlos... Mira, Rosie, no puedes seguir sobresaltándote de ese modo: me estás contagiando. A ver si puedes serenarte.

—Vamos a cenar, Jake. En todo el día no he tomado más que leche. Estoy tratando de rebajar el peso y voy a dejar de hacerlo. Bastante adelgazo ya con esta zozobra.

—Esto tiene que terminar... Empieza a atacarme los nervios. Se detuvieron ante el puesto de flores en el vestíbulo.

—Déme una gardenia —dijo él.

Sacó el pecho fuera y sonrió la chica que le colocaba la flor en el ojal del smoking.

—¿Y tú qué quieres, querida? —preguntó grandilocuente, volviéndose a Rosie.

Ella hizo un puchero.

—No sé qué iría bien con mi vestido.

—Mientras decides voy a recoger los billetes.

Con el gabán desabrochado hacia atrás para lucir la blanca pechera

abombada y los puños estirados sobre sus manos gordas, se dirigió contoneándose al puesto de periódicos. Mientras envolvían los tallos de las rosas rojas en papel de plata, Rosie le veía con el rabillo del ojo inclinado sobre las revistas, diciendo niñerías a la chica rubia. Volvió resplandeciente con un fajo de billetes en la mano. Ella se sujetó con un alfiler las rosas en su abrigo de pieles, le dio el brazo y salieron juntos por la puerta giratoria a la noche eléctrica, fría, reverberante.

—¡Taxi! —gritó.

El comedor olía a tostadas y a café y al New York Times. Los Merivale desayunaban con luz eléctrica. La cellisca batía las ventanas.

—Pues las Paramount han bajado cinco enteros más —dijo James detrás del periódico.

—Oh, James, no fastidies más —dijo Maisie que tomaba el café a sorbitos de gallina.

—Y además —añadió la señora Merivale— Jack no está ya con la Paramount. Está haciendo publicidad para los Famous Players.

—Va a venir al este dentro de dos semanas. Dice que espera estar aquí para primero de año.

—¿Recibiste otro telegrama, Maisie?

Maisie dijo que sí con la cabeza.

—Sabes, James, que Jack nunca escribe una carta. Telegrafía siempre —dijo la señora Merivale a su hijo a través del periódico:

—Lo cierto es que nos llena la casa de flores —gruñó James detrás del periódico.

—Siempre por telégrafo —dijo la señora Merivale triunfante.

James dejó el periódico.

—En fin, espero que será tan buen chico como parece.

—Oh, James, las has tomado con Jack... Creo que es indigno de ti.

Se levantó y a través de las cortinas desapareció en el gabinete.

—Me parece que tengo derecho a dar mi opinión sobre quien va a ser' mi cuñado —refunfuñó.

La señora Merivale salió tras su hija.

—Ven a acabar el desayuno, Maisie. Ya sabes que es un chinche.

—No consiento que hable así de Jack.

—Pero Maisie, yo estoy encantada con Jack. (Ella rodeó con su brazo a su hija y la condujo de nuevo a la mesa). Es tan sencillo... y yo sé que tiene buenos impulsos... Estoy segura de que te hará feliz.

Maisie volvió a sentarse haciendo pucheritos bajo el lazo rosa de su gorro de tocador.

—Mamá, ¿puedo tomar otra taza de café?

—Queridita, ya sabes que no debes tomar dos tazas. El doctor Fernald ha dicho que era eso lo que te ponía tan nerviosa.

—Un poquitín nada más, mamá, muy claro. Quiero acabar este mojicón y no puedo sin algo para pasarlo, y ya sabes que a ti no te gusta que adelgace más.

James retiró su silla y salió con el Times bajo el brazo.

—Son las ocho y media, James —dijo la señora Merivale—. Tiene para una hora cuando se mete ahí con el periódico.

—Ahora —dijo Maisie malhumorada— me vuelvo a la cama. Creo que es una tontería eso de levantarse todos para el desayuno. Es una costumbre vulgar, mamá. Nadie lo hace ya. En casa de los Perkins, se lo suben a uno a la cama, en una bandeja.

—Pero James tiene que estar en el Banco a las nueve.

—Ésa no es razón para que los demás nos levantemos. Así es como acaba una por llenarse la cara de arrugas.

—Pero no veríamos a James hasta la hora de cenar, y a mí me gusta levantarme temprano. La mañana es lo mejor del día.

Maisie bostezaba desesperadamente.

James apareció en la puerta del hall pasando un cepillo por su sombrero.

—¿Qué has hecho con el periódico, James?

—Lo he dejado ahí.

—Yo lo cogeré, no te molestes... Querido, llevas el alfiler de corbata torcido... Deja que te lo ponga bien... Ya.

La señora Merivale puso las manos sobre los hombros de su hijo y le miró a la cara. Llevaba un traje gris oscuro con rayas verdes, una corbata verde aceituna de punto con una pepita de oro, calcetines de lana verde aceituna con cuadros negros y zapatos Oxford rojo oscuro, con los cordones cuidadosamente atados con doble lazada para que no se deshicieran.

—James, ¿no vas a llevar bastón?

Con su bufanda de lana verde aceituna puesta ya, metía un brazo por la manga de su abrigo de invierno gris oscuro.

—He notado que los jóvenes de mi edad nunca llevan, mamá... Podrían pensar que es un poco... No sé.

—Sin embargo, el señor Perkins tiene un bastón con una cabeza de loro.

—Sí, pero es uno de los vicepresidentes, y puede hacer lo que le dé la gana... Bueno, tengo que echar a correr.

James Merivale besó precipitadamente a su madre y hermana. Se puso los guantes al bajar en el ascensor. Con la cabeza baja embistió decididamente la cellisca por la calle 72. A la entrada del metro compró la Tribune y bajó a empellones la escalera hasta el andén atestado y maloliente.

¡Chicago! ¡Chicago! salía a borbotones del gramófono cerrado. Tony Hunter, destacada su esbeltez por un traje negro muy ceñido, bailaba con una muchacha cuyo pelo rubio ceniciento le llegaba hasta los hombros. Estaban solos en la sala del hotel.

—Eres un bailarín adorable —arrulló ella arrimándose más.

—¿Tú crees, Nevada?

—¡Hum!... ¿No notas nada raro en mí, rico?

—¿Qué?

—¿No notas nada en mis ojos?

—Son los ojitos más preciosos del mundo.

—Sí, pero tienen una particularidad.

—¿Quieres decir que uno es verde y el otro gris?

—¡Oh, cómo lo ha notado el picarón!

Ella le alargó la boca. Él la besó. El disco terminó. Ambos corrieron a pararlo.

—Eso no ha sido un beso, Tony —dijo Nevada Jones retirándose con una sacudida de cabeza los rizos que le tapaban los ojos. Pusieron Shuffle along.

—Oye, Tony —dijo ella cuando hubieron empezado a bailar otra vez—. ¿Qué te dijo el psicoanalista cuando fuiste a verle ayer?

—Oh, poca cosa. Hablamos y nada más —dijo Tony suspirando—. Cree que debe ser todo imaginación. Me aconsejó que intimara un poco más con las mujeres. Es un hombre que está bien, pero no sabe lo que dice. No puede hacer nada.

—Te juro que yo podría.

Pararon de bailar y se miraron el uno al otro. Sus mejillas ardían.

—El solo hecho de conocerte, Nevada —dijo en un tono lastimero—, ha significado más para mí... Tú eres tan buena para mí... Todo el mundo ha sido siempre tan duro...

—No te pongas solemne.

Nevada se alejó pensativa y paró el gramófono.

—Vaya un bromazo para George.

—No sabes cuánto lo siento. Ha sido tan decente... Y después de todo yo nunca hubiera podido ir a consultar al doctor Baumgardt.

—Culpa suya. Es una idiota... Si cree que me puede comprar con un pisito en el hotel y billetes para el teatro, otra le espera. Pero en serio, Tony, tienes que seguir con ese doctor. Ha hecho maravillas con Gleen Gaston... Él creía que era eso hasta los treinta y cinco años y últimamente oí que se había casado y que había tenido dos gemelos... Bueno, ahora dame un beso de verdad, tesoro. Así... Vamos a bailar otro poco. ¡Pero qué bien bailas! Todos los chicos como tú bailan bien. No sé por qué será...

De repente el teléfono cortó la habitación como una sierra. «¿Quién...? Sí, señorita Jones... Claro, George, te estoy esperando...». Colgó el auricular.

—Pronto, Tony, lárgate. Te llamaré más tarde.

Nevada puso Baby... Babe Deevine en el gramófono, y empezó a andar a zancadas de un lado para otro colocando las sillas en su sitio, arreglándose los rizos cortos y rubios.

—Oh, George, creí que no venías... ¿Cómo está usted, señor McNiel? No sé por qué estoy tan nervioso hoy. Creí que no llegabas nunca. Vamos a decir que nos suban algo. ¡Tengo un hambre!...

George Baldwin dejó el hongo y el bastón sobre una mesa en un rincón.

—¿Qué quiere usted, Gus? —dijo.

—Yo tomo siempre una chuleta de cordero y una patata cocida. —Yo tomaré sólo leche con galletas, no ando bien del estómago estos días... Nevada, a ver si puedes preparar un highball para el señor McNiel.

—Hombre, sí.

—George, pide para mí media langosta asada y una ensalada de agua cates —chilló Nevada desde el cuarto de baño donde estaba partiendo el hielo.

—Es una fiera para la langosta —dijo Baldwin riendo al dirigirse a

teléfono.

Nevada volvió del baño con dos higballs en una bandeja; se había puesto alrededor del cuello una chalina de batik rojo y verde-cotorra.

—Sólo usted y yo bebemos, señor McNiel... George está a agua. Órdenes del doctor.

—Nevada, ¿quieres que vayamos a una revista musical esta tarde? ¿Qué te parece? Necesito quitarme de la cabeza una porción de preocupaciones.

—¡Oh, a mí en encantan las matinées! ¿No te importa que llevemos Tony Hunter? Me ha telefoneado que estaba muy solo y que quería venir por aquí esta tarde. Esta semana no trabaja.

—Bueno... Nevada, perdóname un momento. Tenemos que hablar d un asunto. Aquí mismo junto a la ventana. Lo dejaremos cuando llegue el almuerzo.

—Muy bien: yo me cambiaré de vestido mientras tanto.

—Siéntese aquí, Gus.

Se quedaron un instante silenciosos mirando por la ventana la roja armazón de vigas de un edificio en construcción.

—Bueno, Gus —dijo Baldwin de pronto ásperamente—. Me he lanzado.

—Bravo, George, necesitamos hombres como usted.

—Voy a presentarme en la candidatura reformista.

—¡Ca!

—Quería decírselo, Gus, antes de que usted se enterara por otro conducto.

—¿Quién le va a elegir a usted?

—¡Oh!, tengo un apoyo... Cuento con la prensa.

—¡Qué prensa ni qué lene...! Nosotros contamos con los votantes... Pero, diablos, si no hubiera sido por mí no hubiera usted salido nunca fiscal del distrito.

—Ya sé que usted ha sido siempre un buen amigo mío seguirá siéndolo.

—Nunca le he vuelto la espalda a nadie aún; pero, caramba, George, en este mundo la lucha es lucha.

—Bueno —interrumpió Nevada acercándose a ellos con pasitos de baile, luciendo un vestido de seda rosa—. ¿No han discutido ustedes bastante ya?

—Hemos terminado... —gruñó Gus—. Dígame, señorita Nevada, ¿de dónde ha sacado usted ese hombre?

—Nací en Reno... Mi madre había ido allá a divorciarse... ¡Huy, qué rabiosa estaba!... En buena me metí aquella vez...

Anna Cohen está en pie tras el mostrador bajo el letrero El mejor sandwich de Nueva York. Le duelen los pies en sus puntiagudos zapatos de tacones gastados.

—Supongo que no tardarán, si no diíta parado —dice junto a ella el que sirve sodas, un hombre de cara roja con una nuez saliente—. Siempre vienen en tropel.

—Sí, parece que a todos se les ocurre la misma idea al mismo tiempo.

Veían a través de la mampara de cristales la fila interminable de gente que entraba y salía a empellones del metro. De pronto ella se marcha del mostrador y va a la cocina mal ventilada, donde una mujerona madura está arreglando el fogón. En un rincón hay un espejo pendiente de un clavo. Anna saca una polvera del bolsillo de su abrigo colgado en la percha y empieza a empolvase la nariz. Se queda un segundo con el cisne en el aire mirándose la cara con el flequillo por la frente y la melena lasa cortada. El tipo de la judía fea, se dice a sí misma con amargura. De vuelta al mostrador, tropezó con el gerente, un italiano gordo y pequeño, con una calva grasienta.

—¿No puede usted hacer más que darse coba y mirarse al espejo todo el santo día?... Muy bien, queda usted despedida.

Ella se queda con la mirada fija en aquella cara lisa como una aceituna.

—¿Puedo acabar el día?

El hace un signo afirmativo.

—Tiene que avivar; éste no es ningún salón de belleza.

Anna vuelve corriendo a su sitio. Las banquetas están todas ocupadas. Caras grises de muchachas, chupatintas, tenedores de libros...

—Bocadillo de pollo y taza de café.

—Un sandwich de queso con aceitunas y un vaso de leche.

—Helado de chocolate.

«Sandwich de huevo, café y buñuelos». «Una taza de caldo». «Un caldo de gallina». «Soda con helado de chocolate». Los parroquianos comen apresuradamente, sin mirarse, con los ojos en sus platos, en sus tazas. Detrás de los que ocupan los taburetes, los que esperan se acercan dándose codazos. Algunos comen de pie. Otros, vueltos de espaldas al mostrador, comen mirando a través de los cristales y del letrero HCNUL ENIL NEERG a la muchedumbre que entra y sale a empellones del metro en la penumbra verde-

pardusca.

—Bueno, Joe, cuénteme —dijo Gus McNiel soltando una gran bocanada de humo de su cigarro y recostándose en su silla giratoria—. ¿Qué están ustedes tramando allá en Flatbush?

O’Keefe carraspeó y restregó los pies.

—Pues hemos formado un comité de agitación.

—Y tanto que sí. Pero no había razón para tomar por asalto el baile de los sastres.

—Yo no tuve nada que ver con eso... La pandilla estaba furiosa contra todos esos pacifistas y rojos.

—Todo estaba muy bien hace un año, pero la opinión pública está cambiando. Le digo a usted, Joe, que la gente de este país está ya harta de héroes de la guerra.

—Tenemos una organización muy activa allá abajo.

—Ya lo sé, Joe, ya lo sé. Confío en usted para eso... Sin embargo, en lo de las pensiones pondría yo la sordina... El Estado de Nueva York ha hecho su deber con los veteranos.

—Eso es la pura verdad.

—Las pensiones significan impuestos para el hombre de negocios y nada más... Nadie quiere más impuestos.

—Sin embargo, los muchachos están a punto de conseguir lo que piden.

—Todos estamos a punto de conseguir la mar de cosas que nunca llegan... Por los clavos de Cristo, no vayas a dar esta frase como mía... Joe, sírvase usted un cigarro de esa caja. Un amigo mío me los mandó de La Habana por un oficial de marina.

—Gracias, señor.

—Ande, hombre, agarre cuatro o cinco.

—Gracias.

—Hombre, Joe, ¿por quién van a votar ustedes en las elecciones municipales?

—Depende de la actitud general hacia las necesidades de los veteranos.

—Mire, Joe, usted es un chico listo...

—Oh, ya acudirán, ya... Yo puedo hablarles.

—¿Con cuántos fulanos cuenta usted por allá?

—El Sheamus O’Rielly Post tiene trescientos miembros y los nuevos que a diario se inscriben... Vienen de todas partes. Vamos a dar un baile por Navidad y algunos matches en el cuartel si encontramos boxeadores.

Gus McNiel echó atrás la cabeza sobre su cuello de toro y soltó la carcajada.

—Estupendo.

—Pero, en serio, el bono es lo único que puede mantenerlos juntos.

—¿Y si yo fuera por allá a hablarles una noche?

—Muy bien, pero les tienen ojeriza a los que no han estado en la guerra.

McNiel se puso colorado.

—¡Qué humos traen ustedes los que vienen de Europa! ¡Ja, ja! La cosa no durará más de un año o dos... Les estoy viendo llegar de la guerra de Cuba, recuérdelo usted, Joe.

Un chico entró y dejó una carta en la mesa.

—Una señora quiere verle, señor McNiel.

—Bien, que pase... Es esa vieja chocha de la junta de escuelas... Bueno, Joe, vuelva por aquí otra vez la semana que viene. Le tendré presente, a usted y a su ejército.

Dougan estaba esperando en la antesala. Se acercó misteriosamente.

—Qué, Joe, ¿cómo van las cosas?

—No van mal —dijo Joe sacando pecho—. Gus me dice que Tammany estará con nosotros en la cuestión de las pensiones... Planea una campaña nacional. Me dio unos cigarros que un amigo suyo le trajo en aeroplano desde La Habana... ¿quieres uno?

Con los cigarros a un lado de la boca cruzaron alegremente, a paso vivo, la plaza del City Hall. Frente al antiguo Ayuntamiento había un andamio. Joe lo señaló con el cigarro.

—Ésa es la nueva estatua de la Virtud Cívica que se erige por orden del alcalde.

El vaho de la cocina le contrajo el estómago al pasar delante de Child’s. El alba cernía un polvillo gris sobre la negra ciudad de hierro. Dutch Robertson cruzó desalentado Union Square recordando la caliente cama de Francie, el aromático olor de su pelo. Hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Ni un céntimo, y Francie no había podido darle nada. Se dirigió hacia el este, pasó ante el hotel de la calle 15. Un negro barría los escalones. Dutch le miró

con envidia. El al menos está empleado. Los carricoches de la leche pasaban traqueteando. En Stuyvesant Square se rozó con un lechero que llevaba una botella en cada mano.

Dutch sacó la mandíbula y habló rudamente:

—Oiga, déme un trago de leche.

El lechero era un jovenzuelo endeble, rosáceo. Sus ojos azules palidieron.

—Sí, hombre, detrás del coche hay una botella abierta debajo del asiento. Procure qué nadie le vea.

Bebió a grandes tragos.

La leche bajaba dulce y suave por su garganta seca. No necesitaba haber hablado tan rudamente. Esperó a que el chico volviera.

—Gracias, hombre, te has portado.

Entró en el parque frío y se sentó en un banco. Había escarcha en el asfalto. Levantó del suelo un pedazo de un periódico de la noche. ROBO DE \$500.000. Un empleado de un Banco desvalijado en Wall Street.

A mediodía, a la hora de mayor afluencia, dos hombres atacaron a Adolphus St. John, recadero de la Guarantee Trust y le arrebataron de las manos un saquito conteniendo medio millón de dólares...

Dutch sentía palparle el corazón al leer la columna. Estaba helado. Se puso de pie y empezó a sacudirse el cuerpo con los brazos.

Congo, arrastrando su pierna, franqueó la puerta giratoria de la estación final del elevado. Jimmy Herf le siguió mirando a derecha e izquierda. Era de noche. La ventisca silbaba en sus oídos. Sólo un Ford esperaba al pie de la estación...

—¿Le gusta, señor Herf?

—Mucho, Congo. ¿Es agua eso?

—Sheepshead Bay.

Siguieron la carretera, evadiendo aquí y allá los charcos azul acero que encontraban. Los arcos voltaicos parecían racimos de uvas balanceados por el viento. A derecha e izquierda parpadeaban las casas en la lejanía. Se pararon ante un largo edificio sostenido en estacas sobre el agua. BILLARES. Jimmy apenas podía distinguir las letras en una ventana apagada. La puerta se abrió a su llegada.

—¡Hola, Mike! —dijo Congo—. Éste es el señor Herf, un amigo mío. La

puerta se cerró tras ellos. Dentro reinaba una oscuridad de horno. Una mano callosa agarró la de Jimmy.

—Mucho gusto —dijo una voz.

—Hombre, ¿cómo ha encontrado usted mi mano?

—Oh, yo veo en la oscuridad.

Se oyó una risa gangosa. Ya Congo había abierto la puerta interior. La luz se derramó, iluminando mesas de billar, un largo bar al extremo, bastidores de tacos.

—Éste es Mike Cardinale —dijo Congo.

Jimmy se encontró al lado de un individuo alto y pálido, de aspecto tímido, con una cabellera negra que le arrancaba de la mitad de la frente. En la sala del fondo había vasares llenos de loza y una mesa redonda cubierta por un hule color mostaza. «¡Eh!, la patronne», gritó Congo. Una francesa gorda, con mejillas rosadas como manzanas, entró. Tras ella penetró un tufillo de mantequilla frita y ajo.

—El señor es un amigo mío... Quizá podríamos comer ahora —chilló Congo.

—Ella, mi mujer —dijo Cardinale con orgullo—. Muy gorda... Hay que hablar alto. (Se volvió y cerró con mucho cuidado la puerta del largo salón echando el cerrojo).

—No ver luces desde la carretera —explicó.

—En verano —dijo el señor Cardinale— a veces servimos cien comidas al día y hasta ciento cincuenta.

—¿No tendrán por ahí alguna cosilla para entonarnos? —dijo Congo.

Se dejó caer en una silla lanzando un gruñido. Cardinale colocó en la mesa un frasco de vino y algunos vasos. Lo probaron chasqueando los labios.

—Mejor que Dago Red, ¿eh, señor Herf?

—Cierto. Parece Chianti.

El señor Cardinale colocó seis platos, cada uno con un tenedor, cuchillo y cuchara; después trajo una humeante sopera y la puso en medio de la mesa.

—Pronto, pasta —chilló ella con voz de gallina pintada.

—Ésta es Aneta —dijo Cardinale.

Una muchacha sonrosada y pelinegra, con unos ojos brillantes sombreados por pestañas curvas, irrumpió en el cuarto seguida de un joven que vestía un

mono color kaki. Tenía éste la tez quemada por el sol y descoloridos los cabellos. Se sentaron todos a la vez y, muy inclinados sobre sus platos, empezaron a comer el picante y espeso potaje de vegetales.

Cuando Congo acabó su sopa levantó la vista.

—Mike, ¿has visto luces? (Cardinale hizo un signo afirmativo). Seguro... Pueden venir de un momento a otro.

Mientras despachaban un plato compuesto de huevos fritos con ajo, chuletas de ternera, patatas fritas y broccoli, Herf creyó oír a lo lejos el pop, pop, pop de una gasolinera. Congo se levantó de la mesa haciéndoles además de no moverse, y miró por la ventana, levantando con precaución una punta de la cortina.

—Es él —dijo al volver a la mesa—. Se come bien aquí, ¿eh, señor Herf?

El joven se levantó limpiándose la boca con la manga.

—¿Tienes un níquel, Congo? —dijo restregándose ambos pies.

—Ahí va, Johnny.

La chica se levantó y fuése tras suyo a la oscura sala exterior.

Un momento después un piano mecánico empezó a tocar un vals. Jimmy los veía pasar y repasar bailando por el rectángulo de luz. El ruido de la gasolinera se acercó. Congo salió, luego Cardinale, luego su mujer, y Jimmy se quedó solo sorbiendo un vaso de vino entre los restos de la comida. Se sentía nervioso, aturdido y un poco borracho. Ya empezaba a construir la historia en su cabeza. En la carretera se oía el rechinar de las palancas de un camión, luego el de otro. El motor de la gasolinera se atragantó y se detuvo. Luego se oyó el crujido de un barco contra las estacas, el chapoteo de las olas. Silencio. El piano mecánico se había callado. Jimmy sin levantarse bebía su vino. El olor de las marismas se filtraba en la casa. Bajo sus pies el agua lamía las estacas. A lo lejos otra gasolinera empezaba a barbotar.

—¿Tiene usted una moneda? —preguntó Congo irrumpiendo bruscamente en la sala—. Necesitamos música... ¡Vaya nohecita! Usted y Annete podrían encargarse de que el piano no pare. No he visto a McGree para el desembarco... Quizá venga alguien. Hay que andar vivo.

Jimmy se levantó y empezó a rebuscarse los bolsillos. Cerca del piano encontró a Annete.

—¿No quiere usted bailar?

Ella aceptó. El piano tocó Innocent Eyes. Bailaron distraídamente.

Fuera se oían voces y pasos.

—Perdón —dijo la chica de pronto.

Pararon de bailar. La segunda gasolinera estaba muy cerca; el motor tosió, luego rezongó tranquilamente.

—Quédese aquí, por favor —dijo ella y se escabulló.

Jimmy Herf se paseaba inquieto de arriba abajo, dando chupadas a un cigarrillo. Estaba construyendo la historia en su cabeza. En un salón de baile, solitario, en la bahía de Sheepshead..., una italiana preciosa..., agudo silbido en las tinieblas... Debiera salir a ver lo que pasa. Buscó a tientas la puerta de entrada. Estaba cerrada con llave. Volvió al piano y metió otra moneda. Luego encendió otro cigarrillo y empezó a pasearse de arriba abajo otra vez. Siempre así un parásito en el drama de la vida... El reportero lo ve todo por una mirilla. Nunca se mete en nada. El piano tocaba Yes We Have No Bananas.

—¡Demontre! —murmuraba rechinando los dientes, sin dejar de pasearse.

Fuera el ruido de pisadas se convirtió en una pelotera. Se oían gritos. Luego el ruido de astillas y de botellas rotas. Jimmy se asomó a la ventana del comedor. Vio sombras que se peleaban y se aporreaban en el embarcadero. Corrió a la cocina, donde tropezó con Congo que, todo sudoroso, entraba tambaleándose en la casa, apoyado en un grueso bastón.

—¡Qué broma! Me han roto la pierna.

—¡Demonio!

Jimmy le llevó al comedor.

—Me costó cincuenta dólares componerla la última vez que la escachifollé.

—¿La pata de palo dice usted?

—Pues claro, ¿qué creía?

—¿Son los agentes de la prohibición?

—Qué agentes ni qué ocho cuartos; son esos condenados hijackers... Ande, ponga un níquel en el piano.

Beautiful Girl of my Dreams, respondió el piano alegremente.

Cuando Jimmy volvió, Congo, sentado en una silla se acariciaba el muñón con ambas manos. En la mesa estaba el miembro artificial de corcho y níquel, astillado y dentado.

—Regardez-moi ça... C'est foutue... Complètement foutue...

Mientras hablaban, Cardinale entró. Sobre el ojo tenía un chirlo del cual un hilo de sangre le corría por la mejilla, la chaqueta y la camisa. Su mujer le

seguía con los ojos en blanco. Traía una palangana y una esponja con la cual le daba golpecitos en la frente sin resultado alguno.

—A uno de ellos le di un buen garrotazo con un pedazo de tubo. Creo que cayó al agua. Ojalá se haya ahogado.

Johnny entró con la cabeza alta. Annete le rodeaba la cintura con un brazo. Él tenía un ojo negro y una de las mangas de su camisa colgaba hecha jirones.

—Nada, como en el cine —dijo Annete con una risa histérica—. ¿Has visto cómo se ha portado, mamá, has visto cómo se ha portado?

—Suerte que no empezaron a tirar. Uno llevaba revólver. —Miedo que tendrían, supongo.

—Los camiones ya han salido.

—Sólo una caja rota... Demonio, eran cinco.

—¡Cómo los metió en cintura! —chillaba Annete.

—Cállate —gruñó Cardinale.

Se había dejado caer en una silla. Su mujer le restañaba la herida con una esponja.

—¿Viste bien el barco? —preguntó Congo.

—La noche estaba muy negra —dijo Johnny—. Los tíos me hablaban como si fueran de Jersey... A lo primero uno se me acerca y me dice: «Soy un aduanero», y yo que le arreo sin darle tiempo a sacar la pistola, y al agua. Eran unos blancos. George, ése del barco, casi le machacó los sesos a uno con un remo. Entonces ellos se volvieron a meter en su vieja cafetera y se largaron.

—¿Pero cómo saben dónde desembarcamos? —tartamudeó Congo con la cara amoratada.

—Alguno que habrá dao el soplo —dijo Cardinale—. Si me entero quién es... ¡Recórcholis!, juro que le...

Hizo un ruido seco con los labios.

—Sabe usted, señor Herf —dijo Congo recobrando su voz suave—, era todo champaña para las fiestas... Cargamento de valor, ¿eh?

Annete, con las mejillas encendidas, los labios entreabiertos y los ojos demasiado brillantes, estaba sentada sin moverse, mirando a Johnny. Herf notó que se ruborizaba al mirarla. Se levantó.

—Bueno, tengo que volverme a la ciudad. Gracias por la cena y el melodrama, Congo.

—¿Encontrará usted la estación sin dificultad?

—Desde luego.

—Buenas noches, señor Herf, ¿no querrá usted una caja de champaña para Navidad, Mumms genuino?

—Estoy colocado, Congo.

—Entonces quizá pueda usted vendérselo a sus amigos. Le doy una comisión.

—Bien, ya veremos lo que se hace.

—Le telefonaré mañana diciéndole el precio.

—Gran idea. Buenas noches.

Camino de casa en el tren vacío, a través de los vacíos suburbios de Brooklyn, Jimmy trataba de pensar en la historia de bootleggers que iba a escribir para la sección Magazine del domingo. Las mejillas rosadas y los ojos demasiado brillantes de la muchacha seguían interrumpiendo, borrando el orden de sus pensamientos. Poco a poco se fue hundiendo en un ensueño cada vez más brumoso. Antes de que el chico naciera Ellie tenía también a veces los ojos demasiado brillantes. La vez que, en la colina, cuando ella de repente había caído en sus brazos sintiéndose mal, y él la había dejado sobre la hierba entre las vacas que rumiaban mirándola tranquilamente. Había ido a la choza de un pastor y le había traído leche en un cazo de madera, y, lentamente, al enarcarse las montañas con la noche, el color le había vuelto a las mejillas y Ellen le había mirado de aquella manera y le había dicho con una risita seca: «Es el pequeño Herf que llevo dentro». ¡Dios!, ¿por qué pensar en cosas pasadas? Y luego al nacer el chico en el Hospital americano de Neully, él había vagado distraído por la feria, entrando en el Flea Circus, montando en los tiovivos y en los columpios a vapor, comprando juguetes, bombones, probando suerte en la rifa y volviendo al hospital con un gran cerdo de yeso bajo el brazo. ¡Cómo se refugia uno en el pasado! Tiene gracia. Si se hubiera muerto... Yo pensé que se moría. El pasado sería un círculo completo, tendría un marco, podría llevarse al cuello como un camafeo, estaría fundido en caracteres de imprenta, moldeado en placas para la sección Magazine, como el primero de los artículos de James Herf sobre La zona de contrabando. Ardientes lingotes de pensamientos se iban colocando en su sitio, deletreados por una linotipia repiqueteante.

A medianoche cruzaba la calle 14. No quería irse a acostar aunque el viento crudo le rasgaba el cuello y la barbilla con agudas zarpas de hielo. Atravesó la Séptima y Octava Avenidas y encontró el nombre Roy Sheffield junto a un timbre, en un hall mal alumbrado. En cuanto apretó el botón el

picaporte hizo tictac. Subió las escaleras corriendo. Roy asomó por la puerta su cabeza rizada, sus ojos grises de besugo.

—¡Hola, Jimmy! Pasa; estamos todos alumbrados como iglesias.

—Yo acabo de ver una pelea entre bootleggers e hijackers.

—¿Dónde?

—En Sheepshead Bay.

—Aquí está Jimmy Herf, que viene de pelearse con los agentes de la prohibición —gritó Roy a su mujer.

Alice, que tenía un pelo de muñeca castaño oscuro y una cara de fresas con leche, corrió hacia Jimmy y le besó en la barbilla.

—¡Oh, Jimmy, cuéntenos! Estamos tan aburridos...

—¡Hola! —gritó Herf.

Acababa de reconocer a Frances y a Bob Hildebrand en el diván, en la penumbra del cuarto. Ellos levantaron sus vasos. Jimmy fue empujado a un sillón y le pusieron un vaso de gin y ginger ale en la mano.

—Bueno, ¿qué es eso de la pelea? Mejor será que nos lo cuentes porque puedes estar seguro de que no compraremos la Tribuna del domingo para enterarnos —dijo Bob Hildebrand con una voz retumbante.

Jimmy tomó un largo sorbo.

—Fui allá con un conocido mío que es el as de todos los bootleggers franceses e italianos. Una buena persona. Tiene una pierna de palo. Me dio una comida opípara con vino italiano auténtico, en una sala de billar, a orillas de la bahía de Sheepshead.

—A propósito —preguntó Roy—, ¿dónde está Helena?

—No interrumpas, Roy —dijo Alice—. La cosa tiene interés... y además a un hombre no se le pregunta nunca dónde está su mujer.

—Luego hubo la mar de señales luminosas y qué sé yo qué, y llegó una gasolinera cargada de champaña extraseco marca Mumms para las navidades de Park Avenue... Y los hijackers aparecieron en una canoa... Probablemente sería un hidroplano, tan a prisa vino...

—¡Qué emocionante! —arrulló Alice—. Roy, ¿por qué no te metes tú a bootlegger?

—La batalla más grande que he visto fuera del cine, seis o siete de cada bando que se pelean en un embarcadero tamaño como este cuarto, sacudiéndose unos a otros con remos y tubos de plomo.

—¿Hubo heridos?

—Todo el mundo... Creo que dos de los hijackers se ahogaron. El caso es que se batieron en retirada, dejándonos a lamer el champaña derramado.

—Debe de haber sido terrible —exclamaron los Hildebrand.

—¿Y qué hizo usted, Jimmy? —preguntó Alice anhelante.

—Oh, yo andaba por allí, cuidando de no meterme en el peligro. No podía distinguir los de un bando de los del otro... Todo estaba oscuro y húmedo... Aquello era un lío... Al final saqué ami amigo el bootleggerde la refriega cuando le rompieron la pierna... la pierna de palo.

Todo el mundo gritó. Roy llenó otra vez de gin el vaso de Jimmy.

—¡Oh, Jimmy —arrulló Alice—, hace usted una vida emocionante!

James Merivale releía un cable recién descifrado, golpeando con un lápiz las palabras Tasmanian Manganese Producís nos pide abrir crédito... El teléfono de su escritorio se puso a zumbar.

—James, soy yo, tu madre. Ven en seguida; ha sucedido algo terrible.

—Pero no sé si podré salir...

Ella había cortado la comunicación. Merivale sintió que se ponía pálido. «Quiero hablar al señor Aspinwall, haga el favor». «Señor Aspinwal, soy yo, Merivale... Mi madre se ha puesto repentinamente enferma. Temo que sea un ataque... ¿Podría ausentarme una hora? Volveré a tiempo para contestar a ese cable de Tasmania». «Muy bien... Lo siento mucho, Merivale».

James cogió el gabán y el sombrero, olvidó la bufanda, salió del Banco como un rayo y bajó al metro.

Entró en su casa sin aliento, chasqueando los dedos nerviosamente. La señora Merivale, lívida, salió a su encuentro en el hall.

—¡Oh, pensé que te habías puesto enferma!

—No es eso... es Maisie...

—No le habrá ocurrido un acci...

—Ven por aquí —interrumpió la señora Merivale.

En el salón estaba sentada una mujer pequeña, de cara redonda, que llevaba un sombrero redondo de nutria y un largo abrigo de lo mismo.

—Querido, esta muchacha dice que es la señora Jack Cunningham y trae un certificado de matrimonio que lo prueba.

—¡Cielo santo!, ¿es eso verdad?

La muchacha asintió melancólicamente.

—Y las invitaciones han salido. Después de su último telegrama Maisie había encargado el trousseau.

La muchacha desdobló un gran certificado ornamentado con margaritas y cupidos, y se lo alargó a James.

—Quizá sea una falsificación.

—No, no es una falsificación —dijo la muchacha dulcemente.

—John C. Cunningham, 21... Jessie Lincoln, 18... —leyó él en voz alta—. Le romperé la cara. ¡So pillo! Ésta es su firma, no cabe duda. Yo la he visto en el Banco... ¡Sinvergüenza!

—Mira, James, no te acalores.

—Yo pensé que más valía decirlo ahora que después de la ceremonia —dijo la muchacha con su vocecita de azúcar—. No quisiera ver a Jack culpable de bigamia por nada en el mundo.

—¿Dónde está Maisie?

—En su cuarto, desesperada la pobrecilla.

Merivale estaba rojo. El sudor le corría por el cuello.

—Escucha, querido —repetía la señora Merivale—. Tienes que prometerme no hacer ninguna locura.

—La reputación de Maisie tiene que ser protegida a toda costa.

—Hijo, yo creo que lo mejor que podríamos hacer sería traerle aquí y cearlo con esta... con esta... señora... ¿No cree usted, señora Cunningham?

—Oh, sí... Será lo mejor.

—Un momento —gritó Merivale, y atravesando el hall a zancadas, cogió el teléfono: ¿Rector 12305... El despacho del señor Cunningham?... El señor James Merivale necesita hablarle... ¿Ausente?... ¿Y cuándo volverá?... Hmmm. (Volvió a atravesar el hall a zancadas). El muy truhán está fuera.

—Desde que le conozco —dijo la damita del sombrero redondo— siempre ha sido así.

Tras las anchas ventanas de la oficina la noche es gris y brumosa. Aquí y allá, las luces forman vagas líneas horizontales y perpendiculares de asteriscos. Phineas Blackhead está sentado en su escritorio, muy echado para atrás en su pequeña silla de cuero. En la mano, protegiendo sus dedos con un gran pañuelo de seda, sostiene un vaso de agua caliente con bicarbonato de soda. Densch, calvo y redondo como una bola de billar, está hundido en el

cómodo sillón, jugueteando con sus lentes de carey. El martilleo o el zumbido de los tubos de la calefacción rompe de cuando en cuando el silencio.

—Densch, tiene usted que perdonarme... Ya sabe que yo rara vez me permito una observación respecto a los asuntos ajenos —dice Blackhead lentamente, entre sorbo y sorbo. (Luego se incorpora de repente en la silla). Es una proposición completamente absurda, Densch, completamente... ¡Voto al chápiro! Es ridículo.

—A mí no me gusta ensuciarme las manos más que a usted... Baldwin es un buen sujeto. Creo que no corremos ningún riesgo apoyándole un poco.

—¡Qué diablos tiene que ver una firma de importación y exportación con la política! Si cualquiera de esos individuos necesita apoyo, que venga aquí y lo pida. Nuestro negocio es el precio de las habichuelas..., que ya se halla por los suelos. Si uno de esos sacamuelas de abogados pudiera establecer el balance del cambio, yo estaría dispuesto a hacer cualquier cosa... Pero todos ellos son unos ladrones... ¡Voto al chápiro, repito que son ladrones! (Su cara se pone roja, se incorpora en la silla y da un puñetazo en la mesa). Me está usted sacando de quicio... Lo cual me hace daño al estómago y al corazón.

Phineas Blackhead regüelda portentosamente y toma un gran sorbo de bicarbonato. Luego vuelve a recostarse en su silla, entornando los párpados.

—En fin —dice el señor Densch con voz cansada—, puede que haya sido un mal paso; pero yo he prometido apoyar al candidato reformista. Esto es una cuestión puramente privada, y de ningún modo envuelve a la firma.

—¡Un cuerno!... ¿Y qué de McNiel y su pandilla?... Siempre nos han tratado bien, y ¿qué hemos hecho nosotros por ellos?... Un par de cajas de whisky y unos cigarros de vez en cuando... Y ahora vienen estos reformistas a meter al Ayuntamiento en un barullo... ¡Voto al chápiro!...

Densch se pone en pie.

—Mi querido Blackhead, considero mi deber de ciudadano ayudar a limpiar el presente estado de soborno, corrupción e intriga existente en el Ayuntamiento...

Se dirige a la puerta, precedido por su augusta barriga.

—Bueno, Densch, permítame que le diga que es una proposición absurda —grita Blackhead a sus espaldas.

Después de salir su consocio, se acuesta un minuto con los ojos cerrados. Su cara se cubre de manchas cenicientas, su enorme cuerpo se deshinchas como un balón. Por fin, se levanta con un gruñido. Luego coge el sombrero y el gabán y sale de la oficina con paso lento y pesado. El pasillo está vacío y mal alumbrado. Tiene que esperar largo rato por el ascensor. La idea de que puede

encontrar bandidos en el edificio desierto le corta de pronto la respiración. Tiene miedo de mirar atrás, como un niño en la oscuridad. Al fin, el ascensor sube.

—Wilmer —dice al sereno que lo maneja—, debiera de haber más luz en estos pasillos por la noche... Durante esta ola de crímenes, creo que deberían tener el edificio todo alumbrado.

—Sí, señor; quizá tenga usted razón...; pero nadie puede entrar sin que yo lo vea.

—Usted puede ser dominado por una banda, Wilmer.

—Quisiera ver cómo.

—Creo que tiene usted razón..., todo es cuestión de sangre fría. Gladys, sentada en el Packard, lee un libro.

—Hijita, creerías que no bajaba nunca.

—Casi terminé el libro, papá.

—Vamos, Butler...; a casa, todo lo de prisa que pueda. Llegaremos tarde a cenar.

Cuando la limousine sube por la calle Lafayette, Blackhead se vuelve hacia su hija.

—Si alguna vez oyes hablar a un hombre de sus deberes de ciudadano, ¡voto al chápiro!, no te fíes de él. De diez veces, nueve se meterá en un negocio sucio. No sabes qué alivio es para mí que tú y Joe estéis confortablemente instalados en la vida.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Has pasado un mal día en la oficina?

—No hay mercado en este cochino mundo que no esté hecho pedazos... Te digo, Gladys, que la situación es peliaguda... No se puede saber lo que ocurrirá... Mira, antes que me olvide, ¿podrías estar mañana en el Banco a las doce?... Voy a mandar a Hudgins con ciertos valores... personales, ¿comprendes? Quisiera que los guardaras en tu caja.

—Pero está atestada ya, papá.

—La caja del Astor Trust está a tu nombre, ¿no?

—A mi nombre y al de Joe.

—Bueno; pues tomas otra en el Fifth Ave Bank a tu propio nombre... Haré que todo esté allí a las doce en punto... Y acuérdate de lo que te digo, Gladys: si alguna vez oyes a un socio hablar de virtudes cívicas, ándate con ojo.

Cruzan la calle Catorce. Padre e hija miran a través del cristal las caras

mordidas por el viento de las gentes que esperan en la acera para cruzar.

Jimmy Herf bostezó y retiró su silla hacia atrás. Los reflejos niquelados de la máquina de escribir le hacían daño en los ojos. Tenía las yemas de los dedos doloridas. Entreabrió las puertas corredizas y se asomó al frío dormitorio. Apenas podía divisar a Ellie, dormida en la cama de la alcoba. Al fondo del cuarto estaba la cuna. La ropa del niño despedía un olor a leche agria. Juntó las puertas otra vez y empezó a desnudarse. «Si tuviéramos más espacio —murmuraba—; vivimos enjaulados como ardillas». Quitó el empolvado casimir que cubría el diván y sacó de un tirón su pijama de debajo de la almohada. Espacio, espacio; limpieza, tranquilidad... Las palabras gesticulaban en su cerebro como si las dirigiera en un gran auditorio.

Apagó la luz, dejó una rendija de la ventana abierta y cayó en la cama como un leño. Inmediatamente empezó a escribir una carta con una linotipia. «Ahora me voy a dormir..., madre del gran crepúsculo blanco». El brazo de la linotipia era una mano de mujer con guante blanco. A través del repiqueteo, tras las luces ambarinas de las baterías la voz de Ellie: No, no, no; me haces daño... Señor Herf, dice un hombre con un traje de mecánico, le está usted haciendo daño a la máquina, y no podemos sacar la edición... La linotipia, una boca abierta con filas de dientes niquelados, engullía, trituraba... Se despertó y se sentó en la cama. Tenía frío, le castañeteaban los dientes. Se arropó de nuevo en las mantas y se durmió otra vez. Cuando se despertó de nuevo era de día. Ya no tenía frío y estaba contento. Copos de nieve bailaban, vacilaban, tras los cristales.

—Hola, Jimmy —dijo Ellie, acercándose con una bandeja.

—¡Cómo! ¿Me he muerto, estoy en el paraíso, o qué?

—No, es domingo... Pensé que no te vendría mal un poco de lujo... Te he hecho unos bollos de maíz...

—Oh, Ellie, eres una criatura maravillosa... Espera un momento, voy a lavarme los dientes.

Volvió con la cara lavada, envuelto en la bata de baño. Ella retiró la boca cuando la besó.

—Y no son más que las once. He ganado una hora de mi día libre... ¿Tú no tomas café?

—Dentro de un instante... Mira, Jimps, tengo que decirte una cosa. ¿No crees que debemos buscar otra casa, ahora que trabajas todas las noches otra vez?

—¿Mudarnos, dices?

—No. Pensaba yo si no podrías tú tomar otro cuarto para dormir, por aquí

cerca... Así nadie te molestaría por la mañana.

—Pero, Ellie, entonces no nos veríamos nunca... Apenas si nos vemos ya así.

—Es un fastidio...; pero ¿qué le vamos a hacer? Con nuestras horas de oficina tan diferentes...

El llanto de Martín llegaba en ráfagas del otro cuarto. Jimmy estaba sentado al borde de la cama, con la taza vacía sobre sus rodillas, contemplando sus pies desnudos.

—Como quieras —dijo con voz sombría.

Un deseo de agarrarla de las manos y estrecharla contra él hasta hacerle daño le atravesó como un cohete y se apagó. Ella recogió el servicio de café y desapareció. Sus labios conocían los de ella, sus brazos sabían cómo se retorcían los de ella, él conocía el espeso bosque de su pelo, él la amaba. Siguió un largo rato sentado mirándose los pies descarnados, rojizos, rayados por gruesas venas azules; los dedos comprimidos por los zapatos, torcidos por escaleras y pavimentos. En cada uno de los meñiques tenía un callo. Los ojos se le llenaron de amargas lágrimas, El chico había dejado de llorar. Jimmy se metió en el cuarto de baño, abrió el grifo y esperó a que se llenara la bañera.

—La culpa es de ese otro individuo qu'andaba contigo, Anna. Te convenció de que todo importaba un pepino... T'ha hecho fatalista.

—¿Qué es eso?

—Pues uno que no cree que vale la pena de luchar, uno que no cree en el progreso de la humanidad.

—¿Crees que Bouy era así?

—Era un hombre ruin, de todos modos... Esos tíos del sur no tienen conciencia de clase... ¿No te convenció de que dejaras de pagar tu cuota a la Unión?

—Yo estaba hasta aquí de coser a máquina.

—Pero tú podías dedicarte a las labores y ganar bastante dinero. Tú no eres como ellos, tú eres de los nuestros... Yo te pondré en buen camino y te buscaré un empleo... ¡Dios, yo nunca te dejaré, como él, trabajar en un salón de baile! Anna, no sabes tú el daño que me hacía ver a una muchacha judía andando con un tío como ése.

—Bueno, el caso es que él ha desaparecido y yo no tengo trabajo.

—Individuos así son los mayores enemigos del obrero... No piensan más que en sí mismos.

Van subiendo lentamente por la Segunda Avenida un atardecer brumoso. Él es un joven judío carilargo y pelirrojo, con las mejillas hundidas y la tez lívida, con las piernas estevadas como todos los sastres. A Anna le quedan chicos los zapatos. Tiene grandes ojeras. La niebla está llena de grupos que vagan hablando yiddish, ruso, inglés, con marcado acento judío. Cálidas oleadas de luz salen de las reposterías y de los puestos de bebidas no alcohólicas, y rielan en las aceras.

—Si no me sintiera siempre tan cansada —murmura Anna.

—Vamos a tomar algo aquí... Un vaso de leche agria te sentará bien, Anna.

—No me gusta, Elmer. Tomaré soda con chocolate.

—Lo único para que te haga daño; pero tómallo, si ése es tu gusto.

Anna se sentó en el estrecho taburete encintado de níquel. Él se quedó en pie junto a ella y ella se reclinó contra él.

—Lo que nos pasa a los obreros es que... (Habla en una voz baja impersonal). Lo que nos pasa a los obreros es que no sabemos nada, no sabemos comer, no sabemos vivir, no sabemos defender nuestros derechos... Anna, quisiera hacerte reflexionar sobre estas cosas. ¿No ves que estamos en plena batalla, lo mismo que en la guerra?

Con la larga cuchara pringosa, Anna pescaba trocitos de helado en el espeso líquido espumoso de su vaso.

George Baldwin se miraba al espejo mientras se lavaba las manos en el tocadorcito que había detrás de su despacho. Su pelo, todavía espeso, que bajaba en punta hasta su frente, estaba casi blanco. Una profunda arruga surcaba los dos lados de su boca y su barbilla. Bajo sus vivos ojos penetrantes se abolsaba la piel flácida y granujienta. Cuando se hubo secado las manos, lenta y meticulosamente, sacó una cajita de píldoras de estricnina del bolsillo superior de su chaleco se tragó una y, sintiendo el esperado estímulo hormiguear en sus venas, se volvió a su despacho. Un chico cuellilargo le aguardaba inquieto al lado de su escritorio, con una tarjeta en la mano.

—Una señora quiere hablarle, señor.

—¿Tiene cita? Pregunte a la señorita Ranke... Un momento. Hágala' pasar inmediatamente.

La tarjeta decía Nellie Linihan McNiel. De la abertura de su gran abrigo de pieles salía un mar de encajes. Llevaba alrededor del cuello una cadena de amatistas, de donde colgaban unos impertinentes.

—Gus me ha pedido que viniera a verle —dijo, mientras él le ofrecía una

silla junto a su mesa.

—¿En qué puedo servirla?

Su corazón, no sabía por qué, latía apresuradamente.

Ella le miró un momento con sus impertinentes.

—George, usted resiste mejor que Gus.

—¿Qué?

—Oh, todo esto... Estoy tratando de llevarme a Gus conmigo al extranjero para que descanse... Marienbad, o algo así... Pero él dice que está ya demasiado metido en el lío para retirarse.

—Lo mismo puede decirse de todos nosotros —contestó Baldwin con una sonrisa fría.

Después de un minuto de silencio, Nellie McNiell se levantó.

—Mire, George, Gus está completamente harto de todo esto... Usted sabe que a él le gusta ayudar a sus amigos y que sus amigos le ayuden.

—Nadie puede decir que yo no le he ayudado... Sólo que yo no soy político, y como, sin duda estúpidamente, me he dejado proponer para un cargo, debo presentarme como independiente.

—George, eso no es más que la mitad del cuento, bien lo sabe usted.

—Dígale que yo he sido y seré siempre un buen amigo suyo... Él lo sabe perfectamente. En este caso particular, yo he jurado oponerme a ciertos elementos por quienes Gus se ha dejado arrastrar.

—Es usted un buen orador, George Baldwin, y siempre lo ha sido.

Baldwin se ruborizó. Estaban en pie, uno al lado del otro, rígidos, a la puerta del despacho. La mano de él quieta sobre el tirador, como paralizada. En las otras oficinas se oía ruido de máquinas de escribir y de voces. Fuera sonaba el largo y continuo martilleo de los remachadores que trabajaban en un nuevo edificio.

—Supongo que toda su familia estará bien —dijo con esfuerzo, después de un rato.

—Sí, está bien, gracias... Adiós.

Nellie se había marchado.

Baldwin se quedó un momento mirando por la ventana la casa de enfrente, gris, agujereada por negras ventanas. ¡Qué tontería dejar que las cosas le afecten a uno de tal modo! Necesidad de reposo. Descolgó su sombrero y su

gabán de la percha, que estaba detrás de la puerta del lavabo, y salió.

—Jonás —dijo a un hombre, cuya calva redonda tenía forma de melón y que estaba sentado, hojeando periódicos, en la alta biblioteca que servía de hall central a las oficinas—, lleve a casa todo lo que está en mi mesa... Lo repasaré esta noche.

—Muy bien, señor.

Cuando salió a Broadway se sintió como un chico que hace novillos. Era una rutilante tarde de invierno, con alternativas de sol y nubes. Montó de un salto en un taxi. Recostado en el asiento, cabeceaba. En la calle 42 se despertó. Todo era una confusión de brillantes planos entrecruzados, caras, piernas, escaparates, tranvías, autos. Se incorporó, puso sus enguantadas manos sobre las rodillas. Se estremecía de impaciencia. A la puerta de la casa de Nevada pagó el taxi. El chófer negro le enseñó una boca llena de dientes de marfil al recibir cincuenta centavos de propina. Como ningún ascensor estaba abajo, Baldwin subió las escaleras de prisa, medio admirado de sí mismo. Llamó con los nudillos a la puerta de Nevada. Nadie respondió. Llamó de nuevo. Ella abrió con precaución. Baldwin entrevió la cabeza rizada. Penetró en el cuarto antes de que ella pudiera detenerlo. Todo lo que tenía puesto era un kimono sobre una camisa rosa.

—¡Dios mío —dijo ella—, creí que era el camarero!

George la agarró y la besó.

—No sé por qué me siento como si tuviera tres años.

—Lo que parece es que te has vuelto loco con el calor... No me gusta que te presentes así, sin telefonar antes, ya lo sabes.

—No te enfadarás porque me haya olvidado esta vez.

Baldwin divisó algo sobre el canapé. Era un par de pantalones azul marino cuidadosamente doblados.

—Me sentía atrozmente fatigado en la oficina, Nevada. Pensé que podía venir a charlar un rato contigo para que me animases un poco.

—Yo estaba ensayando unos bailes con el gramófono.

—Muy interesante... (Baldwin empezó a pasearse de un lado a otro como movido por un resorte). Bueno, oye una cosa, Nevada... Tenemos que hablar. No me importa saber quien está ahora en tu alcoba. (Ella le miró de repente a la cara y se sentó en el canapé, junto a los pantalones). El hecho es que hace algún tiempo sé que tú y Tony Hunter os entendéis. (Nevada apretó los labios y cruzó las piernas). No te ocultaré que todas esas visitas a un psicoanalista que le cobra veinticinco dólares la hora me hacían una gracia enorme. Pero en

este mismo momento he comprendido que ya es bastante. Más que bastante.

—George, estás loco —balbuceó ella, y de repente empezó a reír.

—Te diré lo que voy a hacer —continuó Baldwin en una voz clara, legal—. Te enviaré un cheque de quinientos dólares, porque eres una buena chica y porque, al fin y al cabo, te quiero. El piso está pagado hasta primeros de mes. ¿Te conviene? Y haz el favor de no volver a comunicarte conmigo de ninguna manera.

Nevada Jones se quedó un buen rato en el canapé, riendo, junto al par de pantalones azules cuidadosamente doblados. Baldwin le dijo adiós con el sombrero y los guantes, y salió cerrando la puerta suavemente. «Buena solución», dijo para sí.

Ya en la calle, otra vez empezó a andar con paso vivo.

Se sentía excitado y hablador. Iba pensando a quién podría ver. Al repasar los nombres de sus amigos, se sintió deprimido. Se sentía solo, abandonado. Hubiera querido estar hablando con una mujer, haciéndola compadecerse de la esterilidad de su vida. Entró en una cigarrería y consultó la guía de teléfonos. Cuando encontró la hache, sintió una débil sacudida. Por fin dio con el nombre de Herf, Helena Oglethorpe.

Nevada Jones se quedó un buen rato en el canapé, riendo histéricamente. Después Tony Hunter salió en camisa y calzoncillos, con el lazo de su corbata impecablemente hecho.

—¿Se fue?

—¡Que si se fue! Claro que se fue, y para no volver —gritó ella—. Vio tus condenados pantalones.

Él se dejó caer en una silla.

—¡Dios, si no soy el hombre de peor suerte en el mundo!

—¿Por qué?

Nevada seguía riendo, con la cara inundada de lágrimas.

—Nada me sale bien. Esto quiere decir que ya no hay matinées.

—Y la pobre Nevada, vuelta a las tres funciones diarias... Me importa un comino... Nunca me gustó ser una mujer entretenida.

—Pero tú no piensas en mi carrera... ¡Las mujeres sois tan egoístas!... Si tú no hubieras...

—Cállate, bobito. ¿Te figuras que no te conozco?

Nevada se levantó con el quimono ceñido al cuerpo.

—Dios, todo lo que yo necesitaba era una ocasión para demostrar lo que puedo hacer, y ahora nunca la tendré —gemía Tony.

—Sí que la tendrás, si haces lo que yo te diga. Me he propuesto hacer un hombre de ti, chiquillo, y lo conseguiré... Montaremos un número, tú y yo. El viejo Hirshbein nos lo arreglará todo; estuvo colado por mí... Anda, te doy un puñetazo en la cara si no te decides. Vamos a pensar... Entraremos con un número de baile, ¿comprendes?...; luego tú haces como que quieres acompañarme... Yo estaré esperando el tranvía, ¿sabes?... y tú dirás: «Hola, preciosa»..., y yo llamaré a un policía.

—¿Está bien de largo así, señor? —preguntó el cortador, atareado en hacer marcas en el pantalón con un trozo de yeso.

James Merivale dejó caer sus ojos sobre la pequeña calva verdosa y sobre el pantalón gris que le colgaba ampliamente sobre los pies.

—Un poquito más corto... Creo que un pantalón demasiado largo hace un poco viejo.

—Hola, Merivale, no sabía que se vestía usted también en Brook's. ¡Cuánto me alegro de verle!

A Merivale se le heló la sangre en las venas. Miraba fijamente los alcohólicos ojos azules de Jack Cunningham. Se mordió los labios y trató de sonreírle fríamente, sin hablar.

—¡Dios mío!, ¿sabe usted lo que hemos hecho? —exclamó Cunningham—. Hemos comprado la misma tela... Le digo que es idéntica.

Merivale, aturdido, miraba alternativamente el pantalón gris de Cunningham y el suyo: el mismo color, la misma rayita roja y las mismas motitas verdes.

—¡Pero, hombre, dos futuros cuñados no pueden llevar el mismo traje! Parecería un uniforme... Es ridículo.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —refunfuñó Merivale.

—Tenemos que echar a suertes y a ver a quién le toca, nada más... ¿Quiere prestarme un quarter? (Cunningham se volvió al que le despachaba). Gracias... ¿Cara o cruz?

—Cara —dijo Merivale mecánicamente.

—El traje gris es para usted... Ahora yo tengo que elegir otro... Después de todo, ha sido suerte encontrarnos a tiempo. Oiga —gritó entre las cortinas de la cabina—. ¿Por qué no cena usted conmigo esta noche en el Salmagundi Club?... Voy a cenar con el único hombre del mundo que está más loco por hidroplanos que yo... Es el bueno de Perkins, usted le conoce, uno de los

vicepresidentes de su Banco... Ah, y cuando vea a Maisie le dice que subiré a verla mañana. Una extraña serie de acontecimientos me ha impedido comunicarme con ella..., una lamentabilísima serie de acontecimientos, que no me ha dejado libre hasta este momento... Hablaremos de ello más tarde.

Merivale carraspeó.

—Muy bien —respondió secamente.

—Ya está, caballero —dijo el probador, dando a Merivale la última palmada en las nalgas. Él se metió de nuevo en la cabina para vestirse.

—Bueno, jovenzuelo —gritó Cunningham—, tengo que elegir otro traje... Le espero a las siete. Encontrará usted un Jack Rose esperándole.

A Merivale le temblaban las manos cuando se abrochó el cinturón. Perkins, Jack Cunningham, el muy tunante, hidroplanos, Jack Cunningham, Salmagundi, Perkins. Fue al teléfono, en un rincón de la tienda, y llamó a su madre. «Oye, mamá, creo que no podré ir a cenar... Ceno con Randolph Perkins en el Salmagundi Club... Sí, es muy chic... Oh, él y yo siempre hemos sido buenos amigos... Sí, es esencial codearse con los de arriba. A propósito, he visto a Jack Cunningham. Le planteé la cuestión de hombre a hombre y se quedó sin saber qué decir. Prometió una explicación completa dentro de veinticuatro horas... No, yo no perdí mi sangre fría. Tenía que hacerlo por Maisie. Era mi obligación. Sigo creyendo que es un pillastrón, pero hasta que haya pruebas... Bueno, mamá, hasta mañana por si llego tarde. Oh, no, por favor, no me esperes. Di a Maisie que no se preocupe, podré darle todos los detalles que quiera. Buenas noches, mamá».

Estaban sentadas a una mesita del fondo en la penumbra de un salón de té. La pantalla de la lámpara les cortaba la parte superior de la cara. Ellen llevaba un vestido azul pavo y un sombrerito azul con un adorno verde. Ruth Prynne no podía disimular, a pesar del maquillaje, su cara de cansancio.

—Elaine, tienes que venir —decía con voz plañidera—. Cassie estará allí y Oglethorpe y toda la pandilla... Después de todo, el que tengas tanto éxito en el periódico no es razón para que olvides a tus viejas amigas. Tú no sabes cuánto hablamos de ti y cómo nos interesamos por tus cosas.

—No, Ruth, es que cada vez odio más las reuniones grandes; será que me voy volviendo vieja. En fin, iré un ratito.

Ruth dejó en el plato el bocadillo que estaba mordisqueando y tomándole una mano a Ellen le dio unas palmaditas.

—Eres la de siempre... Ya sabía yo que vendrías.

—Pero, oye, Ruth, nunca me has contado qué fue de aquella compañía de repertorio que salió de tournée el verano pasado...

—Oh, Dios mío —saltó Ruth—. Aquello fue un horror. Para reventar de risa. Bueno, lo primero que ocurrió fue que el marido de Isabel Clyde, Ralph Nolton, que hacía de gerente, era dipsómano..., y luego la encantadora Isabel no permitía salir a escena a nadie que no trabajase como un furcio, de miedo que los morenos se quedaran sin saber quién era la estrella... Oh, no puedo contarte más... Para mí, ya no tiene nada de gracioso; ahora me parece horrible... Oh, Elaine, estoy tan desanimada... Yo sí que voy para vieja, querida.

De pronto rompió a llorar.

—Mujer, haz el favor de no ponerte así —dijo Ellen con una vocecita áspera. (Se echó a reír.)— Después de todo, no rejuvenecemos ninguna.

—Querida, tú no comprendes... No comprenderás nunca.

Quedaron sentadas un buen rato sin decir nada. Fragmentos de conversaciones llegaban de otros rincones del oscuro tea-room. La camarera de pelo pálido les trajo dos raciones de ensalada de frutas.

—Debe ser tardísimo —dijo Ruth, por decir algo.

—Son las ocho y media nada más... No conviene llegar demasiado pronto a esa reunión.

—A propósito..., ¿cómo está Jimmy Herf? Hace una eternidad que no lo veo.

—Jimps esta bien... Está hasta el cuello de su periodismo. Yo quisiera que encontrara algo que realmente le gustara.

—Siempre ha sido un poco inquieto. Oh, Elaine, qué alegría tuve cuando supe que os habíais casado... Me porté como una tonta. Lloré y lloré... Y ahora, con Martín y todo, debéis ser tan felices...

—Oh, nos llevamos muy bien... Martín está muy grande. Parece que Nueva York le sienta muy bien. Era tan callado y tan gordo que por mucho tiempo tuvimos miedo de haber fabricado un imbécil. ¿Sabes, Ruth? Creo que nunca tendré otro chico... Tenía tanto miedo de que saliese deforme o algo así... Me pone enferma sólo pensarlo.

—¡Oh, debe ser maravilloso, sin embargo!

Tocaron un timbre bajo una plaquita de latón que decía: Hester Voorhees, DANZAS PLÁSTICAS. Subieron tres tramos de crujientes escaleras recién barridas. En la puerta, abierta a un salón lleno de gente, se encontraron a Cassandra Wilkins, que vestía túnica griega con una guirnalda de capullos de satén en la cabeza y una flauta de madera dorada en la mano.

—Queridas mías —exclamó, abrazándolas a ambas a la vez—. Hester

decía que no vendríaís, pero yo sabía que sí... Pasad y quitaos las cosas, vamos a empezar con unos witmos clásicos.

Ruth y Ellen atravesaron tras ella un cuarto alumbrado con velas, que olía a incienso y estaba lleno de hombres y mujeres vestidos con trajes flotantes.

—Pero, querida, no nos has dicho que iba a ser un baile de trajes.

—¡Oh, sí! ¿No ves que todo es gwiego, absolutamente gwiego?... Aquí está Hester... Helas aquí, querida... Hester, tú conoces a Ruth... y ésta es Elaine Oglethorpe.

—Ahora me llamo señora Herf, Cassie.

—Oh, perdón, es tan difícil andar al cowinte... Llegan justo a tiempo... Hester va a bailar ahora mismo una danza oriental llamada Witmos de las mil y una noches... ¡Oh, es divino!

Al salir Ellen de la alcoba donde había dejado su abrigo, se le acercó una alta silueta con un tocado egipcio.

—Permítame —dijo, arqueando las cejas rojas— saludar a Helena Herf, distinguida editora de Manners, la revista que lleva el Ritz el más humilde hogar... ¿no es eso?

—Jojo, eres un guasón insoportable... Me alegro mucho de verte.

—Vamos a sentarnos en un rincón para charlar, ¡oh sola mujer a quien he amado!

—Sí, vamos... No me gusta esto mucho.

—Y dime, querida, ¿has oído que a Tony Hunter le ha curado un psicoanalista y ahora está sublimado, se dedica al vodevil con una mujer llamada California Jones?

—Pues ándate con cuidado, Jojo.

Se sentaron en un diván, entre dos ventanas. Con el rabillo del ojo ella veía a una muchacha que bailaba con unos velos de seda verde. El fonógrafo tocaba la sinfonía de César Franck.

—No vayamos a perder la danza de Cassie. La pobre chica se ofendería horriblemente.

—Jojo, cuéntame algo de ti. ¿Cómo te ha ido?

Él sacudió la cabeza e hizo un gran ademán con su brazo.

—Sentémonos en el suelo y contemos tristes historias de la muerte de los reyes.

—¡Oh, Jojo, estoy harta de todo esto!... ¡Es tan tonto y tan frívolo!... Siento haberme quitado el sombrero.

—Así fue para que yo mirara las prohibidas selvas de tu cabellera.

—Oh, Jojo, sé formal.

—¿Cómo esta tu marido, Elaine, o mejor Helena?

—Está bien.

—No lo dices con gran entusiasmo.

—Martín está espléndido. Tiene el pelo negro, ojos pardos y las mejillas se le están poniendo rosadas. De veras, está remonísimo.

—Querida mía, ahórrame esa exhibición de arrobamiento maternal... Terminarás por decirme que has tomado parte en una cabalgata infantil.

Ella se echó a reír.

—Jojo, me hace la mar de gracia volver a verte.

—Todavía no he terminado mi catecismo, querida... El otro día te vi en el comedor ovalado con un distinguido caballero de pronunciadas facciones y pelo gris.

—Sería George Baldwin. Si tú le conocías antes.

—Naturalmente, naturalmente. ¡Cómo ha cambiado! Mucho más interesante ahora de lo que solía ser, diría yo... Me extraña mucho que la mujer de un bolchevique pacifista, miembro de la Internacional de Trabajadores, vaya a almorzar a un sitio semejante.

—Jimps no es exactamente eso. Ya quisiera yo que lo fuera... (Ella arrugó la nariz). Estoy un poco harta también de todo eso.

—Lo sospechaba, querida. —Cassie revoloteaba alrededor sin saber qué hacerse.

—Oh, ven en mi auxilio... Jojo no hace más que tomarme el pelo.

—Bueno, twataré de sentarme un momento. Luego me toca a mí... El Sr. Oglethorpe va a leer sutwaducciónde las canciones de Bilitis, mientras yo las bailo.

Ellen miraba a uno y a otro; Oglethorpe arqueó las cejas y asintió con la cabeza.

Luego Ellen se quedó un largo rato sola mirando a través de una opaca niebla de aburrimiento el baile y el salón vibrante.

El disco del gramófono era turco. Hester Voorhees, una mujer escuálida

con una espesa melena cortada a nivel de las orejas, salió con un vaso humeante de incienso precedida por dos jóvenes que desenrollaban una alfombra a su paso. Llevaba unos calzones de seda, un ceñidor metálico tintineante y sujetapechos. Todo el mundo palmoteaba y decía «estupendo, maravilloso» cuando de otro cuarto salieron tres desgarradores gritos de mujer. Los invitados se pusieron de pie de un salto. Un hombre corpulento, con un sombrero hongo, apareció en el umbral.

—Calma, señoritas, ustedes al cuarto de atrás. Los hombres aquí.

—¿Pero usted quién es?

—A usted no le importa quién soy yo. Haga lo que le digo.

Bajo el hongo, la cara roja del hombre parecía una remolacha.

—Es un detective.

—¡Qué escándalo! A ver la chapa.

—Esto es un atraco.

—Una batida.

El salón se había llenado repentinamente de detectives. Se pusieron de guardia en las ventanas. Un hombre con una gorra a cuadros, de cara nudosa como una calabaza, estaba de pie delante de la chimenea. Las mujeres fueron brutalmente empujadas al cuarto del fondo. Los hombres quedaron reunidos en un grupo cerca de la puerta. Los detectives tomaron sus nombres. Ella seguía tranquilamente sentada en el diván. «... queja recibida por teléfono en la delegación», oyó decir a alguien. Luego notó que había un teléfono sobre una mesita, al lado del diván donde estaba sentada. Lo tomó y murmuró en voz baja un número.

—¿La oficina del fiscal del distrito?... Quiero hablar con el señor Baldwin, haga el favor... George... Suerte que sabía dónde estaba usted. ¿Esta ahí el fiscal? Muy bien... No, dígaselo usted. Se trata de una equivocación absurda. Estoy en casa de Hester Voorhees. Ya sabe usted que tiene un estudio. Daba una sesión de baile a unos amigos y a consecuencia de alguna equivocación la policía ha entrado por sorpresa...

—Bueno, bueno, al telefonar no servirá de nada... Váyase al otro cuarto.

—Estoy en comunicación con el fiscal del distrito. Háblele usted... ¡Hola! ¿Es usted, señor Winthrop?... Sí... ¿Cómo va? ¿Quiere usted hablarle a este hombre?

Ellen le alargó el teléfono al detective y se dirigió al centro de la sala. «Si no me hubiera quitado el sombrero», pensaba.

En el otro cuarto se oían sollozos y la voz varonil de Hester Voorhees que gritaba: «Es un error terrible... No permitiré que se me insulte así».

El detective colgó el teléfono. Se acercó a Ellen.

—Tengo que pedirle mil perdones, señorita. Hemos obrado sin información suficiente. Retiraré mis hombres en el acto.

—Mejor haría usted en pedir perdones a la señora Voorhees... Este estudio es de ella.

—Señoras y caballeros —comenzó el detective en voz alta y animosa—, hemos cometido un pequeño error y lo sentimos mucho... Estos incidentes son inevitables...

Ellen se escurrió al cuarto de al lado para tomar su sombrero y su abrigo. Se quedó un momento frente al espejo empolvándose la nariz. Cuando volvió al estudio todos hablaban a la vez. Hombres y mujeres, cubiertos con sábanas y batas sus escasos trajes de baile, hablaban en corro. Los detectives se habían retirado tan repentinamente como habían venido. Oglethorpe peroraba en tono elevado e impasible en medio de un grupo de jóvenes.

—¡Canallas, atacar así a las mujeres! —gritaba con cara roja, balanceando su tocado egipcio en una mano—. Afortunadamente pude dominarme; si no hubiera cometido un acto que hubiera tenido que lamentar hasta el día de mi muerte... Sólo con el mayor dominio de mí mismo.

Ellen logró escaparse, corrió escaleras abajo y salió a la calle lloviznosa. Llamó un taxi y se fue a casa. Cuando se quitó las cosas llamó a George Baldwin por teléfono. «Hola George, siento muchísimo haber tenido que molestarles, a usted y al señor Winthrop. Si por casualidad no me dice usted durante el almuerzo que permanecería ahí toda la noche probablemente a estas horas nos estarían sacando del coche celular en el juzgado de Jefferson Market. Claro que tuvo gracia. Ya le contaré un día de éstos, pero estoy tan asqueada de todos estos líos... Oh, todas esas zarandajas de danzas plásticas y literatura y radicalismo y psicoanálisis... Dosis excesiva supongo... Sí, creo que es eso, George... Creo que estoy envejeciendo».

La noche era un negro bloque de frío cortante. Con el olor de las prensas aún en las narices, con el repiqueteo de las máquinas de escribir aún en sus oídos, Jimmy Herf, metidas las manos en los bolsillos, contemplaba en Coty Hall Square los hombres harapientos que traspalaban la nieve. Llevaban las orejeras encasquetadas. Sus cuellos parecían solomillos crudos. Viejos o jóvenes, tenían todos caras del mismo color, trajes del mismo color. El viento les cortaba las orejas como una navaja y les hacía daño en el entrecejo.

—Hola, Herf, ¿te convendría este oficio? —dijo un joven de cara lechosa

que se le acercó vivamente, señalando un montón de nieve:

—¿Por qué no, Dan? No creo que sea mejor pasarse la vida hociendo en asuntos ajenos hasta convertirse en un dictógrafo ambulante.

—En verano sería un trabajo estupendo. ¿Tomas el metro?

—No, voy andando... Tengo que estirar las piernas.

—Chico, te vas a morir de frío.

—No me importa... Cuando uno no tiene vida privada, no es más que una máquina de escribir automática.

—Pues yo quisiera quitarme de encima un poco de mi vida privada... Bueno, buenas noches. Confío en que encontrarás un poco de vida privada, Jimmy.

Riendo, Jimmy Herf les volvió la espalda a los que traspalaban nieve y empezó a subir por Broadway. Iba inclinado contra el viento, con la barbilla enterrada en el cuello del gabán. En Houston Street miró su reloj. Las cinco. ¡Qué tarde se le había hecho hoy! ¿No habría un sitio donde pudiera beber un trago? Se descorazonó ante la idea de las calles heladas que aún tenía que andar antes de llegar a su cuarto. De cuando en cuando se paraba para frotarse las ateridas orejas y hacerlas entrar en calor. Por fin se encontró en su cuarto, encendió la estufa de gas y se inclinó sobre ella. Su habitación, cuadrada, pequeña, fría, estaba situada en el lado sur de Washington Square. Por todo mobiliario tenía una cama, una silla, una mesa llena de libros y la estufa. Cuando empezó a reaccionar sacó de debajo de la cama una botella de ron forrada de paja. Puso a calentar sobre la estufa un poco de agua en una taza de lata, y empezó a beber agua caliente con ron. Toda clase de agonías sin nombre se iban desatando en su pecho. Se sentía como el hombre del cuento de hadas con un círculo de hierro que le apretaba el corazón. El círculo de hierro se rompía.

Había acabado el ron. De cuando en cuando el cuarto empezaba a dar vueltas en torno suyo solemne y metódicamente. De pronto dijo en voz alta: «Tengo que hablar con ella..., tengo que hablar con ella». Se encajó el sombrero y se puso el gabán. Fuera, el frío era como un bálsamo. Seis carros de leche pasaron en fila traqueteando.

En la calle 12, oeste, dos gatos negros se perseguían. Por todas partes se oía su loco maullar. Jimmy sintió que algo iba a estallar en su cabeza, que él mismo iba a rodar calle abajo lanzando imponentes maullidos. En el oscuro pasaje tiritaba, tocando una y otra vez el timbre marcado Herf. Luego llamó con los nudillos tan fuerte como pudo. Ellen salió a la puerta con una bata verde.

¿Qué te pasa, Jimmy? ¿No tienes llave?

El sueño le había ablandado la cara. A su alrededor flotaba un perfume de sueño, feliz, íntimo, suave. Él, todo sofocado, dijo entre dientes:

—Ellie, tengo que hablarte.

—¿Estás alumbrado, Jimps?

—Yo sé lo que me digo.

—Me estoy cayendo de sueño.

Jimmy la siguió a la alcoba. Ella se quitó las zapatillas y volvió a la cama, donde se quedó sentada mirándole con los ojos pesados de sueño.

—No hables tan fuerte, que Martín duerme.

—Ellie, yo no sé por qué es siempre tan difícil hablar claro de cualquier cosa... Siempre tengo que emborracharme para hablar claro... Oye, ¿tú me quieres todavía o no?

—Ya sabes que te tengo mucho afecto y que siempre te lo tendré.

—Quiero decir amor, tú sabes lo que quiero decir... —interrumpió ásperamente.

—Yo creo que a nadie quiero mucho tiempo, exceptuando los muertos... Soy una criatura imposible. ¿Para qué hablar de ello?

—Lo sabía. Y tú sabías que lo sabía. ¡Dios mío, soy muy desgraciado, Ellie!

Ella, sentada en la cama y agarrándose las rodillas con las manos, le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Estás de veras tan loco por mí, Jimps?

—Mira, vamos a divorciarnos y asunto terminado.

—No tengas prisa, Jimps... ¿Y Martín? ¿Qué va a ser de él?

—Puedo juntar de tarde en tarde algún dinero para él, ¡pobrecillo!

—Yo gané más que tú, Jimps... No tienes que hacer eso aún. —Ya sé ya sé... ¿No lo sé yo?

Sentados se quedaron mirándose el uno al otro, sin hablar, y de tanto mirarse los ojos les ardían. De repente Jimmy sintió una terrible necesidad de estar dormido, de no recordar nada, de dejara su cabeza hundirse en las tinieblas, como en el regazo de su madre cuando era niño.

—Bueno, me voy a casa. (Se rió con una risa seca). No pensamos que esto terminaría así, ¿verdad?

—Buenas noches, Jimps —murmuró en un bostezo—. Las cosas no acaban... Si no tuviera tanto sueño... ¿Apagarás la luz?

A tientas buscó la puerta en la oscuridad. Fuera el alba teñía de gris la mañana ártica. Volvió a su cuarto apresuradamente. Quería meterse en la cama y estar dormido antes de que amaneciera.

Un largo salón bajo, con largas mesas en medio, llenas de tejidos de seda y crepé, color gris, salmón, esmeralda. Un olor a hilo y géneros cortados. Todo a lo largo de los tableros se doblan las cabezas rojizas, rubias, negras, castañas, de las muchachas que cosen. Los mandaderos van y vienen por entre las mesas, empujando percheros rodantes llenos de vestidos. Suena un timbre y el taller estalla en agudos gritos como una pajarera.

Anna se levanta y estira los brazos.

—¡Tengo una jaqueca!... le dice a la chica que está a su lado.

—¿Trasnochaste ayer?

Ella hace un signo afirmativo.

—Debes dejarte de eso, te vas a estropear. Una mujer no puede quemar la vela por los dos cabos como un hombre.

La otra chica es delgada y rubia y tiene la nariz torcida. Le pasa el brazo por la cintura a Anna.

—Lo que daría yo por ganar las libras que a ti te sobran.

—Ojalá —dice Anna—. Coma lo que coma todo se me vuelve grasa.

—Pues no estás tan gorda... Lo bastante llenita para que a los hombres les guste pellizcarte. Si probaras a ajustarte un poco estarías espléndida.

—A mi novio le gusta que las chicas tengan formas.

En las escaleras se abren paso entre un grupo de muchachas que escuchan a una niña de pelo rojo. La pequeña habla aprisa, abriendo mucho la boca y poniendo los ojos en blanco.

—Vivía unas casas más arriba, 2230 Cameron Avenue. Había ido al Hippodrome con unas amigas, y cuando volvieron, como era tarde, la dejaron irse sola, por Cameron Avenue, ¿comprenden ustedes?, y a la mañana siguiente, cuando sus padres se pusieron a buscarla, la encontraron detrás de un cartel de Spearmint, en un solar.

—¿Muerta?

—Y bien muerta... Un negro la había hecho algo horroroso y luego la había estrangulado... ¡Me hizo un efecto!... Yo iba a la escuela con ella.

Ahora en Cameron Avenue no se ve una chica en cuanto se hace de noche, de miedo que tienen.

—Sí, yo lo leí todo anoche en el periódico. Y vivía en la manzana de al lado... ¡Hay que ver!

—¿Has visto cómo le toqué a aquel jorobado? —exclamó Rosie cuando él se instaló a su lado en el taxi.

—¿En el vestíbulo del teatro?

Él se tiró de los pantalones, que le apretaban las rodillas...

—Eso nos va a dar suerte, Jake. Con los jorobados nunca falla... si les tocas en la joroba... ¡Huy, cómo me molestan estos taxis que corren tanto! (Fueron lanzados hacia delante por una parada en seco). ¡Dios mío, casi hemos atropellado a un chico!

Jake Silverman le dio unas palmaditas en las rodillas.

—¡Pobrecita mía, no te asustes!

Al llegar al hotel ella tiritando, hundió la cara en el cuello del gabán. Cuando se acercaron a buscar la llave el empleado le dijo a Silverman:

—Hay un caballero esperándolo, señor.

Un hombre rechoncho se adelantó a él sacándose un cigarro de la boca.

—¿Me hace el favor de entrar aquí un momento, señor Silverman?

Rosie creyó que iba a desmayarse. Se quedó inmóvil, helada con las mejillas hundidas en el cuello de piel.

Sentados en dos profundas butacas, los dos hombres cuchicheaban con las cabezas juntas. Paso a paso ella se fue acercando con el oído alerta. «Orden de prisión... Ministerio de Justicia... Uso del correo con fines fraudulentos...». No podía oír los que Jake contestaba. Él movía la cabeza como en señal de asentimiento. Luego de pronto se puso a hablar suavemente, sonriendo.

—Ya he oído su opinión, señor Rogers... He aquí la mía. Si usted me detiene ahora yo me arruinaré y miles de personas que han colocado el dinero en esta empresa se arruinarán... Dentro de una semana puedo liquidar el negocio entero con provecho... Señor Rogers, tiene usted delante a un hombre víctima de un estúpido exceso de confianza en los demás.

—No lo puedo remediar... Mi deber es ejecutar la orden... Tendré que registrar su cuarto... Nosotros, ¿sabe usted?, traemos una listita.

El hombre sacudió la ceniza de su cigarro y empezó a leer con voz monótona:

—Jacob Silverman, alias Edward Faversham, Simeón J. Arbuthnot, Jack Hinkley, J. J. Gol... Oh, tenemos la colección completa... Hemos hecho un bonito trabajo en el caso de usted, aunque me esté mal el decirlo.

Se levantaron. El del cigarro hizo una seña con la cabeza a un hombre flaco, de gorra, que leía un periódico en la puerta opuesta del vestíbulo.

Silverman se acercó al despacho.

—Mis negocios me obligan a ausentarme —dijo al empleado—. ¿Quiere usted hacerme el favor de tener mi cuenta preparada? La señora Silverman se quedará unos días más.

Rosie no podía hablar. Entró con los tres hombres en el ascensor.

—Siento tener que hacer esto, señora —dijo el detective flaco tirándose de la visera de su gorra.

Silverman les abrió la puerta del cuarto y la cerró cuidadosamente tras él.

—Gracias por su delicadeza, caballeros... Mi mujer les da las gracias.

Rosie se sentó en una silla recta en un rincón. Se mordía fuerte la lengua, más fuerte aún, para impedir que sus labios temblaran.

—Comprendemos, señor Silverman, que esto no es un caso criminal ordinario.

—¿No quieren ustedes una copita, caballeros?

Ellos sacudieron la cabeza. El hombre rechoncho encendió otro cigarro.

—Vamos, Mike —dijo el flaco—, registra las cajas y el guardarropa.

—¿Es eso lo que se acostumbra?

—Si hiciéramos lo que se acostumbra le pondríamos a usted las esposas y nos llevaríamos a la señora como cómplice.

Rosie, con las manos heladas cruzadas entre las rodillas, balanceaba el cuerpo de un lado a otro. Tenía los ojos cerrados. Mientras los detectives revolvían el guardarropa, Silverman aprovechó la ocasión para ponerle la mano en el hombro. Ella abrió los ojos.

—En cuanto estos esbirros me lleven, telefona a Schatz y dile todo. Échale mano aunque tengas que despertar a todo Nueva York.

Hablaba bajo, de prisa, moviendo apenas los labios.

Un minuto después desapareció, seguido por los dos detectives, que llevaban un maletín lleno de cartas. Con los labios aún húmedos de su beso, ella, ofuscada, paseaba la vista por el cuarto vacío, mortalmente silencioso.

Notó que en el secante de la mesa había algo escrito. Era su letra, muy garrapateada. «Echa la llave a todo y lárgate; eres una buena chica». Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Se quedó sentada un largo rato con la cabeza apoyada sobre la mesa besando las palabras escritas con lápiz sobre el secante.

IV. RASCACIELO

El joven sin piernas se ha parado en medio de la acera sur de la calle 14. Lleva un jersey azul y una gorra azul de punto de media. Sus ojos levantados se agrandan hasta llenar la cara blanca como el papel. Pasa un dirigible. Brillante cigarro de estaño, esfumado por la altura, perfora suavemente el cielo lavado y las blandas nubes. El joven sin piernas se queda inmóvil, apoyado en sus brazos, en medio de la acera sur de la calle 14.

Entre piernas que andan a zancadas, piernas delgadas, piernas anadeantes, piernas con pantalones, con bombachos, con faldas, él sigue allí, perfectamente inmóvil, apoyado en sus brazos, mirando al dirigible.

Sin trabajo, Jimmy Herf salió del Pulitzer Building. Se paró en la acera al lado de un montón de periódicos color rosa, respirando profundamente, mirando la resplandeciente silueta del Woolworth. Era un día de sol. El cielo estaba azul como un huevo de petirrojo. Se volvió al norte y empezó a andar hacia el centro. Al alejarse, el Woolworth se alargaba como un telescopio. Iba cruzando la ciudad de las brillantes ventanas, la ciudad de alfabetos enrevesados, la ciudad de letreros dorados.

Primavera rica en gluten... Derroche de dorada succulencia, cada bocado una delicia, THE DADDY OF THEM HALL. Primavera rica en gluten. Nadie puede comprar mejor pan que PRÍNCIPE ALBERTO. Acero forjado, aluminio, cobre, níquel, hierro forjado. ALL THE WORLD LOVES NATURAL BEAUTY. LOVES BARGAIN, trajes de la casa Gumpel. Conserve esa tez de colegiala. JOE KISS, arranque, luces, magneto y generadores.

Todas las cosas le hacían sentir la efervescencia de la risa contenida. Eran las once. No se había acostado. La vida estaba patas arriba. Él era una mosca que andaba por el techo de una ciudad al revés. Había abandonado su empleo. No tenía nada que hacer hoy, ni mañana, ni pasado, ni al otro día. Todo sube y baja, es cuestión de semanas, de meses. Primavera rica en gluten.

Entró en un restaurante, pidió huevos con tocino, tostadas y café. Comió con gusto, saboreando bien cada bocado. Sus pensamientos corrían

desatentados como en una dehesa los potros ebrios de sol poniente. En la mesa contigua una voz explicaba monótonamente:

«Lo dejo plantado... y le digo que tuvimos que hacer una limpieza. Todos ellos eran miembros de su iglesia, ¿sabe usted? Nosotros conocíamos todo el enredo. Le aconsejaron que la echase. Él dijo: no, voy a ver cómo acaba esto».

Herf se levantó. Tiene que marcharse. Salió con un gusto atocino en los dientes. Service Express satisface las exigencias de la primavera. ¡Dios, satisfacer las exigencias de la primavera! Latas, no señor, pero la calidad mejor en cada pipa que usted fuma... SOCONY. Una prueba dice más que un millón de palabras. El lápiz amarillo con franja roja. Más que un millón de palabras, más que un millón de palabras. Muy bien, que me den ese millón... No lo descubras, Ben. La pandilla de Yonkers le dejó por muerto en un banco del parque. Le atracaron, pero todo lo que sacaron fue ese millón de palabras... ¡Oh, Jimmy, si supieras, estoy tan cansada de hablar de libros y del proletariado!...

Derroche de dorada succulencia, primavera.

La madre de Dick Snow era propietaria de una fábrica de cajas de zapatos. Se arruinó y él tuvo que dejar la escuela y empezó a holgazanear por las esquinas. El tío del puesto de refrescos le dio un buen consejo. Ya había pagado dos cuotas por unos pendientes de perlas que había prometido a una judía de pelo negro con figura de mandolina. Acecharon al mensajero del banco en la estación del elevado. Cayó sobre el torniquete y allí se quedó. Se escaparon con el maletín en un Ford. Dick Snow se quedó atrás vaciando su revólver en el cadáver. En capilla satisfizo las exigencias de la primavera escribiendo un poema a su madre, publicado por el Evening Graphic.

A cada aspiración, Herf inhalaba ruido, arena, frases pintadas, hasta que empezó a hincharse, a sentirse gordo y vago, vacilante como una columna de humo sobre las calles de abril. Miraba las ventanas de las tiendas de máquinas, de las fábricas de botones, de las casas de vecindad. Sentía la mugre de las sábanas y el blando ronronear de los tornos. Escribía palabrotas en las máquinas de escribir, entre los dedos de las mecanógrafas, y revolvía las etiquetas de los almacenes. En su interior efervescía como una gaseosa en dulces jarabes abriños de fresa, de zarzaparrilla, de chocolate, de cereza, de vainilla, goteando espuma en el aire tenue, azul como gasolina. Cayó, presa de náuseas, desde el piso cuarenta y cuatro, y se estrelló. ¿Y si comprara un revólver para matar a Ellie, satisfaría yo las exigencias de abril escribiendo en capilla un poema a mi madre que se publicaría en el Evening Graphic?

Se contrajo hasta quedar del tamaño de un grano de polvo, buscando su camino por entre riscos y pedregones por el rugiente arroyo, saltando pajas, bordeando lagos de aceite motor.

Se sentó en Washington Square bañado por la luz rosa del mediodía y contempló la Quinta Avenida a través del Arco. La fiebre le había desaparecido. Se sentía fresco y cansado. Otra primavera, sabe Dios cuántas primaveras hacía, subía del cementerio por el camino de macadam azul donde los gorriones campestres cantaban y el cartel decía Yonkers. En Yonkers enterré yo mi infancia; en Marsella, cara al viento, tiré mi adolescencia al puerto. ¿Dónde enterraré en Nueva York mis últimos diez años? Quizá hayan sido deportados, quizá se hicieron a la mar en el ferry de Ellis Island cantando La Internacional. El clamor de La Internacional sobre las aguas, desvaneciéndose en un suspiro entre la bruma.

DEPORTADOS

James Herf, joven periodista, 190 W. 12th Street, perdió recientemente sus últimos diez años. Habiendo comparecido ante el juez Merivale fueron enviados a Ellis Island para ser deportados como indeseables. Los cuatro más jóvenes, Sacha, Miguel, Nicolás y Vladimiro, habían estado detenidos algún tiempo acusados de anarquía criminal. El quinto y el sexto estuvieron presos por inculpación de vagancia. Los restantes, Bill, Tony y Joe, fueron arrestados por varios delitos y crímenes como violación, incendio premeditado, atraco y prostitución. Todos han sido condenados por fechorías, desórdenes y faltas.

Oíd, oíd, oíd, prisioneros del banquillo... Encuentro el testimonio dudoso, dijo el juez, sirviéndose una bebida. El escribano del tribunal, que estaba revolviendo un cocktail viejo estilo, se cubrió de pámpanos y en la sala rezumaba el olor de las uvas en floración. El Shining Bootlegger cogió a los toros por los cuernos y les hizo humillarse al pie de las escaleras del palacio de Justicia. «Se suspende la sesión, ¡voto al diablo!», gritó el juez al encontrar ginebra en su botella de agua. Los reporteros sorprendieron al alcalde que, vestido con una piel de leopardo, posaba de Virtud Cívica, con un pie sobre la espalda de la princesa Fifi, danzarina oriental. Vuestro corresponsal estaba asomado a la ventana del Banker's Club en compañía de su tío, Jefferson T. Merivale, conocido clubman de esta ciudad, y de dos chuletas de cordero bien salpimentadas. Mientras tanto los camareros organizaban apresuradamente una orquesta utilizando los barrigones de los Gausenheimers como tambores. El mayordomo dio una deliciosa versión de My Old Kentucky Home, empleando por primera vez como xilófonos las resonantes calvas de los siete directores de la Compañía de Gasolina Bien Aguada. Y entre tanto el Shining Bootlegger, con sus rojos calzones de corredor, y una chistera de cinta azul, conducía los toros por Broadway en número de dos millones trescientos cuarenta y dos mil quinientos uno. Al llegar a Spuyten Duyvil, se ahogaron todos uno tras otro, tratando de nadar hasta Yonkers.

Y aquí, sentado, pensaba Jimmy Herf, las letras de molde me pican como ronchas. Aquí estoy acribillado de caracteres de imprenta. Se levantó. Un

perrito amarillo dormía acurrucado bajo el banco. El perrito amarillo parecía muy feliz. Lo que yo necesito es un buen sueño, dijo Jimmy en alta voz.

—¿Qué vas a hacer con eso, Dutch, lo vas a empeñar?

—Francie, no daría yo esta pistolota por un millón de dólares.

—Por amor de Dios, no empieces ya a hablar de dinero... El mejor día un guardia te ve con eso en la cadera y te detiene, cumpliendo la ley Sullivan.

—El guardia que me arreste a mí no ha nacido todavía... A otra cosa.

Francie empezó a sollozar.

—Pero, Dutch, ¿qué vamos a hacer, qué vamos a hacer?

De pronto, Dutch se metió la pistola en el bolsillo y se puso en pie de un salto. Se paseaba ansioso de arriba abajo por el sendero de asfalto. Era una noche cruda, brumosa: los automóviles que pasaban por el camino enfangado tejían sin cesar una telaraña de luz entre los esqueletos de los matorrales.

—Me atacas los nervios con tus gemidos y tus lloriqueos... ¿No te puedes callar? (Malhumorado se sentó otra vez al lado de ella). Creí que alguien se movía en los arbustos esos... Este maldito parque está lleno de policías vestidos de civil... No se puede ir a ningún sitio en esta cochina ciudad sin que le vigilen a uno.

—No me importaría si no me sintiera tan mal. ¡Devuelvo todo lo que como y tengo siempre tanto miedo de que las otras chicas noten algo!...

—Ya te he dicho que sé un medio de arreglarlo todo. Te he prometido que lo arreglaré todo dentro de un par de días... Nos marcharemos, y nos casaremos, iremos al Sur... De seguro que hay la mar de empleos en otros sitios... Empiezo a sentir frío. Vámonos de aquí, leñe.

—¡Oh, Dutch! —dijo Francie con voz cansada, conforme bajaban por el sendero de asfalto enlodado—, ¿crees que podemos ser felices como antes?

—Ahora estamos con el agua al cuello, pero eso no quiere decir que vayamos a estar siempre así. ¿No salí con vida de esos ataques de gas en el Oregón? Me he resignado a una porción de cosas estos últimos días.

—Dutch, si te meten preso lo único que me quedará por hacer será tirarme al río.

—¿No te he dicho que no me apresarán?

La señora Cohen, una vieja toda encorvada, con la cara morena y cubierta de ronchas como una manzana reineta, está en pie junto a la mesa de la cocina con sus manos nudosas cruzadas sobre el vientre. Cimbrea las caderas mientras lanza un interminable torrente de reproches en yiddish a Anna, que,

los ojos legañosos de dormir, está sentada delante de una taza de café.

—Más valiera que te hubieran estrangulado en la cuna o que hubieras nacido muerta... ¡Oh!, haber criado yo cuatro hijos para que ninguno salga bueno; revolucionarios, mujeres de la calle, vagabundos... Benny dos veces en la cárcel, y Sol, Dios sabe dónde, metiendo jaleo siempre, y Sarah la maldita, entregada al pecado, levantando las piernas en Minsky, y ahora tú, ¡así revientes!, haciendo la carrera por esas calles con un letrero a la espalda, ¡más que sinvergüenza!

Anna mojó un pedazo de pan en el café y se lo metió en la boca.

—Usted, mamá, no comprende nada —dijo con la boca llena.

—Comprender, comprender la prostitución y el pecado... ¿Por qué no atiendes a tu trabajo y cierras la boca, por qué no cobras tu paga tranquilamente? Tú solías ganarte tu buen dinerito y podías haberte casado decentemente antes de que te diera por perder la cabeza en los salones de baile con cualquiera. ¡Huy, que haya yo criado hijas en mi vejez que ningún hombre decente las querría!

Anna se levantó gritando:

—Eso no es cuenta de usted... Yo siempre he pagado mi parte de alquiler puntualmente. Usted cree que una mujer no sirve más que pa ser una esclava toda su vida y desgastarse los dedos trabajando... Yo creo otra cosa, ¿me oye? Conque cuidadito con chillarme más.

—¡Huy! ¿Así respondes a tu madre?... Si Salomón viviera te molería a palos. Más valiera que hubieras nacido muerta que replicar a tu madre como un hombre... Lárgate de prisita antes que te deslome.

—Muy bien, me marcharé.

Anna echó a correr por el pasillo lleno de baúles y una vez en la alcoba se tiró sobre la cama. Las mejillas le ardían. Se quedó un rato tendida esforzándose en pensar. De la cocina llegaban los sollozos furiosos y monótonos de la vieja.

Anna se sentó en la cama. En el espejo frontero divisó su cara llena lágrimas y su pelo todo alborotado. «Dios mío, qué visión», suspiró. Al ponerse en pie uno de sus talones pisó la trencilla de su vestido. El vestido se desgarró de golpe. Anna se sentó en el borde de la cama y lloró, lloró... Luego se puso a coser el rasgón cuidadosamente con puntaditas meticulosas. La costura la tranquilizó. Se encasquetó el sombrero, se empolvó la nariz copiosamente, se dio un poco de carmín en los labios, se puso el abrigo y salió. Abril probaba inesperados colores en las calles del Este. Una carretilla llena de piñas despedía una dulce y voluptuosa frescura. En la esquina

encontró a Rose Segal y Lillian Diamond bebiendo coca-cola en un puesto.

—Anna, toma una coca con nosotras —la invitaron ellas.

—Si me la pagáis... Estoy pelada.

—¿Cómo, no te pagó la sociedad durante la huelga?

—Se lo di a la vieja... No sirvió de nada. Sigue regañando todo el santo día. Es demasiado vieja.

—¿No te has enterado de esos pistoleros que entraron en la tienda de Ike Goldstein y lo hicieron todo añicos? Lo machacaron todo con martillos y a él lo dejaron sin sentido encima de un montón de telas.

—¡Qué horror!

—Bien hecho.

—Pero no han debido destrozar las cosas así. Después de todo, nosotras nos ganamos la vida lo mismo que él.

—Bonita vida... Yo estoy medio muerta —dijo Anna dejando de golpe el vaso vacío sobre el mostrador.

—¡Eh! —dijo el del puesto—, cuidadito con los cacharros.

—Pero lo peor fue —continuó Rose Segal— que mientras peleaban en la tienda de Goldstein, salió un hierro por la ventana, desde el piso noveno, y mató a un bombero que pasaba en un camión. Quedó muerto en medio de la calle.

—¿Pa qué hicieron eso?

—Algún fulano que se lo tiraría a otro y salió por la ventana.

—Y mató al bombero.

Anna vio a Elmer que se les acercaba por la avenida, con las manos hundidas en los bolsillos de su deshilachado gabán. Dejó a sus dos amigas y salió a su encuentro.

—¿Ibas pa casa? No vayamos, porque la vieja está que echa humo... ¡Si pudiera meterla en las Hijas de Israel!... No puedo aguantarla más.

—Entonces vamos a la plaza a sentarnos —dijo Elmer—. ¿No sientes la primavera?

Ella lo miró con el rabillo del ojo.

—¿Cómo no? Oh, Elmer, quisiera que esta huelga acabase... Me vuelvo loca de no tener ná que hacer en to el día.

—Pero, Anna, la huelga es la gran ocasión del obrero, la universidad del

obrero. Te da lugar pa estudiar, leer, ir a la Biblioteca Pública.

—Tu siempre dijiste que en dos o tres días acabaría, y además ¿de qué sirve?

—Cuanto más educao es uno más útil es a su clase.

Se sentaron en un banco. Sobre sus cabezas el sol poniente arrebolaba nubecillas de nácar. Chiquillas sucias chillaban a sus espaldas correteando por los senderos de asfalto.

—Oh —dijo Anna mirando al cielo—, me gustaría tener un vestido de noche parisiense... y tú un traje de etiqueta... Nos iríamos a cenar a un restaurante de lujo y luego al teatro...

—Si viviéramos en una sociedad decente podríamos hacerlo... Ya habrá alegría pa los obreros después de la revolución.

—¿Y pa qué, Elmer, si seremos ya viejos y regañones como la vieja?

—Nuestros hijos gozarán de todo eso.

Anna dio un respingo en el asiento.

—Yo no voy a tener hijos nunca —dijo entre dientes—, ¡nunca, nunca, nunca!

Alice le tocó en el brazo cuando se pararon a mirar el escaparate de una pastelería italiana. En cada torta ornamentada con flores y estrías de anilina había un cordero pascual de azúcar y el estandarte de la Resurrección.

—Jimmy —dijo ella volviendo su carita ovalada con los labios demasiado rojos como las rosas de la tarta—, debiera usted hacer algo con Roy... Tiene que ponerse a trabajar. Me volveré loca si le tengo a todas horas sentado junto a mí leyendo el periódico con esa horrible expresión de cretino... Ya sabe lo que quiero decir... Él lo respeta mucho.

—Ya está tratando de encontrar colocación.

—No lo trata en serio, bien lo sabe usted.

—El cree que sí. Me figuro que debe tener una idea muy extraña de sí mismo. ¡Pero bueno soy yo para que me hablen de colocaciones!

—Oh, ya sé. Me parece estupendo. Todo el mundo dice que va usted a dejar el periodismo para dedicarse a escribir.

Jimmy clavó su mirada en los ojos grises dilatados, que tenían un brillo profundo como el agua de un pozo. Él volvió la cabeza; tenía un nudo en la garganta: tosió. Siguieron andando por la calle de alegres colorines.

A la puerta del restaurante encontraron a Roy y a Martín Schiff

esperándoles. Atravesaron un salón exterior y entraron en un largo hall atestado de mesas alineadas entre dos verdiazuladas pinturas de la bahía de Nápoles. El aire estaba saturado de olor a queso parmesano, a cigarrillos y a salsa de tomate. Alice hizo una muequita al instalarse en una silla.

—Quiero un cocktail enseguidita.

—Yo debo ser un ingenuo —dijo Herf—, pero estos barquitos que coquetean delante del Vesubio me dan siempre ganas de tomar el portante... Creo que dentro de un par de semanas estaré de viaje.

—Cómo, Jimmy, ¿y adónde vas? —preguntó Roy—. ¡Vaya una sorpresa!

—¿Qué dice Helena a eso? —preguntó Alice.

Herf se puso colorado.

—Nada, ¿qué va a decir? —contestó secamente.

—Comprendí que no podía conducirme a nada —añadió sin querer poco después.

—Oh, ninguno de nosotros sabe lo que quiere —saltó Martín—. Por eso somos una generación tan desgraciada.

—Yo estoy empezando a saber varias cosas que no quiero —dijo Herf tranquilamente—. Al menos empiezo a tener el valor de confesarme lo mucho que detesto las cosas que no quiero.

—Pero es maravilloso —grito Alice— tirar una carrera por seguir un ideal.

—Perdón —dijo Herf echando atrás su silla. (En el lavabo se miró en el espejo undívago.)— «No hables —murmuró—. Lo que se dice nunca se hace...».

Tenía cara de borracho. Llenó de agua el hueco de sus manos y se lavó la cara. En la mesa le vitorearon cuando volvió a sentarse.

—¡Viva el viajero! —gritó Roy.

Alice comía queso sobre largos trozos de pera.

—Es apasionante —dijo.

—Roy está aburrido —exclamó Martín Schiff después de un silencio. Su cara, con sus ojos grandes tras los lentes de hueso, nadaba por el humo del restaurante como un pez en un acuario turbio.

—Estaba pensando en todos los sitios que tengo que recorrer mañana en busca de colocación.

—¿Quieres una colocación? —contestó Martín melodramáticamente—.

¿Quieres vender tu alma al mejor postor?

—Si no tuviera una otra cosa que vender... —gimió Roy.

—Lo que me preocupa es mi sueño matinal... Sin embargo, es asqueroso tener que exhibir su personalidad y demás. No es la habilidad para el trabajo lo que cuenta, es la personalidad...

—Las prostitutas son las únicas honradas...

—Pero, recristo, una prostituta vende también su personalidad.

—La alquila solamente.

—Roy se aburre... Todos vosotros os aburrís... Yo os estoy aburriendo a todos.

—Nos divertimos como locos —insistió Alice—. Mira, Martín, si nos aburriéramos no estaríamos aquí sentados, ¿verdad?... Yo quisiera que Jimmy nos dijese adónde piensa ir en sus misteriosos viajes.

—No, estáis diciendo para vuestros adentros: «¡Qué pelmaso es! ¿Para qué le sirve a la sociedad? No tiene dinero, no tiene una mujer bonita, ni conversación, no conoce los secretos de la Bolsa. Es un fardo inútil a la sociedad... El artista es un fardo».

—No es verdad, Martín... estás disparatando.

Martín al accionar tiró dos vasos de vino. Un camarero, con cara asustada, extendió una servilleta sobre los dos rojos raudales. Sin fijarse, Martín continuó hablando.

—Todo es farsa... Cuando habláis mentís con la punta de la lengua. No os atrevéis a desnudar vuestras almas... Pero ahora tenéis que oírme por última vez... Por última vez digo... Acérquese usted también, camarero, inclínese y contemple el negro abismo del alma humana. Herf se aburre. Todos os aburrís... Sois como moscas aburridas que zumban contra el cristal. Creéis que el cristal es el cuarto. No sabéis lo que hay de negro en el interior... Estoy como una cuba. Otra botella, camarero.

—Mete el freno, Martín... Mira que no sé si podremos pagar la cuenta tal como está. No necesitamos más.

—Camarero, otra botella de vino y cuatro grappas.

—Parece como si fuéramos a pasar una noche de juerga —gruñó Roy.

—Si es necesario pagaré con mi cuerpo... Alice, quítate la careta... Con la careta eres una chiquilla preciosa... Ven conmigo al borde del abismo. Oh, estoy demasiado borracho para deciros lo que siento.

Se quitó de un tirón los lentes de carey y los estrujó en la mano: los cristales saltaron resplandeciendo por el suelo. El camarero, con la boca abierta, se agachó a recogerlos.

Martín se quedó un momento inmóvil, parpadeando. Los demás se miraban unos a otros. Luego se puso en pie de un salto.

—Veo vuestra sonrisita irónica. No me extraña que ya no podamos tener comidas decentes, conversaciones decentes... Quiero probar mi sinceridad atávica, quiero probar.

Empezó a tirarse de la corbata.

—Vamos, Martín, cállate —repetía Roy.

—Nadie me detendrá... Tengo que ir a la sinceridad de lo negro... Correré hasta el final del muelle negro, en East River, y me tiraré al agua.

Herf le persiguió por el restaurante hasta la calle. En la puerta Martín le tiró la chaqueta, y en la esquina, el chaleco.

—Demonio, corre como un gamo —resolló Roy tropezando con el hombro de Herf.

Herf recogió la chaqueta y el chaleco, los dobló bajo el brazo y volvió al restaurante. Estaban pálidos cuando se sentaron a cada lado de Alice.

—¿Lo hará de veras? ¿Lo hará de veras? —repetía ella.

—No, desde luego que no —dijo Roy—. Se irá a su casa. Se estaba burlando de nosotros porque lo tomamos en serio.

—¿Y si lo hiciera de veras?

—Lo sentiría... Yo lo quiero mucho. Por él pusimos Martín a nuestro chico —dijo Jimmy sombrío—. Pero si realmente se siente tan desgraciado, ¿qué derecho tenemos nosotros a detenerlo?

—Oh, Jimmy —suspiró Alice—, diga que nos traigan café.

Fuera, una bomba de incendios gimió, vibró, rugió calle abajo. Los tres tenían frías las manos. Sorbieron el café sin hablar.

Francie salió por la puerta lateral de la tienda entre la multitud que volvía del trabajo a las seis de la tarde. Dutch Robertson la esperaba. Sonreía. Su cara estaba sonrosada.

—¿Cómo, Dutch, es que...?

Las palabras se le atragantaron.

—¿No te gusta?

Echaron a andar por la calle 14, entre dos torrentes de caras contusas. «Todo marcha a pedir de boca, Francie», decía en voz baja. Llevaba un gabán de entretiempo gris claro y un fieltro del mismo color. Zapatos nuevos puntiagudos de cuero rojo lucían en sus pies.

—¿Qué te parece el equipo? Me dije que era inútil intentar nada sin cierto aspecto.

—Pero, Dutch, ¿Cómo te has agenciado todo eso?

—Espantando a un fulano de un estanco. Coser y cantar.

—¡Chist, no hables tan alto; te puede oír alguien!

—No sabrán de qué hablo.

En un rincón del boudoir Luis XIV de la señora Densch el señor Densch estaba sentado todo encorvado en una sillita dorada de respaldo rosa. Su barriga reposaba sobre sus rodillas. En su cara flácida la narizota y los pliegues que la unían con los extremos de la boca grande formaban dos triángulos. El señor Densch tenía un montón de telegramas en la mano. Encima un mensaje descifrado que decía: Déficit sucursal Hamburgo aproximadamente \$ 500.000; firmado Heintz. En el cuartito lleno de objetos sedosos y brillantes, dondequiera que fijaba los ojos veía las letras de aproximadamente bailando en el aire. Luego notó que la doncella, una mulata clara con un gorro fruncido, había entrado en el cuarto y lo estaba mirando. Sus ojos se iluminaron a la vista de una gran caja de cartón que ella traía en la mano.

—¿Qué es eso?

—Algo para las señoras, señor.

—A ver... Hickson's... ¿Y qué necesidad tiene de comprarse más vestidos, quiere usted decirme?... Hickson's. Abra eso... Si es cosa cara lo devuelvo.

La doncella levantó cuidadosamente el papel de seda, descubriendo un vestido de soirée melocotón y verdeguisante.

El señor Densch se levantó balbuciendo:

—Se debe figurar que la guerra continúa... Dígales que no lo aceptamos. Dígales que esa persona no vive aquí.

La doncella recogió la caja, sacudiendo la cabeza, y salió con la nariz levantada. El señor Densch se sentó en la sillita y empezó a repasar los telegramas otra vez.

—Ann-ee, Ann-ee.

Una voz aguda salió del cuarto contiguo; tras la voz una cabeza con un

gorro de encaje en forma de gorro frigio y un corpallón envuelto en un peinador rizado y flotante.

—¿Cómo, J. D.? ¿Qué haces aquí a estas horas? Estoy esperando a mi peinadora.

—Es cosa de importancia... Acabo de recibir un cable de Heintz. Serena, querida mía, la casa Blackhead & Densch está en una malísima situación en ambos lados del océano.

—Señora —dijo la doncella detrás de él.

Se encogió de hombros y se dirigió a la ventana. Se sentía cansado, enfermo, la carne le pesaba. Un botones pasó por la calle en bicicleta; se reía y sus mejillas estaban coloradas. Densch se vio, se sintió a sí mismo un instante, ardiente, ligero, como cuando hacía muchos años bajaba Pine Street al galope, sin sombrero, mirando de reojo las pantorrillas de las chicas. Volvió al cuarto. La doncella se había ido.

—Serena —empezó—, ¿no te das cuenta de la gravedad?... Es la quiebra. Y para colmo todo el mercado de judías se ha ido al demonio. Te digo que es la ruina.

—Bueno, querido, ¿qué quieres que yo le haga?

—Economizar... economizar. Mira a qué precio está la goma... Ese vestido de Hickson's...

—Supongo que no querrás que me presente en la reunión de los Blackhead como una maestra de escuela, ¿verdad?

El señor Densch gruñó y sacudió la cabeza.

—Oh, no comprenderás nunca... Probablemente no habrá reunión alguna... Mira, Serena, que no son bobadas... Quiero que tengas un baúl preparado de modo que podamos embarcar cualquier día... Necesito descansar. Estoy pensando en ir a Marienbad... A ti también te sentará bien.

Sus miradas se cruzaron súbitamente. Todas las arrugas de su cara se hicieron más profundas, la piel de sus ojeras era como la de un balón desinflado. Él se acercó a su mujer, le puso la mano en el hombro y avanzó los labios para besarla, pero ella se encolerizó de repente.

No consentiré que te entrometas entre yo y mis modistas... no lo consentiré... no lo consentiré...

—Oh, haz lo que te dé la gana.

El señor Densch salió del cuarto con la cabeza hundida entre sus macizos hombros caídos.

—¡Ann-ee!

—Señora.

La doncella reapareció. La señora Densch se había dejado caer en el pequeño sofá de patas torneadas. La cara se le había puesto verde.

—Annie, haga el favor de darme esa botella de sales y un poco de agua... Y además, Annie puede usted telefonar a Hickson's y decir que el vestido fue devuelto por una equivocación... del mayordomo, y que hagan el favor de enviarlo de nuevo inmediatamente porque tengo que ponérmelo esta noche.

Persecución de la felicidad, inevitable persecución... derecho a la vida, à la libertad y... Una noche negra sin luna. Jimmy Herf sube solo por South Street. Detrás de los muelles se alzan en la noche los negros esqueletos de los barcos. Dios mío, confieso que no sé qué hacer, dice en voz alta. Todas estas noches de abril, mientras paseaba solo por las calles, un rascacielos le ha obsesionado, un edificio estriado que se yergue con sus incontables ventanas alumbradas, que cae sobre él desde un cielo barrido por las nubes. Las máquinas de escribir llueven continuamente en sus oídos, confeti niquelado. Caras de coristas glorificadas por Ziegfield, le sonríen y le hacen señas desde las ventanas. Ellie con un vestido de oro, una Ellie de finos panes de oro, parecidísima, le hace señas desde cada ventana. Y él da vueltas y vueltas por las calles buscando la puerta del sonoro rascacielos con ventanas de oropel; da vueltas y vueltas y la puerta no aparece. Cada vez que cierra los ojos la visión se apodera de él; cada vez que cesa de razonar en voz alta consigo mismo frases pomposas y razonables, la visión se apodera de él. Joven, si quieres conservar tu razón tienes que hacer una de estas dos cosas... Por favor, señor, ¿dónde está la puerta de este edificio? ¿A la vuelta? Justo a la vuelta... Una de estas dos inevitables soluciones: marcharse de aquí con una camisa blanda sucia, o quedarse con el cuello duro limpio. ¿Pero a qué pasarse la vida entera huyendo de la ciudad de Destrucción? ¿Y vuestros derechos enajenables, Trece Estados? Su cerebro desenvuelve frases. Jimmy sigue andando tenazmente. Camina sin rumbo fijo sin saber adónde. Si al menos tuviera la fe en las palabras...

—¿Cómo está usted, señor Goldstein? —moduló vivaracho el reportero estrechando la gruesa aleta que le alargaban a través del mostrador del estanco —. Me llamo Brewster... Hago la ola del crimen para el News.

El señor Goldstein era una larva con una nariz ganchuda un poco torcida en la cara gris, detrás de la cual las atentas orejas rosáceas sobresalían inesperadamente. Miró al reportero con ojos de sospecha.

—Si fuera usted tan amable que me contara el pequeño contratiempo de anoche...

—No me sacará usted nada, joven. ¿Qué haría usted sino imprimir lo que yo le dijera para que a otros sinvergüenzas se les ocurra la idea de hacer lo mismo?

—Es lamentable que usted lo tome así, señor Goldstein... ¿Quiere usted darme un Robert Burns?... La publicidad me parece a mí tan necesaria como la ventilación... Renueva el aire.

El reportero cortó con los dientes la punta del cigarro, lo encendió y se quedó mirando pensativamente al señor Goldstein a través de un anillo de humo azul.

—La cuestión es ésta, señor Goldstein —empezó solemnemente—. Estamos trabajando el asunto desde el punto de vista del interés humano...; compasión y lágrimas... ¿comprende usted? Un fotógrafo venía camino de aquí para sacar una fotografía... Le aseguro que durante un par de semanas esto aumentaría el volumen de sus negocios... Supongo que tendré que telefonar ahora diciendo que no venga.

—Bueno, pues el fulano ése —comenzó el señor Goldstein precipitadamente— es un tipo bien vestido, gabán de primavera nuevo y toda la pesca... Entra a comprar un paquete de Camels... Hermosa noche, dice abriendo la cajetilla para sacar un cigarro. Entonces noté que la chica que venía con él llevaba velo.

—¿Luego no tenía el pelo cortado?

—Yo no vi más que una especie de velo de luto. Cuando me di cuenta estaba detrás del mostrador apoyándome un revólver en las costillas y empezó a hablar... Así como bromeando, ¿sabe usted?... Y antes de que me diera tiempo a comprender, el tío se alza con todo lo que había en la registradora y me dice: «¿Tiene algún dinero suelto en los bolsillos, amigo?». Le digo a usted que yo sudaba la gota gorda.

—¿Y nada más?

—Nada más. Se las tomaron sin darme tiempo a llamar a un policía. —
¿Cuánto se llevaron?

—Oh, unos cincuenta dólares de la caja y seis dólares que tenía en el bolsillo.

—¿Era bonita la muchacha?

—No sé, puede que sí. Me gustaría romperle la cara. Debían sentarlos en la silla eléctrica a todos esos angelitos... Ya no está uno seguro en ninguna parte. ¿Pa qué trabajar, si no hay más que agenciarse un revólver y atracar al vecino?

—Dice usted que iban bien vestidos... como personas acomodadas.

—Sí.

—Yo me inclino a la hipótesis de que él es estudiante y ella una señorita de buena familia y que hacen eso por sport.

—Él era un hijo de mala madre con cara de bruto.

—Oh, hay estudiantes con cara de brutos... Ya verá usted el relato titulado *The Gilded Bandits* en el periódico del próximo domingo, señor Goldstein... Usted toma *News*, ¿verdad?

El señor Goldstein sacudió la cabeza.

—De todos modos, le enviaré un número.

—Lo que yo quiero es ver a esos angelitos en presidio, ¿comprende? Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario... Ya no hay seguridad personal... Lo de la publicidad en el suplemento del domingo me trae sin cuidado.

—Bien, el fotógrafo estará aquí dentro de nada. Estoy seguro de que consentirá usted en posar, señor Goldstein... Muchísimas gracias... Hasta la vista, señor Goldstein.

El señor Goldstein sacó de pronto un revólver flamante de debajo del mostrador y apuntó al reportero.

—¡Eh, cuidadito, bromas no!

El señor Goldstein rió con una risa sardónica.

—Estoy preparado para la próxima —gritó al reportero, que ya se dirigía al metro.

—En nuestro negocio, querida señora Herf —declamó el señor Harpsicourt mirándola a los ojos con su sonrisa felina de Cheshire gris—, hay que dejarse llevar a la orilla por la ola de la moda, un segundo antes de romper, como en una balsa.

Ellen escarbaba delicadamente con su cucharilla medio aguacate. No levantaba los ojos del plato; tenía los labios entreabiertos. Se sentía fresca y esbelta dentro de su ajustado vestido azul oscuro, tímidamente alerta en medio de la maraña de miradas laterales y el sonsonete de las conversaciones afectadas del restaurante.

—Es un talento que yo puedo profetizar en usted más que en ninguna otra mujer. No he conocido otra tan encantadora.

—¿Profetizar? —preguntó Ellen, que levantó los ojos sonriendo.

—No debe usted hacer caso de las palabras de un viejo... Me explico mal... Pésima señal siempre. No, usted comprende perfectamente, aunque

pretenda lo contrario... Confiéselo... Lo que necesitamos en el tal periódico, podría usted misma, seguro estoy de ello, explicármelo mucho mejor.

—Naturalmente, lo que ustedes quieren es dar a cada lectora la impresión de sentirse en el centro de las cosas.

—Como si estuviera almorzando aquí mismo en el Algonquin.

—Si no hoy, mañana —añadió Ellen.

El señor Harpsicourt soltó una risita chirriante, escrutando con su penetrante mirada los ojos grises de ella moteados de oro. Ruborizada, Ellen bajó la vista a la destripada mitad de su aguacate. Con la sensación de tener un espejo tras ella, sentía las miradas sondeadoras de hombres y mujeres en las mesas circundantes.

Su lengua mordida por el gin saboreaba con fruición las tortas de harina. Jimmy Herf estaba sentado en Child's, en medio de un público escandalosamente borracho. Ojos, labios, trajes de noche, el olor a tocino y a café, palpitaban borrosamente a su alrededor. Comió las tortas trabajosamente y pidió otro café. Se sentía mejor. Había tenido miedo de ponerse enfermo. Se puso a leer el periódico. Los caracteres de imprenta nadaban y se desparramaban como flores japonesas. Después se volvieron otra vez netos, ordenados, extendiéndose como una pasta suave, blanca y negra, sobre su cerebro ordenado, negro y blanco.

La juventud descarriada ha dejado oír otra vez su trágico tañido entre los alegres oropeles de Coney Island, recién pintada para la nueva temporada, cuando la policía secreta arrestó a Dutch Robertson y a su compañera, llamada «la mujer apache». La pareja está acusada de haber cometido más de veinte atracos en Brooklyn y en Queens. La policía les había seguido la pista varios días. Habían alquilado un pisito en el número 7356 de Seacrof Avenue. La primera sospecha nació cuando la muchacha, próxima a ser madre, fue llevada en una ambulancia al Hospital Presbiteriano de Carnasie. El personal del establecimiento se extrañaba de que el dinero de Robertson fuera al parecer inagotable. La muchacha tenía un cuarto particular; recibía flores y frutas caras, y a petición de su amigo, un doctor muy conocido fue llamado a consulta. Cuando llegó el momento de inscribir al chico, el joven confesó al médico que no estaban casados. Uno de los subalternos del hospital, notando que la recién parida correspondía a la descripción de la mujer apache publicada por el Evening Times, telefoneó a la policía. Agentes de la secreta siguieron la pista a la pareja durante varios días después de volver ellos al piso de Seacrof Avenue, y esta tarde los detuvieron.

El arresto de la mujer apache...

Un bizcocho caliente aterrizó en el periódico de Herf. Él dio un respingo.

En la mesa contigua una muchacha judía de ojos negros, les hacía una mueca. Saludó y se quitó un sombrero imaginario... ¡Gracias, encantadora ninfa! — dijo llevándose el bizcocho a la boca.

—Basta de broma, ¿oyes?

El joven que estaba sentado con la muchacha le rugió al oído estas palabras. Parecía un entrenador de boxeadores.

En la mesa de Herf todo el mundo reía a mandíbula batiente. Él tomó su ticket, farfulló las buenas noches y salió. Sobre el pupitre del cajero el reloj marcaba las tres. Fuera, una muchedumbre turbulenta giraba todavía por Columbus Circle. Un olor a calle mojada se mezclaba con las exhalaciones de los automóviles, y de cuando en cuando venía del parque una ráfaga de tierra mojada y de hierba naciente. Se quedó parado un largo rato en la esquina, no sabiendo qué camino tomar. En noches tales no le apetecía irse a casa. Lamentaba vagamente que la mujer apache y su cómplice hubieran sido arrestados. Deseaba que pudieran escaparse. Todos los días había buscado con avidez el relato de sus hazañas en los periódicos. Pobres diablos, pensaba, y con un recién nacido además.

Mientras tanto en Child's se había armado un jaleo. Herf se volvió y miró a través del escaparate por encima del fogón donde se achicharraban tres tortas abandonadas. Los camareros trataban de poner en la calle a un hombre alto con traje de etiqueta. Al amigo prognato de la judía que le había tirado el bizcocho, lo defendían sus camaradas. El encargado se abrió paso a codazos por entre el público. Era un hombrecillo ancho de hombros con unos ojos de mono cansados y hundidos. Tranquilamente, con indiferencia, agarró al tío, y en un dos por tres le lanzó a través de la puerta. Ya en la acera, el hombre miró aturdido a su alrededor y trató de enderezarse el cuello. En esto se acercó traqueteando un coche de la policía. Bajaron dos agentes y en un abrir y cerrar de ojos arrestaron a tres italianos que charlaban tranquilamente en la esquina. Herf y el hombre alto con traje de etiqueta se miraron el uno al otro, con ganas de hablarse, y se marcharon cada uno por su lado, súbitamente desembriagados.

V. LA CARGA DE NÍNIVE

Rojo crepúsculo que perfora la niebla del Gulf Stream. Vibrante garganta de cobre que brama por las calles de dedos ateridos. Atisbadores ojos vidriados de los rascacielos. Salpicaduras de minio sobre los férreos muslos de los cinco puentes. Irritantes maullidos de remolcadores coléricos bajo los

árboles de humo que vacilan en el puerto.

La primavera que frunce nuestros labios, la primavera que nos pone carne de gallina, que surge gigantesca del zumbido de las sirenas, se estrella con pavoroso estrépito contra el tráfico detenido, entre helados bloques de casas, que miran atentamente de puntillas.

Con el cuello de su montgomery subido hasta las orejas y una gran gorra inglesa encajada hasta los ojos, el señor Densch se paseaba nerviosamente de arriba abajo por la cubierta del «Volendam». Miraba a través de la llovizna los muelles grises y los edificios de la orilla que se destacaban sobre un cielo de inconcebible acritud. Un hombre arruinado, un hombre arruinado, decía para sus adentros sin cesar. Por fin la sirena del barco bramó por tercera vez. El señor Densch, con los dedos en los oídos, resguardado por un bote salvavidas, contemplaba la franja de agua sucia que iba ensanchándose, ensanchándose, entre el costado del vapor y el muelle. La cubierta tembló bajo sus pies cuando las hélices empezaron a morder la corriente. Grises como fotografías, los edificios de Manhattan empezaron a desfilar. Bajo la cubierta la banda tocaba O-Titin-e Titin-e. Rojos ferries, pontones, remolcadores, barcasas de arena, gabarras cargadas de madera, pasaban entre él y la ciudad humeante que irguiéndose como una pirámide empezaba a hundirse, brumosa, en las verdiparduscas aguas de la bahía.

El señor Densch bajó a su camarote. La señora Densch con un chapeau cloche cubierto por un velo amarillo lloraba en silencio, la cabeza apoyada en un cesto de frutas.

—No llores, Serena —dijo él secamente—. No llores... Marienbad es delicioso... Necesitamos descansar. Nuestra situación no es tan desesperada. Voy a mandar un radio a Blackhead... Después de todo, fue su testarudez y su temeridad lo que ha traído la casa a... a esto. Ese hombre cree que es el rey de la creación... Esto le va... le va a hacer pupa. Si las maldiciones matan mañana seré hombre muerto.

Con gran sorpresa vio que las líneas grises de su cara se rompían en una sonrisa. La señora Densch alzó la cabeza y abrió la boca para hablarle, pero las lágrimas la ahogaron. Él se miró en el espejo, cuadró los hombros y se ajustó la gorra.

—Sí, Serena —dijo con un indicio de viveza en la voz—, éste es el fin de mi carrera... Voy a enviar ese radio.

La cara de mamá se inclina y le besa. Sus manos la agarran del vestido, pero ella se marcha dejándole solo en la oscuridad, dejando tras ella en la oscuridad una leve fragancia que le hace llorar. El pequeño Martín forcejea dentro de las barras de hierro de su cuna. Fuera las negruras, y al otro lado de

las paredes, fuera también, la horrible negrura de las personas mayores que alborota, vibra, trepa por las ventanas, mete los dedos por las rendijas de la puerta. Fuera, dominando el estruendo de las ruedas, llega un gemido desgarrador que le aprieta la garganta. Pirámides de negrura apiladas sobre él se desploman sobre su cabeza. Martín grita balbuceando entre sus gritos. Nounou se acerca a la cuna sobre un salvavidas de luz. «No te asustes..., no es nada». La cara negra le sonrío, sus manos negras le estiran las mantas. «Es una bomba de incendios que pasa... No te vas a asustar de una bomba de incendios».

Ellen se recostó en el taxi y cerró los ojos un segundo. Ni el niño ni la media hora de siesta habían borrado el deprimente recuerdo de la oficina, su olor, el tiquitiqui de las máquinas de escribir, las frases repetidas sin fin, las caras, las hojas dactilografiadas. Se sentía muy cansada. Debía tener ojeras. El taxi se detuvo. Había una luz roja en la torrecilla de señales. La Quinta Avenida estaba atestada hasta las aceras de taxis, limousines y autobuses. Llegaba tarde; había dejado en casa el reloj. Los minutos le colgaban del cuello pesados como horas. Sentada en el borde del asiento, con los puños tan apretados que a través de los guantes sentía las uñas afiladas clavarse en las palmas de sus manos. Por fin el taxi arrancó bruscamente. Tufaradas de gasolina, zumbidos de motores. El cuajarón de vehículos comenzó a subir por Murray Hill. En la esquina Ellen distinguió un reloj. Las ocho menos cuarto. La circulación se interrumpió de nuevo, los frenos del taxi chirriaron. Ella fue lanzada hacia adelante en el asiento. Se recostó con los ojos cerrados, las sienes palpitantes. Todos sus nervios eran una madeja de finos alambres de acero que le cortaban la carne. ¡Qué importa!, se preguntaba. Esperará. No tengo prisa por verle. ¿Cuántas calles faltan?... Menos de veinte, dieciocho. Sin duda los números se inventaron para evitar que se volviera uno loco. La tabla de multiplicar cura los nervios mejor que Coué. Probablemente eso fue lo que pensó Peter Stuyvesant, o el que numeró esta ciudad. Ella se sonreía a sí misma. El taxi había echado a andar otra vez.

George Baldwin iba y venía por el vestíbulo del hotel, dando breves chupadas a un cigarrillo. De vez en cuando miraba el reloj. Su cuerpo entero estaba tirante como la prima de un violín. Tenía hambre y muchas cosas que decir. Le molestaba esperara la gente. Cuando Ellen entró, fresca, sedosa y sonriente, sintió deseos de lanzarse a ella y darle en la cara.

—George, ¿se da usted cuenta de que si no estamos locos es porque los números son tan fríos, tan indiferentes? —dijo dándole una palmadita en el brazo.

—Lo que yo sé es que cuarenta y cinco minutos de espera sobran para volver loco a cualquiera.

—Le explicaré. Es todo un sistema. Lo he construido en el taxi... Entre y pida lo que quiera. Yo voy al tocador un momento... Y un Martini para mí, haga el favor. Estoy muerta esta noche, muerta.

—Pobrecilla, ahora mismo... Y no tarde mucho.

Las rodillas se le doblaban. Al entrar en el comedor, recargado de adornos dorados, se sentía derretir como hielo. ¡Dios mío, Baldwin, te estás portando como un cadete! Y después de tantos años... Así no irás a ninguna parte...

—Bueno, Joseph, ¿qué nos va a dar usted de cenar esta noche? Estoy hambriento... Pero antes dígame a Fred que haga el mejor cocktail Martini que haya hecho en su vida.

—Très bien, monsieur —dijo el narigón camarero rumano, y le alargó el menú haciendo un molinete.

Ellen permaneció largo rato mirándose al espejo y limpiándose la cara demasiado empolvada, mientras pensaba qué actitud tomar. Le daba cuerda a una muñeca imaginaria —ella misma— y la colocaba en diversas posturas. De ahí toda una serie de menudos gestos como en un escenario de juguete. Se separó del espejo con brusquedad, encogiendo sus hombros demasiado blancos, y se dirigió apresuradamente al comedor.

—Oh, George, estoy muriéndome de hambre.

—Yo también —dijo él con voz áspera—. Y traigo noticias —continuó precipitadamente, como temiendo que ella le interrumpiera—: Cecily ha consentido en divorciarse. Vamos a solucionar el asunto este verano en París, sin meter ruido. Ahora lo que yo quiero saber es si usted...

Ella se inclinó y le acarició la mano, crispada sobre el borde de la mesa.

—George, vamos primero a cenar... Hay que ser razonables. Bien sabe Dios que en nuestra vida pasada hemos dado los dos bastantes malos pasos... ¡Bebamos por la ola del crimen!

La espuma infinitesimal del cocktail le suavizaba la lengua y la garganta, y la invadía de un calor luminoso. Le miró riendo con ojos chispeantes. Él se bebió el cocktail de un trago.

—¡Oh, Elaine —dijo Baldwin con pasión irresistible—, es usted la más maravillosa criatura del mundo!

Durante la cena Ellen sintió un frío glacial infiltrarse en ella como cocaína. Había tomado una decisión. Era como si hubiera colocado su fotografía en su propio sitio, helada para siempre en la misma postura. La amargura, como una invisible cinta de seda, le apretaba el cuello, la estrangulaba. Al otro lado de los platos, de la lámpara de marfil rosa y de los pedazos de pan, él sacudía la

cabeza sobre su pechera blanca. Sus mejillas enrojecían. Su nariz se inclinaba ya de un lado, ya del otro. Sobre sus dientes amarillos sus labios se movían elocuentemente. Ellen se daba cuenta de que estaba sentada, con las piernas cruzadas, rígidas bajo sus ropas, como una figurilla de porcelana. Le parecía que todas las cosas que le rodeaban se volvían duras, esmaltadas. La atmósfera, que el humo de los cigarrillos estriaba en el azul, se transformaba en cristal. Frente a ella, él agitaba sin sentido su cara de marioneta de madera. Estremecida, alzó los hombros.

—¿Qué le pasa, Elaine? —preguntó Baldwin.

Ella mintió:

—Nada, George... Alguien habrá pisado mi tumba.

—¿Quiere que vaya a buscarle un chal o algo?

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es su respuesta? —dijo él cuando se levantaron de la mesa.

—¿Qué? —preguntó Ellen sonriendo.

—¿Después de París?

—Si tiene usted valor, George, creo que yo también lo tendré —respondió dulcemente.

Él la esperaba en pie ante la portezuela del taxi. Ellen le vio, joven aún, ágil, destacado en la oscuridad, con un flexible canela y un gabán ligero del mismo color, sonriendo, como una celebridad en la sección de rotograbados de un periódico. Mecánicamente estrechó la mano que le ayudaba a subir al coche.

—Elaine —dijo él emocionado—, la vida va a significar algo para mí ahora... ¡Si supiera usted cuán vacía ha sido mi vida durante años y años! He sido una especie de juguete mecánico, todo hueco por dentro.

—No hablemos de juguetes mecánicos —dijo ella con voz estrangulada.

—No, hablemos de nuestra felicidad —respondió Baldwin.

Inexorablemente apretó los labios sobre los de ella. Por las sacudidas del taxi, como una persona que se ahogaba, Ellen veía con el rabillo del ojo rostros huidizos, faroles, ruedas niqueladas, vertiginosas.

El viejo de la gorra a cuadros está sentado en la escalinata de piedra con la cabeza entre las manos. La gente desfila sin cesar por delante de él. Bajan la calle, camino de los teatros, con los resplandores de Broadway a las espaldas. El viejo solloza a través de sus dedos en un acre vaho de ginebra. De cuando

en cuando levanta la cabeza y grita con voz ronca: «No puedo, ¿no ven ustedes que no puedo?». La voz es inhumana como el crujido de un tablón que se raja. Los pasos se aceleran. Personas de mediana edad vuelven la cara. Dos muchachas ríen chillonamente al verle. Unos granujas, dándose con el codo, le atisban entre la multitud negruzca: «El golfaina de Hootch».

Buena le espera cuando el guardia de la esquina pase por aquí. «Alcohol de prohibición». El viejo levanta su cara húmeda, y mira, como pasmado, con los ojos enrojecidos, sin vida. Los transeúntes retroceden, pisan a los que vienen detrás. Como un tablón que se raja, la voz cruje: «Ya ven ustedes que no puedo..., no puedo..., no puedo».

Cuando Alice Sheffield se vio arrastrada por el raudal de mujeres que franqueaban las puertas de Lord & Taylor's, cuando se sintió envuelta por el olor a tejidos, algo saltó como un muelle en su cabeza. Primero fue al mostrador de guantes. La vendedora era muy joven y tenía largas pestañas y una sonrisa preciosa. Hablaron de la ondulación permanente mientras Alice se probaba unos guantes de cabritilla gris y de cabritilla blanca, con una pequeña franja en forma de guantelete. Antes de probárselos, la vendedora empolvaba vivamente el interior de cada guante con una polvera de cuello largo. Alice encargó seis pares.

—Sí, señora; Roy Sheffield... Sí, tengo cuenta abierta... Aquí está mi tarjeta... Tendrán que enviarme un montón de cosas.

Y a sí misma se decía: «Qué ridiculez haber ido todo el invierno tan mal trajeada... Cuando la cuenta llegue, Roy tendrá que pagarla sea como sea y nada más. Ya es hora de que se deje de pensar en la luna. Dios sabe las cuentas que le he pagado yo otras veces». Luego empezó a mirar medias de seda color carne. Cuando salió de la tienda la cabeza le daba vueltas. Veía aún en confuso revoltijo los largos mostradores esfumados en una niebla eléctrica, trencillas bordadas, borlas, sedas teñidas. Había comprado dos vestidos de verano y una salida de teatro.

En Maillard's le esperaba un inglés alto y rubio, de cabeza cónica. Tenía, bajo una larga nariz, unos bigotes muy afilados.

—Oh, Buck, me estoy divirtiendo como una loca. He perdido la cabeza en Lord & Taylor's. ¿Crearás que hace cosa de un año y medio que no me compraba un vestido?

—Pobrecilla —dijo él llevándola a una mesa—. Cuéntame.

Ella se dejó caer en una silla y empezó a sollozar.

—Oh, Buck, estoy tan aburrida de todo esto... No sé cuánto tiempo podré resistir.

—Yo no tengo la culpa... Ya sabes tú lo que yo quiero que hagas.

—¿Y si lo hiciese?

—¡Espléndido!... ¡Qué felices seríamos!... Pero tienes que tomar algo, un poquito de caldo... Necesitas reponerte.

Ella rió.

—Eres un ángel. Eso es precisamente lo que me hace falta.

—Bueno, ¿cuándo tomamos el portante para Calgary? Tengo allí un conocido que me proporcionaría un empleo.

—Vámonos en seguida. No me importa la ropa ni nada. Roy puede devolverlo todo a Lord & Taylor's... ¿Tienes dinero, Buck?

Él sintió que el rubor le salía a la cara y se le extendía por las sienes hasta sus orejas planas, irregulares.

—Confieso, mi querida Ali, que no tengo un centavo. Puedo pagar el lunch, eso sí.

—Qué demonio, cobraré un cheque. La cuenta está a nombre de los dos.

—Me lo pagarán en Biltmore. Soy conocido allí. Cuando nos veamos en Canadá todo marchará bien, te lo aseguro. En el Dominio de Su Majestad el nombre de Buckminster tiene bastante más peso que en los Estados Unidos.

—Ya lo sé, querido: en Nueva York sólo cuenta el dinero.

Mientras subían por la Quinta Avenida ella le tomó del brazo.

—Oh, Buck, tengo que decirte la cosa más horrible que te puedes imaginar. Me puse a la muerte... ¿Recuerdas lo que te dije de la peste que teníamos en nuestro piso? Creíamos que eran ratas. Esta mañana me encontré con la mujer que vive en el piso bajo... Oh, me pongo enferma de sólo pensarlo. Tenía la cara verde como ese autobús... Parece que trajeron a un inspector para que examinara las cañerías... Han detenido a la mujer del piso de arriba. Oh, es demasiado repugnante..., no te lo puedo contar... No volveré jamás allí. Me moriría si lo hiciera... En todo el día de ayer no hubo gota de agua en la casa.

—¿Qué pasaba?

—Es horroroso.

—Vamos, desembucha.

—Buck, no te reconocerán cuando vuelvas a tu casa en Open Manor.

—¿Pero qué fue?

—Había una mujer en el piso de arriba que hacía operaciones ilegales,

abortos... Eso fue lo que atascó la cañería.

—¡Santo Dios!

—Fue el remate... Y Roy ensimismado sobre su maldito periódico en medio de aquella peste, con esa cara de cretino que tiene.

—¡Pobre nenita!

—Buck, yo no podré darte un cheque por más de doscientos... Ni para unto habrá fondos. ¿No nos bastaría para llegar a Calgary?

—Apenas... Pero tengo un conocido en Montreal que me colocará de cronista de sociedad. Profesión asquerosa, pero puedo usar un seudónimo. Después ahuecaremos el ala cuando tengamos bastante moneda, como tú dices... ¿Cobramos ese cheque ahora? ¿Qué te parece?

Ella le esperó en pie junto a la ventanilla de informaciones mientras él fue a sacar los pasajes. Se sentía sola, pequeña, bajo la alta bóveda blanca de la estación. Toda su vida con Roy pasaba ante sus ojos como una película proyectada al revés, más aprisa, cada vez más aprisa. Buck volvió triunfante con las manos llenas de billetes y de tickets del ferrocarril.

—No hay tren hasta las siete y diez, Ali —dijo—. Si fueras al Palace y me dejaras una butaca en la taquilla... Yo mientras corro a buscar mi maleta. Cuestión de un segundo... Toma cinco dólares.

Se había ido y ella marchaba sola por la calle 43 en la calurosa tarde de mayo. Sin saber por qué empezó a llorar. Los transeúntes la miraban, pero ello no podía remediarlo. Seguía andando tenazmente con la cara hecha un mar de lágrimas.

«Seguro contra terremotos. ¡Así lo llaman! De mucho les servirá cuando la ira del Señor ahume la ciudad como quien dice un nido de avispones, el día que la agarre y la sacuda como un gato sacude a un ratón... ¡Seguros contra terremotos!».

Joe y Skinny hubieran querido que aquel hombre ahuecara el ala. Tenía dos patillas como dos cepillos de botella y plantado junto al fuego de su vivac gruñía y gritaba. Ninguno de los dos sabía si hablaba con ellos o consigo mismo. Hicieron como si no estuviera allí y continuaron nerviosamente preparándose a asar un pedazo de jamón en unas parrillas improvisadas con el varillaje de un paraguas viejo. A sus pies, más allá de un encaje verde-azufre de árboles, corría el Hudson plateado por el crepúsculo, y el blanco acantilado de casas de Manhattan.

—No digas nada —susurró Joe dando vueltas a un manubrio imaginario en las cercanías de la oreja—. Está guillao.

A Skinny le entraron temblores de miedo por la espalda. Los labios se le enfriaban. Quería echar a correr.

—¿Es jamón? —preguntó de pronto el hombre con un ronrón benévolo.

—Sí, señor —contestó Joe trémulo después de una pausa.

—¿No sabéis que Dios Nuestro Señor prohibió a sus hijos comer carne de cerdo?

Volvió a sus gritos y lamentaciones.

—Gabriel, hermano Gabriel... ¿Es justo que estos niños coman jamón?... ¡Pues claro! El ángel Gabriel es amigo mío, ¿sabéis?... Dice que por esta vez puede pasar si no lo volvéis a hacer... Cuidado, hermano, no lo dejes quemar. (Skinny se había levantado). Siéntate, hermano, no te he de hacer daño alguno. Yo entiendo a los niños. Nosotros queremos mucho a los niños, yo y Dios Nuestro Señor... Me tenéis miedo porque soy un vagabundo, ¿no es eso? Pues bien, dejadme que os diga una cosa: no tengáis nunca miedo de un vagabundo. Los vagabundos jamás os harán daño, son buenas personas. Dios Nuestro Señor era un vagabundo cuando vivía en la tierra. Mi amigo el ángel Gabriel dice que ha sido vagabundo más de una vez... Mirad, tengo un poco de pollo frito que me dio una negra vieja... ¡Oh, Señor! ¡Oh Dios mío!

Se sentó gimiendo en una roca al lado de los chicos.

—Nosotros íbamos a jugar a los indios, pero ahora creo que jugaremos a los vagabundos —dijo Joe animándose un poco.

Del bolsillo de su abrigo verdoso el vagabundo sacó un paquete envuelto en papel de periódico y se puso a deshacerlo cuidadosamente. El jamón empezaba a despedir un olor muy agradable. Skinny se volvió a sentar, tan lejos como le permitió su deseo de no perder nada. El vagabundo repartió su pollo y se pusieron a comer juntos.

—Gabriel, mi buen amigo, mira esto.

El vagabundo recomenzó su canturreo dando gritos y los chicos se asustaron de nuevo. Empezaba a anochecer. El vagabundo aullaba, con la boca llena, señalando con una pata de pollo el parpadeante tablero de las luces de Riverside Drive.

—Párate aquí un momento y mírala, Gabriel... Mírala, la vieja loca, y perdona la expresión. ¡Seguro contra terremotos! Ya lo necesitan, ya. ¿Sabéis, amigos, cuánto tiempo tardó Dios Nuestro Señor en destruir la torre de Babel? Siete minutos. ¿Sabéis cuánto tiempo tardó Dios Nuestro Señor en destruir a Babilonia y a Nínive? Siete minutos. Hay más corrupción en un block de Nueva York que había en Nínive en una milla cuadrada. ¿Y cuántos pensáis que necesitará Dios de Sabbaots para destruir la ciudad de Nueva York con

Brooklyn y el Bronx? Siete segundos. Siete segundos... Oye, chico, ¿cómo te llamas?

Bajó de nuevo el tono de su voz y apuntó a Joe con la pata de pollo.

—Joseph Camerone Parker... Vivimos en Unión.

—¿Y tu?

—Antonio Camerone... pero me dicen Skinny. Éste es mi primo. Su familia cambió su nombre en Parker, ¿sabe usted?

—Cambiar de nombre de nada sirve... Todos los alias están apuntados en el libro del juicio... Y verdaderamente os digo que el día del Señor está cerca... Ayer mismo me dijo Gabriel: «Bueno, Jonah, ¿la destruimos?». Y yo respondí: «Gabriel, mi buen amigo, piensa en las mujeres, en los niños y en los pequeñuelos que no tienen culpa. Si la derrumbas con un terremoto si envías fuego y azufre del cielo, morirán todos como los ricos y los pecadores». Entonces él me dijo: «Está bien, Jonah, perro viejo, como tú quieras... Les concederemos una o dos semanas más...». Pero es horrible pensar, hijos míos, lo que será el fuego y el azufre y el terremoto y la inundación y los altos edificios derrumbándose unos sobre otros.

Joe de pronto le dio un golpe a Skinny en la espalda.

—¡Te quedas tú! —dijo y salió corriendo.

Skinny lo siguió dando tropezones por el estrecho sendero, entre los arbustos. Lo alcanzó en el asfalto.

—Ese tío está guillao —exclamó.

—¿No puedes callarte? —interrumpió Joe mirando hacia atrás por entre los arbustos.

Todavía podían distinguir el tenue humo de su hoguera contra el cielo. Al vagabundo ya no lo veían. Sólo oían su voz que llamaba: «Gabriel, Gabriel». Corrieron sin respirar hacia los tranquilizadores arcos voltaicos regularmente espaciados en la calle.

Jimmy Herf se apartó para dejar pasar el camión. El guardabarros le rozó el faldón del impermeable. Se paró un momento detrás de uno de los puntales del elevado mientras se fundía el carámbano que le había helado la espina dorsal. La puerta de una limousine se abrió de pronto frente a él y oyó una voz familiar que no podía reconocer.

—Suba usted, señor Herf... ¿Puedo yevarle a algún sitio?

Al hacerlo mecánicamente, Herf notó que entraba en un Roll-Royce.

El del auto, un hombre fornido, de cara roja, era Congo.

—Siéntese, señor Herf... Muy encantado de verle. ¿Dónde iba unté?

—A ningún sitio en particular.

—Suba usted a mi casa, quiero mostrarle algo. ¿Cómo le va hoy?

—Oh, muy bien. Es decir, estoy pasando las moradas, pero es igual.

—Mañana quisá vaya yo a la cárcel... Seis meses... Pero quisá no. Congo soltó una carcajada y alargó con precaución su pierna artificial.

—¿Conque al fin le echaron el guante, Congo?

—Conspiración... Pero no más Congo Jake, señor Herf. Llámeme Armand. Estoy casado ahora. Armand Duval, Park Avenue.

—¿Y el Marqués de Coulimmiers?

—Eso para el negocio solamente.

—¿De manera que las cosas marchan bien, eh?

Congo asintió.

—Si voy a Atlanta, y espero que no, en seis meses salgo de la cárcel miyonario... Señor Herf, si necesita usted dinero, basta una palabra... le presto mil dólares. En cinco años me paga usted y en pas. Yo le conosco.

—Gracias, no es precisamente dinero lo que necesito, eso es lo malo.

—¿Cómo está su mujer?... ¡Es tan guapa!

—Vamos a divorciarnos... He recibido la notificación esta mañana... No era para esperar otra cosa de esta malhadada ciudad.

Congo se mordió los labios. Luego le dio suavemente a Jimmy en la rodilla con el índice.

—Dentro de un minuto, estamos en casa... Le voy a dar una copita de lo bueno... Sí, espere —gritó Congo al chófer.

Apoyado en un bastón con puño de oro, entró cojeando majestuosamente en el vestíbulo de mármol rosa de su casa. Mientras subían en el ascensor dijo:

—Podría usted quedarse a comer.

—Creo que no podré esta noche, Cong... Armand.

—Tengo un cocinero buenísimo... Cuando vine la primera vez a New York, hase quisá veinte años, había un tipo en el barco. Ésta es la puerta, vea usted: A. D. Armand Duval. El y yo nos escapamos juntos y siempre él me desía: «Armand, tú nunca triunfarás, muy peroso, muy amigo de faldas, muy...». Ahora él es mi cosinero... un chef de primera, cordon bleu, ¿eh? La vida es cosa graciosa, señor Herf.

—¡Caramba, qué lujo! —dijo Jimmy Herf con un vaso de Bourbon en la mano, recostándose en el alto respaldo de una silla española, en la biblioteca de nogal negro.

—Congo... digo Armand, si yo fuera Dios y tuviera que decidir quién en esta ciudad había de hacer un millón de dólares, le juro que usted sería mi elegido.

—Quizá la señora venga ahora por aquí. Muy bonita, ya verá. Mucho pelo rubio. (Frunció de pronto el entrecejo). Pero, señor Herf, ¿no puedo hacer algo por usted, dinero o así? Usted me lo dise, ¿eh? Hase ya dies años que nos conosemos... ¿Una copita más?

Al tercer vaso de Bourbon, Herf empezó a hablar. Congo le escuchaba con los labios entreabiertos, moviendo de tarde en tarde la cabeza.

La diferencia entre usted y yo, Armand, es que usted va subiendo en la escala social y yo voy bajando... Cuando usted era pinche en un vapor yo era un niño bien, con cara de papel mascado, que vivía en el Ritz. A mis padres les dio por el mármol de Vermont, por el nogal oscuro, la casa era un bazar babilónico. Yo no puedo hacer nada más... Las mujeres son cómo ratas, abandonan el barco que se hunde. Va a casarse con ese Baldwin que acaba de ser nombrado fiscal de distrito... Se dice que le apadrinan para alcalde en una candidatura fusionada... La ilusión del poder, eso es lo que come. Todas las mujeres se mueren por eso. Si creyera que me servía de algo, le juro que tendría energía bastante para amasar un millón de dólares... Pero ya todo me da lo mismo. Necesito algo nuevo, diferente... Sus hijos serán así, Congo... Si me hubieran dado una educación decente y si hubiera empezado a tiempo, ahora sería quizás un gran sabio. Si hubiera tenido un temperamento más sexual sería un artista o tal vez religioso... Pero aquí estoy, pardiez, con casi treinta años y ansioso de vivir... Si fuera lo bastante romántico supongo que me hubiera matado hace ya tiempo, sólo para que la gente hablara de mí. Ya ni siquiera tengo la esperanza de llegar a ser perfecto borracho.

—Me parese, señor Herf —dijo Congo llenando de nuevo los vasitos con una sonrisa lenta—, que cavila usted demasiado.

—Claro que sí, Congo, Claro que sí; pero ¿qué diablos le voy a hacer?

—En fin, cuando necesite usted algún dineriyo acuérdesese de Armand Duval... ¿Otro trago?

Herf sacudió la cabeza.

—No, tengo que marcharme... Hasta pronto, Armand.

En el hall de marmóreas columnas topó con Nevada Jones. Llevaba orquídeas.

—Hola, Nevada, ¿qué hace usted en este palacio del pecado?

—Si vivo aquí... ¿Qué pensaba usted?... Me casé los otros días con un amigo suyo, Armand Duval. ¿No quiere subir a verlo?

—De verlo vengo... Es un buen sujeto.

—Y tanto...

—¿Qué hizo usted del pequeño Tony Hunter?

Ella se acercó a él y le habló en voz baja.

—No vuelva a acordarse de lo que hubo entre él y yo... ¡Chiquillo, cómo apesta usted a alcohol!... Tony es una de las equivocaciones de Dios, ya no tengo nada que ver con él... Le encontré un día mordiendo los bordes de la alfombra, revolcándose por el suelo de mi tocador, porque cuanto antes lo hiciera mejor, y allí mismo acabó todo... Pero de veras, esta vez estoy embriagada de felicidad conyugal, así como suena, de modo que cuidadito con aludir a Tony o a Baldwin delante de Armand...; por más que sepa que no era yo una virgen de escayola... ¿Por qué no sube usted a comer con nosotros?

—No puedo... Buena suerte, Nevada.

Sintiendo en el estómago el calor del whisky, Jimmy Herf desembocó a las siete en Park Avenue, veteada de olores de gasolina, de restaurantes y de crepúsculo.

Era la primera noche que James Merivale iba al Metropolitan Club después de haber sido presentado. Había temido que, como el usar bastón, le hiciera un poco viejo. Sentado en un mullido sillón de cuero, cerca de la ventana, fumaba un cigarro de treinta y cinco centavos, con el Wall Street Journal sobre las rodillas y un número del Cosmopolitas apoyado en el muslo derecho. Perdidos sus ojos en la noche cristalina tachonada de luces, se abandonó a sus sueños: Depresión económica... Diez millones de dólares... Después de la crisis de la guerra. ¡Vaya quiebra! Blackhead & Densch hacen bacarrota con \$10.000.000... Densch se marchó al extranjero hace pocos días... Blackhead incomunicado en su casa de Great Neck. Una de las casas de importación y exportación más antiguas de Nueva York... \$10.000.000. O, its'a fair weather When good fellows get together. Esta es la ventaja de la banca. Aun en caso de déficit hay dinero que manejar, garantías. En las empresas comerciales existe siempre un margen de riesgo. Acaba uno por hacerse con ellas, ¿eh, Merivale?, como decía el bueno de Perkins mientras Cunningham le preparaba aquel cocktail Jack Rose... Con una copa en la mesa —Y una canción bien cantada—. Es una buena relación ese muchacho. Después de todo, Maisie sabía lo que se hacía... Un hombre de su posición siempre está expuesto a un chantaje. Qué tonto no poner pleito... La chica está loca, dice, casada con otro

individuo del mismo nombre... Una mujer así debiera estar en el manicomio. Yo le hubiera sacudido el polvo. Las circunstancias han demostrado por completo su inocencia, hasta mamá se convenció. O, Sinbad was in bad in Tokio and Rome. Jerry lo cantaba. Pobre Jerry, nunca se encontraba a sus anchas en el piso bajo del Metropolitan Club... Claro, la familia... Como Jimmy... él ni siquiera tiene esa disculpa... un fracaso tras otro, un desastre desde el principio... Supongo que Herf, el padre, era hombre tosco, un yachtsman... Mi madre solía decir que la tía Lily tuvo mucho que aguantar. No obstante, podría haber llegado a algo con todas sus cualidades...; soñador, aventurero... Cosas de Greenwich Village. Y papá hizo tanto por él como por mí... Y ahora ese divorcio. Adulterio... con una prostituta seguramente. Tendría sífilis o algo así. Bancarrota de diez millones de dólares.

Fracaso. Éxito.

Éxito de diez millones de dólares... Diez años de triunfos en la Banca... Anoche, en el banquete de la Asociación de Banqueros Americanos, James Merivale, presidente de la Bank & Trust Co., habló en contestación al brindis. «Diez años de progreso bancario...». Esto me recuerda, señores, el cuento del viejo negro a quien le gustaba mucho el pollo... Pero si me permiten ustedes unas palabras serias en esta noche de fiesta (fogonazo de la instantánea), quisiera dar un toque de atención... Creo que es mi deber de ciudadano americano, de presidente de una gran institución ligada a la nación entera, mejor dicho de una institución internacional, no, universal (fogonazo)... Por fin, dominando los estruendosos aplausos, James Merivale, temblándole de emoción la augusta cabeza gris, continuó su discurso... Señores, me hacen ustedes un gran honor... Déjenme añadir solamente que en todas las pruebas y tribulaciones, sereno entre las negras aguas del desprecio o indiferente a los veloces rabiones de la estimación popular, entre las calladas y breves horas de la noche, y entre el estruendo de los millones a mediodía, mi báculo, el pan de mi vida, mi inspiración ha sido mi trina y una lealtad a mi mujer, a mi madre y a mi bandera.

La larga ceniza de su cigarro se había roto, cayendo sobre sus rodillas. James Merivale se puso en pie y gravemente se sacudió la ceniza de los pantalones. Después se instaló de nuevo y frunciendo resueltamente el entrecejo empezó a leer el artículo sobre la bolsa extranjera en el Wall Street Journal.

Están sentados en dos taburetes del lunchwagon.

—Oye, chaval, ¿cómo fue que te inscribiste en ese viejo lanchón?

—No había otro con destino al este.

—Pos chico, lo que es esta vez en buena t'has metío... El capitán es un

chiflao, el primer oficial el ladrón más grande que ha salido de Sing-Sing, la tripulación un hatajo de cernícalos, el cacharro no vale la pena de un salvamento... ¿Qu'habías antes?

—Estaba en un hotel. Trabajaba de noche.

—Caray con el andoba... Cristo y recristo, un tío que deja un buen puesto en un hotel pipudo de Nu York City pa entrar de pinche en el yate de Netuno... ¡Bonito cocinero vas a hacer tú! (El más joven de los dos se pone colorado). ¿Y esas albóndigas? —grita al del mostrador.

Después de comer, mientras terminan el café, se vuelve a su amigo y le pregunta en voz baja:

—Oye, Rooney, ¿has estado tú en Europa... cuando la guerra?

—Estuve en Saint Nazaire un par de veces. ¿Por qué?

—No sé... A mí me da una especie de comezón... Yo pasé allá dos años. Las cosas han cambiao. Antes yo no tenía más ambición que colocarme en un buen sitio, casarme y vivir tranquilamente; ahora tó me importa un comino... Trabajo seis meses, pongo por caso, en el mismo sitio y aluego m'entra la comezón, ¿sabes? Conque pensé que debía darme una vuelta por el Oriente...

—Descuida —dice Rooney sacudiendo la cabeza—, ya lo verás, no te preocupes.

—¿Cuánto? —pregunta el más joven al del mostrador.

—Te debieron agarrar muy jovencito.

—Tenía dieciséis años cuando me alisté.

Recoge el vuelto y siguiendo los anchos hombros oscilantes de Rooney sale a la calle. Al extremo de la cual, detrás de los camiones y de los tejados de los almacenes, divisa los mástiles y el humo de los barcos y una columna de vapor blanco que asciende en el sol.

—Baja la cortina —grita el hombre desde la cama.

—No puedo, está descompuesta... ¡Anda, leñe, todo se ha venido abajo! (A Anna casi se le saltan las lágrimas cuando el rodillo le da en la cara). Ponlo tú —dice dirigiéndose a la cama.

—Da igual, no nos pueden ver —dice él muerto de risa, agarrándola.

—Son esas luces —gime Anna dejándose caer blandamente en sus brazos.

Es un cuartito pequeño como una caja de zapatos, con una cama de hierro en un rincón de la pared opuesta a la ventana. El rumor de las calles sube hasta él por una hendidura en forma de V. En el techo Anna ve el cambiante

resplandor de los anuncios luminosos de Broadway, blanco, rojo, verde, luego todo se resuelve como una ampolla que estalla, y otra vez blanco, rojo, verde.

—Oh, Dick, si arreglaras la cortina, esas luces me sacan de quicio.

—Las luces están bien, Anna, es como estar en el teatro... The Gay White Way, como dicen.

—Bueno está para vosotros los que no vivís en la ciudad, pero a mí me sacan de quicio.

—¿Conque ahora trabajas en Madame Soubrine, Anna?

—¿Quieres decir que no estoy agremiada...? Ya lo sé. La vieja me echó a la calle y no había más que buscar trabajo o reventar...

—Una chica tan simpática como tú, Anna, siempre puede encontrar un amigo.

—Vosotros los hombres sois una partida de cochinos... Te figuras que porque me voy contigo me voy con cualquiera... Pues no, ¿lo entiendes?

—No quise decir eso, Anna... ¡Caramba, estás como una pólvora esta noche!

—Serán mis nervios, supongo... Esta huelga y la vieja que me pone en la calle y el trabajo en el taller... Hay para enojar a cualquiera. Lo que es por mí se pueden ir todos al cuerno. ¿Por qué no la dejan a una en paz? Yo nunca le he hecho daño a nadie en mi vida. Todo lo que pido es que me dejen sola y cobrar mi paga y divertirme de vez en cuando... Es horrible, Dick... No me atrevo a salir a la calle por miedo a encontrarme a alguna de las chicas del barrio.

—Vamos, Anna, no hay que verlo todo negro... De veras, yo te llevaría al Oeste conmigo si no fuera por mi mujer.

La voz de Anna continúa en monótono sollozo:

—Y ahora porque estoy encaprichá contigo y que quiero darte gusto vas y me llamas prostituta.

—Yo no he dicho semejante cosa. Ni siquiera lo he pensao. Yo te creo una buena chica y no un Cupido con orejas arriba como las otras... Mira, pa que te pongas contenta voy a tratar de componer la cortina.

Acostada de lado, ella le mira mover su corpachón contra la luz lechosa de la ventana. Por fin, castañeteando los dientes, vuelve a ella.

—No puedo arreglar ese maldito chisme... ¡Cristo, qué frío!

—Déjalo, Dick, métete en la cama... Debe ser tarde. Tengo que estar allá a

las ocho.

El saca el reloj de debajo de la almohada.

—Son las dos y media... Buenos días, gatita.

En el techo ella ve reflejarse el cambiante resplandor de los carteles luminosos, blanco, verde, rojo; luego, como una ampolla que estalla; luego, otra vez blanco, verde, rojo.

—Y ni siquiera me invitó a la, boda... Sinceramente, Florence, le hubiera podido perdonar si me hubiera invitado a la boda —dijo ella a la doncella negra cuando ésta trajo el café.

Era un domingo por la mañana. Estaba sentada en la cama con los periódicos extendidos sobre su regazo. Miraba una fotografía en la sección de fotograbados rotulada mr. & Mrs. Jack Cunmigham inician la primera etapa de su luna de miel en su sensacional hidroplano Albatros VII.

—Guapo mozo, ¿eh?

—Sí que lo es, señorita... Pero ¿no pudo usted hacer nada para deshacer la boda, señorita?

Nada... Me hubiera metido en un manicomio a la menor amenaza... Él sabe perfectamente que un divorcio en Yucatán no es válido.

Florence suspiró.

—Los hombres nos hacen muchas guarradas a nosotras pobres mujeres.

—Oh, esto no durará. Con sólo mirarla a la cara se ve que es una niña mimada, intratable y egoísta... Su verdadera mujer soy yo ante Dios y ante los hombres. El señor sabe que yo traté de avisarla. Lo que Dios une el hombre no lo separa... ¿No dice eso la Biblia?... Florence, el café está malísimo esta mañana. No puedo tomarlo. Ande, hágame otro.

Frunciendo el entrecejo y encogiéndose de hombros, Florence salió por la puerta con la bandeja.

La señora Cunningham exhaló un profundo suspiro y se acomodó entre las almohadas. «Oh, Jack mío, te quiero igual que antes», dijo a la fotografía. Luego la besó. «Oye, querido, las campanas sonaban así el día que nos escapamos del baile del colegio para casarnos en Milwaukee... Era una hermosa mañana de domingo». Luego miró la cara de la segunda señora Cunningham. «¡Oh, tú!», dijo, y la atravesó con el dedo.

Cuando se puso en pie notó que la sala de la Audiencia daba vueltas y vueltas lentamente hasta marearla. La cara del juez con sus lentes en la nariz, las otras caras, los guardias, los uniformes de los subalternos, las ventanas

grises, los pupitres amarillos, todo daba vueltas y vueltas en el nauseabundo olor a cuarto cerrado. Su abogado, con nariz de halcón, ceñudo, enjugándose la calva, daba vueltas y vueltas hasta ponerla a punto de vomitar. No oía una palabra de lo que se decía. Entornaba los ojos creyendo así librarse del zumbido de sus oídos. Sentía a Dutch a sus espaldas, todo encogido, con la cabeza entre las manos. No se atrevía a mirar hacia atrás. Luego, después de muchas horas, todo era agudo, claro, muy lejano. El juez le gritaba por el pico de un embudo y sus descoloridos labios se movían hacia dentro y hacia fuera como la boca de un pez.

«... Y ahora, como hombres y como ciudadanos de esta gran ciudad, quiero dirigir unas cuantas palabras a la defensa. En resumen, estas cosas tienen que acabarse. Los derechos inalienables de la vida humana y de la propiedad, que los grandes hombres fundadores de esta república dejaron establecidos en la Constitución, tienen que ser protegidos. Es deber de todo hombre, funcionario o no, combatir esta ola de anarquía dentro de los límites de su capacidad. Pero esto, a despecho de lo que dicen esos periodistas sentimentales que corrompen el espíritu público y meten en la cabeza de los débiles y de los malvados la idea de que se puede violar la ley de Dios y de los hombres, y la propiedad... Que se puede arrebatar por fuerza a los pacíficos ciudadanos lo que han adquirido con su laboriosidad y su inteligencia... y salir indemnes; a despecho de lo que esos charlatanes de periodistas llamarán circunstancias atenuantes, aplicaré a estos dos bandidos la máxima severidad de la ley. Hora es ya de que se haga un escarmiento...

El juez tomó un sorbo de agua. Francie pudo distinguir las gotitas de sudor que le salían por los poros de la nariz.

—Hora es ya de que se haga escarmiento —gritó el juez—. No es que yo no sienta como tierno y amante padre los infortunios, la falta de educación e ideales, la falta de un hogar afectuoso y el cariño de una madre, causas todas que han arrastrado a esta joven a una vida de inmoralidad y miseria, haciéndola ceder a las tentaciones de hombres crueles y voraces, y a la seducción perversa de la que ha sido muy bien nombrada la edad del jazz. No obstante, cuando estos pensamientos están a punto de templar misericordiosamente la austera severidad de la ley se alza el importuno recuerdo de otras jóvenes, cientos quizá, que en este mismo momento, en esta gran ciudad, están a punto de caer en las garras de un tentador brutal y sin escrúpulos como este Robertson... para él y para sus semejantes no hay castigo bastante duro... No olvidemos que la piedad mal aplicada es a menudo crueldad a la larga. Todo lo que podemos hacer es verter una lágrima por la mujer descarriada y musitar una oración por la inocente criatura que esta desgraciada ha traído al mundo como fruto de su vergüenza...

Francie sintió un picoteo frío que le empezó en las yemas de los dedos y le

subió por los brazos hasta la vaga región de las náuseas. «Veinte años», oía murmurar a su alrededor en la sala de la Audiencia. Todo el mundo parecía relamerse cuchicheando en voz baja. «Veinte años».

—Creo que me voy a desmayar —se dijo a sí misma como a una amiga.

Todo se hundió en las tinieblas.

Sostenido por cinco almohadas en medio de su cama colonial de caoba, cuyas cuatro columnas remataban en piñas, Phineas Blackhead, con la cara tan morada como su bata, estaba sentado echando maldiciones. La amplia habitación, tapizada con telas javanasas y decorada con molduras de caoba, estaba vacía, excepción hecha de un sirviente hindú con chaqueta blanca y turbante, que a los pies de la cama, con las manos en los costados, inclinaba la cabeza ante las imprecaciones más enérgicas, diciendo: «Yes, Sahib, yes, Sahib».

—Por Jesucristo vivo y todopoderoso, maldito Babú amarillo, o me traes ese whisky, o me levanto y no te dejo hueso sano, ¿oyes? Cuerpo de Dios, ¿no podré hacerme obedecer en mi propia casa? Cuando digo whisky se entiende de centeno y no jugo de naranja. Condenación, ¡ahí va eso!

Cogió de la mesa de noche una jarra de cristal tallado y se la tiró al hindú; luego volvió a caer sobre las almohadas, la saliva espumajeándole en los labios, ahogándose.

Silenciosamente el hindú limpió la gruesa alfombra de Beluchistán y se escabulló del cuarto con un montón de cristales rotos en la mano. Blackhead respiraba más fácilmente. Sus ojos se hundieron en sus profundas cuencas y se perdieron en los pliegues de sus abultados párpados verdes.

Parecía dormir cuando Gladys entró. Llevaba un impermeable y en la mano un paraguas mojado. Se acercó de puntillas a la ventana y se quedó en pie mirando la calle gris de lluvia y las casas de enfrente, viejas y sombrías como tumbas. Durante una fracción de segundo ella fue la niña que entraba en camisón los domingos por la mañana para tomar el desayuno con papá en la cama grande.

Él se despertó sobresaltado y miró a su alrededor con ojos inyectados de sangre. Los pesados músculos de su mandíbula se tendían bajo la piel amoratada.

—Bueno, Gladys: ¿dónde está ese whisky que he pedido?

—Oh, papá, ya sabes lo que el doctor Thom ha dicho.

—Ha dicho que un vaso me mataría... Pues todavía no me he muerto, ¿verdad? Es un perfecto borrico.

—Sí, pero tienes que cuidarte y no excitarte de ese modo.

Gladys le dio un beso y le acarició la frente con su delgada mano fría.

—¿No tengo bastantes motivos para excitarme? Si pudiera tener entre mis manos el cuello de ese cabronazo, hijo de mala madre... Hubiéramos podido salir del trance si él no hubiera perdido la sangre fría. Me está bien empleado por asociarme con semejante gallina... Veinticinco, treinta años de trabajo, todo al demonio en diez minutos... Durante veinticinco años mi palabra ha valido tanto como un billete de banco. Lo mejor que podría hacer sería seguir el negocio hasta el infierno. ¡Que el diablo me lleve! Y ahora, voto a Cristo, tú, mi propia sangre, me quitas de beber... ¡Dios todopoderoso! Eh... Bob... Bob... ¿Dónde ha ido ese condenado chupatintas? Eh, venid aquí uno de vosotros, sarta de... ¿Para qué creéis que os pago?

Una enfermera sacó la cabeza por la puerta.

—Fuera de aquí —gritó Blackhead—, no quiero vírgenes almidonadas a mi lado.

Tiró la almohada que tenía debajo de la cabeza. La enfermera desapareció. La almohada dio en uno de los palos de la cama y cayó sobre la colcha.

Gladys empezó a llorar.

—Oh, papá, no puedo resistir más... con lo que te respetaba todo el mundo... Por favor, trata de contenerte, papaíto.

—¿Y por qué, Cristo, por qué?... La comedia ha concluido. ¿Por qué no te ríes? El telón ha bajado. Todo es una farsa, una cochina farsa.

Estalló en una carcajada delirante. Se ahogaba, pugnando con los puños apretados para recobrar la respiración. Finalmente, con la voz rota dijo:

—¿No ves que es el whisky lo que me sostiene? Vete y déjame, Gladys, y envíame a ese demonio de hindú. Siempre te he querido más que a nada, tú lo sabes. Pronto, dile que me traiga lo que le pedí.

Gladys salió llorando. Fuera su marido se paseaba nervioso por el hall.

—Son esos condenados reporteros... No sé qué decirles. Afirman que los acreedores van a llevar el asunto a los tribunales.

—Señora Gaston —interrumpió la enfermera—, me parece que se verá usted obligada a buscar enfermeros... Realmente, yo no puedo hacer nada...

En el piso bajo un teléfono sonaba, sonaba.

Cuando el hindú trajo la botella de whisky, Blackhead llenó un vaso y bebió un largo trago.

—Ah, esto le entona a uno, voto al diablo. Achmet, eres un buen sujeto... Sí, habrá que afrontar las consecuencias y vender... Gracias a Dios, Gladys está resguardada... Voy a subastar todo lo que poseo. Si ese encanto de yerno que tengo no fuera tan bobalicón... Siempre ha sido mi destino estar rodeado de imbéciles... Dios, a presidio iría yo contento si eso les sirviera de algo. ¿Por qué no? A lo sumo dura toda la vida. Y después cuando saliera podrían darme una plaza de banquero o de vigilante en un muelle. No me desagradaría. ¿Por qué no tomarlo con calma después de haberlo todo echado a perder, Achmet?

—Sí, Sahib —dijo el hindú inclinándose.

Blackhead le remedó...

—Sí, Sahib... Tiene gracia. Tú siempre dices así, Achmet. (Se echó a reír con una risa ahogada, rechinante). Creo que es el medio más fácil.

Rio, rio, y súbitamente cesó de reír. Un espasmo rápido crispó todos sus miembros. Torció la boca en un esfuerzo para hablar. Durante un segundo sus ojos recorrieron el cuarto, dos ojos de niño que se ha lastimado y va a llorar. Luego cayó hacia atrás, mordiéndose un hombro con la boca abierta. Achmet le miró largo rato, fríamente; después, acercándose a él, le escupió en la cara. Inmediatamente sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta de lienzo y limpió el salivazo en la piel tirante. Hecho esto le cerró la boca, colocó el cuerpo entre las almohadas y salió silenciosamente del cuarto. En el hall, Gladys, sentada en un sillón, leía una revista.

—Sahib mucho mejor, quizá dormir un poco.

—Oh, Achmet, cuánto me alegro —respondió ella.

Y siguió mirando su revista.

Ellen se apeó del automóvil en la Quinta Avenida esquina a la calle 53. La rosada luz del crepúsculo resplandecía en el latón y en el níquel, en los botones, en los ojos de los transeúntes. Fulguraban todas las ventanas del lado este de la Avenida. Mientras, los dientes apretados, esperaba en la acera para cruzar, una ráfaga imperceptible de perfume le rozó la cara. Un mozo delgado de pelo correoso y gorra de corte extranjero le ofrecía madroños en una cesta. Ella compró un ramo y metió la nariz en él. Los bosques de mayo se derritieron en su boca como azúcar.

Sonó el pito, las palancas rechinaron al arrancar los autos para desparramarse por las bocacalles. La gente se apiñó en el cruce. Ellen sintió que el muchacho la rozaba al cruzar a su lado. Se retiró. A través de los madroños percibió un momento el olor de su cuerpo sucio, el olor a emigrantes de Ellis Island, a casas de vecindad atestadas. Bajo todas las calles

que mayo esmaltaba, chapaba de oro y plata, Ellen percibía con vago malestar malos olores que se extendían en oleadas lentas, espesas, con remolino de horda, como la fetidez que sube de las alcantarillas. Bajó la bocacalle apretando el paso y entró por una puerta a cuyo lado brillaba una pequeña placa impecablemente pulida:

MADAME SOUBRINE

Robes

Se olvidó de todo ante la sonrisa gatuna de la señora Soubrine en persona. Era una mujerona pelinegra, quizá rusa. Salió a su encuentro de detrás de una cortina con los brazos extendidos, mientras otros clientes, que esperaban sentados sobre divanes en una especie de salón Emperatriz Josefina, lanzaban miradas envidiosas.

—Mi querida señora Herf, ¿qué ha sido de usted? Su vestido está listo desde hace una semana —exclamó en un inglés demasiado perfecto—. Espere usted, querida señora..., es divino... ¿Y cómo va el señor Harpsicourt?

—He estado ocupadísima..., ¿sabe usted?; voy a dejar mi colocación. La señora Soubrine movió la cabeza, hizo un guiño de inteligencia y a través de los tapices la condujo a la trastienda.

—Ah, ça se voit... Il ne faut pas travailler, ou peut voir déjà de toutes petites rides. Mais elles disparaîtront. Perdóneme, madame. (El grueso brazo le estrujó la cintura. Ellen se apartó un poco). Vous la plus belle femme de New York... Angélica, el vestido de soirée de la señora Herf —gritó con una voz chillona, áspera como el cacareo de una gallina.

Una rubia paliducha y pintada entró con el vestido en una percha. Ellen se quitó su traje de sastre gris. La señora Soubrine dio una vuelta a su alrededor, ronroneando.

—Angélica, mira qué hombros, qué color de pelo... ¡Ah! C'est le rêve.

Se acercaba demasiado, como un gato que quiere que le froten el lomo. El vestido era verde pálido con rayas escarlata y azul oscuro.

—Es la última vez que me hago un vestido así, estoy cansada de ir siempre de azul y verde...

La señora Soubrine, con la boca llena de alfileres, estaba a sus pies muy atareada con la bastilla.

—Sencillez helénica, el talle de Diana... Espíritu de primavera... El continente ideal de una Annete Kellermann sosteniendo la lámpara de la libertad..., la virgen prudente —murmuraba a través de sus alfileres.

—Tiene razón —pensaba Ellen mirándose en la cornucopia—, me estoy

estropeando. Pronto perderé la figura. Menopausia y visitas a los salones de belleza. Cremas y pastas para conservar el cutis.

—Regardez-moi ça chérie —dijo la modista, poniéndose en pie y quitándose los alfileres de la boca—. C'est le chef d'oeuvre de la maison Soubrine.

Ellen sintió de pronto un calor sofocante. Se creyó cogida en una red pringosa. Un tufo horrible a sedas teñidas, crespones y muselinas le daba dolor de cabeza. Daría cualquier cosa por verse en la calle otra vez.

—Me huele a humo, algo pasa —gritó de repente la rubia.

—Sh-sh-sh —chicheó la señora Soubrine.

Ambas desaparecieron por una puerta-espejo.

Bajo una claraboya, en el taller de la señora Soubrine, Anna Cohen cose con rápidas puntaditas la orla de un vestido. Delante de ella, sobre la mesa, un gran montón de tul, desbordante de luz, se alza como clara de huevo batida. Charley my boy, oh Charlie my boy, tarareaba hilvanando el porvenir con rápidas puntaditas. Si Elmer quiere casarse conmigo, ¿por qué no casarnos? Pobre Elmer, es un buen muchacho; pero tan soñador... Tiene gracia haber caído con una chica como yo. Ya le pasará... Puede que cuando venga la Revolución resulte un gran hombre... Tendré que dejarme de juergas cuando sea la mujer de Elmer... Quizá podamos ahorrar y abrir una tiendecita en la Avenida A, en un buen sitio, donde se pueda hacer más dinero que en el centro. La Parisienne, modes.

Apuesto que me iría tan bien como a esa zorra vieja. Cuando uno es amo de sí mismo no hay todos esos líos de huelguistas y esquirols. Igualdad para todos. Elmer dice que todo eso es camelo. No hay más esperanza para los trabajadores que la Revolución. Yo estoy loca por Harry, Harry está loco por mí... Elmer es una central de teléfonos, de etiqueta, con orejeras, alto como Valentino, fuerte como Doug. La revolución está declarada. La Guardia Roja sube por la Quinta Avenida. Anna, con rizos de oro y un michito bajo el brazo, se asoma con él a la ventana más alta. Blancos pichones aletean bajo ellos. Las banderas rojas sangran en la Quinta Avenida, resplandeciente de bandas en marcha y roncadas voces que cantan en yiddish Die Rote Fahne. Lejos, en el Woolworth, una bandera ondea al viento, Mira, Elmer, Elecciones municipales. Elmer Duskin, candidato. Y está bailando el Charleston en todas las oficinas... Thump, Thump That Charleston Dance... Thump, Thump, Thump... A lo mejor, le quiero. Elmer, tóname; Elmer, amante como Valentino, estrujándome contra él con los fuertes brazos de Doug, ardiente como una llama, Elmer.

A través del sueño que va hilando, blancos dedos le hacen señas. El tul

tiene un fulgor extraño. De repente, surgen del tul manos rojas. Anna no puede desasirse del rojo tul que la rodea, que la muerde, que se enrosca a su cabeza. Espirales de humo ennegrecen la claraboya. El cuarto se llena de humo y de chillidos. Anna está en pie dando vueltas, manoteando, tratando de librarse del tul ardiendo que la rodea.

Ellen, en pie, se mira a la cornucopia en el cuarto de pruebas. El olor a tela chamuscada aumenta. Después de pasarse un rato nerviosamente, sale por la puerta-espejo a un pasillo lleno de vestidos colgados, se agacha bajo una nube de humo y ve con ojos llorosos el gran taller donde las oficiales gritan empujándose tras la señora Soubrine, que apunta un extinguidor químico a un montón de telas carbonizadas sobre una mesa. Del montón de telas carbonizadas sacan una cosa que se lamenta. Con el rabillo del ojo, Ellen ve un brazo hecho jirones, una cara chamuscada, roja y negra, una horrible cabeza calva.

—Oh, señora Herf, haga el favor de decir a los clientes que no es nada, absolutamente nada. Voy en seguida —le grita la señora Soubrine jadeando.

Ellen, con los ojos cerrados, se vuelve por el pasillo lleno de humo. Cuando llega al aire puro del cuarto de prueba, espera a que sus ojos dejen de llorar y, levantando la cortina, se dirige a las mujeres que aguardan inquietas en la sala de espera.

—La señora Soubrine me ha rogado les diga que no fue nada, absolutamente nada. Un fuego sin importancia en un montón de recortes... Lo apagó ella misma con un extinguidor.

—Nada, absolutamente nada —se dijeron las señoras unas a otras, reinstalándose en los sofás Emperatriz Josefina.

Ellen sale a la calle. Las bombas llegan. Los policías rechazan a la muchedumbre. Quisiera marcharse, pero no puede. Espera algo. Al fin, oye un tintín por la calle abajo. La ambulancia llega cuando las bombas se alejan. Los mozos entran en la casa con una camilla plegada. Ellen apenas puede respirar. Permanece al lado de la ambulancia, detrás de un policía azul, tratando de averiguar por qué está tan emocionada. Es como si una parte de ella misma fuera a ser envuelta en vendas, llevada en una camilla. Sale demasiado pronto, entre las caras de siempre, entre los sombríos uniformes de los asistentes.

—¿Son graves las quemaduras? —logra preguntar por debajo del brazo del policía.

—No morirá...; pero es terrible para una muchacha.

Ellen se abre paso a codazos entre la muchedumbre y corre hacia la Quinta Avenida. Es casi de noche. Las luces nadan en la penumbra de un azul claro

como las profundidades del mar.

«¿Por qué me habré impresionado tanto? —se pregunta—. Mala suerte que tienen algunas personas... Todos los días pasan cosas así." La baraúnda, los gemidos, el estruendo de las bombas, parecen no querer borrarse de su memoria. Se queda indecisa en una esquina mientras autos y caras centellean ruidosamente delante de ella. Un joven con un sombrero de paja nuevo la mira de reojo con la esperanza de poder acompañarla. Ella le mira fríamente. El joven lleva una corbata con rayas rojas, verdes y azules. Ella pasa junto a él de prisa, cruza a la otra acera de la avenida y toma hacia el Norte. Las siete y media. Tiene que ver a alguien en algún sitio, no puede recordar dónde. Siente un horrible vacío en su interior. Ah, ¿qué hacer?, murmura para sí. En la próxima esquina llama un taxi. «Lléveme al Algonquín».

Ahora lo recuerda todo. A las ocho tiene que cenar con el juez Shammeyer y su señora. Debiera haber vuelto a casa a vestirme. George se pondrá furioso cuando me vea entrar así. Le gusta exhibirme toda adornada como un árbol de Navidad, como una muñeca de esas que andan y hablan. ¡Idiota!

Se recuesta en el rincón del taxi con los ojos cerrados. Tiene que calmarse. Es ridículo vivir siempre con una tensión nerviosa tal que todo parece rechinar como la tiza que araña el encerado. Y si yo me hubiera quemado, como esa chica...; ¡desfigurada para toda la vida!... Probablemente podrá sacarle a la vieja Soubrine un buen puñado de dinero, el principio de una carrera. Supongamos que me hubiera ido con el joven de la corbata fea que trató de acompañarme... Unas cuantas bromas ante un helado de plátano en la pastelería, luego un paseo en autobús, con su rodilla contra la mía y un brazo alrededor de mi cintura, un poco de besuqueo en un portal... Hay vidas que vivir si a una no le importara. ¿Y por qué ha de importar? ¿Por la opinión pública, el dinero, el éxito, los vestíbulos de los hoteles, la salud, los paraguas, las galletas Uneeda?... Mi cabeza hace brrr, todo el tiempo, como un juguete mecánico roto. Confío en que no habrán pedido la cena. Les haré ir a otro sitio cualquiera, si no lo han hecho. Abre su polverita y comienza a empolvase la nariz.

El taxi para y el portero abre la portezuela. Ellen se apea en la punta de los pies, como una niña, paga y franquea la puerta giratoria, las mejillas algo sonrosadas, los ojos brillantes con los destellos de la noche azul marino en las calles profundas.

La puerta gira antes que su mano enguantada toque el cristal. La impresión de haber olvidado algo le causa una repentina congoja. Mis guantes, mi bolso, mi polvera, mi pañuelo, todo lo tengo. Paraguas no traía. ¿Qué habré olvidado en el taxi? Pero ya avanza sonriente hacia dos hombres grises vestidos de negro, con blancas pecheras, que se levantan, sonríen, le tienden la mano.

Bon Hildebrand, con bata y pijama, se paseaba fumando su pipa, delante de las grandes ventanas. A través de las puertas corredizas se filtraba el tintineo de los vasos, el roce de los pies, risas y Running Wild que rechina bajo la aguja embotada del gramófono.

—¿Por qué no pasas aquí la noche? —decía Hildebrand con su voz profunda—. Esta gente se irá marchando poco a poco... Podemos ponerte en el diván.

—No, gracias —dijo Jimmy—. Dentro de un minuto empezarán a hablar de psicoanálisis, y se quedarán ahí hasta el amanecer.

—Pero harías mejor en tomar el tren por la mañana.

—No voy a tomar ningún tren.

—Oye, Herf, ¿has leído la historia de ese hombre de Filadelfia que lo mataron porque salió con sombrero de paja el catorce de mayo?

—Dios, si yo fundara una nueva religión lo haría santo.

—¿No has leído eso? Es para desternillarse... Ese hombre tuvo la temeridad de defender su sombrero de paja. Alguien se lo había abollado, él empezó a pelear, y en medio del jaleo uno de esos héroes de esquina se acercó por detrás y le rompió la crisma con un tubo de plomo. Lo recogieron con el cráneo roto y murió en el hospital.

—¿Cómo se llamaba, Bob?

—No me fijé.

—¡Y que hablen del soldado desconocido!... Ese sí que es un héroe: la leyenda dorada de un hombre que sacó su sombrero de paja antes de la temporada.

Una cabeza asomó entre las dos hojas de la puerta. Un hombre de cara colorada, con el pelo sobre los ojos, echó una mirada.

—¿Queréis un trago de gin?... ¿Qué funeral se celebra aquí, se puede saber?

—Yo me voy a la cama, no quiero gin —dijo Hildebrand malhumorado.

—Es el funeral de San Aloysius de Filadelfia, virgen y mártir, el hombre que sacó su sombrero de paja antes de la temporada —dijo Herf—. Yo quizá tome un sorbito de gin. Tengo que echar a correr dentro de un minuto... Hasta la vista, Bob.

—Hasta la vista, misterioso viajero... Mándanos tus señas, ¿oyes?

El cuarto que daba a la calle estaba lleno de botellas de gin y de ginger-ale,

de ceniceros llenos de cigarrillos a medio fumar, de parejas que bailaban, de personas repantigadas en sofás. El gramófono tocaba sin cesar Lady... lady be good. A Herf le pusieron un vaso de gin en la mano. Una chica se le acercó.

—Hablábamos de usted... ¿Sabía usted que es usted un hombre misterioso?

—Jimmy —gritó una voz chillona de borracho—, se abrigan sospechas de que seas tú la mujer apache del pelo cortado.

—¿Por qué no se dedica usted al crimen, Jimmy? —dijo la chica—. Iré a la vista de su causa, en serio.

—¿Cómo sabe usted que no soy criminal?

—¿Ven ustedes? —dijo Frances Hildebrand, que traía de la cocina un cacharro con hielo partido—. Aquí hay gato encerrado.

Herf tomó la mano a la chica que estaba a su lado, invitándola a bailar. Ella le pisaba los pies. Jimmy la llevó bailando hasta la puerta. La abrió y sin dejar de bailar la sacó al hall. Ella, mecánicamente, levantó la boca para que la besara. Él le dio un rápido beso y cogió el sombrero. «Buenas noches», dijo. La chica se echó a llorar.

Ya en la calle aspiró el aire profundamente. Se sentía feliz, mucho más feliz que con los besos de Greenwich Village. Al ir a sacar el reloj recordó que lo había empeñado.

La leyenda dorada del hombre que se puso sombrero de paja antes de temporada. Jimmy Herf camina por la calle 23. Se va riendo solo. Dadme la libertad, dijo Patrick Henry poniéndose sombrero de paja el primero de mayo, o dadme la muerte. Y se la dieron. No hay tranvías. De tarde en tarde pasa traqueteando el carro de un lechero. Las acongojadas casas de ladrillo de Chelsea están oscuras... Un taxi pasa dejando una estela de canciones. En la esquina de la Novena Avenida nota dos ojos como dos agujeros en un triángulo de papel blanco; una mujer de impermeable le hace señas desde un portal. Más allá, dos marineros ingleses, borrachos, discuten en cockney. Conforme va acercándose al río, el aire se vuelve lechoso con la niebla. A lo lejos se oye el largo y sordo bramido de los vapores.

En la destartalada sala de espera, alumbrada por una luz rojiza, aguarda fumando la llegada del ferry. Está contento. Le parece que no puede acordarse de nada. Todo su futuro se resume en el río brumoso y el ferry que avanza con sus luces en fila, como una risa de negro. En la barandilla, con el sombrero en la mano, siente el viento del río en sus cabellos. Quizá se ha vuelto loco, quizás es amnesia o alguna maldita enfermedad con un nombre griego muy largo, quizá le encontrarán cogiendo moras en el metro de Hoboken. Suelta

una carcajada y el viejo que ha venido a abrir la puerta le echa una larga mirada torva. Chalado, pájaros en la cabeza, he aquí lo que piensa. Quizá tenga razón. Cuerno, y si fuera pintor tal vez me dejarían pintar en la casa de locos; pintaría San Aloysius de Filadelfia con un sombrero de paja en vez de aureola y en la mano el tubo de plomo, instrumento de su martirio, y yo, pequeñito, rezando a sus pies. Único pasajero en el ferry, vaga por todo él como si fuera suyo. Mi yate... Por Júpiter, éstas son sin duda las alucinaciones de la noche, murmura. Sigue empeñado en explicarse su alegría. No es que esté borracho. Quizás esté loco, pero creo que no. Poco antes de partir el ferry embarca un destartado carricoche cargado de flores, guiado por un hombrecillo moreno de pómulos salientes. Jimmy Herf da una vuelta alrededor. Detrás del penco, cuya grupa parece una percha, el carrito desvencijado resulta de una alegría inesperada con su carga de tiestos de geranios rosa y escarlata, claveles, alhelíes, rosas tempranas y azules lobelias. Despide un fuerte olor a tierra de mayo, un perfume a macetas húmedas y a invernaderos. El conductor está todo encogido, con el sombrero sobre los ojos. Jimmy siente ganas de preguntarle adónde va con todas esas flores, pero se contiene y se dirige hacia el frente del ferry.

En la vacía y oscura bruma del río, el embarcadero bosteza de pronto, negra boca con una garganta de luz. Herf cruza rápidamente una negrura cavernosa y desemboca en una calle esfumada por la niebla. Luego sube una cuesta. Bajos sus pies pasa la vía del tren, el lento trepidar de un tren de carga, el silbido de una locomotora. En la cumbre de la colina se para y mira hacia atrás. No ve más que niebla perforada por una fila de arcos voltaicos. Luego reanuda la marcha entre hileras de casas que le parecen de otro mundo, gozando en respirar, en sentir palpar sus arterias, en oír sus propios pasos. Poco a poco la niebla se disipa, la luz perla de la mañana se filtra no se sabe por dónde.

El sol le sorprende andando por un camino de cemento, entre vertederos llenos de humeantes montones de basuras. El sol brilla rojizo a través de la niebla, sobre cabrias herrumbrosas, sobre esqueletos de camiones, osamentas de Fords, masas informes de metal corroído. Jimmy aprieta el paso para librarse del olor. Tiene hambre. Los zapatos empiezan a levantarle ampollas en los dedos gordos de los pies. En una encrucijada, donde la señal luminosa parpadea todavía, hay una estación de gasolina y frente a ella, una cantina. The Lightning Bug. Gasta con precaución su último quarter en desayunar. Le quedan tres centavos, que le traerán buena suerte o mala, es igual. Un enorme camión de muebles, brillante y amarillo, ha parado a la puerta.

—Oiga, ¿me deja usted subir? —pregunta al hombre pelirrojo que lleva el volante.

—¿Adónde va?

—No sé... Bastante lejos.

FIN